



Isaac Asimov

Historia
Universal

La Alta Edad Media



La Alta Edad Media se ocupa del periodo de las edades oscuras que, iniciado con las invasiones germánicas que acabaron con el Imperio Romano de Occidente, continúa con las vicisitudes de estos pueblos para crear sus propias estructuras estatales y culmina con la figura de Carlomagno, para desembocar, finalmente, en una nueva etapa civilizatoria a comienzos del segundo milenio.



Isaac Asimov

La Alta Edad Media

Historia Universal Asimov - 8

1. Los germanos contra Roma

El primer choque.

Alrededor del 1000 a. C., un grupo de tribus no civilizadas —formadas por hombres altos, de tez clara y que eran cazadores salvajes— vivía al norte y al sur de la entrada del mar Báltico, regiones que hoy constituyen Dinamarca, el sur de Suecia, Noruega y el norte de Alemania. Nadie sabe de dónde provenían.

Su lengua era diferente de las lenguas habladas al este y al sur, razón por la cual agrupamos juntas a esas tribus.

Muchos siglos más tarde, los romanos encontraron una tribu que descendía de esas tribus primitivas (y que aún era bastante primitiva). Los miembros de esa tribu se llamaban a sí mismos con un nombre que a los romanos les sonaba como *germani*. Posteriormente, los romanos aplicaron ese nombre a todas las tribus que hablaban la lengua de los *Germani*, por lo cual las llamamos tribus germánicas.

Entre sus descendientes actuales, se cuentan los alemanes. Pero los alemanes se llaman a sí mismos «Deutsch» (de una antigua palabra que quizá significaba «gente») y a su nación «Deutschland».

Las tribus germánicas eran algunas de las que los libros de historia a menudo llaman «bárbaras».

Para los civilizados griegos y romanos del sur, todo el que no hablase griego o latín era considerado un bárbaro, es decir, les parecía que emitían sonidos ininteligibles, tales como «barbarbar». Esa palabra, pues, no tenía necesariamente un carácter insultante. Después de todo, los habitantes de Siria, Babilonia y Egipto también eran bárbaros en ese sentido, y eran tan cultos y sabios como los griegos y los romanos, y lo eran desde hacía más tiempo.

Los germanos eran bárbaros en este sentido, pero también eran incivilizados. En siglos posteriores, contribuyeron a destruir partes del Imperio Romano, y su falta de aprecio por la cultura y el saber dio a la palabra «bárbaro» su significado actual: persona sin educación e incivilizada.

La única importancia de las tribus germánicas para el resto del mundo en esa época primitiva residía en el hecho accidental de que a lo largo de las costas meridionales del mar Báltico, unos sesenta millones de años antes, habían existido enormes bosques de pinos. Esos bosques murieron mucho antes de que el hombre apareciera en la Tierra y esa variedad de pino se ha extinguido, pero mientras los árboles vivieron produjeron enormes cantidades de resina.

Trozos endurecidos de esa antigua resina pueden encontrarse en el suelo y son arrojados desde el mar por las tormentas. Es una sustancia transparente, de colores que van del amarillo al naranja y el marrón rojizo, de bello aspecto y suficientemente blanda como para poder darle hermosas formas. Ese material

(ahora llamado ámbar) era muy valorado como ornamento.

El ámbar pasaba de mano en mano, y en la Europa del Sur, gente mucho más avanzada que los habitantes de los bosques septentrionales dio con algunas muestras de él y quiso tener más. Surgió una ruta comercial del ámbar, y los productos de la Europa meridional, cambiados por ámbar, llegaron al norte.

Probablemente como resultado del comercio del ámbar, en un principio los germanos tuvieron un oscuro conocimiento de que en alguna parte del lejano sur había regiones ricas.

El conocimiento del norte bárbaro era igualmente oscuro para el sur civilizado. Hacia el 350 a. C., el explorador griego Piteas de Massilia (la moderna Marsella) se aventuró por el Atlántico y exploró las costas noroccidentales de Europa. Llevó de vuelta mucha información interesante para el público lector de libros, que entonces, como siempre, sólo era una pequeña parte de la población. Pero pronto iba a llegar el tiempo en que el conocimiento de los germanos se impondría al hombre medio de un modo mucho más directo.

En los siglos primitivos, las tribus germánicas no practicaban la agricultura, sino que vivían de la caza y la cría de ganado. Los bosques septentrionales no podían sustentar a mucha gente que viviera de este modo, y hasta cuando la población era muy escasa, según patrones modernos, esas tierras estaban ya superpobladas.

Las tribus luchaban unas contra otras por la tierra necesaria para sustentar a la población en crecimiento, y una de las partes, naturalmente, perdía. Los perdedores vagabundeaban en busca de mejores pastos y mayor caza, y así hubo un lento desplazamiento de tribus germánicas fuera de sus hogares originarios.

Gradualmente, los germanos se dirigieron al sur y al este, a lo largo de la costa del mar Negro. Por el 100 a. C., habían llegado al río Rin en el oeste y ocupado la mayor parte de lo que es hoy Alemania.

A su paso, empujaron o absorbieron a un grupo de pueblos que antaño habían dominado vastos tramos de Europa septentrional y occidental, y que hablaban un grupo de lenguas emparentadas entre sí llamadas célticas. Al oeste del Rin, por ejemplo, estaban las tribus celtas que habitaban una región llamada *Gallia* por los romanos y Galia por nosotros.

A medida que los germanos se desplazaban al oeste y al sur, deben de haber oído hablar cada vez más de las ricas y maravillosas tierras del sur. Por el 150 a. C., la gran civilización de los griegos estaba en decadencia, pero Italia estaba aumentando rápidamente en poder y riqueza. La ciudad de Roma, en Italia central, estaba imponiendo afanosamente su dominación sobre toda la región mediterránea^[1].

El sur debe de haberles parecido incalculablemente rico a los germanos..., un maravilloso lugar para un posible botín. La atracción del sur se combinó con

tiempos excepcionalmente duros en el norte, pues en lo que es ahora Dinamarca, la superpoblación crónica había empeorado a causa de los daños producidos por tormentas e inundaciones.

Hordas de hombres, mujeres y niños de las tribus empezaron a marchar hacia el sur en cantidades sin precedentes, en 115 a. C. Los romanos llamaron luego a esas hordas los *cimbrios*. (La península danesa que llamamos Jutlandia todavía lleva el nombre más antiguo de península Cimbria).

En el curso de su migración hacia el sur, empezaron a unirse a los cimbrios otras tribus, llamadas los *teutones* por los romanos. Este nombre tribal particular más tarde fue aplicado a todos los germanos, por lo que podemos llamarlos los teutones o los pueblos teutónicos. También podemos hablar de las lenguas teutónicas, que incluyen a todas las habladas por aquellos antiguos germanos: el inglés es una de ellas.

(Dicho sea de paso, no es en modo alguno seguro que los cimbrios y los teutones —pese al nombre de éstos— fuesen realmente germanos. Aunque ésta es la creencia tradicional, muchos historiadores modernos piensan que eran celtas, en parte o hasta en su totalidad).

No es muy probable que los cimbrios migrantes fueran en realidad una hueste formidable. Entre ellos escaseaba el metal, por lo que no llevaban armadura y tenían unas pocas espadas cortas. Sus armas eran muy inferiores a las romanas. Además, carecían de disciplina o de toda idea de una táctica ordenada.

Su única esperanza de vencer a los romanos era cogerlos por sorpresa y caer sobre ellos como el rayo con feroces alaridos, a la espera de que el primer choque los desorganizase y los hiciese echar a correr.

Esto ocurrió muy a menudo. En primer lugar, las tribus constituían una hueste numerosa, pues todos luchaban, mujeres y niños crecidos tanto como los hombres. Además, los germanos tenían un aspecto temible, con sus largos cabellos desgreñados y sus vestimentas primitivas. También eran altos, mucho más altos y fuertes, individualmente, que los hombres de las tierras mediterráneas.

Las tropas romanas podían haber vencido fácilmente a las hordas bárbaras, si se hubiesen mantenido firmes y conservado su sangre fría; pero muy a menudo rompían filas y echaban a correr al primer ataque. Entonces era fácil para las tribus eliminar uno a uno a los soldados que corrían y hacer una matanza con ellos.

Los rumores de la marcha hacia el sur de los cimbrios los precedieron y, como sucede casi siempre con los rumores, fueron exagerados al propagarse. Se decía que los cimbrios eran medio millón o más; su altura, su fuerza y su ferocidad eran descritas en términos superlativos. El ejército romano enviado al norte para enfrentarse con ellos del otro lado de los Alpes oyó esos cuentos y

quedó aterrorizado y semiderrotado ya antes de tomar contacto con ellos.

Los cimbrios lucharon con ese ejército el 113 a. C. y lo destruyeron fácilmente. Ahora tenían ante ellos los Alpes, indefensos. Pero los hombres simples de las tribus no tenían ideas claras sobre geografía. ¿Para qué trepar por esos picos elevados, si podían virar hacia el oeste y bordear la cadena montañosa? Se dirigieron, entonces, a la Galia.

Tres batallas distintas entre los cimbrios y los romanos tuvieron lugar en la Galia, y los romanos las perdieron todas. En 105 a. C., toda Roma era presa absoluta del pánico. En las heroicas guerras de los dos siglos anteriores, habían derrotado casi a todas las naciones importantes que rodeaban al Mediterráneo, pero ante esos bárbaros mal armados parecían inermes.

Indudablemente, si los cimbrios hubiesen marchado entonces sobre Italia, hubiesen obtenido un botín que habría superado sus más alocados sueños y podía haber cambiado la historia del mundo. Pero, nuevamente, una dirección les parecía lo mismo que otra y, afortunadamente para los romanos, avanzaron más al oeste y penetraron en España, donde combatieron con pueblos celtas que no eran mucho menos primitivos que ellos.

Esto dio tiempo a Roma, y apareció el hombre apropiado para la ocasión. Era un soldado rudo y prácticamente analfabeto llamado Cayo Mario. Se convirtió en dictador de Roma y se puso a trabajar a fin de forjar un ejército y prepararlo para que resistiese con firmeza el embate de los bárbaros.

En 102 a. C., cuando los bárbaros retornaron de España y finalmente parecían dispuestos a invadir Italia, Mario estaba preparado para enfrentarse a ellos. Los bárbaros avanzaron en dos contingentes, uno de los cuales fue exterminado casi hasta el último hombre en el sur de la Galia. El otro logró abrirse camino hasta Italia, pero en el 101 a. C. fue aniquilado en el valle del Po.

La amenaza desapareció totalmente y Roma experimentó una espasmódica alegría. Por el momento, Mario fue su niño mimado. Quizá nadie por entonces podía prever que esas batallas entre romanos y bárbaros sólo fueran el primer episodio de una guerra que duraría muchos siglos.

La recuperación germana.

Por un tiempo, las tribus germánicas permanecieron quietas al este del Rin y el norte de los Alpes. Pero la presión demográfica continuó subiendo. Si Roma era demasiado difícil, había botines más fáciles en el oeste. Cautelosamente, los germanos se desplazaron a la Galia.

Conducía la invasión una tribu que vivía en la región sudoccidental de los territorios germánicos. Los alemanes modernos los llaman *Schwaben*, pero los romanos los llamaban *suevi*, y para nosotros son los suevos.

Una generación después de la derrota de los cimbrios, un caudillo germano a quien los romanos llamaban Ariovisto gobernaba a los suevos. Ya en el 71 a. C. empezó a realizar incursiones en el oeste cruzando el Rin, y llegó a dominar una parte cada vez mayor del territorio galo. Parecía haber muy buenas razones para suponer que toda la Galia caería bajo su dominio, pero entonces intervino Roma. El 58 a. C. un ejército romano marchó a la Galia bajo el mando del más grande general que iban a tener jamás los romanos: Julio César.

Durante breve tiempo, romanos y germanos se enfrentaron nuevamente en una disputa por la Galia, pero nadie por entonces podía derrotar a César. Obligó a las fuerzas germanas a atravesar el Rin y luego lo cruzó él mismo, para marchar por territorio germano en dos incursiones distintas como demostración de fuerza, aunque se abstuvo cuidadosamente de obligar a Ariovisto a librar una batalla campal en territorio germano.

La Galia se convirtió en una provincia romana, y ahora las tribus germanas tuvieron que enfrentarse con Roma no sólo al sur, sino también al oeste.

Pero Roma no parecía dispuesta a detenerse. César fue asesinado en 44 a. C., pero más tarde su sobrino nieto se adueñó del poder en Roma, creó el Imperio Romano y lo gobernó con el título de Augusto^[2]. El hijastro de Augusto, Druso, condujo un ejército a través del Rin en 12 a. C., y en el 9 a. C. llegó al Elba, a 400 kilómetros al Este. Durante veinte años, los romanos permanecieron entre esos dos ríos, aquietando gradualmente el país e introduciendo en él las costumbres romanas.

Por un tiempo pareció que Germania, como la Galia, podría ser incorporada a la civilización romana pero los germanos reaccionaron y se recuperaron. Hallaron un jefe en un joven guerrero, Arminio (forma latina del nombre germánico Hermann). Aprendió latín, se romanizó y hasta obtuvo la ciudadanía romana, pero siguió siendo un germano en su corazón.

En el 9 d. C.^[3], atrajo a la profundidad de los bosques al general romano que había sucedido a Druso como gobernante de la provincia. Allí lanzó un repentino ataque y, en tres días, fueron totalmente destruidas tres legiones romanas. El resto de las fuerzas romanas tuvo que retroceder. Trataron de resistir en la línea costera del mar del Norte, pero hasta de allí luego tuvieron que retirarse al oeste del Rin, que fue la frontera romanogermánica durante más de cuatro siglos. Roma no hizo ningún intento ulterior de conquistar y civilizar a los germanos, cosa que finalmente redundó en perjuicio de los romanos, también de los germanos y, quizá, de todo el mundo.

Los germanos, como es natural, eran de particular interés para los romanos. Otras tribus bárbaras habían sido conquistadas y absorbidas en España, Galia y hasta Britania. Pero los germanos habían mantenido su independencia y habían infligido derrotas a los romanos. De ahí la curiosidad de los romanos por ellos.

Casi un siglo después de la derrota romana frente a Arminio, un historiador

llamado Cornelio Tácito parece haber viajado por Europa. Tal vez visitó Germania o habló con gente que la había visitado. Al menos, al retornar a su país publicó un breve libro sobre los germanos, en el año 98. Ese libro, de sólo unas cincuenta páginas, es nuestra fuente principal sobre los germanos del período romano.

Por entonces, los germanos habían adoptado un modo agrícola de vida. Tácito los describe como hombres altos, vigorosos y guerreros, que se deleitaban en la caza, fieros y crueles, pero honrados y hospitalarios. Es difícil saber exactamente hasta qué punto puede confiarse en las descripciones de Tácito de las costumbres y el gobierno de los germanos, pues no era un observador imparcial. Era un crítico severo de la sociedad romana de su tiempo, a la que juzgaba decadente y viciosa. Por ello, usó a los germanos como ejemplo de «nobles salvajes», con todas las virtudes viriles de que carecían los romanos. Hablaba de su independencia de espíritu, de su amor a la libertad, del modo en que educaban a sus niños en el valor y el uso de las armas, de la manera en que sus reyes eran elegidos por bandas de guerreros y de cómo los caudillos de renombre reunían seguidores a su alrededor. Algunos han tratado de rastrear los conceptos posteriores del feudalismo y la democracia en las costumbres tribales germanas, pero en la medida en que debemos basarnos en Tácito no podemos estar realmente seguros de cuál era la realidad y que era sólo una conveniente lección moral para su público romano.

Tácito advertía que el vigor y la independencia del pueblo germánico eran una amenaza para una Roma reblandecida y en decadencia, y en esto, al menos, tenía mucha razón. Sin duda, Roma todavía era fuerte en tiempos de Tácito, pues empezaba a gobernarla un linaje de emperadores fuertes y capaces. En el reinado del último de ellos, Marco Aurelio, los problemas empezaron a aumentar.

Se libraba una guerra en el Este, y aunque los romanos obtuvieron la victoria, los soldados llevaron con ellos de vuelta una peste mortal que asoló todo el Imperio en el 166, y lo debilitó en forma permanente. Debe de haber penetrado también en Germania, pero la concentración de la población era allí menor y seguramente se difundió con mayor dificultad y, por ende, causó menos daños, proporcionalmente.

Una tribu germana del sur de Germania, llamada los marcomanos por los romanos, aprovechó la confusión romana bajo los golpes de la peste para cruzar el Danubio y marchar hacia el sur. Marco Aurelio pasó el resto de su reinado combatiéndolos. En verdad, murió cerca de la ciudad ahora llamada Viena mientras aún estaba en guerra con ellos.

La firme resistencia de Marco Aurelio obligó a los marcomanos a cruzar de vuelta el Danubio y logró mantener el Imperio. Pero desde ese momento no hubo ya posibilidades de paz. Los pueblos germánicos estuvieron constantemente alerta, vigilando al Imperio Romano a través del Rin y el Danubio, observando,

esperando y golpeando al primer signo de debilidad.

Tampoco importaba cuántas veces fueran derrotados, pues les bastaba retirarse a los bosques, adonde los fatigados romanos no osaban seguirlos y donde podían reanudar su vigilancia para el siguiente momento propicio.

Peor aún, los romanos estaban perdiendo una de sus mayores ventajas. Hasta la época de Marco Aurelio, los germanos habían estado divididos en un gran número de tribus mutuamente hostiles. Hasta cuando una de las tribus atacaba a Roma, siempre era posible sobornar a las otras tribus para que permanecieran neutrales o aun para que luchasen del lado romano.

Pero ahora las tribus germánicas estaban empezando a formar confederaciones y a constituir uniones más grandes y formidables. Los marcomanos se unieron a una laxa confederación de tribus del sur y el suroeste de Germania. Eran llamados los «alemanni» por los romanos, nombre que claramente proviene de la expresión germánica que significaba « todos los hombres ». Al parecer, los alemanni esperaban formar una Germania totalmente unida, algo que nunca llegó a ocurrir en tiempos antiguos. (El nombre se conserva en la palabra francesa « Allemagne » y la española « Alemania »).

Los alemanes, como los llamamos en castellano, presionaron sobre la Galia en 233, cuando el emperador romano del momento, Alejandro Severo, se hallaba ausente en el lejano este, en otra de las muchas guerras que se libraron en esa región. Cuando Alejandro retornó, trató de rechazarlos y fracasó. Luego trató de sobornarlos para que abandonasen el territorio romano, y sus soldados usaron esto como excusa para asesinarlo.

Así se inició un período de cincuenta años de anarquía en Roma, durante el cual pareció que el Imperio se desmembraría para siempre y que grandes partes de él caerían en poder de los germanos. Fue en ese momento cuando apareció en el escenario una de las más famosas de todas las tribus germánicas, los godos.

La recuperación romana.

Los godos parecen haber sido oriundos de lo que es hoy el sur de Suecia. El nombre quizá signifique « los buenos » y, por supuesto, los godos lo aplicaban a sí mismos. En general, la gente tiene una elevada idea de sus propias cualidades.

En la época de Tácito, grupos de godos habían migrado al norte de Germania cruzando el Báltico. Esto quizás haya iniciado una especie de movimiento de dominó, pues los godos tal vez desplazaron a los pueblos que ya vivían allí, quienes se dirigirían hacia el sur, desplazando a su vez a otros, hasta que en la parte más meridional de Germania los marcomanos se sentirían presionados para invadir Roma en la primera oportunidad.

Los godos siguieron desplazándose hacia el sur y el este, saliendo de la

Germania propiamente dicha para ocupar las tierras en las que vivían los pueblos, menos guerreros, letones y eslavos. Remontaron el río Vístula y descendieron por el Dniester (a través de la actual Polonia y el sudoeste de Rusia) hasta llegar a las tierras situadas al norte y al noroeste del mar Negro, adecuadas para la agricultura. (Hoy engloban los fértiles campos de Ucrania y Besarabia).

Los godos se encontraron entonces en las fronteras nororientales del agitado Imperio Romano.

Los romanos habían avanzado hasta el norte del Danubio y ocupado Dacia (la moderna Rumanía) siglo y medio antes, no mucho después de la época de Tácito. Pero la dominación de Dacia fue floja e insegura. Los godos hacían repetidas correrías por ella, y obtenían un buen botín. Hasta construyeron barcos, se lanzaron al mar Negro y navegaron a través de él para asolar las costas de Asia Menor y los Balcanes.

Todas las fronteras de Roma se estaban derrumbando, y hubo una serie de emperadores de corta vida que pudieron hacer poco para impedirlo. Sus más duros esfuerzos sólo sirvieron para empeorar las cosas, al parecer. El 248 Decio fue elegido emperador, quien se apresuró a hacer frente a los godos, que estaban devastando las provincias del sur del Danubio. Pese a sus esfuerzos, fue derrotado y muerto el 251; fue el primer emperador romano que murió en batalla.

Pero Roma resistió y las nubes parecieron empezar a disiparse, aunque lentamente, en el 268, cuando Claudio II subió al trono.

Por entonces, la amenaza goda había empeorado. Una gran flota que transportaba a muchos godos atravesó el mar Negro y el Bósforo para penetrar en el Egeo. Desembarcaron en el norte de Grecia y avanzaron tierra adentro hasta Naissus (la moderna Nish). El este europeo nunca había estado tan cerca de la catástrofe.

Claudio II, sin embargo, se enfrentó a los godos en Naissus, y después de una larga y sangrienta batalla, los derrotó totalmente. Claudio adoptó orgullosamente el nombre de Gótico como título honorífico, pero su triunfo le duró poco. Al año siguiente murió víctima de la peste.

Su sucesor, Aureliano, fue otro emperador capaz que hizo mucho para restaurar la integridad del Imperio. Pero comprendió que Dacia, al menos, no podía ser conservada, y esta provincia fue abandonada para siempre. Los godos rápidamente se apoderaron de ella. Sin embargo, durante un siglo fueron mantenidos firmemente del otro lado de las márgenes del Danubio.

Pero al norte de ese río había espacio suficiente. En verdad, los godos formaron ahora dos reinos: uno oriental, al norte del mar Negro, en lo que es ahora Ucrania; y otro occidental, al oeste del mar Negro, en Dacia.

Las tribus asentadas al norte del mar Negro se llamaban los ostrogodos; las del oeste del mar Negro, los visigodos. Parece natural interpretar esos nombres

como «godos del Este» y «godos del Oeste», pero al parecer no es éste su verdadero origen. La conjetura actual más apropiada es que «ostrogodo» significa «godo espléndido», y «visigodo», «godo noble». No había límite, aparentemente, a la elevada opinión que los godos tenían de sí mismos.

Este territorio, desde luego, no estaba ocupado exclusivamente por los godos. La masa de la población consistía en oprimidos y sufridos campesinos eslavos. Los godos eran una aristocracia dominante minoritaria que constituía una casta guerrera. Fue el primer caso de algo que iba a ser común en toda una serie de reinos germánicos surgidos fuera de Germania en los cinco siglos siguientes.

Mientras los godos se expandían por el este, un nuevo grupo de tribus germánicas apareció a lo largo del Rin. Se llamaban los francos. Hay varias teorías sobre el origen de ese nombre. Puede significar «libres», «lanzas» o «valientes». Cualquiera que fuese el significado, claro está, los francos se elogiaban a sí mismos.

Durante el período de la anarquía romana, los francos y los alemanes atacaron separadamente a la Galia y la devastaron, pese a la derrota que les infligió el emperador romano Probo en 276.

En 284, terminó finalmente el período de anarquía. Surgió un nuevo emperador, Diocleciano, quien reorganizó política, económica y militarmente al Imperio. Lo hizo a costa de grandes esfuerzos, y Roma se tambaleó en vez de resurgir.

Pero se mantuvo en pie, por penosamente que fuera, y los bárbaros fueron rechazados... temporalmente.

Por un tiempo, la recuperación romana pareció cada vez más brillante y espléndida. En el 300, otro emperador fuerte, Constantino I, estableció en el Bósforo una nueva gran capital que llamó Constantinopla, según su propio nombre. A muchos debió de haberles parecido que el Imperio era eterno; sin embargo se hallaba en un avanzado estado de decadencia interna. Su economía se debilitaba constantemente y su población se desmoralizaba en forma creciente. Peor aun, la guerra civil atormentaba al Imperio.

Diocleciano había tratado de aligerar la carga del Imperio nombrando dos coemperadores, uno en el Este y otro en el Oeste. En teoría, gobernaban un solo Imperio, pero a partir de ese momento los historiadores empiezan a hablar del Imperio Romano de Oriente y el Imperio Romano de Occidente. El Imperio Oriental era, con mucho, el más rico, más culto y más populoso de los dos.

Tal división del Imperio fue adecuada mientras funcionó, pero no ocurrió esto siempre. A menudo los coemperadores y sus futuros herederos intrigaban unos contra otros y usaban sus ejércitos para atacarse mutuamente. Para empeorar aún más las cosas, estaba en el este el Imperio Persa, rival del Imperio Romano. La guerra con Persia a veces se atenuó mucho, pero nunca desapareció totalmente.

Los germanos sólo tenían que seguir esperando.

Después de la muerte de Constantino, el Imperio pasó por un periodo de guerra civil. Aun después de ser reunificado bajo Constancio II, un hijo de Constantino, siguió envuelto en una larga y, en gran medida, fracasada guerra con Persia. Las regiones occidentales fueron descuidadas, y en el 355 los francos y los alemanes irrumpían en la Galia nuevamente.

Constancio envió a la Galia a un primo suyo, Juliano. El joven era un sabio sin experiencia militar y su ejército era completamente inadecuado. Para sorpresa de todos, reveló una inesperada capacidad para la guerra.

Hábilmente, superó en estrategia a las torpes fuerzas germanas, retomó ciudades e infligió a los germanos considerable daño. Finalmente, en el 357, se enfrentó con un gran ejército germano en el Rin superior, cerca de la actual ciudad de Estrasburgo. Los germanos superaban en número a los romanos en tres a uno y Juliano parece haber vacilado en atacar, hasta que fue impelido a la batalla por la ansiedad de sus propias tropas. La disciplina y el orden romanos prevalecieron sobre la superioridad numérica de los germanos y, con escasas pérdidas, Juliano infligió una tremenda derrota al enemigo.



Situación a la muerte del emperador Juliano (362 d.C.)

En los tres años siguientes, Juliano condujo su ejército al otro lado del Rin e hizo tres incursiones por la misma Germania. Derrotó y humilló totalmente a las tribus. Para sus hombres, era Julio César redivivo.

Cuando el emperador Constancio, cada vez más celoso, trató de debilitar a Juliano retirándole algunas de sus tropas, los soldados, llenos de excitación, proclamaron emperador a su general. Estaba por comenzar otra guerra civil, pero Constancio murió antes de poder presentar batalla, y Juliano, después de un breve reinado, murió en una campaña contra Persia.

El cristianismo.

No debemos pensar que el contacto entre romanos y germanos no fue más que una larga batalla entre la civilización y la barbarie, entre la luz y la oscuridad. Hubo intervalos de paz durante los cuales se expandieron la comunicación y el comercio entre los dos pueblos, y hasta la amistad. Los germanos migraron al Imperio, donde fueron bien recibidos como soldados mercenarios. Era cada vez más difícil reclutar civiles romanos para el ejército. Largos siglos de paz los habían despojado de aptitudes para la guerra y se sentían a disgusto y desdichados con la dura vida militar.

Los germanos, en cambio, fuertes y habituados a las penurias, hallaron la vida en el ejército romano mejor que aquella a la que estaban acostumbrados. Se alimentaban mejor que antes y tenían todas las comodidades materiales. Además, en el curso de las numerosas guerras civiles, tenían grandes oportunidades de obtener mujeres y botín.

En verdad, cuando Juliano combatió a los francos, su propio ejército estaba formado en gran medida por mercenarios germanos, de modo que no fue una lucha de romanos contra germanos, en modo alguno. Fue en buena parte un combate de germanos contra germanos.

Juliano llevó esta tendencia un poco más allá al permitir a varios grupos de germanos asentarse en la Galia poco después de su gran victoria sobre ellos en Estrasburgo, a condición de que prestaran servicios en el ejército romano. Fue un precedente que resultó desastroso para Roma.

En resumen, la diferencia entre romanos y germanos empezó a desdibujarse. El Imperio Romano estaba empezando a tener una coloración germánica a todo lo largo de su borde septentrional. A su vez, los germanos lentamente empezaron a adoptar costumbres romanas, por el comercio y el retorno de compatriotas que habían servido a los romanos y vivido entre ellos. Lo más importante de todo era que los germanos comenzaron a adoptar una religión romana.

En tiempos de Augusto, surgió una nueva religión, el cristianismo. Se inició como secta judía disidente, pero rápidamente se convirtió en un modo de

pensamiento aceptable para los que no eran judíos. Poco a poco, pese a periódicas persecuciones, fue adquiriendo poder en Roma. En el 300, tal vez un cuarto de la población romana era cristiana o tenía simpatías cristianas. Los cristianos aún eran una minoría, pero una minoría fervorosa y ruidosa. La mayoría pagana era en gran medida indiferente y apática, y perdía importancia constantemente.

El emperador Constantino I, que era un político astuto, lo comprendió claramente. Volcó sus simpatías al cristianismo y al final de su reinado era prácticamente la religión oficial del Imperio Romano.

Pero puesto que el cristianismo se consideraba una religión universal, no se limitó a los dominios romanos. Había cristianos en Armenia y Persia, al este del Imperio, y hasta se realizaron intentos de convertir a los bárbaros germanos.

Un goda llamado Ulfilas (forma latina del nombre goda Wulfila, o « cachorro de lobo »), que visitó Constantinopla el 332, se convirtió al cristianismo. Cuando retornó a su patria, se dedicó incansablemente a predicar el cristianismo a los godos e hizo algunos conversos.

Para sus fines, Ulfilas inventó un alfabeto y creó una forma de escritura gótica. Hizo una traducción de la Biblia al gótico (suprimiendo algunos pasajes con descripciones bélicas, con el argumento de que los godos no necesitaban estímulo en ese aspecto). Pequeños fragmentos de esa traducción subsisten aún y son prácticamente los únicos testimonios que poseemos sobre la lengua gótica, ahora extinguida.

El progreso de Ulfilas fue lento, pero puso los cimientos. Mientras los germanos permanecieron fuera del Imperio, siguieron siendo paganos en su abrumadora mayoría. Pero conocían el cristianismo, estaban inoculados de él, por así decir, y cuando las tribus finalmente irrumpieron en el Imperio, pronto adoptaron la religión imperial.

Con el tiempo, el cristianismo tuvo tanto éxito que borró la mayor parte de los signos del pasado pagano de los germanos. Es poco lo que queda de ellos. La literatura islandesa (en Islandia el cristianismo sólo obtuvo la victoria después del año 1000) conserva algunos de los mitos nórdicos y sagas, que carecen de la gracia de los mitos griegos, más conocidos, y reflejan el ambiente más duro del norte.

Los nombres de algunos de los dioses y diosas —Odín (o Wotan), el principal de los dioses; Thor, dios de la tormenta y el trueno; Freya, la diosa del amor y la belleza— aún viven en los nombres ingleses de los días de la semana (*Tuesday* [martes], *Wednesday* [miércoles], *Thursday* [jueves] y *Friday* [viernes]). Aún leemos los dramáticos cuentos sobre el martillo perdido de Thor, la malvada progenie de Loke —incluida su hija Hel, quien gobernaba el mundo subterráneo y nos ha dado su nombre [*Hell* significa « infierno » en inglés]—, sobre la muerte de Balder, etc.

Esos dioses eran mortales y existe un detallado relato de su muerte en la gran batalla final contra los gigantes y las otras fuerzas del mal. Ese relato está entrelazado con el cuento de Sigurd, o Sigfrido, más conocido hoy en la versión del músico alemán Richard Wagner, quien escribió sobre el tema cuatro óperas relacionadas entre sí, en la década de 1850.

La más antigua obra existente de la literatura germánica es el *Beowulf*. Comúnmente es considerado un clásico inglés, porque el único manuscrito existente de tiempos primitivos es una versión anglosajona. Dicho manuscrito se remonta al 1000, pero contiene una versión que quizá haya sido puesta por escrito ya en el 700.

El escenario del poema épico es Dinamarca, y el héroe, Beowulf, pertenece a una tribu sueca, de modo que la historia original bien puede remontarse a épocas muy antiguas, antes de que la migración al sur alterase el primitivo modo de vida germánico. Hay una leve capa cristiana en las versiones que nos han llegado, pero es muy superficial. El poema es esencialmente pagano.

Algunas de las creencias paganas de los germanos viven todavía hoy y se hallan tan entrelazadas en la trama de nuestras vidas que pocos se percatan de que son restos de un pasado precristiano. En verdad, algunas han penetrado hasta el corazón mismo de las costumbres religiosas cristianas. ¿Qué sería la Navidad sin el árbol de Navidad, que es de origen completamente pagano? Lo mismo ocurre con el muérdago y el tronco de leña que se quema en Nochebuena o el bizcocho con forma de leño que suele comerse en la misma fecha. (La misma palabra *yule*^[4] proviene del nombre de diciembre en gótico).

Pero hubo una pega importante en la conversión de los germanos.

Existieron muchas variedades de cristianismo, y en tiempos de Ulfilas había dos sectas principales. Una de ellas, originalmente predicada por un sacerdote llamado Arrio (y llamada, por ende, arrianismo), subrayaba la suprema importancia de Dios. Jesús era considerado como un ser humano, un ser creado subordinado a Dios. La otra concepción era que Dios, Jesús y el Espíritu Santo constituían tres aspectos completamente iguales (una «trinidad») de un solo Ser. Esta última concepción fue la adoptada por una gran asamblea de obispos y, por lo tanto, era considerada la doctrina oficial de la Iglesia «universal». Quienes creían en ella fueron llamados «católicos», por la palabra griega que significa «universal».

Aunque el punto de vista católico era el oficial, los arrianos defendieron su posición durante todo el siglo IV. Había una profunda hostilidad entre las dos sectas y, a veces, feroces persecuciones mutuas.

Ocurrió que Ulfilas se convirtió a la versión arriana y, por consiguiente, predicó a los godos el cristianismo arriano. Los godos se convirtieron al arrianismo y, en siglos posteriores, a él se convirtieron también otras tribus germánicas. A medida que el arrianismo estuvo cada vez más asociado a los

germanos, perdió popularidad en forma creciente entre los romanos, quienes poco a poco se hicieron casi unánimemente católicos.

Esta conversión de los germanos al arrianismo quizá no tuvo origen solamente en el hecho accidental de que Ulfilas fuese un arriano. Las tribus germánicas, que vivían bajo una forma primitiva de monarquía en la que el rey era visible para todos y no tenía mucho más poder que sus guerreros, se inclinaban por una concepción de Jesús que no lo colocaba demasiado por encima de la gente. Concebían a Jesús como un líder tribal.

Los romanos, en cambio, estaban habituados a los emperadores, que estaban apartados de la vista de la mayoría y rodeados por un muro de rituales y ceremonias. Se los miraba casi como más que humanos, y, en verdad, en tiempos paganos se los había considerado divinos. Los romanos, pues, estaban más dispuestos que los germanos a concebir a Jesús como un emperador divino y como Gobernante Imperial del Universo, y no como un pequeño rey.

Pero sean cuales fueren las causas, la conversión de los germanos al cristianismo contribuyó a distinguirlos de los romanos. Estaban divididos, y no unidos, por una religión común, y esto, como veremos, fue una cuestión de primera importancia para la historia posterior de Europa.

Los hunos.

Es imaginable que la amalgama europea hubiese continuado desarrollándose después del reinado de Juliano. La cultura y la religión romana podían haber fluido cada vez más a Germania, mientras los mercenarios germanos entraban en el Imperio. Podía haberse producido una lenta fusión de los dos grupos y, con el tiempo, Europa se habría convertido en una especie de mezcla romanogermánica mediante una desaparición más o menos pacífica de las diferencias.

Quizá fuesen pequeñas las probabilidades de que esto ocurriese, pero aun para que se realizasen esas pequeñas probabilidades, Europa tenía que mantenerse libre de influencias externas.

Pero no fue así. Europa no es una isla, sino una gran península que sobresale del borde occidental de la enorme masa terrestre de Asia. Ésta era por entonces, y lo es aún hoy, la gran reserva de población de la raza humana. Sus partes centrales son prados semiáridos que dan sustento a los robustos pastores nómadas de lenguas altaicas, como el turco y el mongol.

Al igual que los germanos, los nómadas de Asia Central tendían a emigrar siempre que la población aumentaba más allá de la capacidad de sustento de la tierra o cuando una serie de años de sequía disminuía repentinamente esa capacidad. La región civilizada más próxima que podía ser saqueada con

provecho era la rica y extensa tierra de China, en el este de Asia.

China, cansada de rechazar a los invasores, a quienes los chinos llamaban *Hsiungnu*, construyó la Gran Muralla algún tiempo antes del 200 a. C. Era una enorme y bien guarnecida barrera que se extendía por miles de kilómetros a lo largo de las fronteras septentrionales del territorio. Mejoró las defensas chinas e impidió muchas correrías, pero (como todas las defensas pasivas) a veces falló en momentos decisivos.

Cuando China pasaba por un período de vigor y cuando sus defensas se mantenían, ello redundaba en perjuicio del Asia Occidental, pues entonces los *Hsiungnu* y otras tribus altaicas, al fracasar sus embestidas contra la Gran Muralla, se dirigían al oeste.

En el siglo IV, se produjo uno de tales vuelcos hacia el oeste, el mayor que había contemplado hasta entonces la Europa civilizada. Alrededor de 370, las hordas de los *Hsiungnu* (llamados *hunni* por los romanos y «hunos» por nosotros) irrumpieron desde el Asia Central. Intentaron penetrar en la India, tan rica y populosa como China, pero esa región tenía una muralla natural en el Himalaya, cadena montañosa infinitamente más eficaz que cualquier muralla de albañilería que pudiese construir el hombre.

Se dirigieron otra vez al oeste, donde no había obras de albañilería ni montañas que pudiesen detenerlos y donde las tribus asiáticas occidentales sólo podían ofrecer una resistencia despreciable. En poco tiempo, se encontraron sobre la frontera oriental del gran reino ostrogodo.

Los ostrogodos se habían expandido hacia el norte bajo el más grande de sus primitivos reyes, Ermanarico. Extendió sus ejércitos y su dominación al noroeste, hasta el Báltico, y al este, hasta el río Don. Todo lo que es hoy el este de Alemania, Polonia, Lituania, Bielorrusia y Ucrania pertenecía a los ostrogodos.

La leyenda hizo de Ermanarico un tirano cruel y sangriento que llegó a una edad fenomenal, 110 años según algunos. No debemos tomar esto literalmente, pero bien puede haber llegado a los setenta. En esa época de vidas breves y muertes prematuras en batallas, todo el que llegase a la vejez era, en verdad, un fenómeno.

En realidad, la expansión ostrogoda tuvo un efecto debilitante. Parece impresionante en un mapa y quizá haya llenado de orgullo los pechos ostrogodos el derrotar a bandas vagabundas de campesinos pobremente armados, pero no aumentó el número de la casta guerrera. El ejército ostrogodo, que no era ahora más fuerte que antes, se expandió de forma dispersa por un gran territorio que contenía mudas hordas de súbditos sufrientes que esperaban a un invasor — cualquier invasor — que derrotase a sus arrogantes amos. (Casi invariablemente, el nuevo invasor resultaba ser tan malo como el antiguo, pero esto nunca era tomado en cuenta de antemano).

La aristocracia ostrogoda, como otros grupos sociales del mismo género que

aparecieron después, carecía de raíces firmes en la población. Esto hacía que pudiese ser derrotada fácilmente y reemplazada por otra casta guerrera. De este modo, podía parecer que se destruía y se hacía desaparecer de la historia a un reino entero.

Pero esto es una ilusión. La verdadera población, los millones de campesinos esclavizados, estaban allí antes de que llegasen las bandas guerreras (germanas u otras), permanecieron allí bajo esas bandas y permanecen aún después de que las bandas desaparecieron. Los «reinos» que surgen de la nada y luego desaparecen repentinamente sólo son los nombres que damos a las aristocracias temporales y no representan en modo alguno a la población real, al menos en aquellos tiempos de migraciones tribales.

Naturalmente, siempre se produce alguna mezcla racial. La aristocracia dominante puede tomar a mujeres nativas como esposas o como amigas ocasionales. Algunos hombres de las clases inferiores pueden, mediante hazañas de guerra, conquistar un lugar en los rangos inferiores de la aristocracia. A veces, si una banda guerrera permanece en el lugar durante un tiempo suficientemente largo, la mezcla aumenta, y dominadores y dominados comienzan a identificarse como compatriotas, con un interés común contra los extranjeros.

Pero no hubo tiempo para una amalgama semejante en el caso de los ostrogodos, pues los hunos estaban a sus puertas y los orgullosos guerreros germánicos estaban a punto de verse desplazados.

Los ejércitos de griegos y romanos habían estado compuestos principalmente de soldados de a pie, y los romanos llevaron la organización de su infantería a un elevado nivel de versatilidad y excelencia. Las legiones romanas no tuvieron rival como fuerza de combate durante seis siglos.

Griegos y romanos también tenían caballería, y se podría pensar que un hombre a caballo podía derrotar a varios hombres de a pie, pues podía desplazarse con mayor rapidez, atacar con un efecto más feroz y retirarse ante un posible contraataque. Todo esto es cierto, pero se presenta el problema de mantener la estabilidad sobre el caballo. Los jinetes debían evitar un choque demasiado fuerte o un giro demasiado repentino, pues podían caerse del caballo. La caballería sólo podía ser usada con moderación, como apoyo de la infantería, que debía soportar lo más recio de la lucha.

Las bandas guerreras germánicas imitaron el estilo de combate romano lo mejor que pudieron. También ellas usaban la infantería como sostén principal, pero nunca eran tan disciplinados como los romanos, y éstos, cuando estaban bien dirigidos, comúnmente ganaban las batallas.

Pero he aquí que llegaron masivamente los hunos de Asia: pequeños y patizambos, individualmente no eran rivales para los altos y musculosos germanos. Ignoraban la agricultura y la guerra formal; eran nómadas y pastores que llegaron al oeste con sus familias, sus tiendas, sus ganados, en suma, con

todos sus bienes terrenales.

Llegaron a lomo de caballo. Cada uno de ellos cabalgaba un poney increíblemente robusto, tosco, peludo y feo, pero capaz de hacer cualquier cosa que se le exigiese. Y esos poneys estaban equipados con algo que los caballos europeos no tenían: estribos.

Siglos antes, los jinetes nómadas de las estepas habían inventado eficientes estribos de metal que colgaban de la silla de montar. Con cada pie metido en un estribo, el jinete se sentaba firmemente sobre el caballo, sin temor a caerse, a menos que el mismo caballo tropezara. Con los pies firmemente plantados, los jinetes podían descargar nubes de flechas con mortal puntería, podían girar y volverse, detenerse y lanzarse adelante; en resumen, podían maniobrar como ninguna caballería había logrado hacerlo antes.

Los hunos hacían eso a la perfección. Su velocidad de movimiento, sus ataques repentinos y sus retiradas igualmente repentinas que terminaban en otro ataque eran algo que los europeos no habían visto nunca. Ni siquiera los hábiles jinetes persas podían rivalizar con los hunos.

Y contra esos jinetes los ostrogodos sólo podían oponer sus soldados de infantería armados con lanzas, que fueron otros tantos blancos para las flechas. Los hunos sencillamente los arrollaron, casi sin saber lo que estaba ocurriendo, y el reino ostrogodo desapareció en un día. El viejo rey Ermanarico, que había llevado sus dominios a la cúspide de su poder, sufrió una completa derrota. No podía hacer más que suicidarse. En cuanto a los hunos, se apoderaron de las tierras, de los tributos y de las responsabilidades militares. El campesinado siguió en su lugar, sin poder alguno, y allí donde el reino ostrogodo había cubierto una gran extensión del mapa de Europa repentinamente apareció un reino huno.

Los ostrogodos que sobrevivieron y no lograron huir al oeste tuvieron que seguir sirviendo como guerreros —la única labor que conocían— y quedaron bajo el mando de oficiales hunos. Se convirtieron en parte del ejército huno y aprendieron a combatir a caballo.

Pero los hunos no se detuvieron. Llegaron hasta el río Dniester, que era la frontera entre ostrogodos y visigodos. Lo atravesaron, entraron en territorio de los visigodos y derrotaron a éstos como habían derrotado antes a sus primos orientales. Barrieron las llanuras de lo que es hoy Hungría, y en el 380 dominaban un ámbito que se extendía desde los Alpes hasta las costas orientales del mar Caspio. Permanecieron allí durante medio siglo, dominando a germanos y eslavos.

En un aspecto los visigodos poseían una ventaja sobre los ostrogodos. El reino visigodo, en lo que había sido Dacia, limitaba con el poderoso Imperio Romano, que estaba al otro lado del Danubio inferior. En el 375, con los hunos a sus espaldas, unos ochenta mil visigodos pidieron humildemente permiso para entrar en el Imperio como refugiados.

Los funcionarios romanos tenían varias opciones. Podían negar fríamente el permiso y dejar que los visigodos fuesen destrozados o esclavizados por los hunos que los perseguían. También hubieran podido permitir la entrada a los visigodos y alistarlos en el ejército romano, donde, si se los trataba bien, podían haber sido soldados leales.

Los romanos no hicieron ninguna de las dos cosas. Mostraron un corazón suficientemente blando como para permitir entrar a los visigodos, y luego un corazón suficientemente duro como para maltratarlos. Los romanos desarmaron a los visigodos, retuvieron a sus hijos como rehenes, se mofaron de ellos como cobardes que habían huido ante los hunos y luego trataron de arruinarlos vendiéndoles alimentos a precios exorbitantes.

Esto podía no haber sido tan peligroso si los romanos hubiesen desarmado totalmente a los visigodos, pero también en este aspecto actuaron chapuceramente. Los encolerizados visigodos hallaron armas suficientes para volverse contra sus torturadores y saquearon la provincia en busca de alimentos y más armas. Antes de que los romanos se percatasen de lo que ocurría, se encontraron con que habían permitido la entrada, no a una banda de fugitivos, sino a un ejército hostil.

A la sazón, el emperador romano de Oriente era Valente, hombre no muy capaz e impulsivo. Podía haber esperado los refuerzos que le enviaba el joven emperador de Occidente, Graciano, pero Valente estaba seguro de que no tendría ningún problema y se lanzó al combate. Tal vez ansiaba convertirse en un nuevo «Gótico».

Pero los visigodos ya no eran los godos de antaño. Habían aprendido algo importante del enemigo huno: el valor de los fuertes estribos de metal. Se habían apoderado de caballos y organizaron una caballería. Incluso contaban en sus fuerzas con hunos que habían cruzado el Danubio para unirse al bando visigodo.

Desgraciadamente para los visigodos, su caballería estaba lejos, en busca de forraje, cuando el ejército romano se aproximó a la hueste rebelde en Adrianópolis, a sólo ciento sesenta kilómetros al este de Constantinopla. El jefe visigodo, Fritigerno, no podía luchar contra los legionarios con sus soldados de infantería solamente, de modo que buscó postergar la batalla. El único modo de poder hacerlo era ofrecer su rendición, mientras enviaba mensajeros con la orden de que su caballería volviese apresuradamente.

Valente estaba totalmente dispuesto a aceptar la rendición e impuso duros términos. Fritigerno los aceptó, pero planteó algunos detalles y arguyó incansablemente sobre ellos. Durante varias horas, los soldados romanos permanecieron de pie, armados e impacientes, bajo un cálido sol y sin agua, mientras los jefes hablaban, hablaban y hablaban. Fritigerno observaba ansiosamente el horizonte a la espera de que apareciese la nube de jinetes.

Finalmente, algunos de los furiosos romanos empezaron a luchar sin esperar

órdenes pero apenas había empezado la batalla cuando la caballería gótica irrumpió en el escenario y cayó sobre las sorprendidas legiones. Ya cansados y desalentados, los romanos ofrecieron escasa resistencia. Al tratar de alejarse de los jinetes visigodos, su formación quedó en un total desorden y se convirtieron en una muchedumbre amorfa que fue despedazada. El ejército fue aniquilado, y el mismo Valente halló la muerte.

La batalla de Adrianópolis fue un suceso fundamental en la historia. Constituyó la primera ruptura completa de las fronteras septentrionales del Imperio Romano, pues los visigodos nunca volvieron a ser rechazados.

Además, las legiones romanas habían sido aplastadas y nunca volverían a ser una fuerza de combate efectiva. Ahora prevalecían los jinetes en sus estribos, y en esta forma de lucha los bárbaros eran superiores a los romanos.

Las fuerzas de la civilización empezaron a retroceder.

2. Los reinos godos

Alarico el audaz.

Pese a su victoria en Adrianópolis, los posteriores éxitos de Fritigerno fueron muy limitados. Podía hacer correrías y saquear a su antojo, pues los romanos no se atrevían a enfrentarse nuevamente con él en una batalla campal. En cambio, se encerraban en sus ciudades fortificadas, que Fritigerno no podía tomar. Para ello, hubiera necesitado complejos ingenios de asedio, de los que los visigodos carecían.

Incapaces de llevar adelante una lucha eficaz, los visigodos estaban dispuestos a llegar a algunos acuerdos, y el nuevo emperador, Teodosio I, estaba dispuesto a negociar con ellos. Asignó a los visigodos la tierra situada al sur del Danubio, desplazando a los antiguos terratenientes romanos, quienes de todos modos y a habia sido muertos o se habían visto obligados a huir.

Los visigodos, deseosos de asentarse y de gozar de la vida propia de propietarios terratenientes, se convirtieron al cristianismo en gran número, hasta que el paganismo prácticamente desapareció entre ellos.

Dieron tanto como tomaron. Mientras aprendían a hablar latín y a vivir de manera civilizada, también introducían una nueva forma de vestimenta.

En todo el mundo civilizado de la Antigüedad, hombres y mujeres por igual habían usado ropas largas y sueltas, que hoy describiríamos como togas, faldones o vestidos. Cuando este ropaje obstaculizaba una tarea, se le podía levantar y atar con un cinturón o una faja.

Pero en el norte, más frío, no era agradable andar con las piernas desnudas, y para conservar el calor la gente de las tribus usaba vestidos más pesados y ajustados. Para las mujeres, éstos eran adecuados, mas eran una traba para los hombres que combatían, sobre todo si los guerreros eran jinetes. Por ello, se dividía el ropaje y cada pierna era cubierta separadamente; el resultado era lo que ahora llamamos pantalones. Esta invención bárbara fue introducida en el mundo civilizado sólo en la época de la decadencia de Roma y ha subsistido hasta nuestros días.

Los visigodos se habían convertido al cristianismo arriano, y en parte por esto disminuyó mucho la popularidad del arrianismo entre los romanos, quienes lo consideraban una religión germánica, y si bien no podían oponerse militarmente a los ejércitos bárbaros, al menos podían expresar sus sentimientos nacionales rechazando la religión germánica. Teodosio fue el primer emperador romano que abrazó firmemente el catolicismo. No sólo suprimió la profesión manifiesta de paganismo en el Imperio, sino también el arrianismo, es decir, entre los romanos, pues no podía hacer nada con respecto a los germanos.

Teodosio, además de otorgar tierras a los visigodos, cultivó cuidadosamente la amistad de sus jefes. Después de la muerte de Fritigerno, Alarico se convirtió en jefe de los visigodos, y Teodosio quiso asegurarse su amistad.

En esa época, los germanos no sólo servían como soldados de fila en el ejército, sino también como oficiales y hasta como generales. Después de todo, un ejército constituido casi en su totalidad por bárbaros obedecía mejor a un jefe bárbaro.

Uno de esos jefes, aliado de Teodosio en sus tratos con los visigodos, era un franco llamado Arbogasto. Teodosio puso a Arbogasto al frente de las fuerzas militares en la Galia, y el franco se convirtió prácticamente en el amo de la mitad occidental del Imperio.

En teoría, el emperador occidental era un adolescente llamado Valentiniano II; pero lo peor de hacer de un general el segundo de un gobierno es que tiene el poder para convertirse en el primero, si lo desea. Cuando Valentiniano II creció lo suficiente como para exigir una participación activa en el gobierno, murió repentinamente, en el 392, y la mayoría de la gente estaba segura de que había sido asesinado por orden de Arbogasto.

El general franco rápidamente elevó a un sabio inocuo al rango de emperador y luego empezó a dedicar vigorosos esfuerzos para abolir el cristianismo y restaurar el paganismo. Aunque Teodosio estaba dispuesto a resignarse a la muerte de su colega, en cambio no podía tolerar el ataque a su religión. Estalló la guerra civil, y el 394 los soldados bárbaros de Teodosio derrotaron completamente a los de Arbogasto, quien se suicidó.

Nuevamente (y por última vez) un solo emperador gobernaba sobre todo lo largo y todo lo ancho del Imperio Romano, que aún estaba intacto.

Pero Teodosio no podía prescindir de los guerreros germanos, pues casi no había otros guerreros en el Imperio. Puso toda su confianza en uno de ellos, Flavio Estilicón, de quien se cree que era miembro de una tribu germánica llamada los vándalos. Éstos, que ahora se destacaban por primera vez, habían sido derrotados por los visigodos en los días anteriores a la invasión huná, y muchos habían entrado en el Imperio Romano. Presumiblemente, Estilicón era uno de éstos o el descendiente de uno de ellos.

Antes de morir, en 395, Teodosio dividió el Imperio entre sus dos jóvenes e incapaces hijos. El mayor, Arcadio, se convirtió en el emperador romano de Oriente; el menor, Honorio, en el emperador romano de Occidente. Cada uno tuvo un protector germánico: Estilicón asumió el poder en el oeste, mientras un guerrero llamado Rufino lo asumió en el este.

El visigodo Alarico, que se apoyó en su amistad con Teodosio para asegurarse una sustanciosa herencia, se sintió sumamente indignado al quedar sólo con lo que ya tenía. Por ello, reunió su clan visigodo y marchó sobre Constantinopla. Al no poder tomar la ciudad, se dirigió a Grecia y la saqueó a su antojo.

Fue el primer caso de una situación que iba a llegar a ser familiar para las provincias romanas: las correrías de la banda guerrera de un caudillo. Esas bandas eran como las modernas pandillas callejeras de gánsters, pero muy aumentadas: sin ley, destructivas y unidas por la lealtad personal a un jefe. Cuando el jefe imponía una disciplina estricta, la situación no era tan mala; pero cuando no lo hacía, los resultados eran de pesadilla.

Esas bandas guerreras eran exiguas en número. Se ha calculado que la población del Imperio Romano era de unos sesenta millones de personas por aquel entonces, y que todos los germanos que invadieron el Imperio desde el comienzo hasta el fin no pueden haber sido más de diez millones. Pero una banda guerrera consistía casi totalmente en guerreros salvajes que sabían cómo manejar sus armas y no vacilaban en hacerlo, mientras que la gente a la que atacaban era en su mayoría campesinos y ciudadanos que no sabían luchar organizadamente. De un modo muy similar, una moderna banda callejera puede aterrorizar a todo un sector de una ciudad, aunque la gente a que aterrorizan pueda superarlos de cincuenta a uno.

Pero ¿dónde estaban los ejércitos romanos cuyo deber era proteger a esos ciudadanos aterrorizados? No hacían nada, y peor que nada, por desgracia.

Rufino o Estilicón podían haberse enfrentado con Alarico, pero los dos gobernantes bárbaros del Imperio estaban demasiado atareados en intrigar uno contra otro. Más tarde, el Imperio Romano Oriental se libró de Alarico, pero no derrotándolo en batalla, sino sobornándolo para que marchase hacia el oeste, contra el Imperio de Occidente.

En 402, y nuevamente en 403, Alarico penetró en el norte de Italia, y ambas veces fue derrotado por Estilicón.

Pero esas victorias no anularon la desastrosa derrota de los romanos en Adrianópolis, una generación antes. En primer lugar, los visigodos no fueron expulsados del Imperio, sino sólo de Italia. En segundo lugar, la victoria sobre los visigodos fue tan ruinoso, a su manera, como lo había sido la anterior derrota.

Los romanos tenían una extensa frontera y hacía ya tres siglos que trataban desesperadamente de protegerla. Así, los germanos gozaban de una enorme ventaja. Los romanos tenían que custodiar toda la frontera; los germanos solamente tenían que elegir un punto débil, cualquiera que fuese, y concentrar sus fuerzas allí. Los germanos podían ser totalmente inferiores en número, pero en cualquier punto que eligiesen, tenían la superioridad local.

Con crecientes dificultades, los romanos habían fatigosamente cerrado cada grieta y reparado cada filtración. Y ahora, cuando Estilicón rechazó a Alarico, la frontera se derrumbó para siempre. Estilicón se vio obligado a llamar a sus ejércitos de la Galia para combatir a Alarico, y sólo dejó, para custodiar el importantísimo río Rin, una fuerza esquelética.

El último día del 406, el Rin fue cruzado tormentosamente por las tribus

germánicas. La confederación meridional de los alamanes (o, al menos, aquéllos a quienes los autores de la época llamaban «suevos») se lanzaron sobre la Galia a vándalos y también por una tribu no germánica, los alanos (que eran originalmente un pueblo de Europa Oriental que había huido hacia el oeste ante los hunos).

Las únicas tropas romanas que hubiera sido posible reunir para hacer frente a la invasión eran las legiones de la isla de Britania. Pero esas legiones habían proclamado a un emperador rival propio. En el 407, el aspirante a emperador llevó sus tropas a la Galia, no para luchar contra los germanos, sino para cerrar un trato con ellos por el cual éstos recibirían tierras si lo apoyaban. El aspirante a emperador fue capturado y ejecutado por otros romanos y sus tropas fueron dispersadas. Todo lo que se consiguió fue el abandono completo de Britania después de tres siglos de ocupación romana... mientras la Galia seguía indefensa.

Estilicón habría podido estabilizar la situación, pero el débil emperador Honorio temía a su fuerte general más que a los ejércitos bárbaros. Quizá recordó la muerte de Valentiniano II a manos del franco Arbogasto quince años antes, y decidió ser el primero en atacar. En el 408, hizo asesinar a Estilicón, con lo que desapareció la última esperanza de salvación para el Imperio de Occidente.

Los suevos y los vándalos asolaron toda la Galia y entraron en España en el 409. No había nada que los detuviese.

Peor aún, en el caos que siguió a la muerte de Estilicón, Alarico decidió conducir su banda de visigodos nuevamente a Italia. No había ningún general fuerte que se le opusiera. En realidad, muchas de las tropas romanas, que a fin de cuentas eran de origen bárbaro, desertaron con indignación para pasarse a Alarico después del asesinato de su jefe.

Alarico marchó hacia el sur, contra Roma, y Honorio y su corte huyeron a la ciudad de Rávena, situada a casi 300 kilómetros al norte. En cierto modo, Honorio parecía ir rápidamente al encuentro de su enemigo, pero la ciudad de Rávena estaba bien fortificada, rodeada de lodazales difíciles de atravesar y era casi inexpugnable.

Alarico se presentó ante las murallas de Roma y trató de negociar buenos términos para él como precio de la seguridad de la ciudad. Los jefes civiles romanos, llenos de pánico, estaban dispuestos a prometer cualquier cosa, y Alarico esperó. Pero Honorio y su corte, a salvo en Rávena, no cedieron nada. Más tarde, en el 410, Alarico perdió la paciencia y lanzó a su banda guerrera por las calles de la ciudad.

Los visigodos ocuparon Roma durante tres días, pero fue escaso el daño que hicieron. Alarico y sus tropas parecían atemorizados ante el solo nombre de Roma y actuaron más bien como turistas asombrados.

Sin embargo, el daño psicológico que causaron fue enorme. Roma había sido

tomada aunque fuese suavemente. Ochocientos años antes, cuando Roma sólo era una aldea, los galos la habían tomado. Desde entonces, ningún ejército extranjero había atravesado sus murallas, hasta ese momento. Su imagen se derrumbó para siempre.

Después de abandonar Roma, Alarico condujo su banda hacia el sur, aparentemente con el proyecto de pasar a África, donde podía crear un reino duradero. Llegó a la punta del « pie » de la bota italiana y preparó una flota para cruzar el mar, pero sus barcos fueron destruidos por una tormenta y abandonó la idea.

Marchó nuevamente hacia el norte, pero murió casi inmediatamente, en el mismo año en que tomó Roma. Los visigodos, obligados a enterrar a su jefe en una tierra extraña, desviaron la corriente de un río cercano a la ciudad de Cosenza en la punta de la bota italiana. Enterraron el cadáver bajo su lecho y luego hicieron volver las aguas a su cauce y mataron a los campesinos a quienes habían obligado a realizar el trabajo. De este modo, se aseguraron de que el lugar secreto estaría a salvo de violaciones.

El reino de Tolosa.

Ahora los visigodos, bajo la conducción de Ataúlfo, el cuñado de Alarico, siguieron deambulando hacia el norte, en busca de un lugar donde asentarse.

Ya no eran como sus padres, quienes una generación antes habían cruzado el Danubio huyendo de los hunos. Cuarenta años de contacto con la civilización romana los había suavizado hasta el punto de apreciar la cultura. Querían tierra y poder, pero se contentaban con tenerlos aceptando el ideal imperial.

Tan ansiosos estaban los visigodos de ser romanos que Ataúlfo raptó a Gala Placidia, hermana del emperador de Oriente, Honorio, y se casó con ella. Indudablemente, los visigodos se sentían complacidos y honrados por este matrimonio. Da idea de la debilidad del Imperio el hecho de que el emperador no pudiese impedir que su hermana fuese obligada a casarse con un bárbaro.

Consideraciones políticas pueden haber hecho que los romanos contemplasen con buenos ojos ese matrimonio. El gobierno imperial percibió la atracción que la cultura romana tenía para los visigodos y trató de aprovecharla. Podía ser útil tener ligado al jefe visigodo con la corte imperial por un matrimonio.

Los romanos no podían derrotar a las múltiples tribus bárbaras que ahora infestaban las provincias occidentales, pero ¿por qué no usar un grupo de bárbaros contra otro? Uno de ellos seguramente sería destruido, y quizá ambos luchasen hasta su mutua destrucción.

Por lo tanto, se otorgó a los visigodos el título de « aliados romanos » y se les alentó a cruzar la Galia y entrar en España. Allí podían luchar contra los

enemigos de los romanos: los suevos y los vándalos.

Los visigodos estaban muy deseosos de hacerles ese favor. En el 414 se trasladaron a España, y en el 415 prácticamente limpiaron la provincia de los anteriores invasores. Algunos suevos se aferraron al lejano noroeste de España y algunos vándalos al lejano sur. También ellos podían haber sido barridos, pero los alarmados romanos, temerosos de que los visigodos adquiriesen demasiado poder, intervinieron y los persuadieron de que saliesen de España.

Los visigodos volvieron entonces a la Galia, y con la aprobación romana, finalmente hallaron el hogar que estaban buscando. En el 419, los romanos les cedieron vastas regiones del sudoeste de la Galia e instalaron su capital en la ciudad de Tolosa.

Ese mismo año, Teodorico I, hijo de Alarico, empezó a gobernar a los visigodos. Fue el primer caudillo visigodo que llegó a ser algo más que un jefe militar. Fue abiertamente un rey, que gobernó el llamado reino de Tolosa durante más de treinta años.

La fundación del reino de Tolosa constituyó un suceso de enorme importancia. Por primera vez una tribu germánica creó un reino esencialmente independiente dentro de las fronteras del Imperio.

Por supuesto, ambas partes mantuvieron impasiblemente una ficción. El Imperio Romano nunca admitió que había perdido ese territorio ni que el reino de Tolosa (o cualquier otro reino germánico creado posteriormente) era en verdad independiente. La concepción imperial era que los bárbaros solamente ocupaban un territorio romano y que lo hacían legalmente sólo en la medida en que fuesen funcionarios romanos. El emperador nombró generales romanos a los reyes bárbaros y les concedió otros títulos. La ficción fue siempre que los reyes, hiciesen lo que hiciesen, cumplían órdenes imperiales.

Y los líderes germánicos se adaptaron a esto. Teodorico se llamó a sí mismo rey de los visigodos y, en teoría, sólo gobernaba a sus compatriotas. El territorio seguía siendo romano, en teoría, y la población romana permanecía bajo las leyes romanas y administrada por funcionarios romanos. A Teodorico y a los otros reyes germánicos les deleitaba aceptar títulos romanos, por vacíos que fuesen. (Transcurrirían muchos siglos antes de que la gente de Europa llegase a admitir que el Imperio Romano ya no existía realmente. Su fantasma continuó merodeando por el mundo hasta tiempos modernos).

En un aspecto, la dominación visigoda no pudo ser minimizada. Los visigodos se adueñaron de dos tercios de las tierras del reino, dejando sólo el tercio restante a la antigua clase dominante romana. Pero, como de costumbre, al campesinado le importaba poco quiénes eran los terratenientes. En verdad, si los visigodos establecían un gobierno estable con una administración razonablemente eficiente (cosa que hicieron), los campesinos estarían mejor bajo ellos que bajo débiles amos romanos que no podían protegerlos de las incursiones bárbaras.

El ejemplo de Tolosa fue seguido por otras tribus. Los suevos, que permanecieron en el noroeste de España y habían sobrevivido al anterior ataque visigótico, crearon un reino propio muy semejante al de Tolosa.

Los vándalos del sur de España aprovecharon una oportunidad que les ofrecieron dos intrigantes y peleones generales romanos. Se pusieron como mercenarios al servicio de uno de esos generales y fueron transportados al norte de África en barcos romanos, en 429. Allí, bajo su capacitado jefe Genserico, se apoderaron del territorio. El reino vándalo se centró en la gran ciudad de Cartago, que cayó en sus manos en 439. Los vándalos y los suevos también adoptaron el cristianismo arriano poco después de su irrupción en el territorio imperial.

En verdad, es fácil subestimar a esos primeros invasores del Imperio. No fueron tan malos como los pintaron los autores romanos de la época, cuyos sentimientos estaban teñidos de enemistades nacionales y religiosas. Todos estaban ansiosos de adoptar costumbres romanas y en algunos aspectos trataron de mejorar la sociedad. Genserico, por ejemplo, cerró los lupanares de Cartago y trató de imponer un modo de vida más puritano.

Los hunos, nuevamente.

Aún había esperanzas, pues, de que Roma pudiese resistir el choque de las invasiones, de que los invasores pudiesen ser asimilados y convertidos en romanos, y de que los emperadores pudiesen gobernar como antes. La gran barrera era la religión. Los germanos eran arrianos, y para la población romana, que era católica en su abrumadora mayoría, esto era peor que el hecho de que fuesen germanos.

Pero aun esta situación podía haberse suavizado. Si pudiera detenerse la historia en un punto, podría absorberse casi todo cambio.

Pero la historia no se detendría. Roma se estaba desmembrando, y penetraban en ella nuevos grupos de invasores toscos y bárbaros más rápidamente que lo que podía ser romanizado un grupo de ellos. Estas nuevas oleadas podían haberse aplacado por sí solas, pero en realidad eran impelidas, pues los hunos estaban nuevamente en marcha.

Después de su conquista de los territorios ostrogodos y visigodos medio siglo antes, los hunos habían permanecido en calma. Pero en el 433 un gobernante llamado Atila llegó al trono. Astuto, ambicioso y en modo alguno sólo un bárbaro, embarcó otra vez a los hunos en una agresiva política de expansión. Durante la mayor parte de su reinado, dirigió sus ataques hacia el sur, a través del Danubio, y esparció la ruina y los saqueos por las provincias del Imperio de Oriente, obteniendo grandes ganancias como botín y tributos.

Luego se dirigió al oeste por diversas razones. El Imperio Oriental estaba

ansioso de sobornarlo para que se alejase, como antaño había sobornado a Alarico, una generación antes. Además, el Imperio de Oriente ofrecía una resistencia desesperada, y Atila pensó con razón que el Imperio Occidental, más débil y en un estado más avanzado de desintegración, sería una presa mucho más fácil.

Llevó su ejército al oeste a través de Germania, obligando a algunas de las tribus a cruzar el Rin en huida. Entre ellas se contaban los burgundios, que habían habitado a lo largo del Rin central y ahora se lanzaron al sudoeste de la Galia, ocupando la región que rodea al lago de Ginebra. Más al norte, los francos cruzaron el Rin inferior y penetraron en el norte de Francia.

En 451, los hunos cruzaron el Rin, y por primera y única vez en la historia, guerreros altaicos estuvieron al oeste de este río. (Europa volvería a temblar ante invasiones de otros guerreros asiáticos, entre ellos, mongoles y turcos, pero ninguno llegaría tan al oeste). En ese momento, los dominios hunos llegaron a su máxima extensión, pues cubrían una franja de tierra, a través de Europa Central y Oriental, que tenía cuatro mil kilómetros de largo.

El emperador de Occidente era por entonces Valentiniano III, y el general principal era Flavio Aecio, hombre capaz que había estado mucho tiempo entre los visigodos y entre los hunos.

Aecio había ejercido el gobierno imperial en la Galia durante años, enfrentando a un grupo de bárbaros contra otro, para que ninguno llegase a ser demasiado fuerte. También se entregó a rencorosas intrigas contra otros generales imperiales, y es difícil saber si hizo más bien que mal a Roma a largo plazo, pues nunca pareció vacilar en dar prioridad a su provecho personal antes que al del gobierno.

Por ejemplo, fue su rivalidad con otro general lo que llevó a la creación del reino vándalo en el norte de África y a la pérdida, para Roma, de una importante fuente de cereales.

Aecio había combatido contra los visigodos y no había vacilado en emplear tropas hunas siempre que quisieron luchar de su parte. Pero ahora los hunos eran el principal enemigo, y Aecio dio media vuelta. Se alió con su viejo enemigo, el anciano Teodorico I, rey de los visigodos, y, junto con otras tribus germánicas entre las que figuraban los francos y los burgundios, se volvió contra los hunos.

El ejército de Atila tampoco era exclusivamente huno. Tenía muchos aliados germánicos y un fuerte contingente ostrogodo, pues éstos se hallaban bajo la dominación de los hunos desde hacía ochenta años.

Atila trató de dividir a las fuerzas que se les enfrentaban anunciando que no había ido a luchar contra el Imperio, sino sólo contra los visigodos. Conocía bien a Aecio y pensaba que sería fácil que éste se retirara y dejase que los hunos luchasen contra los visigodos. Pero, por una vez, Aecio no jugó sucio y se mantuvo firme.

Antes de que las fuerzas imperiales pudieran alcanzarlo, Atila se había dirigido a las murallas de Aurelianum (la moderna Orleans) y hasta se había afirmado dentro de la ciudad. Pero cuando llegaron las fuerzas imperiales, se vio obligado a retirarse.

Los ejércitos se encontraron en los Campos Cataláunicos (la principal ciudad de esta región es Chalons), a unos 190 kilómetros al noroeste de Orleans. No fue tanto una batalla de romanos contra hunos como de godos contra godos.

Aecio colocó sus propias tropas a la izquierda del frente y a los visigodos a la derecha. Los aliados más débiles fueron apostados en el centro, por donde —según esperaba Aecio— Atila (que siempre se colocaba en el centro de su línea) lanzaría el ataque principal. Así ocurrió. Los hunos atacaron por el centro y penetraron en las líneas enemigas, mientras los extremos de las líneas de Aecio se cerraron sobre ellos y los rodearon. Cuando la batalla terminó, las fuerzas imperiales habían vencido claramente. Si la victoria hubiese sido aprovechada adecuadamente, los hunos podían haber sido exterminados y Atila muerto. Pero Aecio, el intrigante, pensó que su principal preocupación debía ser impedir que sus aliados se hiciesen demasiado fuertes. Teodorico, el viejo rey visigodo, había muerto en la batalla, y Aecio urgió al hijo y heredero del monarca, Torismundo, a que retornase rápidamente a Tolosa para asegurarse la sucesión. Los visigodos fueron retirados apresuradamente del lugar de la batalla, con lo cual perdieron la oportunidad de expandir su reino gracias a la victoria.

Este fracaso de la expansión visigoda convenía a Aecio, por supuesto. También estaba seguro de que una guerra civil mantendría ocupadas las energías de los visigodos, y tenía razón. Torismundo subió al trono, pero al año fue muerto por su hermano menor, quien entonces reinó con el nombre de Teodorico II.

Aunque Aecio había logrado ventaja, perdió los beneficios a corto plazo. Sin sus aliados visigodos, no tenía fuerzas suficientes para perseguir a los hunos. El resultado de la batalla de los Campos Cataláunicos fue expulsar a Atila de la Galia pero, a causa totalmente de las maquinaciones de Aecio, no terminó con la amenaza de los hunos, como fácilmente podía haber sucedido.

Atila pudo reorganizar su ejército y tomar aliento. En el 452, invadió Italia. Puso sitio a Aquileya, ciudad del extremo septentrional del mar Adriático, y después de tres meses la tomó y la destruyó. Algunos de los habitantes, huyendo de la devastación, buscaron refugio en las lagunas pantanosas del oeste, lo que según la tradición, fue el núcleo inicial de lo que más tarde sería la famosa ciudad de Venecia.

Italia estaba postrada ante Atila, como cuarenta años antes lo había estado ante Alarico. Los hunos podían haber tomado Roma como los visigodos, pero a último momento se retiraron. Algunos dicen que la causa fue el temor supersticioso de Atila ante la aureola de Roma y del papa León I, quien fue a su encuentro con todos los ornamentos papales para pedirle que no destruyese

Roma. Otros, menos románticos, dicen que se retiró gracias a un considerable presente en oro que el papa León I llevó consigo.

Sea como fuere, Atila abandonó Italia. Al volver a su campamento bárbaro, en el 453, se casó nuevamente, añadiendo otra esposa a su numeroso harén. Participó en una gran fiesta y luego se retiró a su tienda, donde murió durante la noche, al parecer de un ataque, causado quizá por los excesos de la celebración.

Su reino quedó dividido entre sus muchos hijos y se derrumbó casi inmediatamente bajo el impacto de una revuelta germánica, que estalló tan pronto como se difundió la noticia de la muerte de Atila. La dominación hunna llegó a su fin y los hunos desaparecieron de la historia.

Derecho y lengua.

Mientras tanto, Aecio, que había sido incapaz de hacer nada contra Atila durante la permanencia de éste en Italia, vio cambiar repentinamente su suerte. El emperador Valentiniano III recelaba de él (quizá con razón) y lo hizo asesinar en septiembre de 454, como medio siglo antes había hecho Honorio con Estilicón.

Los resultados fueron igualmente desastrosos. Los soldados de Aecio se enfurecieron y dos de ellos asesinaron a Valentiniano a principios del 455. Roma cayó en la confusión y, una vez más, quedó el camino abierto para un posible conquistador. Esta vez fue Genserico, quien gobernaba el reino vándalo del norte de África desde hacía un cuarto de siglo.

Era el único de los gobernantes bárbaros de fragmentos del Imperio que había construido una flota, y dominaba muchas de las islas más grandes del Mediterráneo.

Aprovechándose de intrigas interiores de la ciudad, llevó una flota a la desembocadura del Tiber en junio de 455. No halló oposición alguna. Los vándalos permanecieron dos semanas en Roma, apoderándose sistemáticamente de todo lo que era de valor para llevárselo a Cartago. No hubo ninguna destrucción inútil, ninguna carnicería sádica. Roma quedó empobrecida, pero intacta, como después del saqueo de Alarico. Por ello, es paradójico que las amargas denuncias romanas de los robos de los vándalos hayan hecho hoy del término «vándalo» un sinónimo de alguien que destruye insensatamente: esto era precisamente lo que los vándalos no hicieron en esta ocasión.

Por entonces, el gobierno imperial romano en Occidente no tenía poder alguno. El emperador se había convertido en un mero títere de generales rivales. Teodorico II, rey de los visigodos, estaba metido hasta el cuello en tales intrigas. Realmente, es un ejemplo dramático de los cambios de la historia. Ochenta años antes, los visigodos se habían presentado en el Danubio como refugiados. Ahora eran amos de un reino en el otro extremo del Imperio y también hacedores y

deshacedores de emperadores.

No siempre las intrigas de Teodorico tenían éxito, pero esto casi no importaba. Al contribuir a mantener a Roma en el desorden, logró expandir su propio reino. La decisión de Aecio de sacrificar la victoria de los Campos Cataláunicos para impedir la expansión visigótica sólo brindó a Roma un lapso de una década, aproximadamente.

Ahora el reino visigodo se extendía hasta el río Ródano al este y hasta el Loira al norte. Un tercio de la Galia estaba en manos de los visigodos. Más aún, Teodorico empezó a expandirse al sur, en España, también. Pero en el 466 cayó víctima de problemas internos. Fue asesinado por su hermano Eurico, quien se convirtió en rey por el más irrefutable de los derechos, el derecho de asesinato.

Bajo Eurico, el reino visigodo llegó al pináculo de su poder. Prácticamente toda España estaba bajo su dominación. Tenían una precaria independencia, pero reconocían su soberanía.

El rango independiente del reino de Tolosa fue fortalecido mediante otra medida. Eurico consideró inconveniente gobernar el reino con dos conjuntos de leyes, uno para la aristocracia visigoda y otro para los súbditos romanos. Debía haber una ley para todos.

Pero en tal caso era necesario determinar cuáles serían las leyes, y Eurico publicó el primer código escrito de derecho visigótico que iba a aplicarse uniformemente en todo el territorio.

Y como el derecho quedó unificado, también la lengua lo fue. Los visigodos hablaban al principio una lengua germánica, pero eran una minoría en las provincias romanas que gobernaban y no podían imponer su lengua a sus súbditos. En cambio, fueron ellos quienes trataron de adoptar el latín, tanto más cuanto que éste era el vehículo de esa civilización romana que tanto admiraban.

Pero en las tensiones de la época el latín ya estaba empezando a fragmentarse en varios dialectos. El nivel de la educación estaba decayendo y el latín iba perdiendo parte de su sutileza y complejidad clásicas. Como es natural, la decadencia tomó diversas direcciones en las diferentes provincias. Además, los arios germánicos, que carecían de una educación clásica, hablaban una especie de « latín macarrónico » que variaba de una región a otra. Esos dialectos dieron origen, lentamente, a las diversas lenguas romances: el francés, el italiano, el español, el portugués, etcétera.

El latín mismo nunca fue olvidado, desde luego, y siguió siendo (y lo es aún) la lengua de la Iglesia Católica. Durante muchos siglos, se tuvo el sentimiento de que las « lenguas vulgares » (expresión sinónima de « lengua de los incultos ») no eran apropiadas para los hombres cultos.

Mas, ¿de qué servía eso? Puesto que todos los campesinos, hombres y mujeres, y también las mujeres de las clases superiores, eran incultos, ni el más santo de los eclesiásticos ni el más sutil de los sabios podían arreglárselas con el

latín solamente. También tenían que aprender la lengua vulgar, pues ¿quién podía vivir sin hablar nunca con las mujeres?

Por ello, finalmente el latín se convirtió en una lengua « muerta », mientras que las lenguas vulgares se convirtieron en lenguas vivas, de gran sutileza y vehículos de una rica literatura.

Pero quedaba el viejo y delicado punto de la religión. Aunque los derechos y las lenguas se fusionaron, los súbditos romanos eran ardientes católicos y los amos visigodos eran arrianos. De hecho, Eurico fue un arriano excepcionalmente fervoroso, y sus súbditos católicos tenían razón en sentirse perseguidos.

En el 484 murió Eurico y fue sucedido por su hijo Alarico II. En algunos aspectos, las cosas mejoraron. En el 506, Alarico promulgó un nuevo código de leyes, basado más en las costumbres romanas que en las visigóticas, por lo que fue más aceptable para sus súbditos. También fue más tolerante en cuestiones religiosas y cesó la persecución a los católicos.

En verdad, Alarico parecía sinceramente deseoso de establecer una común armonía entre todos sus gobernados. Hubiera sido grato que hubiese tenido éxito, pero era demasiado tarde. Como veremos, sucesos externos a Tolosa iban a frustrar el ascenso de los visigodos, y el futuro de Europa estaba en otra parte.

El más grande de los godos

Durante el gobierno de Eurico, los dominios sobre los que el gobierno imperial de Occidente tenía algún poder real se habían limitado a Italia. Sus ejércitos estaban compuestos exclusivamente de mercenarios germánicos, pero el emperador, los funcionarios del gobierno y la clase terrateniente italiana eran aún romanos.

Los mercenarios germánicos se sentían cada vez más insatisfechos con esta situación. En la Galia, en España y en el norte de África gobernaban sus compatriotas. Tenían tierras y poder. ¿Por qué, pues, en Italia debían permitir que los gobernasen romanos decadentes? Tierras era lo que ellos querían, y su líder, Odoacro, las exigió.

Los romanos se las negaron, y Odoacro decidió tomarse por sí mismo lo que no se le concedía. El 4 de septiembre del 476 obligó a abdicar al emperador Rómulo Augústulo (un adolescente que no tenía poder alguno). Odoacro no se molestó en elegir un nuevo títere imperial; sencillamente, él mismo tomó el poder en Italia.

Fue ésta la razón por la cual a menudo se considera el 476 como la fecha de la « caída del Imperio Romano ». Pero esto es falso. Nadie por entonces consideraba que el Imperio Romano había « caído ». Era evidente que existía y que constituía la mayor potencia de Europa. Su capital estaba en Constantinopla y su emperador era Zenón.

Puesto que no había ningún emperador que gobernase en Italia, Zenón se consideraba como el único emperador que gobernaba a todo el Imperio, incluyendo Italia (y, por lo mismo, la Galia, España y África). En verdad, Zenón otorgó el rango de patricio a Odoacro, quien gobernó Italia (en teoría) como delegado de Zenón. Odoacro reconoció la soberanía de Zenón y nunca se llamó a sí mismo rey de Italia.

Pero a medida que Odoacro se hacía más fuerte, Zenón se sentía cada vez más intranquilo. Buscó algún instrumento que neutralizase al gobernador germano de Italia, y lo halló en los ostrogodos.

Durante ochenta años, los ostrogodos habían estado bajo la dominación de los hunos y habían combatido al lado de ellos, particularmente en la batalla de los Campos Cataláunicos. Al derrumbarse el imperio huno después de la muerte de Atila, los ostrogodos recuperaron su libertad. Se convirtieron al cristianismo arriano y se establecieron al sur del Danubio, donde un siglo antes sus primos visigodos habían morado, y donde ahora ellos, como antes los visigodos, eran una constante amenaza para el Imperio de Oriente.

En el 474, un joven llamado Teodorico ascendió a la posición de jefe tribal de los ostrogodos. Había sido un rehén de los romanos en Constantinopla cuando era un muchacho, y allí aprendió a apreciar la cultura romana. Pero ahora, como jefe tribal, no vaciló en conducir a sus hombres contra los romanos, y lo hizo con considerable capacidad y éxito.

Zenón pensó entonces que podía matar dos pájaros de un tiro. Podía nombrar delegado al ostrogodo Teodorico y enviarle a la guerra, al servicio del Imperio, contra Odoacro en Italia. De este modo, ciertamente se libraría de los molestos ostrogodos. Con suerte, los dos grupos bárbaros tal vez luchasen hasta el agotamiento en Italia y él podría recuperar la península.

Teodorico no tuvo ninguna renuencia en marcharse, y el 488 se dirigió hacia el oeste. Toda la nación ostrogoda lo siguió, no solamente los guerreros, sino también las mujeres y los niños.

Teodorico libró dos batallas en el norte de Italia y obtuvo la victoria en ambas. Odoacro se vio obligado a retirarse a la inexpugnable Rávena con las fuerzas que pudo salvar. El resto de Italia cayó bajo la dominación de los ostrogodos, quienes hasta arrancaron Sicilia a los vándalos. (Genserico ya había muerto, y los vándalos estaban en decadencia).

Sólo Rávena resistió, pero su resistencia no duró más que cuatro años. Finalmente, Teodorico persuadió a Odoacro a que cediera con la oferta de un generoso compromiso. Gobernarían conjuntamente, como co-reyes iguales. Considerando que Teodorico gobernaba toda la península y que Odoacro tenía una sola ciudad, parecían términos generosos. Odoacro aceptó.

Los dos gobernantes se reunieron jubilosamente, realizaron festejos durante varios días y luego, cuando Odoacro estaba totalmente desprevenido, lo hizo

apuñalar. Algunos dicen que realizó la tarea con sus propias manos.

Esta traición ha sido rotundamente condenada por los historiadores desde entonces, pero Teodorico podía haber argumentado que su acto estaba justificado. Un doble gobierno seguramente no habría funcionado y habría conducido a una guerra civil. Con su acción, Teodorico puso fin a la guerra e impidió una guerra futura; además, pronto brindó a Italia un gobierno pacífico y estable.

Teodorico sabía que podía ofrecer tal gobierno y, de hecho, lo hizo, por lo que fue el más grande de los godos. Durante sus treinta y tres años de reinado, Italia fue una tierra de paz y prosperidad. Nunca había « estado tan bien » en siglos.

Teodorico se consideró el guardián de la cultura romana. Hizo que los ostrogodos y los romanos viviesen en amistad y que éstos nunca fuesen maltratados por los guerreros ostrogodos. Éstos poseyeron un tercio de las tierras, pero en lo posible fueron tomadas de tierras del gobierno, de modo que los terratenientes romanos no fueron molestados más de lo necesario.

Los ostrogodos formaban el ejército, pero sólo los romanos ocupaban los puestos civiles. Teodorico nombró a los cónsules que, en teoría, gobernaron la ciudad de Roma, pero tuvo el cuidado de nombrar para el cargo a romanos. Italia permaneció bajo las leyes romanas y siguió cultivando las costumbres romanas. El Papa, por ejemplo, fechaba sus documentos por los años de reinado del emperador de Constantinopla como si éste, y no Teodorico, fuese el amo de Italia, y Teodorico lo permitió, prefiriendo la sustancia del gobierno a su sombra.

Teodorico también se ocupó del mejoramiento físico de Italia. Al poner fin a las guerras y las devastaciones y al reducir drásticamente la corrupción, pudo al mismo tiempo reducir los impuestos y aumentar los gastos útiles. Hizo dragar puertos, desecar marismas, reconstruir acueductos, erigir iglesias y organizar juegos en el circo. Los viejos tiempos parecían revivir.

Puesto que Zenón, el emperador oriental, murió antes de que Teodorico estableciese su dominación sobre Italia, no vio el fracaso de su política aparentemente astuta ni el reemplazo del fuerte Odoacro por el mucho más fuerte Teodorico. Pero Anastasio sí que lo vio, y no tuvo más remedio que reconocer la dominación de Teodorico, en 497.

A cambio, Teodorico trató de ser un buen vecino para el emperador de Constantinopla. Extendió su poder a través de los Alpes hasta el Danubio, y al oeste de los Alpes sobre la Galia sudoccidental, en regiones que pertenecían a los burgundios. Pero nunca ocupó, o siquiera amenazó, ni una pulgada del territorio del Imperio Oriental.

Teodorico era un cristiano arriano, desde luego, pero mantuvo una estricta política de tolerancia, sin interferir de ningún modo en el culto católico de sus súbditos romanos. Tampoco permitió el proselitismo entre ellos. De hecho, cuando una elección papal era disputada, ambas partes apelaban a la mediación

de Teodorico, confiando en su justicia aunque fuese un arriano. Su tolerancia fue también más allá del cristianismo, pues protegió a los judíos de sus tierras.

Bajo Teodorico, Italia emitió los últimos y débiles rayos del saber romano.

El principal sabio romano de la época de Teodorico fue Anicio Manlio Severino Boecio. Nacido el 480, Boecio fue el último de los filósofos antiguos. Fue cónsul en el 510, y sus dos hijos también lo fueron juntos en el 522. El sentimiento de que Roma era aún lo que había sido antes tenía tal fuerza que Boecio pensó que había alcanzado la cumbre de la felicidad al ver a sus hijos alcanzar la dignidad de un título que, en realidad, carecía de significado excepto por el honor que confería.

Boecio tradujo algunas obras de Aristóteles al latín y escribió comentarios sobre Cicerón, Euclides y otros autores antiguos. Fueron sus palabras, no las originales —su traducción de la *Lógica* de Aristóteles, por ejemplo—, las que sobrevivieron en los seis siglos siguientes.

Otro romano, Flavio Magno Aurelio Casiodoro, nacido el 490 y que vivió hasta la patriarcal edad de noventa y cinco años, fue tesorero de Teodorico y sus sucesores. Dedicó su vida al saber y abrigó la esperanza de fundar una universidad cristiana en Roma para detener la gradual decadencia de la educación. Pero los tiempos no eran propicios, y no había modo de que la sociedad secular pudiese apoyar tal institución educativa. Tuvo que volverse hacia la religión. Fundó dos monasterios, otorgándoles su apoyo a cambio de la garantía de que reunirían libros valiosos de todo género y los harían copiar.

Fue Casiodoro quien estableció la relación entre los monjes y la copia de manuscritos. Esto fue fundamental para mantener encendida, por tenue que fuera, la lámpara del saber en los duros siglos que seguirían.

Casiodoro escribió profusamente en los campos de la historia, la teología y la gramática. Teodorico le encargó que escribiera una historia de los godos, con la intención de que sirviese como propaganda en pro de los godos y los presentase con una apariencia favorable ante el populacho romano. Este libro, por desgracia, se ha perdido, pero por referencias posteriores conjeturamos que Casiodoro identificó a los godos con los antiguos escitas y sostenía que, habiendo adoptado los escitas la cultura grecorromana mucho tiempo antes, los godos no debían ser considerados como bárbaros.

Esto es totalmente falso, por supuesto. Los escitas vivieron al norte del mar Negro alrededor del 350 a. C. y los ostrogodos vivieron allí mismo alrededor del 350 d. C., y no hay otra relación entre ellos. Los escitas habían desaparecido totalmente cinco siglos antes de que los ostrogodos entrasen en el escenario.

Si nos detenemos, pues, en el año 500, podría parecer que el mundo antiguo aún no estaba perdido. El Imperio Oriental permanecía intacto y en la mejor parte del Imperio de Occidente había dos reinos godos ilustrados. Casi toda España y la mitad de la Galia estaban bajo el visigodo Alarico II. Italia y el

Danubio superior se hallaban bajo la dominación del ostrogodo Teodorico I. Ambos eran monarcas ilustrados y civilizados y ambos tenían en cuenta los intereses de todos sus súbditos, tanto romanos como godos. También ambos eran tolerantes en materia de religión. ¿Qué era lo que no marchaba adecuadamente?

Pues bien, no se puede detener la historia. Las invasiones germánicas no habían terminado.

3. Llega la oscuridad

Clodoveo.

En medio de todas las perturbaciones que comenzaron con el vuelco hacia el oeste de los hunos, apenas se ha mencionado el nombre de los francos. Habían figurado en primer plano en la invasión de la Galia en la época de Juliano, en el 355, pero luego, durante más de un siglo, se mantuvieron en calma, como si su derrota por obra de Juliano hubiese sido una saludable lección recordada durante largo tiempo.

En verdad, durante todo ese siglo, habían actuado en general como leales aliados de Roma y como defensores del Imperio contra sus parientes germánicos. Fue a un franco, Arbogasto, a quien Teodosio había confiado la protección del Imperio de Occidente (aunque esa confianza fue traicionada). Cuando los suevos y los vándalos irrumpieron en la Galia después de la derrota de Alarico por Estilicón, los francos lucharon del lado de los romanos.

Sin duda, los francos finalmente se vieron obligados a invadir la Galia en su huida ante el avance del huno Atila, pero una vez allí lucharon lealmente con Aecio y contra los hunos en la batalla de los Campos Cataláunicos.

Después de marcharse los hunos, algunos francos se hallaron en posesión de la parte nororiental de la Galia. Eran un grupo conocido como los francos salios, porque en tiempos romanos habían vivido a lo largo del río Sala, una de las corrientes que forman el delta del Rin. (Hoy es llamado río Ijssel y fluye hacia el norte a través de Holanda central). Su gobernante Childerico I actuó siempre como aliado romano y estableció su capital en la actual Tournai, formalmente con permiso romano, otorgado ante lo inevitable. Tournai está en la Bélgica moderna, cerca de la frontera con Francia, a unos 200 kilómetros al sudoeste del Rin.

Childerico era hijo de Merovech, o Meroveo en español (Merovaeus, en latín), por lo cual él y sus descendientes constituyen la llamada dinastía merovingia. Los reyes de este linaje llevaban largos cabellos como símbolo de la realeza. Cuando se deponía a un rey, se le cortaba el cabello como signo de la deposición.

En 481, cuando Odoacro gobernaba Italia y Eurico a los visigodos, Childerico murió y fue sucedido por su hijo de quince años. Su nombre era Clodovech, pero nos es más conocido como Clodoveo. (En realidad, se le debería llamar Clodoveo I.)

Clodoveo era uno de esos hombres que, al subir a un trono, sólo pensaban en guerrear y hacer conquistas. La obsesión que lo impulsaba era expandir sus posesiones todo lo posible, y empezó a buscar el mejor sitio por el cual empezar.

Para cualquiera que careciese del empuje de Clodoveo, la situación parecía sin esperanza. Poseía un territorio pequeño, sin testimonios de antiguas hazañas. Había otras tribus francas, en particular los francos ripuarios, que vivían a lo largo del Rin, al este de los territorios de Clodoveo, y podían irritarse si Clodoveo intentaba extenderse demasiado.

Pero a Clodoveo se le ocurrió una solución. Había una parte de la Galia septentrional que estaba bajo la dominación de un romano llamado Siagrio. No gobernaba en nombre de una inexistente corte imperial de Italia, sino en su propio nombre. Su capital era la ciudad de Soissons, a 135 kilómetros al sur de Tournai, por lo que sus dominios son llamados el reino de Soissons.

El reino de Soissons era la única franja de tierra de lo que había sido antaño el Imperio de Occidente que no estaba gobernada por una banda guerrera germánica. Clodoveo podía apelar al orgullo nacional de las otras tribus francas contra Siagrio. Podía marchar contra Siagrio a la cabeza de un ejército de aliados o, al menos, contando con que las otras tribus permanecerían neutrales y no amenazarían su retaguardia.

En 486, Clodoveo derrotó a Siagrio en una rápida batalla, y así el último trozo de territorio romano de Occidente cayó en poder de los germanos. Clodoveo se lo anexionó íntegramente y su reino repentinamente se triplicó de tamaño, de modo que constituyó una «gran potencia». Más aún, su prestigio creció enormemente, y las otras tribus francas que se habían mostrado dispuestas a ayudar descubrieron que habían hallado un gran líder.

Siagrio huyó al territorio visigodo, gobernado por Alarico II, y Clodoveo reforzó aún más su posición ante los ojos de sus guerreros exigiendo audazmente al poderoso visigodo la entrega de su derrotado enemigo, y también viendo su exigencia satisfecha. Alarico, joven, recién coronado y poco ansioso de guerras, fue bastante poco heroico como para ceder a las sonoras amenazas de Clodoveo. Entregó al fugitivo, quien pronto fue ejecutado por Clodoveo.

Clodoveo hizo de Soissons su capital y pasó diez años asegurándose los frutos de su victoria y de que todos los francos lo seguirían adonde los condujese.

Una vez cerciorado de esto, tuvo que decidir dónde asestar el próximo golpe. Al sur, había tres reinos germánicos. De oeste a este, eran los visigodos, los burgundios y aquellos alamanes a quienes los suevos habían dejado atrás después de cruzar el Rin, un siglo antes, y entrar en España. Más allá de los alamanes estaba el reino, recientemente creado, de los ostrogodos.

Los alamanes, juzgó Clodoveo, eran los más débiles de los tres, y por ende serían la víctima siguiente. Pero cuando se ataca a una serie de enemigos uno a uno, siempre es mejor hacer una alianza con el grupo que ocupa el segundo lugar en la lista de víctimas, mientras se despacha al número uno... si es posible lograrlo.

Por ello, Clodoveo, deseoso de asegurarse la neutralidad (si no la ayuda) de

los burgundios, se casó con Clotilde, princesa de esa nación, en el 493.

Para Clodoveo, esto sólo era un elemento de la política de poder, pero resultó tener consecuencias de vasto alcance, pues Clodoveo era un pagano y Clotilde era cristiana. Clotilde era aún más que eso. Los burgundios, como todas las restantes tribus germánicas asentadas en lo que había sido antaño el Imperio de Occidente, eran arrianos, pero Clotilde (y este «pero» era importante) era católica. Clotilde constantemente importunaba a su fiero marido para instarlo a abandonar el paganismo y convertirse en cristiano, cristiano católico, claro está. Clodoveo se adhería firmemente al paganismo, pero cedió hasta el punto de permitir que su primer hijo fuese bautizado como católico. Cuando el niño murió, casi inmediatamente, se resistió y sólo permitió que también el segundo hijo fuese bautizado después de considerables discusiones. Este segundo hijo enfermó, y cuando Clodoveo hizo escarnio coléricamente de la maldad del bautismo, Clotilde rezó fervientemente y el niño se recuperó. Clodoveo no pudo por menos de quedar impresionado.

En los asuntos externos, las cosas marcharon bien. Clodoveo estaba listo para emprender una guerra contra los alamanes, pero éstos le ahorraron la molestia. Fueron expulsados del sudeste por los ostrogodos en expansión. Por propio acuerdo, pues, se volvieron hacia el norte, el 496, para atacar a Clodoveo, quien obtuvo así el privilegio de combatir en legítima defensa propia.

Alegremente, Clodoveo acudió a la batalla, pero la guerra fue dura, pues los alamanes eran tan fieros como los francos. Cuenta una tradición que, en el momento culminante de una batalla decisiva, cuando parecía que los alamanes podían vencer, Clodoveo recordó los constantes regañones de su mujer e hizo un trato con el Cielo. Si el Dios de su mujer le daba la victoria, no sólo se convertiría él al cristianismo, sino que también trataría de que la piedad cristiana invadiera a todo su ejército y de que todos se bautizaran.

La batalla cambió y Clodoveo mantuvo su palabra. Él y 3.000 de sus hombres fueron bautizados antes de terminar el año 496 en una impresionante ceremonia religiosa celebrada en Reims, a cuarenta kilómetros al sudeste de Soissons.

Esa conversión tuvo la mayor importancia. Por primera vez, un grupo importante de germanos se convertían, no sólo al cristianismo, sino al cristianismo católico, lo que significaba que, en cualquier guerra de los francos con cualquier otro grupo de germanos (todos arrianos), las simpatías de los súbditos romanos, conducidos por los sacerdotes, estarían de parte de los francos. Esto podía modificar los resultados y, ciertamente, fue un factor importante en la serie de sucesos que iban a conducir a la victoria final de los francos, así como al hecho de que fueron los francos católicos, y no los godos arrianos, quienes se constituyeron en los reales herederos del Imperio de Occidente.

Hay quienes sospechan que Clodoveo quizá previó todo esto y que su conversión al catolicismo fue otra medida de política astuta, y no fruto de una

repentina inspiración en la batalla. No hay modo de saber la verdad.

El conquistador católico.

Los burgundios figuraban en el siguiente lugar en el menú de Clodoveo. Podría pensarse que, puesto que su esposa era una princesa burgundia, sería difícil para el franco hallar un pretexto para luchar contra ellos. Pero esto no era necesariamente así; las relaciones de parentesco entre los reyes nunca han impedido las guerras, y a menudo las han estimulado. Nunca fue esto más cierto que en el caso de los germanos, quienes estaban siempre disputándose los fragmentos en decadencia del Imperio Romano.

De hecho, Clodoveo no tenía por qué sentir escrúpulos de conciencia (suponiendo que los hubiese tenido, cosa dudosa) en combatir a los burgundios. Las condiciones eran tales que le permitían presentarse como un leal marido que vengaba el mal trato dado a su mujer, Clotilde.

El viejo rey de los burgundios, el abuelo de Clotilde, murió en el 473, cuando Clodoveo todavía era un niño y dejó su reino a cuatro hijos, dividiéndolo de modo que cada uno tuviese una parte.

Los reyes germánicos de la época, que consideraban sus dominios como un patrimonio personal del que podían disponer a voluntad, hacían eso con frecuencia. Cuando había más de un hijo sano, era costumbre dar a cada uno parte del reino, en la suposición de que gobernarían en una fraternal amistad y se unirían contra un enemigo común. El hecho de que esto casi nunca ocurriese no había impedido que se mantuviese la costumbre. Casi en todos los casos, estallaban guerras civiles en las que luchaban hermano contra hermano con más encarnizamiento que si combatesen contra un extraño.

En verdad, hubo implacables luchas entre hermanos burgundios. El hermano mayor, Gundobado, cuya capital era Lyon, logró capturar y asesinar al hermano tercero, Chilperico. Clotilde, hija de Chilperico, sólo era una niña por entonces, pero indudablemente la habrían matado si la hubiesen cogido. Ella y su hermana buscaron refugio en el segundo hermano, Godegiselo, cuya capital estaba en Ginebra.

Por ello, cuando llegó el momento de que Clodoveo se volviese contra los burgundios, era lógico que hiciese un pacto secreto de amistad con el hermano bueno de Ginebra, que antaño había protegido a la reina de Clodoveo, y llevase una guerra implacable contra el malvado hermano de Lyon, que la habría matado.

En el 500, francos y burgundios libraron batalla cerca de Dijon, a 270 kilómetros al sudeste de Soissons. Gundobado, que desconocía el tratado de su hermano con Clodoveo, esperaba recibir refuerzos fraternos desde Ginebra. Pero

nunca llegaron. Gundobado fue derrotado y huyó. Fue perseguido, capturado y, finalmente, obligado a pagar un pesado tributo. Los diversos reinos burgundios se convirtieron en titeres de los francos y nunca volvieron a ser enteramente libres. Pero los burgundios conservaron su familia real y cierta identidad nacional por un tiempo.

Toda la tierra situada al norte del río Loira, desde el otro lado del Rin hasta el Atlántico, estaba ahora bajo la férula de Clodoveo. A través de sus titeres burgundios, también dominaba el sudeste de la Galia.

Pero todavía estaban los godos. Al sur del Loira se extendía el reino de los visigodos, cuya cabeza era Alarico II. Al este de los Alpes estaba el reino de los ostrogodos, bajo Teodorico I.

Clodoveo no tuvo dificultades para elegir. Los visigodos estaban más cerca y a mano; en verdad, su frontera, en algunos puntos, estaba a 240 kilómetros de la capital de Clodoveo, Soissons. Por consiguiente, se preparó para guerrear contra los visigodos.

Pese a todas las victorias de Clodoveo, podría pensarse que en este caso Clodoveo pretendía demasiado. Los visigodos habían sido constantemente victoriosos en la guerra desde hacía un siglo. Su rey del momento, Alarico II, hombre suave y justo, podía haber esperado el entusiasta apoyo de su pueblo contra un conquistador que se había mostrado una y otra vez como bárbaramente cruel y brutal.

Pero había que considerar el factor religioso. Aquí, al menos, Clodoveo podía aprovechar a fondo su catolicismo. Marchaba contra Alarico II, anunció, en nombre de la fe católica, y su guerra era contra la herejía.

Eso significó que el ejército franco, al penetrar en territorio visigodo, podía contar con la ayuda de la población, mientras que los visigodos lucharían en su propio país, pero un país hostil. La importancia de esto queda clara cuando se considera que, si bien los visigodos arrianos dominaban el país, eran superados en cuatro a uno por los católicos.

En el 507, los ejércitos se encontraron en Vouillé, a 150 kilómetros al sur del Loira. Aquí Clodoveo logró la mayor de sus victorias, aplastando a los visigodos y persiguiéndoles lejos hacia el sur. Alarico murió en la batalla, y se cuenta que cayó bajo la espada del mismo Clodoveo.

Esa única batalla bastó para expulsar totalmente a los visigodos de la Galia, excepto una pequeña parte de la costa mediterránea, y a limitar su reino a España.

En cuanto a Clodoveo, pronto trasladó su capital al sur, a París, la cual, gracias a la expansión de sus dominios, tenía ahora una ubicación más central que Soissons. París no fue siempre la capital de los dominios francos, pero la estancia en ella de Clodoveo le brindó la primera oportunidad de desempeñar el papel de capital, papel que algún día haría de ella uno de los grandes centros

culturales del mundo.

Ahora quedaba el ostrogodo Teodorico.

Teodorico era un hombre de paz e hizo esfuerzos para hacer de mediador. En particular, trató de impedir la guerra entre Alarico y Clodoveo, y podía haber sentido algún optimismo en esta tarea, pues estaba relacionado con ambos hombres por matrimonios. Alarico estaba casado con la hija de Teodorico, y éste se había casado con la hermana de Clodoveo. Pero la mediación fracasó, pues Clodoveo quería la guerra.

Erróneamente, Teodorico se abstuvo de unirse a su yerno visigodo en la decisiva batalla contra su cuñado franco. Tal vez pensó que Alarico ganaría o que la batalla quedaría indecisa y tendría otra oportunidad para mediar. Si fue así, la realidad lo desengañó cruelmente. Comprendió entonces que Clodoveo se había hecho demasiado fuerte y debía ser detenido por la guerra. Ninguna otra acción lo detendría.

Firmó una firme alianza con Gesaleico, hijo ilegítimo de Alarico II que sucedió a éste en el trono visigótico. Hecho esto, condujo un ejército godo unido al sur de la Galia.

Allí encontró que un ejército aliado de francos y burgundios estaba asediando a Arlés, ciudad visigótica de la Galia meridional situada a sólo 65 kilómetros al noroeste de Marsella. Se libró una batalla en el 508 y los francos fueron derrotados. Desconocemos los detalles, pues lo que sabemos de Clodoveo lo debemos a las historias de un cronista franco que prefería no hablar mucho de las derrotas francas.

Clodoveo, detenido finalmente, se vio obligado a volverse hacia sus aliados. Los francos ripuarios habían permanecido fielmente a su lado durante veinte años de conquistas, pero conservaban su independencia bajo su propio caudillo, Sigeberto.

Se cuenta que Clodoveo logró modificar esa situación mediante una treta que era diabólica hasta según sus propios patrones. Logró persuadir al propio hijo de Sigeberto a que matase a su padre mientras cazaba, y luego denunció al asesino y lo hizo ejecutar. De este modo, padre e hijo quedaban eliminados, y fue fácil para Clodoveo hacerse elegir para el puesto vacante, en el 509. El reino franco, que se extendía ahora por casi toda la Galia y buena parte del valle del Rin, estaba completamente consolidado.

Aunque Clodoveo dedicó la mayor parte de su reinado a la guerra y las intrigas, a eliminar rivales y aplastar ejércitos, también tuvo tiempo de ocuparse de cuestiones internas. Hizo editar y registrar en latín el código de leyes franco, que se llama, por el nombre tribal de Clodoveo, la Ley Sállica.

La Ley Sállica no fue el primero de los códigos germánicos que recibió expresión escrita. Los burgundios y los visigodos habían superado a los francos en esta particular competición. Pero los anteriores códigos legislativos mostraban

fuertes influencias cristianas y romanas. La Ley Sállica era más puramente germánica, y por esta razón es interesante para los historiadores. La sección más importante era un comentario casi fortuito según el cual las mujeres no podían heredar tierras y que posteriormente tuvo una influencia importante sobre las decisiones concernientes a qué miembro de una casa real podía o no ser rey, dando origen a guerras que, sin embargo, no forman parte del tema de este libro.

Clodoveo también convocó un concilio eclesiástico en Orleans, en el 511, el primer concilio que puede ser considerado como una reunión de los obispos de todo el ámbito que había sido antaño la Galia.

Decir « que había sido antaño la Galia » equivale a señalar que este nombre geográfico, famoso desde los primeros días de la historia romana, estaba perdiendo sentido. Las conquistas francas, a diferencia de las de otras tribus germánicas, habían consistido en tierras adyacentes a las tierras originarias de los francos. Puesto que la fuente de su población estaba siempre cerca, sólo ellos — entre todos los germanos — pudieron colonizar intensamente al menos parte de la tierra conquistada. Esto fue tanto más fácil cuanto que los católicos francos podían mezclarse con la anterior población de católicos romanos, mientras que los godos y vándalos arrianos no podían hacerlo.

La población del reino de Soissons, la primera conquista de Clodoveo, llegó a ser totalmente franca. Los francos lo llamaban Neustria (« tierra nueva »), mientras designaban con el nombre de Austrasia (« tierra del este ») al territorio franco original situado al este de Neustria.

La parte meridional de la Galia, que Clodoveo arrancó a los visigodos, siguió siendo en gran parte romana en cuanto a su población. La podemos llamar Aquitania, derivación de su nombre como provincia romana. La diferencia cultural entre la Neustria franca del norte y la Aquitania romana del sur siguió siendo un factor importante durante siglos, y con frecuencia se expresó también en la separación política. Hasta las lenguas eran diferentes, aunque ambas (aun la de la parte franca) derivaban del latín. El término « Galia », pues, cayó en desuso, pues ya no significaba ninguna unidad geográfica o cultural definida.

El rey arriano.

Para el ostrogodo Teodorico, la victoria sobre Clodoveo en el 508 debe de haberle producido sólo una limitada satisfacción. Derrotar al franco era mejor que ser derrotado por él, pero los sucesos se cernían sobre Teodorico de un modo que los ejércitos no podían evitar.

La mayor dificultad para él fue el hecho de que los francos fuesen católicos. Era algo que no podía corregir con las lanzas. Entre otras cosas, brindó al Imperio de Oriente la oportunidad de volverse contra él.

Durante casi veinte años, Teodorico había cumplido con la palabra dada a Constantinopla, pero esto no le sirvió de mucho. Tan pronto como Clodoveo derrotó a los visigodos, Anastasio, el emperador oriental, contempló con alegría a un campeón católico que podía oponer a Teodorico, quien era leal pero demasiado fuerte para gusto del emperador y, además, un herético.

Anastasio envió a Clodoveo la noticia de que había recibido los títulos de patricio y cónsul, noticia que arrebató de alegría al monarca franco.

Podría pensarse que la actitud de Clodoveo era infantil, que aplaudía el otorgamiento de títulos vacíos, pero no era así. Los títulos imperiales le concedían una legitimidad que tenía mucha importancia para sus súbditos romanos. Además, impedían a Teodorico proclamar que Clodoveo poseía ilegalmente la tierra que había conquistado, pues esa tierra realmente pertenecía al Imperio — como todos lo admitían— y el Imperio había conferido a Clodoveo los títulos imperiales que le permitían gobernar.

Teodorico comprendía muy bien esto y no era en modo alguno ciego al modo como había sido apuñalado por la espalda por su aliado imperial. Hizo lo que pudo para mejorar la situación militarmente, anexionándose la parte meridional de Borgoña. De esta manera, tuvo bajo su dominio las costas mediterráneas a todo lo largo del oeste, hasta el reino de los visigodos. Así, los francos quedaron separados del mar meridional por una sólida falange gótica.

Teodorico debe de haber recibido con torva alegría la noticia de la muerte de Clodoveo en el 511. El franco, después de todo, podía haber vivido mucho más, pues sólo tenía cuarenta y cinco años, y era una docena de años menor que Teodorico.

La muerte de Clodoveo cambió radicalmente la situación, además. Durante su vida, había tratado de unir a los francos y de construir para ellos, y para sí mismo, un ámbito lo más extenso posible. Luego, en su testamento, siguió la habitual costumbre franca de dividir el reino como si fuese una manada de ganado.

Tenía cuatro hijos adultos, y cada uno de ellos recibió una parte del reino. De inmediato, como en el caso anterior de los cuatro hermanos burgundios, comenzó el sangriento juego de las luchas de unos contra otros. (Su madre, Clotide, cuyo celo católico había cambiado la faz de Europa, se retiró a un monasterio, se dedicó a labores religiosas y posteriormente fue santificada).

Mientras el reino franco, dividido en cuatro partes mutuamente hostiles, ya no era un peligro para nadie excepto para sí mismo (al menos durante un tiempo), Teodorico trató de unir a los godos.

En el mismo año en que murió Clodoveo, murió también el rey visigodo, dejando en la sucesión sólo a un hermano menor, Amalarico. Éste era demasiado joven para gobernar solo en esos duros tiempos. Pero era el nieto de Teodorico, quien por ende ejerció el derecho de tutela y se hizo cargo del

gobierno de ambas ramas de la nación gótica.

Pero ni siquiera esto podía hacer que Teodorico se sintiese realmente seguro. Era un arriano sincero, aunque no fanático, y era suficientemente inteligente como para darse cuenta de que el arrianismo no tenía futuro.

Hacía ya un siglo que los godos y los vándalos arrianos gobernaban varias provincias del Imperio de Occidente, sin haber hecho nunca incursiones serias en el catolicismo. Ganaron pocos conversos, si es que ganaron algunos.

Más aún, la minoría arriana, cuya seguridad dependía de sus reyes germanos, estaba dominada por estos reyes. Los arrianos de España, Italia y África constituían «iglesias nacionales» separadas, con escasos vínculos comunes entre ellas. Los católicos, en cambio, eran romanos y, al recordar el Imperio, nunca perdieron el sentimiento de que eran un cuerpo universal, por encima de las fronteras regionales. La unidad católica les daba una fuerza adicional.

Con cada década que pasaba, pues, los católicos se hacían más fuertes y los arrianos más débiles, y ahora que los francos se habían convertido al catolicismo, los godos y vándalos arrianos estaban rodeados. Estaba el Imperio de Oriente Católico al este, los francos católicos al norte y los súbditos católicos en el sur.

Teodorico, pese a todo el carácter ilustrado de su gobierno, debe de haber sentido que el suelo se movía bajo sus pies. La mayoría católica de sus súbditos no podía sentirse muy regocijada de su victoria sobre un enemigo católico. Y esto era tanto más así cuanto que Roma era el centro del catolicismo occidental.

En los primeros siglos del cristianismo, el obispo de Roma había gozado de cierto prestigio porque gobernaba a la comunidad cristiana residente en lo que era el centro y la capital del Imperio. Reforzaba ese prestigio el hecho de que, según la tradición, el apóstol Pedro había sido el primer obispo de Roma y había sufrido el martirio en esta ciudad. Se pensaba que Jesús había designado a Pedro como jefe de la Iglesia, y los posteriores obispos de Roma afirmaron haber heredado ese liderazgo.

Mientras el Imperio Romano duró, esa pretensión no fue tomada muy en serio. La gran mayoría de la población cristiana estaba en el este y, después de Diocleciano, también lo estuvo la capital imperial.

Pero luego, cuando la autoridad imperial empezó a derrumbarse en el oeste, después de la incursión de Alarico por Italia, el obispo de Roma surgió como la única autoridad fuerte en la ciudad.

Este hecho se hizo dramáticamente evidente cuando el huno Atila se abrió camino hacia Roma. El emperador de Occidente sólo era una sombra, pero el obispo de Roma era el enérgico León I. Lo fue desde 440 hasta 461. Era un individuo fuerte y dominador, que persiguió las herejías con vigor y trabajó incansablemente para elevar el nivel educativo y moral del clero.

La voz «papa» (que significa «padre») era una manera común de dirigirse

a los sacerdotes en Italia, y en la época de León I surgió la costumbre de hablar de él como de el sacerdote, el « Papa », con P mayúscula.

León I es llamado a veces el Padre del Papado, en el sentido de que fue el primero en reclamar efectivamente el liderazgo de la Iglesia. Los hombres de otras provincias occidentales dominadas por extranjeros arrianos se dirigían al Papa como su única ayuda. Así, aunque su poder real estaba limitado a Italia, la influencia de León se extendió por todo el Occidente.

Fue León quien marchó al encuentro de Atila cuando nadie más osó hacerlo, y fue León quien trabajó para atenuar los efectos del saqueo de Roma por el vándalo Genserico.

Después del derrumbe del Imperio Occidental en 476, y cuando no reinaba en Italia ningún emperador, los papas sucesivos vieron a su único rival importante dentro de la Iglesia en el obispo de Constantinopla. (Este obispo era llamado comúnmente un patriarca, que significa « padre principal » y es, por ende, un término análogo a « papa »). Y detrás del patriarca de Constantinopla estaba el emperador de Oriente.

En el 492, fue elegido papa Gelasio I. Abordó audazmente el problema del Imperio y sostuvo con firmeza que el Estado y la Iglesia eran independientes. La opinión de que el emperador no debía inmiscuirse en la Iglesia había sido defendida antes por obispos fuertes. Pero Gelasio demostró su convicción de un modo particularmente espectacular. Había una herejía en Constantinopla, y Gelasio, como castigo por tolerarla, excomulgó al Patriarca; esto es, declaró que ya no era miembro de la Iglesia y, por lo tanto, no podía tomar parte en sus ritos.

Naturalmente, la excomunión fue ignorada en Constantinopla, pero Gelasio mostró que el Papa se consideraba superior al Patriarca y podía comportarse de este modo sin ser castigado.

La inmunidad del Papado fortaleció porque Teodorico estaba, justamente en ese momento, imponiendo su dominación sobre Italia. Aunque Teodorico era un arriano que no reconocía al Papa como cabeza de la Iglesia, estaba obligado a apoyar al Papa porque deseaba tan poco la intervención imperial en Italia como Gelasio.

Así quedaron las cosas durante la primera mitad del reinado de Teodorico; se formó una incómoda alianza entre el rey arriano y el Papa católico que dependía de los principios de tolerancia del primero y de la política práctica del segundo. El advenimiento de los francos católicos conmovió la alianza, pero no la destruyó.

En 518, murió el emperador de Oriente, Anastasio, y le sucedió en el trono de Constantinopla Justino I. Éste era un soldado rudo y sin educación a quien ayudaba su brillante y joven sobrino Justiniano.

Justiniano suprimió las herejías que habían florecido bajo Anastasio y aceptó las concepciones romanas sobre varios puntos en disputa. Como resultado de ello,

hubo una lenta mejora en las relaciones entre el Papa y el emperador, por lo que Teodorico se encontró cada vez más aislado.

Justino también inició una vigorosa política antiarriana que fue embarazosa para Teodorico. En 525, Teodorico envió al papa Juan I a Constantinopla para que negociara una disminución del fanatismo imperial. Pero hubo pruebas bastante significativas (concluyentes, para Teodorico) de que el Papa y el emperador estaban conspirando contra el viejo rey.

Cuando Juan I volvió sin haber conseguido nada, Teodorico lo metió en prisión. En ese momento, Teodorico estaba desesperado. Tenía casi setenta años y la muerte estaba cercana. No tenía ningún hijo adulto que lo sucediese y el catolicismo triunfaba en todas partes.

Empezó a ver conspiraciones más allá de lo justificable. De resultas de ello, los últimos años de su reinado fueron sangrientos y arruinaron la hoja de servicios de un hombre que había sido justamente llamado Teodorico el Grande.

La víctima más importante de las purgas de Teodorico fue Boecio, quien muy poco tiempo antes se había extasiado viendo a sus hijos ocupar juntos la dignidad de cónsules.

Boecio fue arrestado bajo la sospecha de mantener correspondencia con el emperador, fue torturado y, en 524, ejecutado. Mientras esperaba la tortura y la ejecución escribió su obra más grande, *Sobre la consolación de la filosofía*. Si su espíritu estaba acongojado en ese momento, su calmo estilo no lo muestra. Tampoco aparecen en él claros signos de cristianismo. Prefirió escribir a la manera de los filósofos paganos.

Teodorico murió el 526, habiendo reinado treinta y siete años en la paz y la prosperidad, aunque terminase en el fracaso.

Pero sobrevivió en la leyenda, en una forma curiosamente deformada. En diversos poemas épicos germánicos, en versiones que se remontan al siglo XIII (setecientos años después de la muerte de Teodorico), aparece con el nombre de Dietrich von Bern. En esos poemas, se dice que Dietrich von Bern fue expulsado por Ermanarico, rey de Bern (Verona), en el norte de Italia. Dietrich buscó refugio entre los hunos y luego retornó a la cabeza de un ejército huno para derrotar y matar a Ermanarico.

A través de este relato, puede entreverse oscuramente la historia de los ostrogodos. Un ejército huno, en verdad, había derrotado a Ermanarico y provocado su muerte, pero había ocurrido en las lejanas tierras situadas al norte del mar Negro. Los ostrogodos (como Dietrich von Bern) estuvieron luego con los hunos, como súbditos, y habían combatido en sus ejércitos. Posteriormente, los ostrogodos —de nuevo, como Dietrich von Bern—, bajo la conducción de Teodorico (el verdadero Dietrich), llegaron a Italia.

El general imperial.

Algo que Teodorico no podía prever era que el Imperio de Oriente, no los francos, sería la ruina de los ostrogodos.

El Imperio de Oriente logró resistir firmemente durante todo el terrible siglo y cuarto posterior a la muerte de Teodosio, pero no hizo más que eso. Por la fuerza, la diplomacia, la intriga, el soborno y la buena suerte, mantuvo sus fronteras intactas. Los visigodos, los hunos y los ostrogodos habían atravesado por turno la frontera del Danubio, mientras los persas mantenían una constante presión en el Este. Sin embargo, el Imperio había capeado todos los temporales y, a la muerte del ostrogodo Teodorico, su territorio estaba tan intacto como cuando el visigodo Alarico inició su marcha.

Pero el Imperio nunca había podido recuperar Occidente ni llevar la lucha a territorio enemigo. Durante todo el siglo V fue gobernado por emperadores que, en el mejor de los casos, fueron personas mediocres bien intencionadas, y no tuvo un solo general de primera clase.

Luego, en 527, el año de la muerte de Teodorico, todo cambió. Justino I murió y subió al trono su sobrino Justiniano. Había sido para su tío una especie de primer ministro, particularmente hacia el final del reinado de Justino. Cuando le sucedió en el trono, pues, ya tenía considerable experiencia en las tareas propias de un emperador.

A su mediana edad, por la época de su ascenso al trono (a los cuarenta y cuatro años), tenía grandes ambiciones en casi todos los campos, y tuvo éxito en la mayoría de ellos. Dirigió la Iglesia con mano de hierro, construyó una espectacular catedral, promulgó un código de leyes que fue famoso a través de los siglos, reorganizó y fortaleció el gobierno y alentó el renacimiento material y cultural de sus dominios.

Entre sus sueños figuraba nada menos que la completa restauración del Imperio Romano. Quería recuperar todas las provincias perdidas en el oeste.

Pero había una dificultad para llevar a cabo la conquista de Occidente. Pese a toda su inteligencia, laboriosidad y verdadera capacidad, Justiniano no tenía una pizca de talento militar. Para ser un conquistador, tenía que hallar al gran general del que el Imperio de Oriente había carecido durante largo tiempo. Más aún, debía hallar a alguien en quien pudiera depositarse la confianza de que no se apoderaría del trono con un golpe militar después de llegar a ser victorioso. (El propio tío de Justiniano se había adueñado del trono de esta manera).

Justiniano tuvo la buena suerte de hallar un general semejante. En la guerra contra Persia que se mantenía desde hacía siglos, un guerrero de veinticinco años, Belisario, obtuvo una victoria asombrosa sobre el enemigo el 530.

Luego, el 532, demostró su valía aún más directamente. Cuando un peligroso

motín en Constantinopla estuvo apunto de expulsar del trono a Justiniano, Belisario, con un puñado de hombres, logró calmar la ciudad.

Justiniano estaba agradecido e impresionado. Había hallado al hombre que buscaba.

Después, para iniciar la conquista occidental necesitaba una excusa. Es extraño que todo aquel que desea iniciar una guerra deba siempre hacer parecer que lucha por una causa justa, aunque el motivo real sea la pura y desnuda agresión. Afortunadamente para el candidato a agresor, es muy fácil hallar una «causa justa».

El primer blanco de Justiniano fue el reino vándalo de África. Era una elección lógica, pues el reino vándalo no era tan extenso como los reinos godos y franco. Estaba limitado a una delgada franja de la costa africana que rodeaba a Cartago, además de una frágil dominación de las islas del Mediterráneo occidental. El mar dificultaba una posible ayuda de los godos y lo había mantenido tan seguro durante cincuenta años que no se sintió acuciado a mantenerse en condiciones de combatir.

En 477 murió Genserico, el fundador del reino. Había sido un hombre de gran capacidad, pero sus sucesores no estuvieron a su altura.

Como Genserico, sus sucesores fueron arrianos. Pero el 523 llegó al trono Hilderico, nieto de Genserico, y mostró claras simpatías hacia el catolicismo.

El clero arriano de los aristócratas vándalos pronto se sintió agraviado. La situación se hizo cada vez más turbulenta, hasta que finalmente, en 531, un golpe del ejército logró derrocar a Hilderico. El monarca depuesto fue enviado a prisión y Gelimer, un arriano fiel que era primo de Hilderico, fue elegido rey.

Justiniano ya tenía una excusa: un monarca con simpatías hacia el catolicismo había sido injustamente destronado y enviado a prisión por un hereje. Ahora, atacar a los vándalos era descargar un golpe por la causa de la religión y la justicia. Justiniano era un piadoso cristiano y, sin duda, pensaba sinceramente así; el pueblo del Imperio lo apoyó.

En el 533, por tanto, Belisario fue puesto al mando de una flota de unos quinientos barcos que transportaban treinta y cinco mil soldados y marinos, cinco mil caballos y todas las provisiones necesarias. La flota zarpó al oeste, hacia Cartago.

Comúnmente, no se esperaría que una fuerza expedicionaria grande pero ciertamente no abrumadora tuviese éxito contra un enemigo atrincherado combativo, y en el propio terreno del enemigo. Mas para compensar la pequeñez del ejército imperial y la dificultad de luchar lejos del hogar y con el mar a las espaldas, Belisario confiaba mucho en un imponderable. La población católica seguramente iba a recibir alborozada a sus tropas, como liberadoras de la opresión de una aristocracia extranjera y hereje.

Con esta idea, Belisario tuvo suficiente previsión como para prohibir a sus

tropas todo saqueo desordenado. No deseaba que ocurriese nada que pudiera poner a la población contra él. Así, logrando que la gente lo abasteciera por su propia voluntad, Belisario marchó sobre Cartago después de desembarcar en las costas del norte de África.

Gelimer estaba en un dilema. Las fortificaciones de Cartago habían sido destruidas cuando los vándalos conquistaron la ciudad, casi un siglo antes, y no habían tenido ocasión o necesidad de reconstruir las murallas. Por ello, no podía desgastar a Belisario obligándolo a montar un asedio prolongado, sino que tenía que hacerle frente en campo abierto. Pero la dificultad era que las mejores tropas vándalas estaban lejos, en la isla de Cerdeña, librando batallas contra los nativos que ahora a Gelimer deben de haberle parecido inútiles.

La inevitable batalla se dio finalmente a dieciséis kilómetros de Cartago. Belisario, gracias a su habilidad y a la falta de habilidad de los vándalos, pudo impedir que diferentes partes del ejército enemigo se unieran. Derrotó primero a una parte del ejército y luego a la otra. Hecho esto, Belisario entró en Cartago, manteniendo a sus hombres bajo una firme disciplina. El populacho católico cartaginés lo recibió con sonoras demostraciones de alborozo.

El ejército vándalo que estaba en Cerdeña regresó apresuradamente. Reunieron sus fuerzas y presentaron una segunda batalla a Belisario, pero nuevamente fueron derrotados. Gelimer huyó, pero fue tomado prisionero.

Todo el reino vándalo cayó en manos del Imperio de Oriente, incluyendo las islas del oeste del Mediterráneo, Cerdeña, Córcega y las Baleares. El arrianismo fue suprimido y desapareció para siempre de África. La causa del Imperio y la Iglesia había triunfado, y los vándalos, como antes los hunos, perdieron su identidad nacional y desaparecieron de la historia. Todo lo que queda de ellos es la palabra corriente «vándalos», cuyo sentido actual no les hace justicia, y el nombre de la España meridional, Andalucía, que (con pérdida de la V inicial) recuerda los veinte años, de 409 a 429, en que los vándalos dominaron esa región.

Belisario retornó en triunfo a Constantinopla, con el depuesto rey vándalo en su séquito como cautivo. Justiniano no pudo por menos de disfrutar de un éxito que había sido mayor de lo que aun los más optimistas habrían esperado.

Pero, siendo antes que nada un político práctico, se percató de que la enorme popularidad que había ganado Belisario era peligrosa. No podía dejar que permaneciera en Constantinopla, sino que debía enviarlo a otra expedición.

Le fue fácil hacerlo. El reino ostrogodo era el siguiente candidato lógico para la destrucción. Era el más cercano de los reinos germánicos restantes, estaba en el caos político y acababa de ofrecer una excusa perfecta para el ataque.

Teodorico dejó un vástago inteligente y capaz, mas, para infortunio de los ostrogodos, era del sexo inadecuado: era una hija, Amalasunta. El hijo de ésta, Atalarico, de nueve años de edad, subió al trono y ella fue la regente.

Amalasunta comprendió que su posición no era segura en medio de una turbulenta aristocracia goda a la que fastidiaba recibir órdenes de una mujer. Buscó métodos para fortalecerse, y uno de sus recursos fue favorecer a la población romana. Esto, por supuesto, le enajenó aún más las simpatías de la aristocracia.

Por ello, Amalasunta hizo todo lo que pudo para establecer buenas relaciones con el Imperio Oriental. Hasta llegó a un acuerdo secreto con Justiniano que le permitía huir a Constantinopla si su posición en Italia se veía seriamente amenazada.

Permaneció segura mientras su hijo fue rey. Pero la vida era corta e incierta en aquellos días, y Atalarico murió de una enfermedad en el 534, cuando sólo tenía dieciséis años.

Amalasunta no podía reinar sola y, por eso, hizo que Teodato, primo carnal de ella, subiese al trono como cogobernante. El único mérito de Teodato era ser un varón de la familia real. Tan pronto como logró el rango de cogobernante, hizo algo sorprendentemente estúpido. Envío a prisión a Amalasunta y luego la hizo asesinar.

Las noticias le llegaron a Justiniano mientras Belisario estaba celebrando su triunfo sobre los vándalos, y el emperador no podía haber deseado una situación más adecuada para sus fines. Nuevamente, disponía de un malvado usurpador, un asesino y un hereje arriano: Teodato. Justiniano podía marchar a la guerra en nombre de una pobre reina asesinada, que había hecho una alianza con él y tenía simpatías por los católicos. Y de este modo podía sacar a Belisario de la ciudad.

El 535, Belisario condujo su flota a Sicilia, donde las guarniciones godas eran exiguas, y pudo tomar la isla casi sin combatir. Una vez más, el populacho católico lo recibió entusiastamente y manifestándose contra sus gobernantes. Luego pasó a Italia y llegó a Nápoles antes de encontrar una resistencia seria. Tomó la ciudad después de un sitio de menos de un mes.

Teodato, el rey ostrogodo, evidentemente no estaba en condiciones de conducir una guerra con un adversario tan decidido y hábil. Perdida Nápoles, cedió y pidió términos de rendición. Pero los más resueltos de sus guerreros no lo permitieron. Lo asesinaron y eligieron rey a un general llamado Vitiges. Así, la estirpe de Teodorico llegó a su fin de manera poco gloriosa sólo diez años después de su muerte.

Belisario tuvo tiempo para marchar sobre Roma sin encontrar prácticamente resistencia, antes de que Vitiges pudiese reorganizar sus fuerzas para un contraataque. Vitiges luego llevó todo el ejército visigótico a las afueras de Roma,

y allí puso sitio a Belisario, que resistió firme y hábilmente.

Justiniano enviaba ocasionales refuerzos, pero nunca eran, en realidad, suficientes. A fin de cuentas, los múltiples proyectos de Justiniano eran una terrible sangría para los recursos del Imperio y había un límite en lo que podía destinar a Italia. También es muy posible que no desease brindar demasiada ayuda a Belisario. Con un gran ejército, el general podía ser tan peligroso para Justiniano como para los ostrogodos.

Pero Belisario usó muy bien los refuerzos que recibió, y se aseguró de que la hueste sitiadora se desangrase constantemente como resultado de incursiones hechas desde la ciudad y hábilmente dirigidas. Finalmente, después de todo un año, Vitiges y sus ostrogodos se vieron obligados a refugiarse en la seguridad de la inexpugnable Rávena.

Ni siquiera los hunos habían amenazado Rávena, y Teodorico sólo había logrado tomarla por traición cuarenta años antes. Sin duda, los ostrogodos pensaron que desde Rávena podrían seguir la lucha indefinidamente y, por último, desgastar a las fuerzas imperiales. Justiniano debe de haber pensado lo mismo, pues firmó un tratado de paz pasando por encima de su general y por el que convenía en repartirse Italia con los ostrogodos, dejándoles la mitad septentrional.

Belisario se negó a aceptar el tratado, apresuró el asedio de Rávena, cortando toda vía de acceso a la ciudad y, al parecer contra el consejo de sus propios oficiales, dejando que el hambre hiciese su tarea.

Tuvo éxito. Los ostrogodos, hambrientos (y, peor aún, descorazonados), rindieron la ciudad. Se cuenta que lo hicieron sólo a condición de que Belisario los gobernase como rey y no devolviese Italia al Imperio. Belisario, según esos relatos, aceptó la condición, pero sin ninguna intención de cumplirla, por lo que podría decirse que Rávena fue tomada nuevamente por traición.

Belisario quizá esperó que Justiniano se sintiese complacido por todo esto, pero, si fue así, no comprendía la naturaleza humana. El general había tenido demasiado éxito y, lo que era peor, había buscado y obtenido la victoria mientras Justiniano había cedido. Hizo que Justiniano pareciese un hombre carente de fe y resolución.

Justiniano inmediatamente hizo volver de Italia a Belisario y le dio una recepción muy fría, pese a que éste llevó consigo aun nuevo rey germano cautivo (Vitiges). El cuento de que los ostrogodos habían ofrecido a Belisario hacerle rey fue descubierto (o posiblemente inventado por los enemigos del general), y Justiniano pensó que ya no podía confiar más en él.

Los generales imperiales puestos al frente de Italia lo echaron todo a perder. Carecían de la capacidad y la humanidad de Belisario. Los soldados imperiales, fuera de control, revelaron al populacho que un ejército católico podía ser tan duro y peligroso como un ejército arriano, y los romanos perdieron la mejor

arma que tenían: la buena disposición del pueblo.

Lentamente, los ostrogodos se recuperaron de la conmoción de la derrota; lentamente, reunieron de nuevo sus fuerzas, y descubrieron que hasta superaban en número a las escasas guarniciones imperiales. Finalmente, el 541, fue elegido rey un capaz general, Totila. Bajo la vigorosa conducción de Totila, los ostrogodos tomaron una ciudad tras otra, hasta que el 544 pusieron sitio a la misma Roma.

Justiniano se vio obligado a actuar. Rechinando los dientes de frustración, sin duda, tuvo que enviar a Belisario devuelta a Italia, para evitar la desgracia de perderla. Tal vez también pensó que no sería tan malo perder Italia si la desgracia podía atribuirse a Belisario. Quizá esto explique porqué envió a Italia al general con un ejército ridículamente inadecuado y que nunca le enviase la cantidad de refuerzos necesarios para obtenerla victoria.

Belisario no tenía fuerzas suficientes para rechazar a Totila de Roma, y en el 546 el ejército ostrogodo tomó nuevamente la ciudad.

La ciudad de Roma había pasado por un siglo y cuarto de crisis, pero hasta entonces había sobrevivido casi milagrosamente con apenas algún rasguño. El visigodo Alarico la había ocupado, pero no le había hecho daño. El huno Atila se había acercado a ella, pero se marchó sin tocarla. El vándalo Genserico la saqueó, pero no le hizo un verdadero daño. Odoacro y Teodorico, por turno, establecieron su dominación sobre Italia sin herir a Roma.

Pero ahora, después de dos asedios ostrogodos, el primero infructuoso y el segundo con éxito, el desastre finalmente se abatió sobre la ciudad. Sus murallas fueron abatidas y sus acueductos destruidos. El agua corriente y el alcantarillado que habían sido el orgullo de la ciudad desaparecieron. Las tierras altas quedaron sin agua, y las bajas se convirtieron en marismas plagadas por la malaria.

Totila, en un arranque de exasperación, parece haber concebido la idea de arrasar totalmente la ciudad después de tomarla. Se supone que la salvó un ruego de Belisario, quien recordó al ostrogodo la gloriosa historia de la ciudad caída.

Pero Roma no se recuperó. El año 546 marca el verdadero fin de la antigua ciudad.

Belisario siguió luchando. Entró en la arruinada Roma al año siguiente y se vio obligado a salir nuevamente de ella. En el 549, fue llamado por el satisfecho emperador. El general se había desempeñado leal y hábilmente, pero no podía mencionar ninguna victoria espectacular (de lo que el emperador se había asegurado al no darle nada con lo cual luchar) y la magia de su nombre se oscureció.

Así llegó la oscuridad. Italia, la provincia más culta y próspera de Occidente, la beneficiaria del ilustrado gobierno de Teodorico, estaba finalmente en ruina. Las fuerzas imperiales y los ostrogodos, que se arrancaron unos a otros la península una y otra vez, hallaron que sólo tenían en las manos un guñapo.

¿Y qué quedó fuera de Italia? África volvió a la estructura imperial y nunca

retornaría a Occidente. La España visigoda se hundió en el aislamiento y la decadencia: fue el último resto de arrianismo que quedó en un Mediterráneo totalmente católico.

Sólo los francos conservaron su vigor y, de todas las tribus germánicas de entonces, eran las más bárbaras. Si las esperanzas de la civilización occidental reposaban en sus musculosos hombros, esas esperanzas debían ser oscuras, en verdad.

4. Los merovingios

El apogeo de Justiniano.

Ahora que Belisario estaba neutralizado, Justiniano realmente no estaba dispuesto a renunciar a Italia. Lo que era necesario hacer, en su opinión, era enviar a un segundo general capaz que, por una u otra razón, no fuese una amenaza para el emperador en ninguna circunstancia.

Ocurrió que disponía del candidato perfecto. (Las cosas siempre parecían salirle bien a Justiniano). Había un armenio llamado Narsés, que formaba parte del entorno inmediato de Justiniano y había demostrado ser un hombre muy capaz e inteligente, en quien el emperador podía confiar totalmente. También demostró ser entendido en cuestiones militares.

En 538, había sido enviado a Italia, para ayudar a Belisario según la versión pública, pero probablemente para vigilarlo por cuenta de Justiniano. Naturalmente, no se llevaron bien, y Justiniano tuvo que hacer volver a Narsés. Ahora que Belisario había abandonado Italia para siempre, Justiniano envió nuevamente allí a Narsés, en 551, y esta vez como comandante en jefe de las fuerzas imperiales.

Era un comandante en jefe al gusto de Justiniano, pues era un anciano de más de setenta años, con una personalidad poco adecuada para despertar el arrollador entusiasmo de sus tropas. Y por si esto no bastaba, Narsés era un eunuco, y era absolutamente inconcebible que un eunuco pudiera nunca ser considerado como un rival serio para el trono imperial.

Justiniano fue servido mejor de lo que podía haber esperado, pues resultó que el viejo eunuco no sólo era un buen general, sino un general casi tan capaz como Belisario.

Narsés, una vez en Italia, comprendió que era menester tomar rápidamente una decisión, pues todo retraso disminuiría y debilitaría a sus fuerzas y haría necesario para él esperar nuevos refuerzos que podían llegar o no. Por ello, incitó a Totila a presentar batalla, que el ostrogodo estaba ansioso de aceptar. A fin de cuentas, Totila había obtenido victorias desde hacía años aun contra Belisario, y ahora sólo tenía frente a él a un eunuco anciano.

En el 552, los ejércitos se encontraron en Taginae, a unos 160 kilómetros al norte de Roma. Totila se apresuró a atacar en un intento de tomar desprevenidas a las fuerzas imperiales. Su caballería se lanzó a la carga sin un adecuado apoyo de la infantería y halló a Narsés totalmente preparado. La caballería ostrogoda fue encerrada y quedó fuera de combate, después de lo cual la batalla se inclinó totalmente a favor de las fuerzas imperiales. El mismo Totila fue muerto.

Fue el fin de los ostrogodos. Nunca más pudieron volver a formar un ejército

cabal. Se vieron reducidos a llevar una lucha de hostigamiento, del tipo de guerra de guerrillas, a la que Narsés combatió pacientemente, tomando ciudades en una parte, exterminando bandas guerreras en otra.

En el 553, los ostrogodos desaparecen de la historia, sólo sesenta años después de que Teodorico se estableciese en Rávena. Perdieron su reino italiano como habían perdido su reino ucraniano, y no iban a tener una tercera oportunidad.

Mientras Narsés limpiaba Italia, Justiniano dirigió la mirada hacia las otras provincias perdidas. España, bajo los visigodos, pasaba evidentemente por un período de decadencia.

El ostrogodo Teodorico había sido el verdadero gobernante de España, tanto como de Italia, pero después de su muerte las dos naciones se separaron. El nieto y protegido de Teodorico, Amalarico, tenía ahora edad suficiente para gobernar por sí mismo, y estableció su capital en Sevilla: la primera capital visigoda dentro de los límites de España.

Los francos eran todavía el gran enemigo, tanto más cuanto que ya no estaba el brazo fuerte de Teodorico. Claro que Clodoveo había muerto hacía tiempo y sus hijos reñían entre ellos, pero Amalarico pensó que sería un acto prudente pedir a una hija de Clodoveo en matrimonio. El pedido fue aceptado, pero resultó ser una mala idea.

Amalarico era arriano y su nueva reina era católica. Cada uno trató de convertir al otro, pero ambos fracasaron. El resultado fue que Childeberto I, uno de los hijos de Clodoveo, juzgó que ya era tiempo de iniciar otra guerra santa contra los heréticos. En una batalla que se libró dentro de España, los visigodos fueron derrotados por segunda vez y Amalarico fue muerto. Los francos se retiraron con la reina rescatada y un buen botín. La muerte de Amalarico puso fin a la estirpe de Alarico, un siglo y cuarto después de que el antepasado visigodo tomase Roma.

Una serie de oscuros reyes siguieron a Amalarico. Lograron mantener a raya a los francos divididos, pero se persiguieron unos a otros hasta la destrucción en un revoltijo de intrigas palaciegas y guerras civiles.

Justiniano utilizó una de esas guerras civiles como excusa necesaria de su agresión. Uno de los candidatos rivales a reyes, Atanagildo, pidió ayuda a Justiniano. Antes de que Justiniano pudiera enviársela, Atanagildo venció por sí solo y anuló su pedido. Era demasiado tarde. Justiniano insistió en enviar sus tropas de todos modos. El tercio meridional de España fue ocupado rápidamente, y los dominios visigodos quedaron reducidos a un corredor por España central, entre las fuerzas imperiales al sur y los suevos al norte.

En 555, pues, el poder de Justiniano llegó a su apogeo. Su reinado había durado casi treinta años y en su transcurso volvieron al dominio imperial toda África e Italia, barriando a los vándalos y los ostrogodos. Se apoderó de buena parte de España y dejó a los visigodos en la impotencia. Sólo los francos (y los

sajones, en la distante Britania) no fueron tocados.

Pero Justiniano no podía más. Habiendo llegado a la cúspide, sólo podía descender. Las guerras occidentales, por triunfantes que hubiesen sido, costaron mucho al tesoro imperial. Si sumamos las interminables guerras en Occidente a las interminables guerras con Persia, en el este, era claro que el trono de Constantinopla marchaba derecho a la bancarrota.

En verdad, los beneficiarios de las campañas imperiales realizadas bajo Justiniano fueron los gobernantes merovingios de los francos, los hijos de Clodoveo. Estos hijos, aunque mutuamente hostiles y sin dar nunca tregua cada uno a su impulso de apoderarse de la herencia de los otros lo más que podía, reconocieron, con todo, la necesidad de un frente común contra los extranjeros. Conquistaron a las tribus turingias de Germania central y gradualmente despojaron a los burgundios de la independencia que Clodoveo les había dejado.

Cuando empezó la invasión imperial de Italia, los francos rápidamente aprovecharon la oportunidad de presionar sobre el sur. El mismo Justiniano los estimuló a hacerlo y les ofreció una alianza. El resultado fue que las fronteras francas fueron llevadas a la línea de los Alpes.

Cuando terminó la guerra en Italia, dos de los hijos de Clodoveo habían muerto, y un tercero murió en 558. El cuarto hijo, el menor, Clotario I, había estado anexionándose constantemente región tras región, ignorando las reclamaciones de diversos sobrinos, y por entonces tenía a todo el reino franco bajo su dominación exclusiva. Más aún, era un reino cuya extensión doblaba al que había dejado Clodoveo.

Si el poder del Imperio Oriental se había extendido mucho (al menos, a juzgar por el mapa), también se había extendido el poder del único gran reino germánico restante, el de los francos. Y si el reino franco no era tan rico y culto como el Imperio, su tierra era más compacta y sus ejércitos más fieros.

Estaba preparado el escenario para un choque, aparentemente inevitable, entre los francos y las fuerzas imperiales, pero aquí intervino la suerte. En 561, Clotario I murió después de un reinado de cincuenta años. Como su padre, Clodoveo, dejó cuatro hijos adultos. Y ellos, como los hijos de Clodoveo, dividieron el reino en cuatro y cada uno recibió su parte por sorteo (!).

El reino franco, unido durante sólo tres años, quedó nuevamente fragmentado y la Italia imperial conservó su seguridad, finalmente..., al menos con respecto a los francos.

El último de los arrianos.

Narsés siguió gobernando toda Italia desde Rávena durante catorce años, cada vez más viejo pero nunca menos enérgico. En el 565 tenía ochenta y siete años y

aún conservaba su vigor. Su gobierno era duro y los impuestos elevados. Emisarios italianos llevaban fuertes quejas a Constantinopla pidiendo su destitución. Mientras Justiniano vivió, no sirvieron de nada, pero Justiniano murió el 565 y fue sucedido por un sobrino, quien reinó con el nombre de Justino II.

Todo gobernante fuerte que reina durante largo tiempo acumula enconos e impopularidad. A menudo la primera preocupación de su sucesor es empezar por buscar la popularidad invirtiendo la vieja política. Justino II siguió este principio y procedió a desembarazarse de Narsés, que parecía ser inmortal.

Según un conocido relato, la destitución de Narsés fue realizada con increíble brutalidad. Se dice que el nuevo emperador envió un mensaje al anciano general instándolo a dejar la guerra a los hombres y, como eunuco, unirse a las doncellas de palacio y limitarse a tejer. Narsés respondió: « Tejeré una maraña tal que no podrá ser fácilmente desenredada ». Y antes de dejar el cargo, invitó a un nuevo grupo de tribus germánicas a invadir Italia.

Esa historia se contó por primera vez un par de siglos después de los sucesos y, aunque teatral, probablemente no es verdadera. La nueva oleada de invasores germánicos no necesitaba invitación alguna. Fue impulsada desde atrás y, como la anterior, dos siglos antes, se dirigió al oeste y el sur. Nuevamente, se trataba de invasores provenientes de Asia.

Un nuevo grupo de jinetes, los ávaros, llegó como el rayo desde el este durante el reinado de Justiniano y rápidamente impuso su dominación sobre los campesinos eslavos de Europa Oriental. (Los pobres eslavos habían sido dominados, sojuzgados y maltratados por una banda guerrera tras otra: godos, hunos y ávaros. Fueron tan implacablemente oprimidos que, según se supone, la palabra « esclavo » derivó de « eslavo »).

Por la época de la muerte de Justiniano, los dominios ávaros eran una versión un poco menor de lo que habían sido los de Atila, un siglo antes. Los ávaros establecieron su dominación desde el río Don hasta el Elba, y sus fronteras chocaban con el borde septentrional del Imperio de Oriente y el borde oriental del reino franco.

Inmediatamente al norte de Italia había dos tribus germánicas que recibieron todo el impacto del avance Avaro. Eran los lombardos y los gépidos. (La palabra « lombardo » es una deformación de la voz germánica *Langobards*, que significa « largas barbas » o, más probablemente, « largas hachas »).

Los lombardos y los gépidos luchaban entre sí desde hacía largo tiempo cuando los ávaros aparecieron en el horizonte. Cada tribu buscó la ayuda de los invasores contra la otra, y fueron los lombardos quienes la obtuvieron.

En el 565, el mismo año en que Justiniano murió y Narsés fue destituido, Alboino se convirtió en rey de los lombardos. Con ayuda de los ávaros, derrotó a los gépidos en una batalla final que se libró en el 567. Mató al rey gépido Cunimundo, y luego unió a las dos tribus casándose con la hija de su enemigo

muerto, Rosamunda. (Como observará el lector, los hijos que tuvieron serían de ambas casas reales). Según los antiguos cronistas, Alboino conservó el cráneo de Cunimundo e hizo con él una copa para beber.

Una vez derrotados los gótipos, los lombardos no podían sentirse muy cómodos con sus nuevos vecinos, los ávaros. Muy probablemente, los lombardos descubrieron que la alianza con los ávaros sólo les proporcionó el privilegio de ser los últimos que éstos engullesen. Un par de decenios antes, habían enviado contingentes mercenarios en ayuda de Belisario, de modo que estaban familiarizados con la decaída riqueza de Italia. Fue una fácil decisión la de cambiar las penurias de la opresión Avara por el papel de conquistadores en Italia.

Por ello, en el 568, toda la nación, hombres, mujeres y niños, junto con contingentes de otras tribus que quisieron tomar parte en la aventura, cruzaron los Alpes y se lanzaron sobre el norte de Italia. Los lombardos eran arrianos, por lo que una vez más —y la última— una banda guerrera arriana invadía un país católico.

Era a esos lombardos a quienes se suponía que Narsés había invitado a invadir Italia, pero es obvia la improbabilidad de esto. Narsés había abandonado Italia tres años antes de que llegasen los lombardos; y la presión ávara bastaba para empujar a los lombardos a Italia sin invitación alguna.

La invasión de estos últimos arrianos fue particularmente fácil. Italia había pasado por toda una generación de marchas y contramarchas, de devastaciones imperiales seguidas de devastaciones góticas, seguidas de nuevas devastaciones imperiales, y así sucesivamente. Esta tierra estaba agotada y su gente había caído en una especie de aquiescencia muda ante cualquier dominador. Todo lo que pedía era que la dejaran en paz, si es que esto era posible.

El hecho de que los lombardos fuesen poco numerosos les impidió ocupar más territorio que el que ocuparon. Sólo se apoderaron del tercio septentrional de Italia. Éste incluía la ciudad de Pavía (sobre el Po superior, a unos 40 kilómetros al sur de Milán), que cayó en el 572 y llegó a ser la capital de su reino. También ocuparon el interior de la parte meridional de la península, con su centro en la ciudad de Benevento, a 65 kilómetros al este de Nápoles.

Alboino no sobrevivió mucho tiempo a su fácil conquista; murió poco después de capturar Pavía. La leyenda adornó su fin con un cuento bastante horrible. En el curso de la borrachera con que se celebró la caída de Pavía, Alboino obligó a su mujer a beber de la copa hecha con el cráneo de su padre, tras lo cual ella organizó su asesinato.

El comienzo de la Edad Media.

La península de Italia fue unificada bajo el gobierno único de los romanos alrededor del año 220 a. C. Durante siete siglos permaneció unida. Pero con la llegada de los lombardos y su incompleta conquista, Italia quedó dividida. E iba a seguir dividida por trece siglos.

En un comienzo, la invasión dio origen a dos Italia, una lombarda y otra imperial, cada una en dos partes. El Imperio de Oriente conservó la parte más meridional de la península, incluyendo la «punta del pie» y el «talón», así como las islas de Sicilia, Cerdeña y Córcega. Además, las fuerzas imperiales ocuparon una ancha franja de tierra, al norte y al sur, que cruzaba el centro de la península desde Roma hasta Venecia, incluyendo la capital, Rávena.

Las fuerzas imperiales eran insuficientes para oponerse a los lombardos en todas partes, pero resistieron inflexiblemente allí donde pudieron. La Italia imperial fue reorganizada en 584 con el nombre de Exarcado de Rávena (un exarcado era una provincia externa).

En la Italia lombarda, el tiempo parecía haber retrocedido a una generación atrás, a los tiempos ostrogodos. Nuevamente, había una aristocracia arriana germánica y un campesinado católico romano. Nuevamente, había un doble sistema de leyes y de religiones.

La división de Italia dio impulso al poder papal, pues éste aumentaba cuando el poder secular de la península era débil o estaba dividido. Mientras las fuerzas imperiales dominaron toda Italia, bajo Narsés, por ejemplo, el Papa fue reducido a un títere. En el 532, el papa Vigilio I fue enviado a prisión por orden de Justiniano con tan pocas ceremonias como el papa Juan I había sido puesto en prisión por Teodorico. Pero ahora, con un nuevo período de debilidad secular, el papado tuvo otra oportunidad, y afortunadamente estaba en el escenario el hombre capaz de aprovechar esa oportunidad.

Era Gregorio, un hombre de familia romana patricia. Había sido prefecto (es decir, alcalde) de Roma cuando aún era un hombre joven, aproximadamente a los treinta años. Esto ocurrió en el 573, cuando los lombardos se lanzaron hacia el sur. Los malos tiempos y su propio anhelo de una vida contemplativa lo llevaron a renunciar. Destinó su propiedad al uso eclesiástico, fundó seis monasterios en Sicilia y uno en Roma, y él mismo entró en éste.

Sus monasterios seguían la regla benedictina, establecida unos cuarenta años antes por Benito de Nursia (ciudad situada a unos 140 kilómetros al norte de Roma). Los monjes, que vivían solos o en comunidades, constituían una parte bien establecida de la cristiandad oriental. Pero fue Benito quien introdujo en Occidente un sistema satisfactorio, racional y factible de dirigir un monasterio.

Estableció su refugio en Monte Cassino, a unos 110 kilómetros al sudeste de Roma, poco después de que la muerte de Teodorico anunciase un período de perturbaciones, y el monasterio allí fundado se convirtió en un modelo para todo

el oeste. Obligaba a los monjes que gobernaba a la obediencia, la pobreza y la castidad, pero desalentó el ascetismo inútil. No quería que sus monjes fuesen mendigos, vagabundos o masoquistas. En cambio, los instaba a trabajar, ya manualmente en los campos, ya intelectualmente en los escritorios. La actividad seguía una rutina invariable. La disciplina era firme y el abad que estaba al frente era elegido de por vida y tenía una autoridad absoluta. Cada monasterio debía automantenerse y ser un refugio, en un mundo conmocionado, para la laboriosidad y el saber.

Benito murió en el 543 pero su sistema le sobrevivió con éxito. Los monasterios benedictinos fueron prácticamente las únicas instituciones educativas de Occidente desde el 550 hasta 1150 (los « siglos benedictinos »). El noventa por ciento de todos los occidentales alfabetizados recibieron educación en ellos. La chispa del saber que quedaba en aquellos duros tiempos fue mantenida viva por los benedictinos.

Después del mismo Benito, el primer gran benedictino fue Gregorio. Hizo prosélitos afanosamente e inició la lenta expansión de la orden fuera de Italia.

Además de sus deberes monacales, Gregorio fue embajador apostólico en Constantinopla, escribió un comentario sobre el Libro de Job y otros escritos que le ganaron el título de « el último de los cuatro padres de la Iglesia Occidental » . En verdad, fue el primer gran intérprete del pensamiento religioso en Occidente desde la llegada de los germanos, aunque fue más un divulgador que un audaz innovador.

En 590, el papa Pelagio II (de origen ostrogodo) murió, y la tranquila vida de Gregorio llegó a su fin. Muy contra su voluntad, fue elegido Papa. Se cuenta que Gregorio hasta llegó a escribir al emperador de Constantinopla para pedirle que no ratificase la elección, pero la carta fue interceptada y Gregorio fue sacado de su escondite y prácticamente obligado a asumirla dignidad papal.

Pero una vez que ocupó el cargo, se dedicó a sus tareas vigorosamente; fue el primer Papa enérgico que hubo desde Gelasio I, un siglo antes. Reorganizó el ritual de la Iglesia y hasta quizá haya regulado la manera de cantar. (Al menos, todavía hablamos del « canto gregoriano »).

Realizó reformas en cuestiones morales, estimulando el celibato entre los sacerdotes (en parte, con el fin de reducir al mínimo la posibilidad de corrupción debida al deseo de transmitir el cargo a los propios hijos) y supervisando estrictamente las elecciones.

Su vinculación con los benedictinos lo llevó a dar gran influencia a los monjes, en oposición a los obispos. Gregorio exaltó el saber, pero el saber cristiano. Hay relatos (tal vez exagerados) según los cuales destrozaba libros paganos, en el intento de borrar hasta los más ínfimos rastros de paganismo en Italia.

De todos modos, si el último aliento de la Italia antigua terminó con Belisario

y Narsés, el primer aliento de la Italia medieval comenzó con Gregorio. Los propios escritos de éste contribuyeron a difundir el tipo de teología que asociamos con la Edad Media: tratan de ángeles y demonios, de la penitencia y el Purgatorio, de milagros, reliquias, etcétera.

(La expresión « Edad Media » no se usó en la Edad Media, por supuesto. Los hombres de la época pensaban que su época constituía los « tiempos modernos » . Pero siglos después de Gregorio, se redescubrieron los clásicos de Grecia y Roma, y los sabios empezaron a pensar que había un renacimiento, o reanudación, del saber, mofándose entonces del abismo de mil años entre el saber antiguo y la resurrección de éste, y a hablar de la « Edad Media » que hubo entre ellos. Los primeros siglos de ese período, los siglos de los que trata este libro, son llamados a veces « las edades oscuras » , porque en ellos el saber cayó muy bajo).

Gregorio trató denodadamente de difundir el cristianismo entre los paganos. En verdad, el episodio más conocido de su vida (al menos para los pueblos de habla inglesa) es que una vez vio vender como esclavos a unos jóvenes de cabellos claros. Sorprendido de su aspecto, preguntó de qué nación eran.

« Son anglos », le respondieron (constituían una de las tribus que habían invadido Britania siglo y medio antes y que más tarde darían a esa tierra su nuevo nombre de « Inglaterra »). Gregorio respondió con un juego de palabras latino que ha sobrevivido a la traducción: « No anglos, sino ángeles ». Se dispuso, entonces, a enviar misioneros a la tierra de los anglos, para que una raza tan bella no se perdiera para Dios.

Pero la tarea práctica más importante de Gregorio era refrenar a los lombardos y cuidar de la seguridad física de la Iglesia. No podía confiar en la ayuda de las fuerzas imperiales. El Exarcado de Rávena estaba siempre escaso de fondos y los soldados imperiales no recibían su paga. Esto los hubiera llevado inevitablemente a la revuelta y, quizá, a unirse a los lombardos.

Pero si el Exarcado era pobre, el Papado era rico. La Iglesia había heredado las propiedades de hombres piadosos durante muchos años, y éstas se acumularon hasta que la Iglesia llegó a ser, con mucho, el mayor terrateniente de Italia. Gregorio organizó esas esparcidas propiedades y las puso bajo su firme control, estableciendo un sistema racional de recaudación de rentas. Pudo, así, pagar a las tropas imperiales y, además, destinar los cereales cosechados en esas posesiones para alimentar al populacho romano.

Naturalmente, quien pagaba a los soldados y alimentaba al pueblo dominaba a unos y otros, y Gregorio se convirtió en el verdadero gobernante de Roma y sus alrededores, mientras prestaba una sumisión puramente verbal al representante del emperador en Rávena.

Pero Gregorio no usó a los soldados para hacer la guerra a los lombardos. En cambio, trabajó para convertir a éstos y hacer que abandonasen su arrianismo.

El líder lombardo más poderoso de la época era Agilulfo, y Gregorio le propuso la paz, aunque el Exarcado de Rávena exigía la guerra.

Agilulfo, impresionado (y también aplacado por un discreto donativo en dinero), se volvió más amable, primero con el Papa y luego con el catolicismo. A instancias del Papa y de su reina católica, permitió que el heredero al trono fuese bautizado como católico y luego él mismo siguió su ejemplo. En adelante, la conversión se difundió rápidamente entre los lombardos. También los suavizó y les hizo aceptar la lengua y las leyes de sus súbditos.

En 600, pues, el breve lapso de arrianismo que había retornado al norte de Italia desapareció para siempre. En verdad, los visigodos de España se convirtieron al catolicismo por la misma época, y así el arrianismo llegó a su fin después de una existencia de tres azarosos siglos.

Gregorio no era ciego al hecho de que los lombardos constituían un peligro, aunque fuesen católicos. Por mucho que se adhriesen al Papado, podía haber fricciones. Los lombardos tenían un ejército, y era claro que el Papado también tenía un ejército.

Así, Gregorio fue el primer Papa que dirigió su mirada con esperanzas al otro lado de los Alpes, hacia los francos. Escribió cartas amistosas, y hasta deferentes, a Childeberto I de Austrasia (la parte oriental del ámbito franco). Por entonces esto no tuvo mayores consecuencias, pero sentó un precedente que daría origen a importantes sucesos en el futuro.

En resumidas cuentas, Gregorio prácticamente creó un tercer poder en Italia: el del Papado. A causa de esto, suele ser llamado Gregorio Magno, y puesto que fue canonizado poco después de su muerte, ocurrida el 604, también es llamado San Gregorio.

El establecimiento del poder independiente de la Iglesia fue extendido por Gregorio a los obispados, pues Gregorio sostenía que cada obispo era tan independiente del poder secular como lo era el Papado. Toda ciudad de ciertas dimensiones tenía su obispo, lo cual significaba que las ciudades eran casi independientes, y sólo las regiones rurales estaban bajo la dominación lombarda.

En el norte de Italia, sobre todo, las ciudades se fortalecieron y su población creció a medida que los individuos huían de la férula relativamente dura del rey lombardo, en busca de la relativa libertad que brindaba la ciudad.

Como consecuencia de esto, aunque la vida urbana decayó y menguó casi en todas partes bajo los gobernantes germánicos, conservó cierta vitalidad en el norte de Italia, con lo cual se echaron los cimientos para una resurrección de la cultura occidental siglos más tarde.

Los nietos de Clodoveo.

La invasión lombarda de Italia y la confusión que provocó en este país podían haber llevado allí a los francos del norte, pero éstos tenían sus propios problemas internos.

De los cuatro hijos de Clotario I (el último hijo sobreviviente de Clodoveo), el mayor murió pronto y el menor, Chilperico, se apoderó de su territorio. Así, el ámbito franco quedó dividido en tres partes.

Sigiberto I, el tercer hijo de Clotario, con capital en Metz, a unos 280 kilómetros al este de París, gobernó Austrasia, la parte oriental de los dominios francos. La mayoría de ella nunca había formado parte del Imperio Romano, por lo que allí eran débiles las influencias romanas.

Chilperico, el cuarto y el más joven de los hijos de Clotario, gobernó desde Soissons sobre Neustria, mientras Gontram, el segundo hijo, cuya capital era Orleans, gobernaba Borgoña; Neustria, que cubría el norte de lo que antaño había sido la Galia, y Borgoña, el sudeste, aún conservaban la tradición romana y eran muy diferentes de Austrasia, aun en la lengua.

Es, quizá, natural que haya habido una guerra constante entre Austrasia y Neustria, considerando que eran tierras vecinas de diferentes culturas (y la diferencia se hizo cada vez más acentuada) y que sus reyes eran hermanos cada uno de los cuales pensaba que podía fácilmente gobernar el reino del otro tan bien como el suyo.

Sigiberto tenía una ventaja de la que tal vez no se percató. Había un monje llamado Gregorio que era obispo de Tours, y este Gregorio se convirtió en el historiador de los francos. Su historia ha sobrevivido hasta hoy y es nuestra fuente principal para el conocimiento de Clodoveo y sus sucesores inmediatos. Puesto que Gregorio estaba bajo el gobierno de Austrasia, el cuadro que nos ofrece es claramente antineustriano. Sigiberto y Austrasia, en general, aparecieron para edades futuras con colores un poco más favorables que los que merecen.

Sigiberto, atareado en la guerra contra los Avaros en su frontera oriental y un poco preocupado ante el repentino incremento del poder de Chilperico, decidió buscar un aliado por la vía del matrimonio. En el mismo año en que murió su hermano mayor y Chilperico se hizo más poderoso, Sigiberto se casó con una princesa visigoda. Su nombre era Brunilda y era hija de Atanagildo, el mismo que, trece años antes, había tenido la mala idea de aliarse con Justiniano y, de este modo, llevó las fuerzas imperiales a España.

El matrimonio fue cuidadosamente estudiado. Aunque el reino visigodo había perdido una considerable porción de territorio que fue ocupado por las tropas imperiales, había recobrado cierta estabilidad interna durante el relativamente largo reinado de Atanagildo. La situación, pues, era que, si podía contar con la amistad visigoda, Sigiberto, en caso de guerra con Chilperico, dispondría de un ejército que podía caer sobre la retaguardia de Neustria. Ocurrió que el

matrimonio hasta parece haber sido feliz, y Brunilda, que era arriana, aceptó convertirse al catolicismo sin problemas.

Chilperico de Neustria debe de haberse sentido intranquilo ante las nuevas relaciones visigodas de su hermano. Tenía ya esposa, pero esto importaba poco. Logró que la Iglesia admitiese su divorcio y luego se casó con Galsuinda, otra hija de Atanagildo. Ambos reyes francos tenían el mismo suegro visigodo, y la jugada de Sigiberto quedó neutralizada.

De hecho, ambos hermanos quedaron frustrados en cierto sentido, pues sus meditadas tretas quedaron anuladas cuando murió Atanagildo, el mismo año en que se realizaron ambos matrimonios. Los reyes visigodos que le sucedieron en rápida sucesión estaban demasiado ocupados en golpes internos para poder hacer sentir su peso en guerras externas. Si los dos reyes francos combatían entre sí, tendrían que hacerlo sin ayuda visigoda para ninguno.

Chilperico fue el más perjudicado de los dos, pues, personalmente, no le gustaba Galsuinda. A quien realmente amaba era a una mujer llamada Fredegunda, que había atraído su atención cuando sólo era una sirvienta de palacio. (Los historiadores antiguos tal vez se sintiesen horrorizados por su «bajo nacimiento» más que por cualquier otra cosa).

Indudablemente, Fredegunda se había regocijado cuando Chilperico se divorció de su primera mujer con la esperanza (o quizá hasta la certidumbre) de que se casaría con ella. Y debe de haberse puesto totalmente furiosa cuando, por razones de Estado, él se casó, en cambio, con una princesa visigoda. Luego, cuando las razones de Estado desaparecieron con la muerte de Atanagildo, Fredegunda hizo asesinar a la nueva reina. A Chilperico no puede haberle disgustado mucho esto, pues luego se casó con Fredegunda y la convirtió en su tercera reina.

Es obvio que ni Chilperico ni Fredegunda eran seres admirables, y Gregorio de Tours califica con aborrecimiento a Chilperico de «el Nerón y el Herodes de su época». Pero es probable que Chilperico no fuese más que una muestra típica de los reyes merovingios de ese siglo y que, malo como era, no era mucho peor que los tiempos en que le tocó vivir.

La gran querrela.

Fredegunda vio satisfecha toda su ambición cuando se convirtió en la reina de Neustria, pero al hacerlo se creó un fiero enemigo. Al matar a Galsuinda, había matado y reemplazado a la hermana de Brunilda, la reina de Austrasia, y Brunilda no era persona de olvidar ni siquiera un agravio muy inferior a éste. Tampoco la salvaje Fredegunda vaciló en aceptar las consecuencias de sus actos. Así comenzó una mortal querrela.

La guerra de Sigiberto contra los Avaros no daba buenos resultados; Sigiberto hasta fue, durante un tiempo, prisionero de guerra. Por ello, no se mostró muy renuente cuando Brunilda lo instó con vehemencia a cambiar de guerra y enviar a sus ejércitos al oeste, contra su hermano.

Por consiguiente, en el 573 Sigiberto exigió que Chilperico devolviese la dote que había recibido al casarse con la reina asesinada (una demanda razonable, ciertamente). Chilperico se negó, y estalló la guerra entre las dos potencias francas.

Sigiberto arrasó con todo lo que se le puso por delante y llegó a París y más allá aún. Chilperico parecía totalmente derrotado y, en el 575, Sigiberto, contando con que la victoria era suya, fue elevado sobre los escudos de sus guerreros como signo de que era ahora el rey victorioso de Austrasia y Neustria. Pero entonces intervino Fredegunda, que tenía sus armas particulares y las puso en juego. Había allí dos asesinos pagados, cuyos puñales se clavaron en Sigiberto, y éste cayó muerto. Los desmoralizados austrasianos se retiraron inmediatamente. Brunilda fue hecha cautiva, y es notable el hecho de que no fuese ejecutada de inmediato por orden de Fredegunda. Al parecer, se prendó de ella Meroveo, un hijo de Chilperico, y la hizo su primera mujer. Él la ayudó a escapar, ambos se casaron y huyeron a Tours, donde permanecieron un tiempo bajo la protección de Gregorio, el obispo-historiador.

Era la unión de dos personas que tenían un enemigo común. Meroveo, como hijo de la primera mujer de Chilperico, no podía sentirse seguro mientras Fredegunda, sin duda, intentaba hacer que la herencia cayera en sus propios hijos.

Ese nuevo matrimonio salvó a Brunilda, pues aunque Chilperico lo hizo anular, permitió a la reina retornar a Austrasia. Allí hizo proclamar rey a su joven hijo Childeberto, tenido con Sigiberto, con el nombre de Childeberto II. Ella gobernó tanto a éste como al reino, hallando fuerza y espíritu suficientes como para afirmar su dominación sobre la discolpa nobleza de Austrasia.

Para Meroveo, su matrimonio fue fatal. Sin duda, Fredegunda lo tenía en su lista, de todos modos, pero su temporal casamiento con la mortal enemiga de su madrastra aceleró su fin. Ella lo hizo asesinar, al igual que a otros dos hijos de Chilperico. Así, sólo quedó el mismo Chilperico, quien en 584 murió en circunstancias misteriosas. Naturalmente, los primitivos cronistas supusieron que Fredegunda también lo hizo asesinar, y quizá fue así.

Fredegunda pronto hizo coronar rey de Neustria a su pequeño hijo, con el nombre de Clotario II. Pero no fue una acción popular, pues gran parte de la nobleza de Neustria rechazaba como rey al pequeño hijo de una reina de bajo nacimiento.

El hijo restante de Clotario I, Gontram de Borgoña, expresó abiertamente dudas sobre la legitimidad del pequeño. Para acallar esas dudas, Fredegunda tuvo

que pasar por la indignidad de presentar obispos y nobles que jurasen que su hijo lo era también de Chilperico. Para asegurarse de que no tendría problemas al respecto, se deshizo de su principal oponente en Neustria, el obispo de Ruán, del modo habitual: ¡lo hizo matar por un asesino pagado!

Como venganza por las inoportunas dudas de Gontram, ella trató de hacerlo asesinar también, pero de algún modo logró escapar de los asesinos y murió de muerte natural en 593, sin hijos que lo heredasen, pero consignando en su testamento que su reino pasase a poder de Austrasia.

La cuestión era ahora: ¿en manos de quién caería Borgoña? ¿De Childeberto II de Austrasia, hijo de Brunilda, o de Clotario II de Neustria, hijo de Fredegunda? En lo concerniente a esas reinas, no era una cuestión que pudiera dirimirse por la razón serena.

La cuestión pareció resuelta cuando Childeberto de Austrasia avanzó más rápidamente y se apoderó de Borgoña. Puesto que era el heredero legal de Gontram, su acción pareció justificada.

Pero entonces, en el 596, Childeberto murió. Algunos dijeron que murió por envenenamiento dispuesto por «yasesabequién», pero podemos preguntarnos si todos los supuestos envenenamientos de épocas primitivas lo eran realmente. Las enfermedades eran repentinas y mortíferas en aquellos tiempos; muchos jóvenes morían de pronto, aun sin veneno.

Uno de los hijos de Childeberto, Teudeberto II, de diez años de edad, heredó Austrasia; el otro, de nueve años, heredó Borgoña. Su anciana abuela Brunilda trató de ser el verdadero gobernante de ambos reinos. Aún tuvo que enfrentarse con su vieja enemiga, la otra anciana, Fredegunda. La guerra continuó hasta que, en el 597, Fredegunda murió en su palacio de París.

Clotario II de Neustria, liberado de su dominadora madre y habiendo llegado a la mayoría de edad, continuó la guerra. Combatió con implacable crueldad, lo cual demostró que, fuese o no hijo de Chilperico, ciertamente lo fue de Fredegunda. Finalmente, obtuvo una completa victoria, pues capturó a Brunilda y a sus pequeños bisnietos en 613. Mató a los niños (aunque se supone que perdonó a uno por piedad, sentimiento raro entre los merovingios).

Brunilda era ahora una anciana de alrededor de ochenta años. Había pasado casi medio siglo desde que su hermana fue asesinada y comenzó su querrela con Fredegunda. Estaba en poder del hijo de Fredegunda, y éste no fue infiel al fantasma de su madre. La anciana fue implacablemente humillada y torturada; finalmente (según relatos), se la ató a la cola de un caballo salvaje que la arrastró hasta su muerte.

La narración de esta querrela aparece de una manera muy deformada en un poema épico alemán escrito alrededor de 1200. Es el *Nibelungenlied* («La canción de los nibelungos»), en el que «nibelungos» es otro nombre de los burgundios.

En él, un héroe alemán, Sigfrido, va a cortejar a la princesa Crimilda, hija de Gunther, rey de Borgoña, que gobierna en Worms, a orillas del Rin. Más tarde, con ayuda de Sigfrido, Gunther corteja y conquista a una princesa guerrera llamada Brunilda. Las dos reinas riñen y, en la lucha que sobreviene, Sigfrido es muerto a traición. Entonces, Crimilda se casa con Etzel, rey de los hunos, para buscar venganza de los que han dado muerte a su marido. En el curso de la contienda es destruido el reino de los burgundios.

Parte de la historia indudablemente está inspirada en la caída del primitivo reino burgundio de orillas del Rin ante el avance de los hunos, en el 437, pues Etzel es, evidentemente, Atila. El cuento de la querrela de las reinas debe de ser un eco de los posteriores sucesos que involucraron, al menos en parte, al posterior reino de los burgundios, en el sudoeste del Rin. Hasta los nombres son similares. Brunilda es la Brunilda histórica, mientras que Gunther es Gontram, rey de Borgoña. Y tanto el legendario Sigfrido como el Sigiberto histórico hallan la muerte por obra de traicioneros puñales de asesinos.

Una vez terminada la larga querrela, parecía que el ámbito franco volvería a la paz. Clotario II era ahora rey sobre un reino unido, como su abuelo Clotario I. Gobernó desde el 613 hasta su muerte, en el 623, y su hijo Dagoberto siguió gobernando sobre todo el reino hasta morir en el 639.

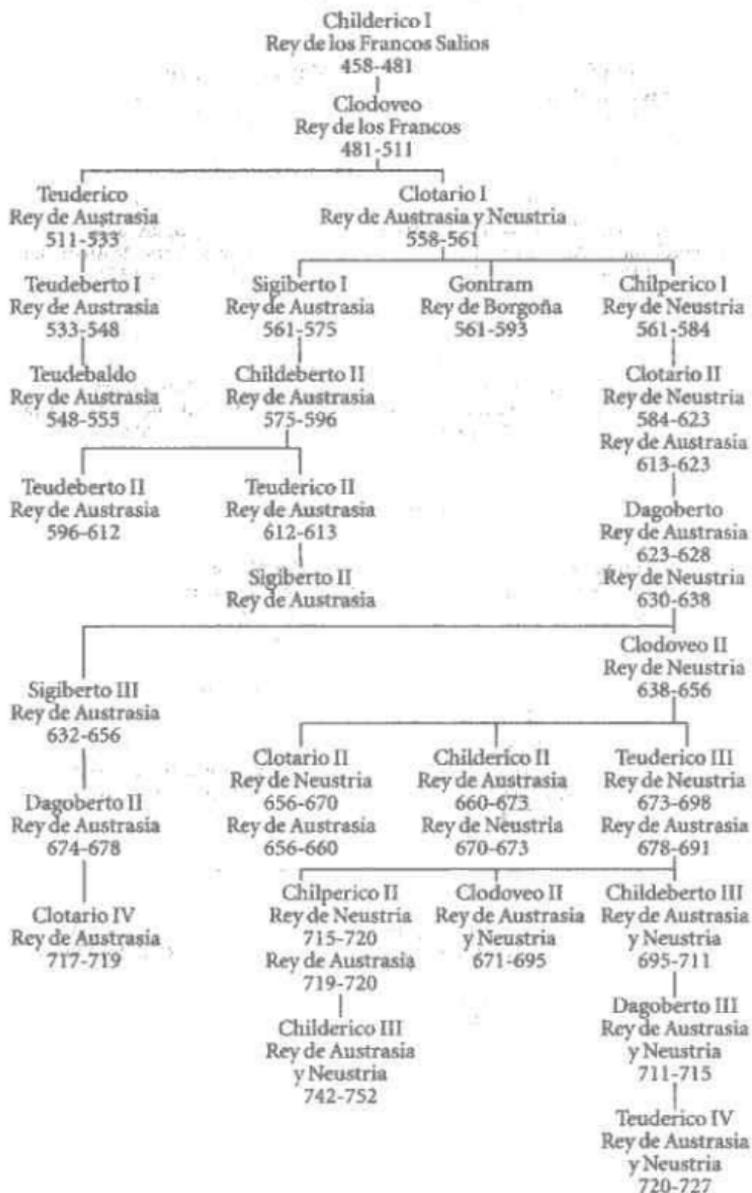
Pero la disputa de Brunilda y Fredegunda y las largas y feroces guerras civiles que inspiró arruinaron los dominios francos, como las guerras de Justiniano arruinaron Italia.

La población campesina, acosada por los ejércitos rivales, apenas conseguía alimento para ella misma. Quedaba muy poco alimento para las ciudades, y lo que quedaba no podía ser transportado a ellas porque los antiguos caminos romanos se arruinaron y casi no eran transitables.

El país se redujo a una especie de economía aldeana, en la que cada pequeña región se vio obligada a ser lo más autosuficiente posible, y la población urbana pasó a ser sólo el tres por ciento del total. Los acueductos quedaron destruidos, y como el suministro de agua aceptablemente limpia disminuyó y la vida se hizo más miserable, florecieron las enfermedades.

Así, la oscuridad se hizo aún mayor.

Los reyes merovingios



5. Los mayordomos de palacio

España unida.

Mientras los francos se consumían en las guerras civiles y mientras su tierra caía progresivamente en la barbarie, los visigodos parecían —al menos temporalmente— estar recuperando algo de su poderío pasado. Por supuesto, esto en parte era consecuencia natural del hecho de que sus enemigos francos estaban demasiado ocupados para molestarlos.

En el 568, poco después de la muerte de Atanagildo (el padre de las fatídicas reinas hermanas Galsuinda y Brunilda), un hombre llamado Leovigildo se convirtió en rey de los visigodos.

Durante casi veinte años, luchó para extender las fronteras del reino, con éxito por lo general. En el 584, completó la conquista de los suevos. Éstos se habían abierto camino en España en los primeros años de las invasiones germánicas, casi dos siglos antes. Desde entonces, se habían mantenido como poder independiente (aunque a veces con muchas dificultades). Ahora, agotados, se rindieron finalmente a los visigodos y desaparecen de la historia.

Los visigodos también se expandieron al sur. Paso a paso y con gran resistencia, las fuerzas imperiales se replegaron hasta que sólo conservaron unos pocos tramos de la costa. Los visigodos dominaron entonces toda la península, con excepción de parte de la región costera y una parte del territorio montañoso del norte.

En lo interno, se planteó la cuestión religiosa. Leovigildo era un ardiente arriano en un mundo en que el arrianismo moría lentamente. Sólo los visigodos y los lombardos seguían siendo arrianos, pero los lombardos vacilaban y pronto cederían también.

El principio del fin para el arrianismo en España llegó cuando Leovigildo concertó el matrimonio entre su hijo y una hija de la famosa Brunilda de la querella franca. Brunilda, visigoda y arriana en un comienzo, se convirtió al catolicismo para poder llevar a cabo su matrimonio con un franco. Pero su hija, que era católica, no se convertiría al arrianismo para casarse con un visigodo. (La esencia de la victoria católica residía en que los arrianos con frecuencia se convertían al catolicismo, pero los católicos nunca se convertían al arrianismo).

La reciente nuera de Leovigildo llevó a palacio un ferviente catolicismo y terminó por convertir a su marido. Así, se inició una guerra religiosa entre padre e hijo. El padre ganó y el hijo fue capturado y ejecutado.

Pero no fue una victoria para el arrianismo, pues cuando Leovigildo murió, en el 586, le sucedió otro hijo, Recaredo I, quien se convirtió al catolicismo. Más aún, hizo que los visigodos, en general, compartieran su conversión, y luego borró

totalmente todo rastro de arrianismo en España. Lo hizo de manera tan cabal y eficiente que no quedó un solo libro o trozo de escritura visigótica, lo cual es deplorable desde el punto de vista histórico, cualquiera que fuese la justificación religiosa que pudiera aducir Recaredo.

La desaparición del arrianismo en España fue diferente de su desaparición en otras partes. En España, pareció dejar una herencia de culpa entre los dominadores. En el caso de los vándalos y los ostrogodos, los germanos dominadores perdieron su identidad nacional junto con su religión, y no quedó nadie que se sintiera culpable. En el caso de los lombardos, su breve arrianismo no parecía haber dejado huellas en ellos.

Pero los visigodos habían sido arrianos durante dos siglos, y ahora eran católicos pero seguían siendo visigodos. Parecía como si los nuevos católicos visigodos debieran hacer penitencia por los pecados de sus antepasados heréticos y ser más católicos que los católicos. El extremismo que desarrollaron fue, de algún modo, una herencia española que se mantuvo hasta los tiempos modernos.

Una nueva intolerancia se extendió por España. Hasta entonces, en Occidente se había seguido una política general de tolerancia religiosa, que fue la política deliberada de la mayoría de los monarcas arrianos de los reinos germánicos. La razón de ello no era que los monarcas arrianos fuesen mucho más nobles y bondadosos que los monarcas católicos, sino que los arrianos eran una minoría en todas partes. Un rey arriano que tratase de reprimir el catolicismo por la fuerza habría tenido que enfrentarse a una revuelta masiva a la que podía no sobrevivir, particularmente porque se habría visto obligado a hacer frente a una invasión franca, por añadidura.

La tolerancia religiosa, una vez establecida, comúnmente se extendía también a los judíos. Éstos, escasos en número y aislados en cuanto a la religión, no eran un peligro para nadie.

Pero cuando el reino visigodo se hizo católico, los reyes debían demostrar su ortodoxia siguiendo una acción firme contra los no católicos. Sus víctimas podían haber sido los arrianos, pero éstos desaparecieron cuando se multiplicaron las conversiones. Así, quedaban los judíos. Por ello, los reyes visigodos posteriores iniciaron una política de brutal antisemitismo, que ha manchado desde entonces a la Europa cristiana.

Asimismo, aparentemente como consecuencia del sentimiento de culpa, el rey y la aristocracia (que siguieron siendo visigodos durante un siglo y cuatro después de la conversión) se volvieron notablemente sumisos con respecto al clero católico, que era de origen católico romano. Los eclesiásticos españoles insistieron en coronar ellos a los reyes visigodos y en presentar la corona como un don de la Iglesia, que podía ser retirado en cualquier momento. Desalentaron la sucesión de los padres por los hijos, para hacer más electiva la monarquía. Esto debilitó a la monarquía y mantuvo dividida y turbulenta a la aristocracia, lo

cual finalmente sería la ruina de la España visigoda.

Pero durante un tiempo la ruina no se divisó en el horizonte. Los reyes visigodos que siguieron a Recaredo I continuaron expandiéndose hacia el sur a expensas del Imperio de Oriente. Fueron ayudados por una serie de desastres, cuya descripción pronto haremos, que se abatirían internamente sobre el Imperio. Bajo el rey visigodo Suíntila, en 625, cayó la última de las posesiones de Constantinopla en España. Así, la presencia imperial en España después de la reconquista de Justiniano sólo duró tres cuartos de siglo.

El mismo Suíntila logró someter a la última de las plazas fuertes montañosas del norte. Éstas se hallaban habitadas por los vascos, un pueblo extraño cuya lengua no está emparentada con ninguna otra lengua conocida. Por sus grupos sanguíneos, parecen representar a una población europea que precedió a las tribus que poblaban el continente en tiempos históricos.

Los celtas que invadieron la Europa Occidental en los días en que Roma era una pequeña aldea italiana sin importancia reemplazaron, y quizá destruyeron, a un anterior grupo de habitantes de la Galia y España. Éstos sólo sobrevivieron en los valles apartados de los Pirineos Occidentales y los conocemos como los vascos.

Desde entonces, los vascos mantuvieron su identidad a través del período de la dominación céltica y romana de España. Después de la caída del Imperio de Occidente, rechazaron a los suevos, los vándalos y los visigodos con incansable resistencia. Y aunque finalmente tuvieron que someterse a la dominación visigoda, esperaron tenazmente la oportunidad para liberarse de nuevo.

Bajo el reinado de Suíntila, el reino visigodo alcanzó un nuevo apogeo, a juzgar por su extensión geográfica. Dominaba toda la Península Hispánica y una parte de la costa mediterránea de la Galia.

Por entonces, España hasta pudo contribuir con una figura importante a la temprana cultura medieval. Era Isidoro, un sabio que pertenecía a una antigua familia romana oriunda del norte de África. En el 600, fue elegido obispo de Sevilla, por lo que es universalmente conocido como Isidoro de Sevilla.

Isidoro dedicó su vida a reunir todo el conocimiento que estaba a su alcance. Mucho de lo que reunió provenía de libros escritos por otros hombres, quienes, de modo similar, habían reunido información proveniente de libros anteriores. En cada paso de este proceso, se filtraron inevitables deformaciones, hubo leyendas que fueron aceptadas como realidades, y supersticiones como verdades. Por ello, la obra de Isidoro es en gran medida inútil como información erudita. Sin embargo, fue muy popular en la Edad Media y hasta puede haber contribuido indirectamente a la causa del saber, al presentar como interesante el conocimiento (aunque falso y deformado).

Pero el reinado de Suíntila terminó en el fracaso. Trató de que su hijo le sucediera, lo cual no agradó a la aristocracia ni al clero. Los aristócratas eligieron

otro rey, y la Iglesia los apoyó. En el 633, un sínodo reunido en Toledo, con el mismo Isidoro de Sevilla a la cabeza, excomulgó y depuso a Suíntila.

Después de Suíntila, se sucedieron una serie de reyes que tuvieron la precaución de mostrarse sumisos ante el clero, impecables en su catolicismo e implacables con los judíos. Uno de ellos, más fogoso que otros, fue Wamba, quien llegó al trono en el 672. Sofocó rebeliones con mano fuerte y desterró a todos los judíos que no aceptasen el bautismo. Sin embargo, su reinado llegó a su fin de una manera peculiar.

En el 680, parece haber sufrido algún género de ataque cataléptico, y, mientras estaba paralizado y aparentemente muerto, sus sirvientes le afeitaron la cabeza y lo vistieron con los ropajes de un monje. En otras palabras, lo convirtieron en un eclesiástico para aumentar sus probabilidades de ingresar en el Cielo. Cuando se recobró del ataque, era demasiado tarde. Era irremediablemente un monje y ya no podía ser rey.

Posteriormente se contaron historias según las cuales el ataque de Wamba no fue natural, sino provocado por un narcótico que se le dio a instigación del hombre que posteriormente fue hecho rey en lugar de Wamba. Los sirvientes que afeitaron al rey (según esta opinión) sabían muy bien lo que hacían. Quizá. Los reyes de la Europa Occidental llevaban una vida apasionante en las edades oscuras, y había pocos, si es que había alguno, que no fuesen objeto de todo tipo de conspiraciones.

Sea como fuere, Wamba fue el último rey visigodo de alguna importancia. Había terminado la temporal recuperación visigoda, y estaba por empezar la decadencia final hasta la destrucción total.

El Imperio desmembrado.

Mientras a comienzos del siglo VII los visigodos se esforzaban penosamente por salir adelante y los francos trataban frenéticamente de evitar su propio hundimiento, el Imperio de Oriente, que había parecido un coloso un siglo antes, bajo Justiniano, se enfrentó con el desastre. Era como si el poderoso esfuerzo hecho bajo este emperador lo hubiese agotado totalmente.

Apenas veinte años después de la muerte de Justiniano, sus mucho menos capaces sucesores vieron aparecer enemigos por todas partes. En Europa, los ávaros se lanzaron a través del Danubio y llegaron hasta las mismas murallas de Constantinopla. Tribus eslavas empezaron a infiltrarse en la península de los Balcanes más silenciosamente, pero también de manera más permanente, y a establecerse en ella.

En el este, Persia, bajo Cosroes II, rey de grandes ambiciones, inició la última y la mayor de las numerosas guerras entre Persia y el Imperio. Con una

facilidad casi ridícula, los persas invadieron y ocuparon Siria, Egipto y Asia Menor.

En 626, cuando Clotario II, hijo de Fredegunda, estaba en el trono franco y Suñtila era rey de los visigodos, los dominios romanos del este quedaron reducidos a no más que la misma ciudad de Constantinopla y lo que quedaba de las conquistas de Justiniano en Occidente.

Constantinopla halló de algún modo el hombre apropiado para el momento. Heraclio, de la provincia de Cartago, navegó a Constantinopla para asumir la carga del Imperio. Después de largos preparativos y heroicos esfuerzos, logró salvar al Imperio de lo que parecía una destrucción cierta^[5]. Rechazó a los ávaros y los persas, y recuperó todas las provincias perdidas. Pero, en el torbellino, el Imperio perdió todos sus puestos en España y no pudo recuperarlos.

Y la recuperación en Oriente sólo fue temporal, pues un nuevo enemigo surgió en el este, más terrible para Constantinopla que cualquiera que se enfrentó antes y que iba a ser una terrible amenaza hasta para Occidente.

Alrededor del 570, cuando Leovigildo, rey de los visigodos, hacía el último intento desesperado para salvar el arrianismo, cuando los lombardos empezaron a invadir Italia y cuando Brunilda y Fredegunda iniciaban su mortal querrela, nació un niño en las profundidades de Arabia. Su nombre era Mahoma y, en la mitad de su vida, fundó una nueva religión basada en el judaísmo y el cristianismo, más algunos refinamientos árabes propios. Esta religión era el islam (la «sumisión», es decir, la sumisión a la voluntad de Dios). Quienes la practicaban eran los musulmanes («los que se han sometido»).

Mientras el Imperio Oriental rechazaba a los persas, Mahoma logró imponer sus creencias en toda Arabia y unir las tribus árabes en un ejército inspirado. Estaban dispuestos a luchar por el islam y a morir por él si era necesario, pues estaban convencidos de que la muerte en batalla con el infiel ocasionaba su inmediato traslado al paraíso.

Mahoma murió en el 632. Una Arabia unida estaba entonces lista para estallar hacia el exterior. Sólo habían transcurrido seis años desde que el Imperio y Persia habían hecho la paz, pero ninguno se había recuperado de los inauditos esfuerzos que les impuso la guerra. Ambos estaban agotados.

Por consiguiente, cuando los ejércitos árabes se lanzaron hacia el norte, hallaron menos dificultades de las que podían haber hallado para tomar y ocupar toda la vasta Persia y arrancar Siria y Egipto al Imperio de Oriente.

Heraclio, después de dedicar enormes esfuerzos a rechazar a los persas, se vio despojado por segunda vez de Siria y Egipto, y carecía de fuerzas para tratar de recuperarlos nuevamente. Esas provincias se perdieron definitivamente, no sólo al Imperio, sino también para el cristianismo.

Pero esta vez el Imperio resistió desesperadamente en Asia Menor. Ésta, junto con la península de los Balcanes en Europa, fueron su núcleo, que mantuvo

durante otros ocho siglos. Este imperio reducido es llamado por los historiadores el Imperio Bizantino, aunque la gente de esas tierras se consideró como parte del Imperio Romano hasta el final.

Con grandes dificultades pero inflexible resolución, las fuerzas bizantinas resistieron a lo largo de la frontera oriental de Asia Menor. Tampoco cedieron voluntariamente ni un palmo de tierra de lo que subsistía de sus posesiones occidentales.

Los reinos germánicos de Occidente también se verían amenazados por esa erupción procedente de Arabia, pero sólo algunas décadas más tarde. Durante largo tiempo, el Imperio Bizantino absorbió y amortiguó el impacto de esa primera explosión.

Durante más de un siglo después de la muerte de Mahoma, el Occidente debe de haberse enterado del avance árabe sólo lejanamente, si es que se enteró. Para sus habitantes, eran batallas que se libraban en el otro extremo del mundo, mucho más allá de su horizonte. Sin duda, los árabes atacaron hacia el oeste, desde Egipto, pero durante más de una generación los bizantinos resistieron torvamente en Cartago, y mientras Cartago resistió, Occidente estuvo protegido.

La decadencia merovingia.

Por la época de la muerte de Mahoma, Dagoberto I era rey de los francos. Un siglo y medio había pasado desde que Clodoveo subiera al trono y los francos iniciasen su ascenso al poder, y su reino parecía estar expandiéndose aún. Los ávaros, derrotados por las fuerzas del Imperio Oriental, perdieron poder rápidamente y ya no eran la gran amenaza que habían sido medio siglo antes, cuando se inició la gran querrela entre Brunilda y Fredegunda. Prueba de su debilidad fueron las triunfantes campañas que Dagoberto llevó contra ellos en el Danubio superior.

Pero las apariencias eran engañosas. Los reyes merovingios tenían cada vez mayores problemas, de un tipo que no aparece en los mapas. Las comunicaciones habían decaído tanto en el reino que era difícil, y hasta imposible, que aun el más enérgico de los reyes pudiera trasladarse rápidamente de un lugar a otro para mantener un firme dominio de la situación.

Cada vez más el rey tenía que delegar autoridad, designando gobernadores que se ocupasen de las diversas regiones. Estos gobernadores eran responsables de regiones suficientemente pequeñas como para que pudiesen controlarlas. Aunque en teoría eran responsables ante el rey, gradualmente se hicieron cada vez más independientes.

Esto ocurrió, particularmente, porque el control de las finanzas escapó de las manos del rey. Durante un tiempo, los merovingios trataron de mantener el viejo

sistema de administración que se remontaba a la época romana, pero esto exigía un cuerpo de funcionarios que ya no podía proporcionar un reino en el que la educación y el saber casi habían desaparecido. Por el 600, el sistema se derrumbó totalmente, y sólo en pequeña escala pudieron recaudar impuestos los delegados reales.

Los gobernadores del rey, que esquilaban a la gente tanto como trabajaban para el rey, gradualmente llegaron a ejercer un dominio completo sobre sus regiones. Los títulos de «duque» y «conde», que originalmente designaban al representante militar del rey y al representante civil, respectivamente, se convirtieron en títulos de nobleza.

Los reyes dependían de sus delegados para llevar a cabo las guerras civiles de la época de Brunilda y Fredegunda. A cambio de su ayuda militar y financiera, se veían obligados a conceder a los delegados cada vez mayor independencia, una independencia que no podía ser retirada una vez pasada la emergencia. Los delegados se convirtieron en magnates terratenientes de gran poder.

Una vez que controlaban regiones que eran suyas más que del rey —una vez que «trabajaban para sí mismos» por así decir—, su gobierno se hacía más suave y eficiente. Por ello, la gente prefirió la nueva situación y apoyó el proceso de descentralización.

La situación era más extrema en Austrasia que en Neustria, pues en la primera no había rastros de herencia romana que actuaran siquiera como el más lejano recordatorio de un estado anterior de gobierno eficiente. Pero entonces, un nuevo factor apareció en escena...

Cuando un rey estaba empeñado principalmente en la guerra y en largas y arduas campañas en las fronteras del reino, no podía atender adecuadamente a los asuntos internos. Se hizo necesario elegir a alguien en quien delegar tal responsabilidad. Fue el *maior domus*, es decir, «el grande de palacio». (En los países de habla inglesa, aún se usa «majordomo», voz derivada de la forma española de la expresión, para designar al sirviente principal de una casa). En español, la expresión queda parcialmente traducida por «mayordomo de palacio».

Originalmente, el mayordomo de palacio era sólo un sirviente del rey, una especie de empleado que se ocupaba de los papeles y enviaba mensajes. Gradualmente, a medida que la administración del reino se derrumbó, tuvo que asumir más y más deberes, hasta que prácticamente se convirtió en lo que hoy llamaríamos un primer ministro.

El poder inherente al cargo era tal que los grandes terratenientes —los señores— competían por él y no toleraban que lo ocupase alguien que no fuera de ellos. En verdad, el mayordomo de palacio bien podría ser considerado como el más grande de los señores.

El primer mayordomo de palacio importante apareció bajo Clotario II, el hijo de Fredegunda. Era un australiano llamado Pipino I de Landen. (Landen era el nombre de una de sus propiedades, situada aproximadamente a unos 80 kilómetros de Metz, la capital de Austrasia).

Pero cuando Dagoberto subió al trono aún pudo ejercer el poder real (y fue el último merovingio de quien pudo decirse esto). Disgustado con Pipino, lo destituyó sumariamente y lo mantuvo fuera del cargo por el resto de su reinado. Pero en el 638 Dagoberto murió, y Pipino de Landen volvió al poder por el breve período que le quedó de vida. Pipino murió en el 640.

La situación cambió con la muerte de Dagoberto. El reino franco quedó dividido una vez más entre los dos jóvenes hijos de Dagoberto. Uno de ellos, Sigiberto III, gobernó sobre Austrasia, y el otro, Clodoveo II, sobre Neustria. En un principio, ambos eran demasiado jóvenes para ejercer el poder y se vieron obligados a depender enteramente de los mayordomos de palacio. Por la época en que tenían edad suficiente para gobernar, la desintegración había llegado tan lejos que no pudieron ser reyes de hecho, aunque lo quisieran. Ellos y sus descendientes fueron prisioneros de los grandes señores, los únicos que poseían dinero y hombres para combatir.

Tan obvio se hizo que los reyes merovingios eran impotentes y los mayordomos de palacio eran reyes en todo excepto el nombre, que fue inevitable, con el tiempo, que algún mayordomo empezase a preguntarse si no podía obtener también el título.

Sin duda, una larga tradición había mantenido la realeza en las manos de los merovingios, los descendientes de Clodoveo. Los francos tenían una fe casi mística en que sólo tales descendientes podían ser reyes, sólo ellos podían ser « legítimos ». (Este sentimiento de legitimidad es común a todas las monarquías establecidas desde largo tiempo atrás y es un arma poderosa en manos de gobernantes por lo demás débiles o disolutos. Es lo que hace particularmente difícil, hasta para un « usurpador » capaz, apoderarse del trono).

En este caso, el aspirante a « usurpador » era Grimoaldo I, hijo de Pipino de Landen. No había heredado la mayordomía de su padre porque el cargo todavía no era hereditario. Lo consiguió sólo después de una larga lucha con otros candidatos al cargo. Pero lo consiguió, y una vez conseguido, pensó en los grandes esfuerzos realizados y el gran poder que tenía, y comparó éste con la debilidad de Sigiberto III, el rey títere al que dominaba.

Cuando Sigiberto murió, en el 656, Grimoaldo declaró que su hijo había sido adoptado por el rey muerto y lo proclamó sucesor de éste con el nombre de Childeberto III. Pero pronto descubrió que la magia de la legitimidad no era fácil de derrotar. La nobleza franca estaba dispuesta a servir (más o menos) a los descendientes del gran Clodoveo, pero no a un rey que no era más que uno de los suyos. Grimoaldo y su hijo pronto fueron asesinados, y por un tiempo todo el

reino quedó unido nuevamente bajo Clodoveo II de Neustria.

Pero tales uniones ya no eran viables, pues Austrasia y Neustria se habían alejado tanto, culturalmente, que cada una había desarrollado una conciencia nacional propia y exigía un monarca separado, excepto cuando monarcas muy fuertes imponían la unión. Ciertamente, Clodoveo II no era uno de éstos, y Austrasia pronto puso en el trono a Dagoberto II, el hijo de Sigiberto III, como si nunca hubiese tenido lugar el breve y deplorable intento de usurpación de Grimoaldo.

En Neustria, el mayordomo de palacio intentó una táctica diferente. Su nombre era Ebroino y llegó al poder en 664, bajo el reinado de Clotario III, hijo de Clodoveo II. En Neustria, la vieja tradición de un gobierno central fuerte era más poderosa que en Austrasia, y Ebroino trató de convertirse en expresión de esa tradición. Comprendió que el único modo de dar alguna estabilidad al país era reprimir a los turbulentos señores. Para ello, y contra la fuerte hostilidad de estos señores (naturalmente), tenía que actuar bajo el manto de la legitimidad y hacer todo en nombre de Clotario III.

Un momento de peligro surgió en el 670, cuando murió Clotario. ¿Quién dominaría al nuevo rey? Ebroino trató de afirmarse, no desplazando al linaje merovingio, como había hecho Grimoaldo, sino escogiendo al sucesor. Eligió al hermano sobreviviente menor del difunto rey, por considerarlo más fácil de manejar, y lo instaló en el trono con el nombre de Teuderico III. No corrió el riesgo de que la nobleza y el clero vetasen la elección, omitiendo cuidadosamente consultarlos.

Esto era demasiado. Los neustrianos se rebelaron y pusieron en el trono al hermano mayor, Childerico II. Pero éste murió, en 672, y el hermano menor le sucedió nuevamente, pero sin Ebroino, a quien los señores de Neustria estaban decididos a no tolerar.

El hábil Ebroino escapó a Austrasia y logró imponer otro títere merovingio, Clodoveo III, hijo de Teuderico. Escudándose en este nuevo títere, pudo volver al poder, con las coléricas protestas de los señores. Y cuando Dagoberto II de Austrasia murió, en el 678, Ebroino intentó también extender su poder sobre esa parte del ámbito franco.

En Austrasia surgió otro mayordomo de palacio de la vieja familia de Pipino de Landen. Grimoaldo tenía una hermana mayor, cuyo hijo sobrevivió a la matanza de su tío y su primo. Era otro Pipino, Pipino II de Heristal, así llamado por la ciudad en que nació, en lo que hoy es la Bélgica oriental.

Pipino de Heristal representó los intereses de los señores en oposición a la tendencia centralizadora de Ebroino. Los dos mayordomos de palacio fueron a la guerra como si fuesen los soberanos. Nadie prestó atención alguna a los merovingios que eran nominalmente los reyes. Sólo eran nombres para ser usados en homenaje a la mística de la legitimidad.

En las etapas iniciales de la guerra, Pipino se dejó sorprender por Ebroino, fue derrotado y tuvo que huir. El principal asociado de Pipino, Martín, se refugió en un santuario y fue inducido a abandonarlo de una manera bastante típica de los tiempos.

Ebroino envió a un par de obispos a la iglesia en que se ocultaba Martín (y de la cual no podía ser sacado por la fuerza sin cometer un grave sacrilegio) y le pidieron que fuese con ellos. Insistieron en que no se le haría daño, y lo juraron sobre una caja que contenía reliquias sagradas. Martín, al menos, pensó que contenían huesos de santos. En realidad, estaba vacía y, cuando Martín llegó junto a Ebroino, fue ejecutado inmediatamente. Nadie parece haber pensado que había nada malo en esta treta.

Pipino se alejó rápidamente y, en el 681, Ebroino fue asesinado en el curso de una disputa privada. Así desapareció la última y pequeña oportunidad de que existiese una monarquía merovingia efectiva. Lentamente, Pipino reunió otro ejército y empezó otra vez la guerra contra un nuevo mayordomo de Neustria. En 689, Pipino obtuvo una completa victoria y fue el mayordomo de todo el ámbito franco, aunque siguieron siendo reyes Teudérico III y sus sucesores.

Los merovingios que siguieron a Dagoberto I fueron seres impotentes, a quienes se alentó a ocuparse de las mujeres y la bebida, cuya educación se descuidó y que, por lo general, murieron jóvenes. Permanecían en sus palacios y eran mostrados, con sus largos cabellos, en ocasiones oficiales, cuando decían y hacían lo que se les ordenaba.

En la época que sucedió a los tiempos de los monarcas merovingios, esos últimos reyes fueron apodados burlonamente los *rois fainéants*, o sea, los «reyes holgazanes». Pero ¿qué podían hacer en esas circunstancias? Su situación era como la del rey Víctor Manuel III de Italia en los decenios de 1920 y 1930, quien fingió ser rey mientras el poder real lo tenía el dictador Mussolini.

El último de los godos.

Mientras el reino franco se desintegraba, la amenaza proveniente del sur, aunque aún distante, cobraba impulso. Los árabes en marcha convertían al islam a la gente de las provincias conquistadas, y su religión avanzaba aún más rápidamente que sus ejércitos.

Mientras las debilitadas guarniciones bizantinas se aferraban a algunos puntos fuertes del norte de África, a su alrededor la población se pasaba al islam. En parte, esto fue una reacción nacional contra los bizantinos. Los nativos abrigaban resentimiento contra las fuerzas imperiales que los gobernaban y, por ello, favorecían a los árabes y la nueva religión.

A consecuencia de esto, los bizantinos no sólo tenían que rechazar ataque tras

ataque de los árabes, sino que también debían soportar la creciente hostilidad de los habitantes de las tierras. En el 698, su fatigado dominio llegó a su fin. El territorio que Belisario había reconquistado para el Imperio de Oriente un siglo y medio antes se perdió ahora definitivamente, para el Imperio y para el cristianismo. (Al decaído Imperio, todo lo que le quedó de las conquistas de Justiniano fueron partes de Italia).

Los árabes conquistadores invadieron todo lo que quedaba del norte de África y convirtieron en su totalidad la costa sur del mar Mediterráneo en territorio musulmán, y lo sigue siendo hasta hoy.

Fue una pérdida mayor de lo que en la actualidad puede parecernos, pues estamos acostumbrados a pensar en el norte de África como algo separado de Europa. A través de toda la Antigüedad, el mar Mediterráneo fue una fuerza unificadora, pues el viaje por mar en sus aguas interiores era más fácil que el viaje por tierra. Bajo el Imperio Romano, todas las costas del Mediterráneo tenían una cultura común, y la provincia norteafricana que rodeaba a Cartago era tan romana como la Galia de habla latina.

El norte de África formaba parte de la rama occidental de la cristiandad y contribuyó con importantes autores a la Iglesia temprana, hombres como Tertuliano y San Agustín. Este último, en efecto, probablemente fue el teólogo más influyente desde la época del apóstol San Pablo.

Ahora el norte de África se había perdido, y se esfumó más allá del horizonte cristiano. El mar Mediterráneo se convirtió en lo que ha sido desde entonces, una división entre dos culturas que, por lo común, mantuvieron una enconada enemistad una contra otra. El comercio decayó, y las ciudades de la costa meridional de Europa Occidental, que habían logrado sobrevivir hasta entonces, empezaron a decaer.

Pero aún no había llegado lo peor para Europa y la cristiandad occidental.

Los victoriosos musulmanes aún no habían hallado quien los detuviera y no estaban en modo alguno dispuestos a detener su expansión. El Mediterráneo se estrechaba hasta una docena y media de kilómetros, más o menos, en su extremo occidental, y del otro lado de esta pequeña extensión de agua estaba la España visigoda... y Europa. El panorama era atractivo, y dentro de España, desgraciadamente para su pueblo, reinaba el caos.

Wamba, el último rey eficaz de los visigodos, había tratado de crear una flota una generación antes, mientras los bizantinos aún hacían frente a la amenaza musulmana más allá de Cartago. Sus sucesores dejaron que este esfuerzo se perdiera, y ahora no había nada con lo cual custodiar la vulnerable costa.

En el 709 murió el rey visigodo Vitiza, y frente a un grande y victorioso ejército que estaba del otro lado del estrecho, los nobles comenzaron sus habituales peleas por la sucesión. Lo sucedido por entonces es muy oscuro, pues las crónicas de la época son confusas e inciertas. Pero, al parecer, un noble

visigodo llamado Rodrigo se adueñó del trono y obtuvo la necesaria aprobación clerical, dejando de lado, coléricos y decididos a modificar la situación, a los hijos de Vitiza, quienes reunieron partidarios a su alrededor y se prepararon para una guerra civil. En su ira y frustración, al parecer cedieron a la tentación de buscar ayuda en el ejército que estaba del otro lado del estrecho.

Los españoles de épocas posteriores contaban un relato muy dramático sobre ese momento fatal. Rodrigo, decían, estaba enamorado de una joven llamada Florinda, que era la hija de cierto conde Julián, gobernador de Ceuta, ciudad situada inmediatamente al otro lado del estrecho con respecto a España. Cuando Florinda rechazó las insinuaciones de Rodrigo, éste la violó. Entonces, el indignado conde Julián invitó a los musulmanes a invadir España, uniéndose a ellos y guiándolos.

Esta historia es, evidentemente, ridícula. No se encuentra en ninguna de las crónicas hasta cuatro siglos después de la época en que se supone que ocurrió. Tampoco los visigodos gobernaban Ceuta por entonces ni en cualquier otro tiempo. En cambio, hasta la llegada de los musulmanes era territorio bizantino, el último resto de tales territorios en África.

Puede haber ocurrido que el conde Julián fuese el gobernador bizantino de Ceuta, quien, viendo que el islam era incontenible, a último momento se unió a él. Pero es mucho más probable que la incitación a penetrar en España no proviniese de él, sino de los nobles visigodos contrarios a Rodrigo.

El enemigo ahora reunido al sur del estrecho no era realmente un ejército árabe. A la sazón, el Imperio Islámico se extendía por unos ocho mil kilómetros al este y al oeste, y no podía ser defendido por árabes solamente. El ejército de África consistía en su mayor parte en bereberes, es decir, nativos del norte de África. La parte del norte de África más cercana a España había sido llamada Mauritania en tiempos romanos, y un habitante de la región era llamado un *maurus*. De aquí proviene la palabra española moros.

El jefe de las fuerzas moras del norte de África era Muza ibn Nusair, quien inició la invasión de España muy cautelosamente. Primero, condujo una incursión preliminar con un pequeño número de hombres, y, cuando los resultados demostraron ser satisfactorios, envió a unos siete mil moros al mando de Tarik ibn Ciyad. Las tropas desembarcaron en un promontorio de la costa meridional de España al que llamaron Gebel al Tarik (que significa « monte Tarik ») que dio lugar al actual de Gibraltar. La franja de agua que separa a España de África se convirtió en el Estrecho de Gibraltar.

El ejército musulmán, luego reforzado hasta contar con doce mil hombres, se enfrentó con un ejército visigodo mucho mayor cerca de Cádiz, el 19 de julio del 711. Los visigodos quizá esperaban ganar, pero entre ellos reinaba la disensión y la traición. En un momento decisivo de la batalla, partes considerables del ejército godo se marcharon, pues sus jefes esperaban que una derrota eliminase

a Rodrigo y permitiese que uno de ellos se hiciese rey. Su cálculo fue desastroso, pues todo el ejército se deshizo y la derrota fue total.

Rodrigo fue visto por última vez luchando ferozmente, y se cree que se ahogó cuando trataba de cruzar un río cercano. Los visigodos, como los ostrogodos antes que ellos, ahora desaparecen de la historia y Rodrigo es comúnmente llamado « el último de los godos » .

Hacia el 260 los godos habían llegado al mar Negro y empezado a hacer sentir su poder en las fronteras del Imperio Romano. En 711 llegó el fin. Habían seguido su camino durante cuatro siglos de turbulenta historia y dejado atrás un gran nombre: el del ostrogodo Teodorico.

España cayó rápidamente en manos de los hombres de Tarik. La gran victoria había desmoralizado a los visigodos, y el campesinado era impotente. Además, allí donde llegaban podían contar con la ayuda de los judíos, a quienes un siglo de la más cruel persecución por los cristianos de la península había enseñado que ningún cambio empeoraría su situación.

Musa, el superior de Tarik, se apresuró a cruzar el Estrecho de Gibraltar con más hombres, para que la gloria de la conquista no fuese asignada totalmente a Tarik. Con ambos en España, la conquista de prácticamente todo el reino visigodo fue completada en 714. Sólo en las montañas septentrionales, particularmente entre los vascos, la conquista no fue definitiva.

Guerrillas cristianas subsistirían allí y formarían el núcleo de pequeños reinos cristianos que, en el curso de siete siglos, retomarían la península para la cristiandad. Pero esto era el futuro y, por el momento, España desapareció del curso principal de la historia de Occidente.

Carlos Martel.

En el momento de la conquista de España por los musulmanes, los francos tuvieron ahora enfrente a un enemigo monstruosamente fuerte, y Pipino de Heristal se estaba muriendo. Había sido un enérgico mayordomo de palacio y su muerte sería muy perjudicial. Peor aún, frente al mismo enemigo, ya había comenzado una disputa mortal para elegir su sucesor.

Pipino trató de asegurar la paz legando el cargo a su hijo Grimoaldo II, pero había una manera muy fácil de anular este legado. Los nobles contrarios a Pipino planearon el asesinato de Grimoaldo. Puesto que Pipino mismo estaba, evidentemente, cerca de la tumba, parecía que esta acción podía ser llevada a cabo impunemente.

Pero Pipino se levantó y postergó su muerte por un supremo esfuerzo de voluntad; en una última batalla, derrotó a la oposición... y murió en diciembre del 714.

Pero el daño estaba hecho. Muerto Grimoaldo, la guerra civil continuó, al tiempo que los moros observaban desde los Pirineos.

Los hijos legítimos de Pipino estaban todos muertos, pero la reina trató de dominar la situación en nombre de sus nietos, los hijos del difunto Grimoaldo. Un gobierno formado por una reina y por niños no era muy atractivo, y de todos modos a los neustrianos no les agradaba la idea de ser gobernados por austrasianos. Se lanzaron a la rebelión. (Por supuesto, había un rey merovingio, Dagoberto III, que por entonces reinaba sobre Neustria y Austrasia, pero no importaba a nadie).

Pero había otro personaje en la escena. Pipino de Heristal había tenido otro hijo, un hijo ilegítimo, que contaba veintiséis años en el momento de la muerte de su padre. El nombre del joven era Karl, y este nombre tiene una interesante historia. Proviene de una antigua palabra teutónica que designa a la clase inferior de los hombres libres; luego se degradó aún más y fue aplicada a los siervos. La palabra inglesa *churl* (« patán ») tiene el mismo origen.

Su aplicación al hijo de Pipino quizá fue un apodo cariñoso del padre que indicaba el bajo nacimiento del muchacho. Sin embargo, más tarde Karl se cubrió de tanta gloria (y lo mismo, mucho más aún, su nieto y tocayo) que el nombre, originado en los establos, por así decir, se convirtió en un nombre favorito entre la realeza de Europa Occidental. Lo llevaron reyes de Austria, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Hungría, Italia, España y Suecia. Y de todos ellos, Karl, el hijo de Pipino, fue el primero. La forma latina del nombre es Carolus, por lo que los descendientes de Karl son llamados los « carolingios ».

Sin duda, el nombre germánico Karl nos es más conocido en su forma francesa, Charles [y para los hispanohablantes en la forma española, Carlos]. Como Karl, posteriormente, descargó golpes militares como un martillo, es más conocido en las historias de lengua española como Carlos Martel (Karl el Martillo).

La esposa de Pipino hizo poner en prisión a Carlos Martel inmediatamente después de la muerte de aquél, pues comprendió que sería un gran peligro para el gobierno de sus nietos. Pero el poder de ella quedó anulado cuando los neustrianos la derrotaron en batalla. Carlos escapó, se puso al mando de las desmoralizadas fuerzas de Austrasia y derrotó a los neustrianos dos veces. Obligó a la esposa de Pipino a reconocerlo como señor de Austrasia y luego avanzó sobre Neustria, donde obtuvo un nuevo triunfo.

Durante más de diez años Carlos Martel luchó para consolidar el ámbito franco bajo su gobierno, como lo había estado bajo el de su padre; mientras tanto, los moros se hicieron cada vez más amenazadores.

Al sur de Neustria, entre el Loira y los Pirineos, estaba Aquitania, la tierra en la cual había surgido el primero de los reinos germánicos en suelo romano, el reino de Tolosa.

Clodoveo había arrancado Aquitania al visigodo Alarico II más de dos siglos antes, en su última y más grande conquista, pero nunca había formado parte firmemente del reino franco. Conservó cierta semiindependencia bajo su propio linaje de duques, y una cultura mucho más romana y civilizada que la de las tierras franquizadas de Neustria (para no hablar de la Austrasia puramente germánica).

Cuando los moros conquistaron España, Aquitania estaba bajo el poder de un duque llamado Eudes. Eudes trató de aprovechar las guerras civiles que siguieron a la muerte de Pipino de Heristal para consolidar su completa independencia, y habría tenido éxito de no ser por la amenaza mora.

Eudes tuvo que dar media vuelta, después de hacer la paz con el aguerrido Carlos Martel, y defenderse contra las correrías moras. Logró derrotar a un ejército moro en las puertas de su capital, Tolosa, en el 721, y esto le proporcionó algunos años de paz. Luego trató de extender este período estimulando la disensión entre los generales moros. (Se cuenta que un general moro, Otmán, se enamoró de la hija de Eudes y se casó con ella. Después de esto, el general estuvo a favor de Eudes contra su propio superior, Abderramán. Pero es difícil saber hasta dónde se puede confiar en los cronistas cuando empiezan a contar relatos de amor y de romances).

Abderramán debe de haberse impacientado por las intrigas de Eudes y decidió actuar con mano dura. En el 732, los moros organizaron una fuerza expedicionaria y se dirigieron a Aquitania. Eudes se sintió incapaz de detenerlos y se vio obligado a apelar a Carlos Martel.

Carlos Martel no era ciego al peligro, desde luego. Llevó su ejército al río Loira, cerca de la ciudad de Tours, en los límites septentrionales del ducado de Aquitania. Para enfrentarse con los moros, que confiaban mucho en su excelente caballería ligera, montada en ágiles caballos árabes, Carlos necesitaba tener su propia caballería. Para que ésta se adecuase a la manera franca de combatir, necesitaba grandes caballos, y formó una caballería pesada. Fue la primera fuerza de combate semejante que apareció en suelo europeo, y fue del tipo que más tarde nos brindó las ideas que tenemos de los caballeros medievales y de su aspecto en justas y torneos^[6].

Para preparar su caballería, Carlos debía disponer de dinero y no tuvo más opción que obtenerlo de la Iglesia. Ésta había acumulado tierras durante siglos y por entonces poseía casi un tercio de toda la tierra del reino franco. Algunas de esas tierras pertenecían a obispos que habían luchado del lado de Neustria contra Carlos y a quienes podía considerarse como habiendo perdido sus derechos.

Sea como fuere, Carlos distribuyó valiosos patrimonios entre sus guerreros, patrimonios que podían permitirles obtener y mantener los caballos y el equipo imprescindibles para formar la caballería pesada que necesitaba. Puesto que todas estas medidas iban dirigidas a combatir contra los moros infieles, cabría

suponer que la Iglesia estuvo de acuerdo, y en verdad no hizo censuras abiertas por entonces. Sin embargo, en siglos posteriores, los cronistas eclesiásticos mostraron gran cólera contra Carlos y difundieron la historia de que, después de su muerte, fue llevado al infierno por un demonio.

En el decisivo año de 732, la caballería pesada de Carlos Martel cruzó el río Loira a invitación de Eudes y avanzó al sur, hacia Poitiers, situada a unos 100 kilómetros más allá. Los dos ejércitos se encontraron en un punto que no se ha podido ubicar exactamente, por lo que la batalla que se libró recibe, alternativamente, el nombre de batalla de Tours o batalla de Poitiers.

Las cargas de la caballería mora se rompieron una y otra vez contra la caballería pesada de los francos, y el precio de los ataques se hizo cada vez más intolerable para los moros. Cuando la noche cayó sobre el campo de batalla, los jefes moros tuvieron que decidir si reanudar la batalla contra los monstruosos jinetes francos al día siguiente o no. Optaron por la prudencia, y cuando amaneció se habían marchado. Se habían retirado durante la noche, y la caballería pesada de Carlos Martel había ganado una gran batalla.

Está de moda concebir esta batalla como uno de los momentos decisivos de la historia, como el punto en el que el gran ascenso del islam se detuvo, exactamente cien años después de la muerte de Mahoma. Si los francos no hubiesen ganado la batalla, reza el argumento habitual, toda Europa habría caído en manos de los musulmanes.

Pero es posible dudar de ello. Los moros quizá no hubiesen sido un enemigo tan formidable al norte de los Pirineos como se nos suele presentar. Los moros de España tenían sus dificultades. Había guerrillas en las montañas septentrionales y mucha disensión entre sus líderes. No podían disponer de una gran fuerza, y el ejército que Carlos Martel derrotó tal vez sólo fue un grupo de pillaje de moderado tamaño. Así, aunque Carlos Martel hubiese perdido la batalla, es muy dudoso que los moros pudiesen haber ido mucho más lejos. La estructura del enorme imperio musulmán ya se estaba derrumbando bajo su propio peso.

En realidad, si deseamos señalar una batalla particular que detuvo el ascenso del islam, debemos mirar hacia Constantinopla, que en 717 y 718 (mientras se efectuaba la conquista de España) resistió un gran asedio árabe e infligió una tremenda derrota al enemigo. La derrota de las principales fuerzas islámicas en el corazón y el centro mismos de la más fuerte y más rica potencia cristiana de la época fue mucho más importante que una escaramuza en los páramos del ámbito franco.

Pero los historiadores son egocéntricos. Nuestra cultura deriva del mundo antiguo a través de los francos occidentales, no de los bizantinos orientales, y es la batalla con los francos, no la de los bizantinos, la que siempre nos parecerá importante. Pero no hay duda de que, cualquiera que fuese la importancia real de la victoria, ella contribuyó a elevar el prestigio de Carlos y lo ayudó en su

proyecto de unificar el ámbito franco.

Sin embargo, reconoció sus límites y siguió siendo siempre el mayordomo de palacio, mientras era rey uno u otro de los merovingios. Dagoberto III, quien estaba en el trono cuando Carlos Martel comenzó su carrera, fue sucedido primero por un primo, Chilperico II, y luego por un hijo, Teuderico IV. En el 737 Teuderico murió, y Carlos permitió que el trono permaneciese vacío. Es un buen indicio del estado de la dinastía merovingia el hecho de que la vaciedad del trono no afectase a nada. Quizá nadie se percató de que estaba vacío.

Sin embargo, Carlos no trató de convertirse en rey él mismo o de hacer rey a su hijo. Se mantenía la magia de la legitimidad, y debe de haber recordado lo que le ocurrió al hermano de su abuela, Grimoaldo.

6. De mayordomo a rey

Crisis en Roma.

Después de la muerte del papa Gregorio Magno en el 604, le cupo al Papado la tarea de maniobrar con los dos poderes seculares que se dividían Italia: el imperial Exarcado de Rávena y los ducados lombardos, cuyo más poderoso gobernante estaba en Pavia.

Ambos eran peligrosos, en cuanto ambos poseían un poder armado que podía, en ciertas condiciones, dominar Roma y amenazar con convertir una vez más al Papa en un títere. Lo que salvó la situación, para el Papado, fue que la nobleza lombarda estaba dividida y el Imperio tuvo que enfrentarse primero con los persas y luego con los musulmanes en una serie de grandes y desastrosas crisis.

Cuando apareció el peligro, pues, no fue provocado por las lanzas de hombres armados, sino que llegó en alas del pensamiento. Cuando Heraclio fue emperador, no pudo por menos que comprender que si los persas habían tomado Siria y Egipto tan fácilmente fue porque sirios y egipcios estaban en conflicto con las doctrinas teológicas que se defendían en Constantinopla. Tal era el mutuo encono, que sirios y egipcios prácticamente recibieron a los persas como liberadores.

Por ello, Heraclio se dispuso a proponer un compromiso entre la ortodoxia de Constantinopla y la herejía de Egipto y Siria. Este compromiso fue llamado el monotelismo y constituyó un monumental fracaso. Los egipcios y los sirios no lo aceptaron, y capitularon con tanta facilidad ante los ejércitos islámicos como antes lo habían hecho con los persas. Los ortodoxos, por otro lado, también quedaron insatisfechos, y los Papas, en particular, estaban absolutamente horrorizados.

La disputa religiosa alcanzó su clímax poco después del 649, cuando Martín I, que acababa de ser elegido Papa, convocó un concilio para denunciar el monotelismo y luego trató de organizar la Iglesia occidental en una resistencia unificada. Pero el Imperio Bizantino, aunque sacudido por el avance musulmán, todavía era fuerte en Italia. El exarca arrestó a Martín en 653. Fue enviado a Constantinopla, donde fue juzgado, amenazado de muerte y finalmente enviado al exilio en Crimea (la « Siberia » del Imperio Bizantino). Murió allí en el 655.

Pero Constantinopla se vio obligada a ceder. Perdidos Siria y Egipto, aparentemente más allá de toda esperanza de recuperación, no tenía ya objeto tratar de atraerse a los hereáticos de allí. Además, la seguridad de Constantinopla se había debilitado. Los musulmanes habían puesto sitio a la capital misma y, aunque habían sido rechazados, era claro que pretendían volver algún día con fuerzas abrumadoras. El Imperio ya no podía manejar las situaciones con

despotismo, y necesitaba amigos allí donde pudiera hallarlos.

Por ello, en el 680, se reunió en Constantinopla un concilio de obispos que abandonó completamente el compromiso monotelita. En el 692, el patriarca de Constantinopla hasta estuvo dispuesto a conceder un rango igual al Papa.

Pero si el Papado pudo sentir alivio al remitir el peligro teológico, tal alivio desapareció al aumentar repentinamente el peligro más mundano y secular. En el 712 un nuevo y vigoroso monarca, Liutprando, subió al trono lombardo de Pavia y se dispuso de inmediato a someter a su voluntad a la díscola aristocracia. El peligro era que, si lograba unificar a los lombardos, el Papa quedaría casi impotente ante ellos.

Es extraño pensar que un capaz monarca como Liutprando estuviese tan enteramente absorbido en sus asuntos lombardos en 712 y los años siguientes. Para cualquiera que fuese capaz de contemplar a Europa como un todo, a la sazón, era evidente que el desastre absoluto amenazaba por ambos extremos simultáneamente. En el oeste, España había sido invadida y pronto las incursiones musulmanas presionarían al norte de los Pirineos. En el este, las fuerzas musulmanas se estaban infiltrando en Asia Menor y finalmente estaba en marcha la enorme ofensiva contra la misma Constantinopla.

¿No era tiempo de que la Europa cristiana olvidase sus querellas locales y enfrentase hombro con hombro a la amenaza musulmana?

Desgraciadamente, la Europa del año 712 no tenía posibilidad de hacer eso. Su desintegración había ido demasiado lejos. Las comunicaciones estaban tan vapuleadas, el transporte tan rayano en lo imposible y todo sentido de unidad perdido a tal punto, que un pellizco en los terminales nerviosos de los Pirineos no podía sentirse en los Alpes, a 500 kilómetros de distancia.

Para que la Europa cristiana sobreviviese, tenía que ser salvada por ejércitos independientes, que actuasen separadamente y sin coordinación. Por fortuna, esto resultó ser suficiente.

El Imperio Bizantino, enfrentado en el 717 a un enorme asedio terrestre y marítimo de Constantinopla por los árabes, halló un nuevo y vigoroso emperador, León III. Organizó resueltamente las defensas bizantinas y luego pasó a la ofensiva, haciendo un hábil uso del «fuego griego» (una mezcla de productos químicos que probablemente contenía parte de petróleo que se quemaba intensamente en contacto con el agua) para incendiar y rechazar la flota árabe.

Abatido el poder marítimo musulmán, Constantinopla pudo ser abastecida de alimentos y armas, y ya no fue posible tomarla. Una contraofensiva contra el desalentado ejército musulmán de Asia Menor tuvo éxito y en el 718 los sobrevivientes, totalmente derrotados, de la gran expedición huyeron ignominiosamente.

Fue esta victoria, como dije antes, la que marcó el cambio de marea de la primera oleada de la conquista árabe. En comparación con ella, la victoria de

Carlos Martel de quince años después fue un incidente secundario.

Contemplada desde Roma, la victoria bizantina brindaba una salida contra la creciente amenaza lombarda. El Papa quizá juzgó sensato formar una alianza con el exarca contra el creciente poder de Liutprando.

Desgraciadamente, el renacimiento de la autoconfianza bizantina se extendió también a cuestiones teológicas, y murió su ansiedad de aplacar al Papa. León III aspiraba a convertirse en un reformador religioso. En su opinión, la Iglesia cristiana estaba plagada de prácticas supersticiosas de toda clase. En particular, las estatuas y las imágenes eran muy populares y constituían objeto de culto.

La opinión oficial de la Iglesia era que las imágenes, o « iconos », sólo servían para concentrar el pensamiento del creyente en los personajes históricos que ellas representaban. Pero León y sus seguidores insistían en que, por ignorancia, las imágenes mismas eran adoradas y en que el cristianismo corría el peligro de convertirse en una religión totalmente idólatra.

León ordenó la destrucción de las imágenes, y así comenzó el período de la iconoclastia (la destrucción de imágenes). León y sus sucesores apoyaron la iconoclastia durante más de medio siglo, y durante todo ese tiempo hallaron la oposición de la Iglesia Occidental, con el mismo Papa a la cabeza de ella.

Tan grande fue el horror de los papas por esta línea de acción de Constantinopla, que Gregorio II (quien era el Papa por entonces) juzgó necesario llegar al mejor acuerdo posible con Liutprando. Era preferible las lanzas lombardas a la herejía imperial.

Liutprando dio su beneplácito a la alianza con el Papa. Por el momento, pensó que su enemigo inmediato era el exarca. Una vez que los dominios imperiales fuesen neutralizados y absorbidos, ya se ocuparía del Papa. Por ello, atacó a las fuerzas imperiales y empezó a hacerlas retroceder poco a poco. En el 728, hasta tomó temporalmente la misma Rávena.

Ahora Gregorio II empezó a pensarlo mejor. Comprendió muy claramente que, si las fuerzas imperiales eran totalmente expulsadas de Italia, quedaría inerte en forma absoluta ante los lombardos, a menos que pudiese buscar ayuda en otra parte.

El primer Gregorio ya había dirigido su mirada hacia los francos, confortablemente distantes y tradicionalmente católicos. Gregorio Magno había escrito a un rey merovingio, pero, claro está, ya no tenía sentido hacer lo mismo.

El nuevo Gregorio, Gregorio II, se dirigió al mayordomo de palacio y pidió ayuda a Carlos Martel. Pero éste contestó con un cortés rechazo. Estaba ocupado, demasiado ocupado, internamente, luchando con sus propios nobles, y aún no había tenido lugar la batalla de Poitiers. (Sin embargo, esta vacilación de Carlos en acudir en ayuda del Papa fue otro motivo de acusación de los cronistas sacerdotales que entregaron su alma al diablo).

En el 731, Gregorio II murió y fue sucedido por Gregorio III. Este nuevo

Gregorio fue un opositor de la iconoclastia aún más ferviente que su predecesor, y llegó hasta a excomulgar al emperador León III. Pero la excomunión no disminuyó la amenaza lombarda interna, y en el 739 el nuevo Papa reiteró la apelación a Carlos Martel.

Ahora la situación había cambiado. Entre otras cosas, ya se había librado la batalla de Poitiers y el prestigio de Carlos estaba por los cielos. Podía permitirse afrontar riesgos mayores. Más aún, puesto que el emperador estaba excomulgado, el Papa (en su propia opinión) asumía los poderes imperiales y juzgaba que poseía capacidad para otorgar títulos imperiales. Ofreció a Carlos el nombramiento del cónsul de Roma si acudía en su ayuda.

Si Carlos hubiese sido un hombre más joven, habría picado el anzuelo, pero por entonces tenía cincuenta años y estaba cansado de guerrear. Por eso, vaciló y meditó largamente la cuestión, mientras los embajadores seguían yendo y viniendo entre el Papa y el mayordomo. Y mientras seguía la vacilación, el viejo elenco de personajes fue barrido del escenario. El emperador León murió en el 740, y Carlos Martel y Gregorio III en el 741.

Pero un nuevo elenco siguió el juego. El sucesor de León fue su hijo Constantino V, hombre enérgico aún más adepto de la iconoclastia que su padre. Y el nuevo Papa, Zacarías, fue tan radicalmente opuesto a la iconoclastia como su predecesor.

En verdad, la elección de Zacarías significó un importante paso adelante en el desarrollo del Papado. Puesto que el emperador estaba excomulgado, Zacarías no vio ninguna necesidad, ni siquiera conveniencia, en buscar la habitual aprobación imperial de la elección. Tomó la tiara del Papado sin prestar ninguna atención a Rávena, innovación que iba a ser permanente.

Liutprando murió no mucho después, pero la amenaza lombarda persistió. El dilema papal no quedó resuelto. Pero ahora había en el escenario un nuevo mayordomo de palacio franco que lo resolvería... a cierto precio.

El precio de Pipino.

Carlos Martel tenía dos hijos, entre los cuales dividió el reino franco, actuando, así, como si fuese el monarca. Y sin duda, no había ningún otro monarca, pues no había ningún merovingio en el trono, ni lo había habido desde hacía cuatro años.

El hijo mayor, Carlomán, gobernó como mayordomo de palacio sobre Austrasia, mientras el hijo menor, Pipino, ocupó el mismo cargo en Neustria. Para distinguir a este Pipino de los anteriores, Pipino de Landen y Pipino de Heristal, habitualmente se lo llama Pipino III el Breve, presumiblemente por su escasa estatura. Pero no era escaso de capacidad, pues maniobró bien en las inevitables guerras civiles que acompañaban a la sucesión. También hizo buen

uso de la guerra psicológica.

Hacia el fin de su gobierno, Carlos Martel estaba suficientemente seguro y gozaba de un renombre suficiente como para prescindir de un monarca merovingio, pero sus hijos en un principio no gozaban para nada de esa seguridad.

En el 742, los jóvenes mayordomos hallaron a un príncipe del linaje merovingio, hijo de uno que había reinado durante un tiempo veinte años antes. Lo coronaron con el nombre de Childerico III, y desde entonces todos sus actos llevaron la marca de la legitimidad merovingia. Sus rivales no podían decir lo mismo, y por consiguiente quedaron debilitados.

El nuevo rey es conocido en la historia como Childerico el Estúpido, calificativo que puede ser un reflejo exacto de sus capacidades, pero estas capacidades no importaban. El manto de la legitimidad era una abstracción que no tomaba en cuenta las personalidades reales.

Juntos, los dos hermanos, respaldados por la legitimidad merovingia, triunfaron sobre la oposición. Luego, en 747, Carlomán se retiró a un monasterio. Aparentemente, esto fue el resultado de una sincera devoción a la vida religiosa, pero toda la carrera de Pipino revela una gran habilidad política y quizá haya maniobrado de algún modo para que su hermano se retirase. Sea como fuere, Pipino el Breve ahora gobernaba, sin oposición ni desafíos, sobre todo el ámbito franco, y repentinamente debe de haber pensado que ya no necesitaba al títere merovingio. Seguramente era muy irritante para el enérgico y capaz mayordomo que una nulidad de escaso ingenio fuese rey, mientras que él sólo era el primero de los súbditos del rey.

Pero ¿qué debía hacer? Carlos Martel había prescindido de un monarca esperando que el viejo muriese para luego no entronizar a ninguno. Pero en el caso de Pipino, Childerico III estaba vivo y no mostraba ningún signo de agonía. Podía ser muerto o depuesto por la fuerza, pero, hábil político como era, Pipino comprendió que esto sería una excusa perfecta para que se reanudase la guerra civil.

Necesitaba alguna otra solución, y se le ocurrió que cualquier ley o costumbre ordinaria podía ser eludida si entraba en conflicto con la voluntad de Dios. ¿Y quién interpretaba la voluntad de Dios? En la cristiandad occidental, al menos, el intérprete de esa voluntad era el Papa, y Pipino empezó a dirigir su mirada a Italia, por encima de los Alpes. Sin duda, algo podría arreglarse allí. Después de todo, dos veces en tiempo de su padre los pontífices habían enviado humildes pedidos de ayuda y, ciertamente, tal ayuda debía tener un precio.

La situación en Italia parecía propicia para Pipino. Después de la muerte de Liutprando en el 741, la presión lombarda sobre el Papa se había atenuado mientras se desarrollaba la inevitable querrela por la sucesión. Pero luego, en el 749, un tal Astolfo (que no pertenecía al linaje de Liutprando) se convirtió en rey

y adoptó de inmediato una política externa vigorosa y agresiva. Era claro que el Papa pronto tendría problemas, nuevamente.

Inicialmente, Astolfo dirigió sus esfuerzos contra las fuerzas imperiales de Italia y todo marchó a su gusto. En el 751, expulsó al exarca de Rávena, como había hecho Liutprando un par de décadas antes. Pero esta vez la derrota bizantina fue definitiva y el Exarcado de Rávena llegó a su fin.

Durante tres siglos y medio, Rávena había sido una ciudad capital. Se había convertido en la sede del emperador de Occidente en los días en que Manco y los visigodos marcharon sobre Italia central. Odoacro gobernó desde allí, y lo mismo el ostrogodo Teodorico. Cuando Justiniano reconquistó Italia, Narsés estableció en ella su gobierno, y lo mismo los exarcas que le sucedieron. Pero ahora los días de gloria de Rávena llegaron a su fin para siempre, y lo que aún se llamaba a sí mismo el Imperio Romano fue eliminado definitivamente de la Italia central.

Pero no desaparecieron todas las conquistas de Belisario. El extremo sur de Italia, la punta del pie y el talón de la bota, así como la isla de Sicilia, siguieron siendo bizantinos y aún obedecían a la soberanía del emperador de Constantinopla. Las ciudades de Venecia y Nápoles también hallaron conveniente reconocer la soberanía imperial. Pero la mayor parte del resto de la península fue ahora enteramente lombarda.

Zacarías contempló el avance de Astolfo con los mayores recelos. Empezó a pensar nuevamente en los francos; tenía que hacerlo.

Puesto que Pipino pensaba en el Papa, y el Papa pensaba en Pipino, todo lo que se necesitaba era un medio de comunicación y tal medio estaba a mano. Carlomán, hermano de Pipino y ex gobernante, estaba en el monasterio benedictino de Montecassino. Era el perfecto intermediario entre Pipino y el Papado y, en efecto, fue recibido por el Papa. Se pusieron los cimientos para un importante acuerdo.

A fin de cuentas, cada parte del acuerdo podía ayudar enormemente a la otra. El monarca merovingio Childerico III ya no sería legítimo si el Papa decía que no lo era. Los lombardos ya no serían una amenaza si eran atacados en su retaguardia por una abrumadora fuerza franca. Era perfectamente claro que una cosa dependía de la otra. Habiendo llegado a tal acuerdo en privado, sólo era necesario tomar solemnemente las medidas adecuadas en público.

Por ello, en 751, cuando Astolfo estaba a punto de tomar Rávena, una majestuosa embajada viajó desde la capital de Pipino a Roma para formular una pregunta: ¿Era justo que una persona sin ninguna autoridad fuese llamada rey? ¿O el título debía llevarlo la persona que realmente gobernaba?

El Papa respondió, con toda la ceremonia apropiada, que la persona que desempeñaba el papel de rey debía también, por derecho, llevar el título.

El mensaje fue transmitido, y Childerico, descendiente en la novena generación de Clodoveo, fue despojado del trono. Sus largos cabellos, símbolo

distintivo de la realeza merovingia, fueron cortados ceremoniosamente y se lo recluyó en un monasterio, donde más tarde murió, apenas observado o lamentado. Así terminó el linaje de los merovingios, doscientos setenta años después de que Clodoveo subiera al trono. La dinastía que había comenzado con tanta vitalidad terminó con un prolongado gímiteo.

En enero de 752, la nobleza franca se reunió en Soissons para cumplir con la formalidad de elegir a Pipino rey de los francos, el primero de la dinastía carolingia. Pero si Pepino había cobrado su precio, también tuvo que pagar uno. El clamor de los nobles y la elevación de Pipino sobre su escudo no era toda la ceremonia. Los sacerdotes estaban presentes y la posterior coronación fue una ceremonia religiosa, en la que Pipino tuvo que contentarse con ser llamado rey «por la gracia de Dios».

En otras palabras, Pipino reconoció el derecho del Papa a decir quién era legítimo y quién no lo era. Una vez reconocido, tal derecho era difícil de retirar, y la disputa sobre este punto en la historia europea posterior duraría siglos.

Los Estados de la Iglesia.

A cambio de su título regio, Pipino había asumido un compromiso. Debía usar su ejército contra los lombardos para proteger al Papa. Y la ocasión se le presentó a Pipino casi enseguida.

A los dos meses de la coronación de Pipino, Zacarías murió. Hubo una confusión momentánea. Su sucesor electo, Esteban, murió a los tres días, antes de poder ser consagrado, y fue nombrado Papa otro candidato, también llamado Esteban. No hay acuerdo con respecto a si contar o no al anterior Esteban en la lista de los Papas. Quien realmente asumió el cargo es a veces llamado Esteban III y a veces Esteban II. Yo lo llamaré Esteban III.

En cuanto Esteban III se elevó al Papado, se encontró frente a Astolfo y los lombardos en lo que parecía el momento de la verdad. Los lombardos habían tomado Rávena, expulsando a las fuerzas imperiales y estaban ahora acampando ante las puertas de Roma, tratando de obligar al Papa a rendirse.

Para ambas partes, todo dependía de los francos. Esteban III comprendió que debía rendirse, si no obtenía la ayuda de Pipino. Trató desesperadamente de ganar tiempo, ofreciendo cuantiosos sobornos y envolviendo a los lombardos en prolongadas negociaciones: cualquier cosa con tal de disponer del tiempo necesario para hacer que Pipino cumpliera con su compromiso.

Por otro lado, también Astolfo estaba en un dilema. No podía retirarse de Roma sin perder prestigio hasta el punto de que sus propios nobles podían derrocarlo. De otra parte, no quería hacer nada que obligase a Pipino a marchar a Italia. Y un ataque contra Roma podía desencadenar esta acción.

Astolfo puede haber pensado que Pipino, después de recibir el título real y habiendo alcanzado su objetivo, no estaría dispuesto a arriesgarse a una guerra en Italia, si podía evitarla decorosamente. Una rendición pacífica y poco dramática por parte del Papa podía ser calmadamente aceptada por Pipino.

Así, la situación se hallaba en un atolladero, y el interrogante era Pipino.

Como se demostró luego, Pipino, como consumado político que era, en verdad estaba dispuesto a ayudar, pero según sus propios términos. Estaba listo para apretar el tornillo un poco más y obtener mayores beneficios para él, aprovechándose de la necesidad del Papa.

Por ejemplo, seguramente Pipino era consciente del hecho de que se había convertido en rey sólo gracias al permiso del Papa. Fácilmente puede haber imaginado que esto arrojaba alguna sombra sobre la dignidad de su título. Si el Papa quería ayuda, pues, que acudiese a Pipino personalmente y se la pidiese con humildad. La imagen del Papa a los pies del rey como suplicante contribuiría a restaurar en su plenitud la dignidad del título regio.

Además, el astuto Pipino bien puede haber pensado que la visión del rey y el Papa juntos reforzaría la legitimidad de la nueva dinastía. También sería más eficaz que la reunión se realizase en Neustria, donde Pipino, que descendía de una familia de Austrasia, era mirado un poco como un extranjero.

Pipino, pues, envió embajadores a la corte lombarda para exigir (y recibir) una promesa de salvaguarda para el Papa, a fin de que éste pudiese viajar a través de los dominios lombardos, y hasta a través de la misma Pavia, para llegar al reino franco.

Claramente, permitir tal viaje redundaba en desventaja para Astolfo, pero no osó negarse, pues entonces Pipino, irritado, podía entrar en guerra inmediatamente. Todo lo que podía hacer era tratar de persuadir a Esteban, por cualquier medio excepto la fuerza, de que retornase a Roma.

En cuanto a Esteban, estaba deseoso de pasar por Pavia y ver a Astolfo. Quizá esperaba persuadir a éste a que cediese, y así ahorrarse el largo viaje y la apelación a Pipino.

Pero Astolfo no cedió. Prefirió jugar, al parecer, con la posibilidad de que Esteban y Pipino no llegasen a un acuerdo, de que uno u otro exigiese demasiado.

Esteban tuvo que partir, pues, y fue el primer Papa de la historia que atravesó los Alpes durante su mandato.

A inicios del 754, Esteban se acercó a Chalons, donde Pipino residía por entonces (y cerca de donde Atila y los hunos habían sido detenidos por Aecio, tres siglos antes). Acudió a recibirlo el hijo de doce años de Pipino, Carlos (que más tarde sería el famoso Carlomagno).

El Papa y el monarca permanecieron juntos durante meses llenos de gran pompa. Pipino, con gran sentido de la propaganda, aprovechó cabalmente la situación. Se hizo ungir y coronar nuevamente por la mano misma del Papa. Hizo

también que el Papa ungiere a sus dos hijos, el mencionado Carlos y su hermano menor, el niño de tres años Carlomán. Persuadió al Papa a que hiciera una declaración oficial por la que los francos debían elegir sus reyes sólo en la familia de Pipino durante todas las edades futuras.

Además, el Papa dio a Pipino el título de « Patricio Romano », el mismo que antaño había recibido Clodoveo, como otro signo de que se transfería todo de los merovingios a la nueva dinastía.

Era suficiente. Pipino obtuvo todo lo que deseaba; en verdad, todo lo que podía imaginar. Hizo todo lo que se podía hacer para consolidar la legitimidad de su título.

Ahora era su turno. Envío un mensaje a Astolfo exigiéndole imperiosamente que devolviese todos los territorios conquistados que habían formado parte antes del Exarcado de Rávena. Astolfo se negó y sólo ofreció a Esteban un salvoconducto para regresar a Roma.

Pipino debe de haber respondido que él mismo le otorgaría el salvoconducto, y cuando el Papa volvió sobre sus pasos en dirección a Italia, en el 755, lo hizo con un gran ejército franco como escolta.

Astolfo trató de conservar los pasos de los Alpes contra Pipino, pero fue totalmente derrotado. Los francos se volcaron sobre el norte de Italia y pusieron sitio a Pavía.

Astolfo prometió inmediatamente devolver sus conquistas, y la promesa fue aceptada rápidamente. Pipino no estaba ansioso de arrastrar un largo y tedioso asedio tan lejos de su patria.

Pero la aceptación de la promesa fue demasiado rápida. Astolfo todavía no había sido dañado realmente y estaba dispuesto a jugar otra partida. Tal vez razonó que Pipino había acudido en ayuda del Papa y con ello había pagado su deuda, había ganado éxitos y prestigio, y había vuelto a su patria. Lo había hecho por un precio enorme que había recibido en su totalidad.

¿Estaría ahora dispuesto a pasar por la misma situación por segunda vez, arriesgándose a perder todo lo que había ganado? Así, en el 756, los lombardos pusieron sitio a Roma nuevamente.

La jugada de Astolfo estuvo a punto de dar resultado. En verdad, Pipino era renuente a ponerse otra vez en marcha y algunos de sus nobles se oponían abiertamente a una segunda aventura italiana. Esteban tuvo que enviar una larga carta, suplicando, amenazando y apelando a todo recurso posible de la elocuencia para persuadir a Pipino a que acudiese por segunda vez. Finalmente, Pipino decidió que debía hacerlo, y por segunda vez en poco más de un año un ejército franco se trasladó a Italia.

Nuevamente, Pipino arrolló la resistencia lombarda, y nuevamente puso sitio a Pavía. Una vez más el contrariado Astolfo se vio obligado a ofrecer la devolución de sus conquistas, pero esta vez Pipino exigió juramentos más firmes,

más rehenes y un pago en dinero mucho mayor.

Mientras Pipino permanecía en la vecindad de Pavía, llegaron hasta él enviados del emperador de Constantinopla. El territorio del Exarcado de Rávena que Astolfo ahora cedía había sido tomado al Imperio. Los emisarios exigieron altaneramente a Pipino que devolviese ese territorio.

Estaba en poder de Pipino acceder a este requerimiento, pero habría sido un gran tonto si lo hubiese hecho, y nadie era menos tonto que Pipino. La amistad o la enemistad del distante Imperio no eran de mucho interés para él, mientras que la amistad del Papado podía ser de la mayor importancia. Por ello, Pipino entregó al Papa el territorio que antes había formado parte del Exarcado (incluida la misma Roma, por supuesto).

Así, el Papa se convirtió en un gobernante temporal, un gobernante de tierras, como lo era Pipino, y éste reconoció el nuevo estatus del Papa conduciendo ceremoniosamente su caballo algunos pasos y representando el papel de un sirviente, como un monarca hacía con otro por cortesía.

Ésta fue la famosa «donación de Pipino», que convirtió una ancha franja de Italia central en una especie de teocracia electiva. El Papado mantuvo su dominio sobre esta parte de Italia (que luego fue llamada los Estados de la Iglesia o los Estados Pontificios) durante más de once siglos. Era una extensión de considerables dimensiones, según patrones medievales. En su apogeo, cubrió una superficie de unos 42.000 kilómetros cuadrados, o sea, el doble del estado de Massachusetts.

Pero debe de haber irritado al Papa tener que depender enteramente del don voluntario del monarca franco para tener el derecho de gobernar la Italia central (así como debe haber irritado a Pipino el deber su legitimidad al Papa). Después de todo, lo que el monarca daba podía reclamarlo de vuelta.

Pero había una leyenda que parecía demostrar que el Papa tenía un derecho prioritario, no sólo a una parte de Italia, sino también a toda ella, y aun a toda la mitad occidental de lo que había sido antaño el Imperio Romano. Gregorio de Tours, el historiador de los francos, menciona esta leyenda, que rezaba más o menos así:

Alrededor del 330, el emperador romano Constantino I cayó repentinamente víctima de la lepra. Consultó a sus sacerdotes paganos, quienes le aconsejaron que se bañase en la sangre de niños pequeños. El humanitario emperador se negó a ello, horrorizado. Luego, en un sueño, recibió instrucciones de ver al papa Silvestre I.

El Papa bautizó a Constantino e inmediatamente desapareció la lepra. El agradecido emperador con prontitud dio al Papa el derecho a la mitad occidental del Imperio y la supremacía sobre todos los obispos. Luego, para no disputar al Papa la dominación del oeste, se retiró a una nueva capital en el este, Constantinopla.

Por supuesto, esta historia es en un todo falsa históricamente y no constituye más que una invención piadosa. En sí misma, la mera existencia de la leyenda nunca hubiese convencido a ningún monarca realista de que el Papa era su gobernante o siquiera de que el Papa tuviese ningún derecho legal a parte alguna de Italia.

Pero apareció un documento que pretendía ser la escritura real de la donación hecha por Constantino a Silvestre I. Si la escritura era auténtica, entonces el derecho del Papa a esos territorios sería muy anterior a la existencia misma de la dinastía franca, y Pipino sólo habría dado al Papa lo que ya era suyo.

Evidentemente, puesto que la leyenda sobre la que se basaba la escritura era pura fábula, la escritura no podía ser auténtica. En verdad, por su lenguaje mismo es posible demostrar que no puede remontarse a la época de Constantino.

Los historiadores no están seguros sobre cuándo y dónde se elaboró esa «Donación de Constantino». Algunos piensan que fue preparada originalmente en Roma por la época de la crisis lombarda, a fin de que Esteban III pudiese llevarla para mostrársela a Pipino, de modo que el rey franco pensase que el derecho antiguo estaba de su parte en su lucha por el Papa y contra los lombardos. Sin embargo, parece más probable que haya sido elaborada en algún lugar cercano a París al menos cincuenta años después de la crisis lombarda, pues hay signos de que su autor fue un franco, no un romano. Puede haber estado destinada principalmente a rechazar las persistentes pretensiones bizantinas de ejercer el dominio sobre Italia, cosa en la cual el rey franco y el Papa podían estar de acuerdo.

Sólo en 1440 se manifestaron abiertamente dudas sobre la autenticidad de la «donación de Constantino», y aunque muchas autoridades católicas libraron una lucha de retaguardia en defensa de ella, finalmente todos llegaron a admitir que era un fraude. Pero en los siglos en que fue aceptada como auténtica, contribuyó mucho a la creación del poderoso Papado de la Edad Media tardía.

El rey carolingio.

La segunda invasión de Italia por Pipino parecía haber dirimido las cosas allí. Astolfo murió durante una partida de caza, a fines del 756. Uno de sus generales, Desiderio, se convirtió en el nuevo rey lombardo, pero no mostró inclinación alguna a renovar la pugna contra Roma. Por el contrario, pidió humildemente el apoyo del Papa, ofreciéndole nuevos territorios y también donaciones monetarias. Esteban aceptó con gran satisfacción.

Resueltos los problemas de Italia, Pipino pudo dirigir su atención a sus propios dominios.

Pipino era rey, y lo era cabalmente. Pero aunque nadie cuestionaba su legitimidad, había partes de los dominios de Pipino que anhelaban su independencia y les irritaba estar bajo la dominación de un forastero, por legítimo que fuese.

La principal de esas regiones era Aquitania, donde subsistían restos de la tradición romana. Los aquitanos eran muy conscientes de lo que, para ellos, era una definida superioridad sobre el pueblo bárbaro del norte y el este. (Esta idea, con cierta justificación, perduraría siglos).

Sin duda, los aquitanos se habían visto obligados a pedir ayuda a los bárbaros del norte, en la época de Carlos Martel, contra los moros, y el duque de Aquitania había tenido que reconocer la soberanía de Carlos, pero eso había ocurrido una generación antes.

Desde entonces, los duques habían hecho todo lo posible para que sus lazos con el reino franco fuesen lo más flojos posible. Los ayudó el hecho de que los moros de España no mostraron ninguna disposición a renovar sus ataques al norte de los Pirineos. Ni siquiera los moros que ocupaban la costa mediterránea al este de los Pirineos (tierras que habían formado parte del reino visigodo) planteaban problemas, por lo que los aquitanos no veían motivo para buscar una alianza con los francos. La tendencia de Aquitania hacia la independencia fue también alentada por la preocupación de Pipino por Italia.

El resultado fue una especie de guerra fronteriza anárquica a lo largo del límite entre Aquitania y Neustria. Cuando los aquitanos hacían correrías para saquear el territorio de Neustria los hombres de armas neustrianos no tardaban en retribuir el cumplimiento, y a la inversa.

Pipino, quien después de retornar de Italia tuvo que dedicar algún tiempo a asegurar sus fronteras orientales contra tribus germánicas vecinas aún independientes, finalmente, se vio obligado a volverse al sudoeste.

En el 759, inició una serie de campañas anuales que lograron hacer sentir su peso contra la tenaz resistencia aquitana. En el 766, Aquitania fue forzada a someterse. El duque había sido muerto, y fueron enviados funcionarios del norte para administrar el ducado. Los moros de la costa mediterránea fueron rechazados más allá de los Pirineos y, por primera vez, los dominios francos fueron extendidos hasta la costa mediterránea, a todo lo largo del tramo comprendido entre los Alpes y los Pirineos.

En el momento de morir Pipino, en el 768, tuvo la satisfacción de saber que el reino franco, fundado por Clodoveo tres siglos antes, ahora por primera vez abarcaba todo lo que antaño había sido la Galia, desde el Canal de la Mancha hasta el Mediterráneo y desde el Atlántico hasta el Rin. También formaban parte del reino extensos territorios situados al este del Rin.

(El único defecto del cuadro era la península de Bretaña, en el rincón noroccidental del reino. Para los romanos, había sido la Armórica, pero en los

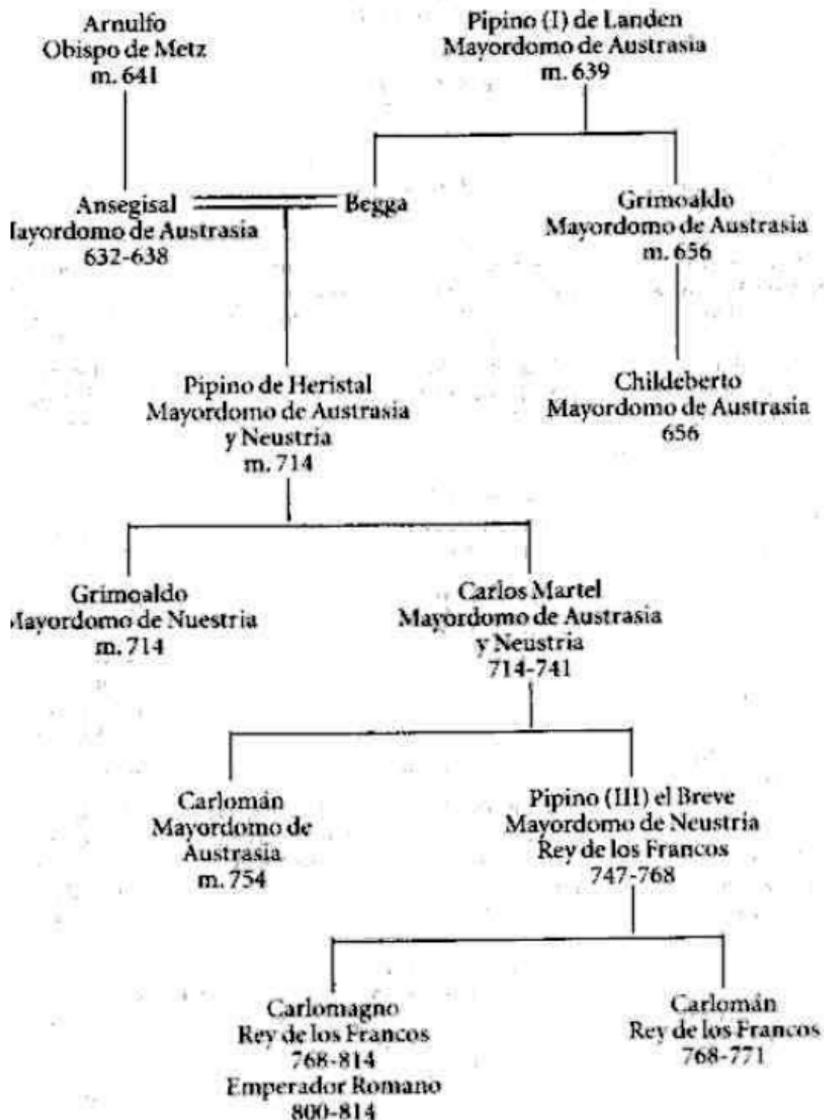
últimos días del Imperio de Occidente, cuando los sajones invadieron Britania, muchos britanos huyeron a través del Canal de la Mancha y se establecieron en la Armórica, que entonces fue llamada Bretaña. Ésta mantuvo una precaria independencia desde entonces, impidiendo tenazmente a los francos que la dominasen totalmente. Aún bajo Pipino, los bretones se aferraron a su autonomía).

Pipino el Breve, pues, había gobernado durante veintisiete años y su reinado fue una serie invariable de éxitos. Había consolidado su poder sobre los señores rebeldes. Había logrado que se lo eligiese rey y afirmado sólidamente la nueva dignidad. Había invadido Italia dos veces, derrotado a los lombardos y establecido las más cordiales relaciones con el Papado. Había asegurado sus fronteras y sofocado la rebelión; y cuando murió, el reino franco, gobernado por él solo, era más grande y más fuerte de lo que había sido antes.

Cabría suponer que su reinado sería considerado como un hito importante y que Pipino sería recordado como un hombre sumamente notable y, quizá, que hasta se le concediese el título de « el Grande» .

No fue así. Pipino es uno de los ejemplos, no muy numerosos, de un monarca de primera magnitud que quedó completamente ensombrecido por su sucesor. Éste fue el hijo mayor de Pipino, Carlos, quien de muchacho había galopado al encuentro del papa Esteban, cuando fue a solicitar la ayuda del rey franco.

La Casa de Pipino



7. Carlomagno

El último de los lombardos.

Carlos tenía veintiséis años en el momento de subir al trono. Él y su hermano de diecisiete años, Carlomán, habían sido ungidos por el papa Esteban cuando eran niños. De acuerdo con la antigua y absurda costumbre franca, que Pipino siguió fielmente, ambos heredaron una parte del reino, de modo que éste quedó dividido una vez más.

Carlos recibió las regiones costeras, a lo largo del Atlántico y el Canal de la Mancha. La forma de sus tierras era como una mano que agarrase el ámbito más compacto de su hermano, quien gobernó los distritos situados al norte y al oeste de los Alpes.

Carlos era un rey de pies a cabeza. Medía más de un metro ochenta y cinco y era de grandes huesos. (Se supone que la longitud de su pie estableció el patrón para la medida de longitud que hoy llamamos un pie). Era robusto y gozaba de una excelente salud. Un contemporáneo suyo que escribió una biografía de él que aún sobrevive enumera sus defectos físicos (en su vida posterior), entre los que incluye un cuello grueso, una considerable barriga y una voz aguda. Comía con buen apetito (de allí, sin duda, la barriga), pero era abstemio en la bebida, algo muy poco común en un franco.

Carlomán, al parecer, no gustaba de su poderoso hermano o no confiaba en él, y no estaba dispuesto a cooperar con Carlos. Cuando los aquitanos aprovecharon la ocasión de la muerte de Pipino para rebelarse, Carlos (en cuyo territorio estaba incluida Aquitania) tuvo que enfrentarse solo a la rebelión. Carlomán no movió un dedo en su ayuda.

Sin duda, Aquitania, debilitada como resultado de su larga e infructuosa resistencia a Pipino, no estaba realmente en condiciones de librar una guerra prolongada. Por ello, aprovechó el momento del ascenso al trono de un nuevo rey, con la evidente esperanza de que éste fuese incompetente o se viese envuelto en una guerra civil.

Pero no se dio ninguna de esas situaciones. Los aquitanos se equivocaron totalmente al juzgar a Carlos, pues éste cayó sobre ellos como un rayo, los obligó a rendirse casi inmediatamente y les impuso una dominación más dura que antes.

Fue la primera acción bélica de una vida que iba a conocer muchas, y todas con éxito. Sus hazañas iban a ganarle a Carlos el título de « Grande », por lo que se le llama « Karl der Grosse », en alemán, y « Carolus Magnus » en latín. Pero en francés el epíteto pasó a formar parte del nombre, caso único, por lo que los franceses lo llaman « Charlemagne », y fue este nombre combinado el que se

adoptó en castellano, con la forma Carlomagno.

Cuando Carlomagno sofocó esa revuelta inicial y se sintió firmemente asentado en el trono, estableció su capital en Aquisgrán (Aachen, en alemán), situada en lo que es ahora la frontera alemana, allí donde se encuentran las fronteras de Bélgica y Holanda. Probablemente fue la ciudad de su nacimiento, y era también una ciudad austrasiana. Carlomagno era muy afecto a la vestimenta franca, como las chaquetas de pieles y las ligas en las piernas, y también a las viejas costumbres francas, por lo que quizá haya rehuido deliberadamente las ciudades demasiado romanizadas de Neustria, que tan a menudo habían sido capitales francas.

Fuera de los dominios francos, el rey lombardo Desiderio vigilaba ansiosamente desde Pavia. Contiguas a su reino eran las tierras de Carlomán, que fue como un Estado tapón entre él y el enérgico Carlomagno.

Desiderio había iniciado su reinado con una política de conciliación hacia el Papa, pero había pasado gradualmente a una política cada vez más agresiva cuando Pipino pasó los últimos años de su reinado en una tenaz lucha con Aquitania. Ahora se preguntó si no podía aprovechar la división del reino franco bajo los hijos de Pipino.

Cultivó la amistad de Carlomán, el más joven y más débil de los dos, halagándolo y alimentando sus celos con respecto a su hermano. Arregló una alianza matrimonial, por la que una de sus hijas se casó con Carlomán.

En esta política, el rey lombardo parece haber sido ayudado y estimulado por la viuda de Pipino, la madre de los dos monarcas francos. Su nombre era Bertrada, pero se la conoció en la leyenda posterior como Berta la del Gran Pie. (Quizá Carlomagno heredó el tamaño de sus pies de su madre; no puede haberlo heredado de Pipino el Breve).

Bertrada, aparentemente ansiosa de preservar la paz entre sus hijos, persuadió a Carlomagno a que se casase con otra de las hijas de Desiderio. Pensó que así habría amistad entre los dos francos y entre éstos y el lombardo.

Pero ni el mejor de los recursos puede eludir las vicisitudes de las circunstancias.

En el 771, Carlomán, con sólo veintiún años, murió, dejando a su viuda lombarda y a dos hijos pequeños. Carlomagno decidió rápidamente que no podía dejar la mitad del ámbito franco en las manos de éstos, cuando el verdadero gobernante sería, seguramente, su abuelo lombardo, Desiderio. Avanzó con la velocidad del rayo que era característica de él e hizo suyo todo el reinado de Pipino. La viuda de Carlomán tuvo que huir a Pavia con sus hijos y con un ardiente e indignado odio hacia Carlomagno. En Pavia se dedicó a instilar este odio en su padre y a urgirlo a que emprendiese alguna acción.

Carlomagno, consciente de que había hecho de Desiderio un enemigo, comprendió también que su propio casamiento con una lombarda era ahora

políticamente inconveniente. Necesitaba tener mano libre contra los lombardos y no podía aceptar la molestia de tener una esposa lombarda. Podemos suponer con cierta seguridad que no la quería mucho, personalmente. Sea como fuere, se deshizo de ella y la envió de vuelta a Pavía, también, con lo que ahora tuvo allí otro enemigo.

Desiderio no podía pensar que ganaría en un enfrentamiento directo con los francos, pero ¿son siempre directos los enfrentamientos? Tenía el derecho de su lado, pues Carlomagno había rechazado a su legítima esposa, se había apropiado ilegalmente de las tierras de su hermano y expulsado a la esposa y los hijos de su hermano.

Sin duda, una causa tan justa como la suya incitaría a algunos de los señores desafectos a una guerra sagrada contra Carlomagno. (No es que los señores fuesen muy devotos de la justicia, pero hasta los más carentes de principios siempre pueden combatir mejor si su causa puede presentarse como justa).

Lo que principalmente necesitaba Desiderio para que todo esto diese resultado era el reconocimiento papal de los derechos de los hijos pequeños de Carlomán, y pensó que podía obtener este reconocimiento con un poco de presión. El Papado se hallaba en la habitual confusión que acompañaba a la elección de un nuevo Papa, y en 772 Desiderio aprovechó la oportunidad para invadir los Estados Pontificios y poner un ejército alrededor de Roma para inspirar al nuevo Papa la decisión correcta.

El nuevo papa, Adriano I, inmediatamente llamó en su ayuda a Carlomagno, y poco después Desiderio comprendió que había cometido un fatal error. Los señores francos no mostraron la menor disposición a rebelarse contra Carlomagno, y éste, menos vacilante que su padre con respecto a las aventuras extranjeras, rápidamente cruzó los Alpes con un gran ejército. En el 773, comenzó la tercera invasión franca del norte de Italia.

Por tercera vez, Pavía fue asediada, pero Carlomagno no era como su padre. Dos veces Pipino dejó escapar Pavía a cambio de promesas; Carlomagno no aceptaba promesas. Pavía fue sitiada durante nueve meses, y cuando Desiderio cedió, fue a modo de rendición incondicional. Se vio obligado a abandonar el trono de los lombardos, y así este reino llegó a su fin dos siglos después de la invasión de Italia por los lombardos. Desiderio, a quien podríamos llamar el « último de los lombardos », fue llevado a territorio franco, para terminar allí sus días en un suave cautiverio.

Ahora habían desaparecido todas esas tribus que habían desgarrado el Imperio de Occidente desde los tiempos de Alarico. Habían desaparecido los visigodos, los vándalos, los suevos, los alamanes, los ostrogodos y los lombardos. Todos habían desaparecido de las páginas de la historia..., todos excepto los francos. Sólo ellos sobrevivieron.

Es cierto que subsistió un ducado nominalmente lombardo al sur de los

Estados Pontificios, el ducado de Benevento, así llamado por su capital. En general, había mantenido su independencia de Pavia, aunque aceptó la dominación de reyes particularmente fuertes, como Liutprando. Ahora quedó fuera del ámbito franco y se mantuvo durante un siglo. Pero su carácter lombardo era demasiado tenue. Allí los lombardos perdieron su identidad nacional; eran italianos.

Tampoco se olvidó el nombre de los lombardos en el norte. El reino subsistió como un nombre en el mapa, y el mismo Carlomagno asumió el título de Rey de los Lombardos. Para dar a la región una apariencia de autonomía y mantenerla en calma, hizo de su hijo Pipino su delegado allí, evitando un gobierno demasiado patentemente personal. (En verdad, una rica provincia del centro de Italia septentrional aún lleva el nombre de Lombardía).

Pero, cualesquiera que fuesen las apariencias, la Italia septentrional se convirtió en parte integrante del imperio franco, y esto tuvo importantes consecuencias en el futuro. Los monarcas que sucedieron a Carlomagno nunca olvidaron que su gran predecesor había gobernado en Italia y mantuvieron su dominio de esa tierra durante mil años, para gran tormento de Italia y propio también, pues a menudo sacrificaron sus intereses internos en pos de la quimera italiana.

La victoria de Carlomagno eliminó para siempre la amenaza que los lombardos suponían para el Papado. El monarca franco reafirmó la Donación de Pipino y estableció una estrecha relación con el papa Adriano. Carlomagno era profundamente piadoso, asistía sin falta a todos los servicios eclesiásticos y siempre mostró el más profundo respeto por el Papa. Visitó Roma en 780 y 785 (fue el primer soberano franco que lo hizo) y su actitud hacia Adriano fue siempre ejemplar.

Pero hasta la piedad de un monarca fuerte puede ser peligrosa para la Iglesia. Carlomagno estaba ansioso de mejorar y elevar la Iglesia, pero lo hizo desempeñando impacientemente el papel del mismo Papa, como los monarcas fuertes generalmente tienden a hacerlo, como lo habían hecho Justiniano y Constantino antes de él. Así, estimuló la reforma litúrgica y convocó concilios para combatir la herejía, pero dejó en claro cuáles eran sus deseos a esos respetos y vigiló para que fuesen satisfechos.

El Papa debía tener paciencia.

La conversión por la espada.

La piedad de Carlomagno y su ansia juvenil de gloria marcial lo llevaron a efectuar lo que en siglos futuros llamarían cruzadas. Podemos decir que se embarcó en la primera cruzada de la historia, la primera guerra de cristianos

contra no cristianos en la que al menos parte de la motivación fue la conversión de los no cristianos al cristianismo, por la fuerza si era necesario.

El blanco de Carlomagno fueron las tribus germánicas que en los tres siglos anteriores de aventuras de los germanos habían permanecido en su tierra originaria y, también, habían seguido siendo paganos. Una serie de esas tribus paganas lindaba con la frontera oriental de Austrasia en tiempos merovingios. De sur a norte, eran los bávaros, los turingios, los sajones y los frisios^[7].

Turingia pasó a dominio de los francos ya en el 531, por obra de los hijos de Clodoveo. Las otras tribus mantuvieron una precaria independencia, pese a ocasionales campañas contra ellos llevadas por Carlos Martel y Pipino el Breve, y pese a la presión de los Avaros en el este.

También fueron atacados espiritualmente, en una guerra que no fue llevada a cabo por ejércitos, sino por la voluntad de un solo hombre, proveniente de la isla de Britania. Que esto fuera posible fue el resultado de la decisión de Gregorio Magno de enviar misioneros a la isla, resultado que Gregorio no podía prever.

Mientras las tribus germánicas estaban desmembrando el Imperio de Occidente, la isla de Britania, abandonada por su guarnición romana, fue invadida por un grupo de tribus germánicas que se desplazaron hacia el oeste desde el mar del Norte. Entre ellas estaban los anglos, los sajones y los jutos. Los britanos celtas fueron expulsados y reemplazados por los « anglosajones ». La mayoría de la isla se convirtió en « tierra de los anglos », es decir, Inglaterra.

Los anglosajones eran paganos, pero sus predecesores celtas habían sido cristianos, y este cristianismo se había difundido a Irlanda, que nunca formó parte del Imperio Romano. En tiempos merovingios, Irlanda pasó por un período ilustrado. Sus monjes difundieron el cristianismo entre los anglosajones y fundaron monasterios irlandeses por todas partes en el continente. Pero esos monasterios irlandeses no seguían la regla benedictina y su ritual difería en aspectos importantes del de la ortodoxia romana.

Los misioneros de Gregorio no sólo llevaron el cristianismo a Inglaterra, sino también el cristianismo romano. En el 664, la versión romana del cristianismo había conquistado a los celtas y, más tarde, la misma Irlanda se volvió hacia ella.

Ocho años después de que Inglaterra optase conscientemente por ser católica romana, nació un niño llamado Winfrid. A los siete años, tomó la senda del monacato y el nombre de Bonifacio. Después de llegar a la edad adulta, dedicó su vida a la conversión de las tribus germánicas que aún eran paganas.

Fue por la acción de Gregorio, pues, por lo que Winfrid, o Bonifacio, al convertir a los germanos, los llevó al cristianismo romano, no al céltico. De este modo, la Iglesia se ahorró una nueva herejía germánica, como el arrianismo al que había tenido que combatir siglos antes.

En el 716, Bonifacio emprendió su primera labor proselitista cruzando el Paso de Calais hacia Frisia (en lo que hoy es la costa holandesa). Pronto fue expulsado

de allí por su gobernante, Radbodo.

Viajó a Roma, recibió el permiso del Papa para continuar su labor entre los germanos y luego pasó varios años en Baviera y Turingia, haciendo conversiones, construyendo iglesias y destruyendo ídolos donde podía. Cuando oyó que Radbodo de Frisia había muerto, volvió allí y obtuvo nuevos éxitos. Tenía la ventaja de que, como su ascendencia estaba emparentada con la de los sajones, hablaba las lenguas de las tribus, comprendía sus costumbres y podía hacer uso de la vieja Biblia gótica de Ulfilas.

Además, Carlos Martel, quien a la sazón gobernaba a los francos, fue el protector secular de Bonifacio. Provisto del salvoconducto de Carlos, podía moverse libremente por el este, pues las tribus se cuidaban de provocar la feroz cólera del Martillo dañando a alguien a quien él protegía.

Después de la muerte de Carlos, Bonifacio, quien por entonces había vuelto a territorio franco, apoyó a Pipino y Carlomán en sus luchas por afirmar su poder. Trabajó para reformar la Iglesia franca y quizá contribuyó a convencer a Carlomán para que adoptase la vida monacal. También fue uno de los intermediarios entre Pipino y el Papa en las negociaciones que condujeron a la coronación de Pipino y puede haber sido él quien efectuó la primera unción.

En retribución, Pipino, como su padre, apoyó fervorosamente la labor misional de Bonifacio. Y aunque no hubiese sido una cuestión de gratitud, la sagaz previsión de Pipino debe de haberle hecho comprender claramente que germanos cristianos serían más fáciles de absorber por el reino franco que germanos paganos.

Bonifacio vivió lo suficiente para ver el cristianismo firme y permanentemente establecido entre todas las tribus al este del ámbito franco. Finalmente, sufrió el martirio en el 755 (cuando su protector, Pipino, estaba ajustando cuentas con los lombardos), a manos de una banda de frisios paganos.

El cálculo de Pipino era correcto. Carlomagno no halló ninguna dificultad en absorber a los bávaros y los frisios en su reino, pues eran en buena parte cristianos.

Pero Bonifacio no había tenido ningún éxito entre los sajones, y con el paso del tiempo se volvieron cada vez más intransigentes. Comprendían que su cristianización equivalía a su absorción por los francos, y se aferraron a su paganismo como único medio de asegurar su libertad. Habiendo rechazado los intentos de los anteriores carolingios de invadir su territorio, se dispusieron ahora a rechazar los intentos de Carlomagno.

Por su parte, Carlomagno pensó que una guerra contra los paganos sería una guerra santa y, además, una oportunidad que le brindaba Dios de ampliar los límites de su reino. Ya en el 772, cuando se convirtió en único amo del reino tras la muerte de Carlomán, y aún antes de saldar cuentas con Desiderio en Pavia, había enviado sus soldados a Sajonia.

Los sajones se esfumaron ante ellos y los francos siguieron su marcha. Vigorosamente, los soldados de Carlomagno se dispusieron a establecer el cristianismo, totalmente convencidos de que sólo su religión era válida y que los sajones no tenían derechos religiosos que debiesen ser respetados.

Así, los francos dieron con un enorme tronco de árbol llamado Irminsul, un objeto de particular veneración por los sajones, quienes lo consideraban como un símbolo del árbol que, en la mitología nórdica, sustentaba al mundo. Sin vacilar, los sacerdotes francos ordenaron su destrucción por ser un ídolo detestable, y fue derribado.

Pero tal profanación de sus creencias logró endurecer el corazón de los sajones. Sajonia no era Lombardía; no era una región calma, con una población apática y una gran capital que estuviera a la espera de ser sitiada. Por el contrario, era un páramo sin caminos, con pequeños asentamientos que podían ser destruidos uno por uno sin afectar al corazón y la voluntad de los combativos sajones.

Comenzó entonces una guerra de guerrilla que fue infinitamente frustrante para los francos. Si un ejército marchaba contra los sajones, éstos se retiraban apresuradamente, aceptaban la conversión si se les pedía que lo hicieran (con una espada al cuello para el caso de que, irreflexivamente, rechazasen el amable requerimiento), hacían grandes juramentos y entregaban rehenes. Luego, cuando los francos se marchaban para guerrear en otras partes, después de establecer puestos avanzados y construir iglesias, los sajones inmediatamente se rebelaban. Incendiaban las iglesias, mataban a los que querían ser cristianos, tomaban los puestos avanzados y vociferaban su desafío a los francos.

Carlomagno siempre enviaba de vuelta a su ejército, que cada vez avanzaba más profundamente en Sajonia, mataba sajones con mayor fervor que antes, tomaba mayor número de rehenes y exigía juramentos más terribles. Siempre los sajones cedían y se rendían, para repetir a la primera oportunidad lo que habían hecho antes.

En el 778, los sajones hallaron un líder llamado Widukindo, que intensificó enormemente los horrores de la interminable guerra. Carlomagno se hallaba por entonces combatiendo en España —que para los sajones era el otro extremo del mundo— y, por lo que creían los sajones, podía ya haber sido derrotado o muerto. Por ello, Widukindo no tuvo dificultades para hacer que los sajones se rebelasen y tomaran represalias que empequeñecían todo lo anterior. Widukindo hizo matar a todo sacerdote o lego cristiano de Sajonia e hizo correrías por la misma Austrasia, llegando hasta el Rin.

Carlomagno tuvo que intensificar sus respuestas (o renunciar a la guerra, cosa a lo cual se negaba). Se supone que en un momento llegó a ordenar la decapitación de cuatro mil quinientos sajones en un solo día. Sólo en el 785 Widukindo cedió y aceptó convertirse. Pero todavía hubo frecuentes

levantamientos sajones en menor escala. En fecha tan tardía como el 804, se produjo una revuelta suficientemente intensa como para requerir una invasión y una acción punitiva organizada. Puede decirse que la guerra con los sajones duró más de treinta años.

Pero cuando terminó, Carlomagno fue el amo de todas las tierras del continente dominadas por los germanos que tenían alguna importancia. (Sin duda, Inglaterra y los países escandinavos, que eran independientes, estaban dispersamente poblados por hombres de habla germánica, pero estaban separados del ámbito franco por agua o, en el caso de Dinamarca, por una incómoda distancia. Se los podía ignorar tranquilamente, pues estaban fuera del horizonte).

No solamente los germanos.

Pero Carlomagno no pensaba que hubiese ninguna ley natural por la cual su dominación debiese limitarse a los germanos solamente. Ya antes de someter Sajonia, su mirada se dirigía hacia el este, a los pueblos eslavos del otro lado del Elba.

Los eslavos aún no se habían distinguido en ninguna guerra. Habían sido las víctimas mudas y pacientes de todas las bandas de conquistadores, desde los godos hasta los ávaros, y no era probable que se resistiesen a los francos. En verdad, contemplaban a Carlomagno como un posible liberador de los ávaros.

Los ávaros, por cierto, se habían debilitado mucho desde la época en que habían amenazado a la misma Constantinopla, casi dos siglos antes. Aún conservaban su territorio central (en la actual Hungría), pero al este (en lo que ahora es Rumanía) un pueblo emparentado con ellos se había sacudido su dominación y había creado un reino propio. Ese nuevo pueblo se llamaba así mismo los búlgaros, palabra que quizá tenga el mismo origen que el nombre del río Volga. De hecho, en tiempos de Carlomagno, existía un vigoroso reino búlgaro a lo largo del Volga.

En cuanto a los eslavos, su dominación por los ávaros no había sido del todo mala. Bajo la protección de éstos, se habían desplazado hacia el oeste, infiltrándose en las tierras de las que tribus germanas (como los lombardos), y habían escapado de los ávaros. Como resultado de ello, el territorio de la antigua Checoslovaquia, anteriormente germánico, se hizo eslavo y lo siguió siendo hasta hoy. (La marea eslava también avanzó al oeste del Elba, pero en siglos posteriores fue rechazada de allí por los germanos).

Por la época de Carlomagno, las tribus eslavas estaban empezando a afirmar su independencia frente a los ávaros. Éstos, desafiados por sus súbditos eslavos y acosados por sus hermanos búlgaros, se hallaron ahora bajo los mazazos del gran

monarca franco. En tres campañas sucesivas, Carlomagno (con ayuda de los búlgaros) aplastó a los ávaros.

Los últimos de ellos se sometieron en el 804 y desaparecieron de la historia, con tanta rapidez que hasta el día de hoy los rusos usan la frase «desaparecer como los ávaros». En realidad, desde luego, no desaparecieron; solamente perdieron su conciencia nacional, se mezclaron por casamiento con sus anteriores súbditos y se fundieron con el conjunto de la población.

Las tierras eslavas occidentales, desde la gran curva del Danubio (donde está ahora Budapest), reconocieron la soberanía de Carlomagno, aunque la dominación franca fue débil, dada la gran distancia que había desde Aquisgrán.

Carlomagno también dirigió su mirada al oeste, hacia Bretaña, donde los rudos bretones habían mantenido su independencia hasta frente a Pipino. Pero contra Carlomagno no osaron resistir. Hoscamente, pagaron tributo y luego mantuvieron una cauta sumisión.

Carlomagno puso sus mayores anhelos en las tierras situadas al sudoeste. Contemplaba anhelantemente los Pirineos, donde su reino lindaba con el mundo del islam, que durante siglo y medio había presionado vigorosamente sobre la cristiandad por todas partes.

La mayor parte del mundo islámico estaba entonces bajo un linaje de gobernantes llamados los abasíes, cuya capital estaba en Bagdad, a orillas del río Tigris. Por la época de Carlomagno, el reino abasí estaba en la cúspide de su poder. En 786, mientras Carlomagno llevaba a la culminación la guerra contra los sajones, Harún al Rashid se convirtió en califa de Bagdad. Este Harún al Rashid fue idealizado en las famosas historias reunidas en la colección llamada *Las Mil y Una Noches*. Pero aunque los abasíes gobernaban gran parte del Asia Occidental y el Norte de África y eran la mayor potencia del mundo, había musulmanes que no reconocían al califa de Bagdad.

Los abasíes, al parecer, se habían adueñado del poder una generación antes de la época de Harún, derrocando a la dinastía anterior, los omeyyas. Para evitar problemas posteriores, el primer monarca abasí hizo matar fríamente a todos los omeyyas que pudo hallar, para que no hubiese nadie que pudiera reclamar legítimamente el trono y hallar seguidores con quienes provocar una guerra civil.

La tarea fue llevada a cabo con eficiencia y, de hecho, sólo escapó un omeya. Éste era Abderramán, nieto del omeya que había sido califa en la época de la victoria de Carlos Martel en la batalla de Poitiers. Después de años de estar escapando por los pelos, logró atravesar todo el Mediterráneo, desde Siria hasta España. Desembarcó en España en el 756 y allí, a 4.500 kilómetros de Bagdad, se hizo proclamar rey con el nombre de Abderramán I, en la época en que Pipino se convertía en rey de los francos.

Abderramán estableció su capital en Córdoba, y bajo su gobierno España se convirtió en una nación musulmana completamente independiente. Fue un

soberano ilustrado, que gobernó durante una generación sobre una tierra cada vez más próspera. Sus años de fugitivo acosado quizá le hicieron comprender qué tipo de vida debe llevar una minoría perseguida, por lo que evitó las persecuciones. Concedió a los cristianos la libertad religiosa mediante el pago de un impuesto razonable, mientras los judíos fueron realmente favorecidos.

Los mayores problemas, en verdad, no se los plantearon los cristianos ni los judíos, sino sus propios nobles moros turbulentos, quienes, en sus querellas con él, no vacilaron en buscar la ayuda de los francos cristianos.

Era interés de los francos, primero de Pipino y luego de Carlomagno, que la nobleza mora fuera lo más turbulenta posible, pero había una tercera parte en el juego: los vascos de los Pirineos Occidentales.

Los vascos eran cristianos y lucharon fieramente y con éxito, en sus salvajes valles montañosos, contra la invasión mora. Pero eran vascos antes que cristianos y, para ellos, los francos, aunque cristianos, eran tan extranjeros como los moros. Cuando salían a efectuar sus correrías, había poca diferencia para ellos entre saquear a los moros o a los francos.

Carlomagno, encolerizado por las incursiones vascas e invitado a intervenir en los problemas de sus vecinos por tres emires moros en guerra con el monarca cordobés, decidió retribuir la acción mora de la época de su abuelo e invadir España. Como resultado colateral, atacaría a los vascos desde la retaguardia.

El plan de Carlomagno era bueno en el papel, pero Abderramán I, aunque ya entrado en años, era aún un monarca vigoroso y guerrero. Y cuando los cristianos llevaron a cabo realmente su invasión, los moros disidentes hallaron que debían resistir firmemente contra el enemigo común, a fin de cuentas.

El avance de Carlomagno tropezó con la dura resistencia de la ciudad de Zaragoza, a orillas del río Ebro y a unos 160 kilómetros al sur de los Pirineos. Se vio obligado a ponerle sitio. Pero se hallaba demasiado lejos de su tierra para hacer efectivo el asedio, y mensajeros de Sajonia le llevaron las noticias de la fiera rebelión de Widukindo. Muy a pesar suyo, se vio obligado a levantar el sitio y retirarse a través de los Pirineos, por Roncesvalles, mientras los vascos observaban (sin ser vistos) desde las laderas montañosas. Después de pasar el cuerpo principal del ejército, los vascos cayeron repentinamente sobre la retaguardia y la destruyeron, obteniendo, sin duda, un buen botín. Entre los francos caídos se hallaba el virrey de Carlomagno en Bretaña, quien había acudido a unirse a la gran cruzada contra los moros. Su nombre era Roldán y, como veremos, a su alrededor se tejió luego una gran leyenda.

Abderramán murió en el 788, y su muerte debilitó a España. Ésta se hizo más temeraria, también, pues en vez de dejar las cosas como estaban, aprovechó la preocupación de Carlomagno por los sajones para asolar la frontera pirenaica. En el 793, un contingente moro efectuó una correría de ataque y huida que penetró hasta Narbona, sobre la costa mediterránea, a 100 kilómetros de los

Pirineos.

Carlomagno estaba planeando su campaña contra los ávaros, pero no podía dejar sin respuesta tal insulto. Una vez más, se dirigió a España. Pero ahora no intentó efectuar una penetración rápida y profunda, sino que trató de crear una zona tapón al sur de los Pirineos que aislase al reino franco de ataques de los moros y, también, aquietase a los vascos de una vez por todas.

Esta acción fue llevada a cabo en 801, y en el curso de ella Carlomagno capturó Barcelona. Se apoderó de toda la franja de territorio situada al sur de los Pirineos, hasta un ancho de unos 80 kilómetros. La parte occidental de esa franja incluía la tierra de los vascos, que ahora estuvo firmemente en manos de Carlomagno y recibió el nombre de Navarra. La parte oriental fue llamada la Marca Hispánica.

La palabra «marca» deriva de una antigua voz germánica que significa «frontera» y fue un nombre dado a cualquier tierra fronteriza. Carlomagno creó otras marcas, zonas bien fortificadas bajo un gobierno militar destinado a vigilar a las potencias extranjeras adyacentes y a proteger el corazón del Reino.

La región nororiental del ámbito franco era la Marca Danesa, nombre que más tarde fue transferido a la tierra a la cual vigilaba, hoy llamada Dinamarca (o «Danmark», para sus habitantes).

En el lejano este se hallaba la Ostmark (la «Marca Oriental»), más o menos donde se halla hoy Austria. En siglos posteriores, cuando la región de Ostmark se convirtió en una gran potencia independiente, se la llamó Osterreich («Reino del Este», o, en castellano, Austria). Cuando los nazis se anexionaron Austria, en 1938, restablecieron el primitivo nombre de Ostmark, hasta que el país fue liberado nuevamente en 1945.

El hombre que estaba al mando de una marca era un margrave, del alemán *markgraf* («conde de la marca»). En francés, esa palabra se convirtió en «marquis», y en castellano «marqués».

Hacia el 800, pues, Carlomagno gobernaba un reino verdaderamente enorme, si consideramos el carácter de los tiempos y las dificultades de las comunicaciones y el transporte. De forma aproximadamente rectangular pero ensanchándose hacia el este, se extendía por miles de kilómetros de oeste a este, desde el Atlántico hasta el Danubio medio, y por 1.400 kilómetros de norte a sur, desde Frisia hasta Roma. La superficie total bajo gobierno directo o indirecto de Carlomagno era de aproximadamente 1.800.000 kilómetros cuadrados, más de un quinto del tamaño de los Estados Unidos.

Era el mayor ámbito bajo un solo gobernante poderoso que se había visto en Occidente desde los días del emperador romano Teodosio, cuatro siglos antes.

Emperador pese a sí mismo.

Durante todos estos sucesos, Carlomagno mantuvo muy buenas relaciones con el Papa. Cuando visitó Roma, en el 781, hizo que el Papa coronase a su hijo Pipino IV como rey de los lombardos, y a otro hijo, Luis (o Ludwig, en alemán), como rey de Aquitania. De este modo, hizo que el manto de la legitimidad cubriera a sus hijos, como su padre Pipino había hecho con el mismo Carlomagno y su hermano menor.

A su vez, Adriano cesó de fechar los sucesos de su pontificado por los años de reinado del herético emperador de Oriente, para hacerlo por los años de reinado de Carlomagno, muy sutil pero halagador cumplimiento.

Cuando Adriano murió, en el 795, había ocupado la silla papal durante casi un cuarto de siglo, y en todo ese tiempo él y Carlomagno habían colaborado armoniosamente. En verdad, constituían una pareja notablemente apropiada, pues la dominación secular de Carlomagno se extendía sobre todas las tierras en las que el Papa podía ejercer su dominación espiritual. Hasta los pequeños principados cristianos ingleses y españoles reconocían la soberanía teórica carolingia, junto a su adhesión a la doctrina papal. Se seguía, entonces, que allí donde Adriano era Papa, Carlomagno era rey, y a la inversa. Nunca en la historia habría una relación tan coincidente entre los dominios del rey y los del Papa.

El nuevo papa, León III, se apresuró a asegurarse de que el poderoso Carlomagno abrigase hacia él la misma amistad que había sentido hacia el Papa anterior. Por primera vez, el anuncio de la nueva elección no fue enviada formalmente al emperador oriental. En cambio, fue enviada a Carlomagno. Además, Adriano había otorgado a Carlomagno el título de Patricio Romano, y León renovó ostentosamente la concesión.

Parte de la intención de León era fortalecerse contra la turbulencia de Roma. El Papa era un príncipe secular tanto como un líder espiritual, y los príncipes tenían sus dificultades. Por ejemplo, tenían una nobleza revoltosa, que planteaba exigencias a cada nuevo monarca a cambio de mantener la paz.

León tuvo que hacer frente exactamente a esta situación, y cuando no brindó una completa satisfacción, se formó una conspiración en el 799 para apoderarse de él y mutilarlo, incapacitándolo, así, para su cargo y obligando a una nueva elección.

No se llegó a eso, pero la ciudad estaba alborotada y el gobernante franco local no estaba deseoso o capacitado para intervenir. León fue maltratado por un muchedumbre romana y tuvo que huir de la ciudad. Envío una carta de súplica a Carlomagno, pero el monarca, deliberadamente, no se movió. El Papa debía ir hasta él, como un Papa anterior habíalo hecho con respecto a su padre. León no tuvo otra opción. Tuvo que atravesar los Alpes, como lo había hecho Esteban medio siglo antes.

Carlomagno estaba en Sajonia a la sazón, y recibió a León con los mayores

honoros. Satisfecho de haber logrado que el Papa hubiese hecho un largo camino para llegar hasta él, aceptó escoltar a León a Roma, con un ejército suficiente para tal fin.

Pero en Roma esperaban al Papa nuevas humillaciones.

Quienes habían conspirado contra él, naturalmente, afirmaban que lo habían hecho a causa de una elevada preocupación por la virtud y la moralidad, pues el Papa se había hecho culpable (decían ellos) de una serie de graves transgresiones. Carlomagno podía haber desechado todas esas acusaciones por absurdas, pero no lo hizo. En cambio, las aprovechó para montar un solemne ritual en el que él juzgaría al Papa. Así se pondría de manifiesto ante todo el mundo que la supremacía la tenía Carlomagno.

El 23 de diciembre del 800, reunió una asamblea de altos funcionarios eclesiásticos presidida por él. No era exactamente un juicio, pues no había precedentes de que se sometiese a juicio a un Papa. Pero León tuvo que pasar por la humillación de tener que declarar bajo juramento que era inocente de toda culpa. Naturalmente, tal juramento fue considerado suficiente y León fue restablecido en el trono papal.

Pero Carlomagno había sido el juez y León había aparecido ante él como si fuese alguien que pudiese ser condenado y castigado a voluntad del rey. León debe de haber meditado sobre cómo volver las tornas y halló un modo extraordinariamente sutil, un modo que debe pasar a la historia como una de las jugadas políticas más hábiles de todos los tiempos.

Para ver cómo ocurrió, volvamos al Imperio Bizantino.

Después de ser depuesto el último de los emperadores de Occidente, en el 476, el emperador oriental de Constantinopla fue, en teoría, el gobernante de todo el Imperio Romano y, en verdad, de toda la cristiandad. Fue reconocido, en teoría, hasta en Occidente, donde el emperador no tenía ningún poder real fuera de las tierras que sus ejércitos podían capturar y conservar.

En el siglo VIII, los emperadores hallaron la total oposición del Papado por su enérgica actitud iconoclasta. Los pontífices los excomulgaron y empezaron a apropiarse de algunos de sus derechos, pero aun entonces subsistió la magia de la palabra «emperador». Quienquiera que se sentase en el trono de Constantinopla era aún el sucesor de Augusto y Constantino, y nadie podía usurpar sus derechos.

En el 780, murió el emperador León IV y fue sucedido por su hijo Constantino VI. Era un niño, de quizá nueve años de edad, y su madre, Irene, gobernó como regente. Bajo su gobierno, en el 787 llegó a su fin el período de la iconoclastia, que había durado sesenta años. La veneración de las estatuas fue permitida nuevamente y la posición del Papado triunfó. Pero esto no produjo una reconciliación entre el Papa y el Imperio, pues había muchos otros desacuerdos en cuanto a ritual. De hecho, el fin de la iconoclastia probablemente fue más inconveniente que otra cosa para el Papa, pues lo privó de la mejor excusa

posible para negar su antigua dependencia del emperador.

Afortunadamente, la cuestión nunca llegó a plantearse realmente, pues a medida que Constantino creció, se sintió cada vez más irritado por la tutela de su madre y trató de establecer su gobierno personal. Su madre se resistió y, en la lucha que sobrevino, ganó ella. Friamente, hizo matar a su hijo y, en 797, gobernó sola en Constantinopla como emperatriz.

Así, por la época en que Carlomagno y el papa León estaban en Roma, en 800, ¡no había emperador en Constantinopla! Había, sí, una emperatriz, pero esto no contaba para los francos. No reconocían a las mujeres como gobernantes y, por la antigua Ley Sálica, hasta cuestionaban que pudiera heredarse el gobierno a través de una mujer.

Quizá desde el momento en que Irene se proclamó emperatriz, León concibió cierto pensamiento por el cual las relaciones con Constantinopla podían ser rectificadas de una vez para siempre. Entonces, el 25 de diciembre del 800 llegó el momento perfecto.

Habían pasado dos días desde que León estuviera como suplicante acusado ante la imponente presencia de Carlomagno. Era Navidad, y el Papa y el rey se arrodillaron juntos en San Pedro para rendir culto en ese día santo.

León mandó hacer una primorosa corona y, en el momento adecuado, seguramente cuando los ojos de Carlomagno estaban devotamente cerrados, León se levantó, tomó la corona, la colocó sobre la cabeza de Carlomagno y ¡lo proclamó emperador! La multitud que asistía al acto, dirigida por individuos que habían sido bien preparados para la ocasión, prorrumpió en sonoros gritos de alborozo, aclamando a Carlomagno con el nombre de Carolus Augustus.

Carlomagno no tuvo otra opción que aprobar la escena. No había modo de rechazar racionalmente ese honor. Fue entronizado, ungido con los Santos Óleos y sometido a un elaborado ritual.

¡Era emperador!

Después de más de tres siglos, ¡había nuevamente un emperador en Occidente! Como los historiadores a menudo asignaron números a los emperadores occidentales después de Carlomagno, éste puede ser llamado Carlos I en su rol imperial.

Pero Carlomagno debe de haberse percatado de que el suceso sólo le traería problemas, de muchas maneras. El título no le proporcionaba ningún poder adicional; en verdad, lo debilitó. Dos días antes, el Papa había estado a sus pies. Ahora él estaba a los pies del Papa. Dos días antes, era rey de los francos por herencia y por sus propias hazañas marciales. Ahora era emperador por la gracia del Papa, y lo que el Papa daba podía quitarlo.

Además, la aceptación del título podía acarrearle problemas con el Imperio Bizantino, y Carlomagno no los deseaba. Había ocupado territorios bizantinos al norte del mar Adriático y se necesitaba poco más para provocar una guerra. El

título de emperador seguramente empeoraría la situación, Carlomagno ya tenía bastantes problemas en Sajonia, en España y con los ávaros. No necesitaba una nueva guerra.

Así, aunque Carlomagno puede haber disfrutado un poco de su título y haberse sentido halagado por él, en un plano realista podía lamentar el suceso. Posteriormente, dijo con amargura que si hubiese conocido la intención de León, jamás habría ido a Roma. Sin duda, esta declaración no fue un modesto reconocimiento de no estar a la altura del título (lo que habría sido completamente impropio de él), sino la franca impresión de haber sido manejado. Más aún, nunca se llamó a sí mismo «Emperador Romano» en abierto desafío a Constantinopla. Se llamaba a sí mismo «Emperador, Rey de los Francos y los Lombardos», poniendo de relieve los dominios reales sobre los que gobernaba.

Naturalmente, desde un punto de vista puramente secular, se puede argüir que el Papa no tenía ningún derecho ni podía aducir precedente alguno para nombrar emperador. Por ello, quizá no fue después de esto cuando se fraguó la Donación de Constantino, para demostrar que el Papa era el amo secular y espiritual del Imperio Occidental, por voluntad de Constantino, y que, por lo tanto, podía con pleno derecho conceder el poder secular y nombrar un emperador.

La guerra con los bizantinos, en verdad, era inevitable. Mientras Irene fue emperatriz, mantuvo la paz, pues ella no podía conducir ejércitos, y si algún general podía, seguramente la derrocaría. Pero ocurrió que fue depuesta en el 802, y un funcionario del gobierno, Nicéforo, se convirtió en emperador. Entonces empezó la guerra.

Podría pensarse que, en el enfrentamiento del poderoso Imperio Franco (como ahora lo podemos llamar) con el menguado y decadente Imperio Bizantino, el resultado sólo podía ser una victoria franca. Pero las cosas no eran tan sencillas. Carlomagno estaba avanzado en años (tenía más de sesenta) y estaba perdiendo su antiguo vigor. El campo de batalla estaba lejos del centro del poder franco y la línea de comunicaciones era débil y frágil. Además, los bizantinos no eran tan decadentes; no se deleitaban como los francos en salvajes cargas ni blandían hachas de armas, pero sus ejércitos estaban mucho mejor organizados. La guerra continuó por años en situación pareja.

Pero Carlomagno se hizo de un extraño amigo como resultado de su aceptación de la corona imperial. Había ahora cuatro grandes potencias al borde del mar Mediterráneo. Empezando por el Imperio Franco y moviéndonos alrededor del mar en el sentido de las agujas del reloj, eran, además, el Imperio Bizantino, el califato abasí y la España omeya. Cada una de estas potencias tenía una mortal enemistad con sus dos vecinas.

Francos y abasíes estaban en guerra, separadamente, con los bizantinos y los omeyas, también separadamente, de modo que había cuatro guerras (latentes o

activas) alrededor del Mediterráneo.

Puesto que el enemigo de nuestros enemigos es nuestro amigo, Carlomagno y Harún al Rashid, al tener enemigos en común, eran proclives a ser amigos, aunque el primero fuese el más poderoso monarca cristiano del mundo y el segundo el más poderoso monarca musulmán. Desde el 801, las embajadas y los presentes fueron de uno al otro. Las dos potencias estaban demasiado alejadas para mantener una cooperación activa en la guerra, pero la mera mención de su amistad debe de haber causado horror a los otros.

Ciertamente, al enfrentarse Nicéforo con una intensificación de la guerra con los abasies, decidió en el 810 hacer la paz con Carlomagno sobre la base de un compromiso. Estaba dispuesto a reconocer la soberanía franca sobre lo que había sido antaño el Exarcado de Rávena, siempre que los francos devolviesen Venecia y la costa adriática a Constantinopla. El sucesor de Nicéforo, Miguel I, hasta se mostró dispuesto, en el 812, a reconocer a Carlomagno como emperador de Occidente.

Un poco de luz.

La mayor parte de lo que sabemos sobre Carlomagno y los monarcas que lo precedieron son datos concernientes a las guerras que libraron. Éstas eran los sucesos espectaculares que interesaban a los cronistas de antaño. Nunca se les ocurrió describir con gran detalle cómo vivía la gente común, qué clase de vestidos usaba o con qué tipo de juguetes jugaban sus hijos. Si alguien les hubiese preguntado por qué no lo hacían, seguramente habrían respondido: « Pero, todo el mundo sabe eso» .

Sin embargo, ciertamente la vida continuó de un modo muy común y cotidiano. A través de todas las invasiones, guerras civiles y disputas religiosas, la gente común cuidó sus granjas, trabajó, durmió y tuvo hijos. Y con cada generación que pasaba, en gran parte de Europa Occidental la vida parecía hacerse cada vez más dura, más pobre y más brutal. Carlomagno llegó al poder en lo profundo de las edades oscuras.

Pero al decir «edades oscuras», no debemos pensar que todo el mundo estaba en la oscuridad. Civilizaciones externas a Europa, como las de China y la India, seguían su camino al margen de los nombres que demos a diversas etapas de la civilización mediterránea. Aun en Europa, no había oscuridad en todas partes. El Imperio Bizantino conservó la cultura griega a través de toda la Edad Media. La España musulmana desarrolló una elevada cultura. Hasta en Italia e Inglaterra subsistieron algunos fragmentos del saber.

Fue en el ámbito franco, particularmente, donde la luz se oscureció. Las constantes guerras de los francos, salvajes y brutales en un principio, destruyeron

las tierras que habían conquistado.

Allí reinaba la ignorancia. La nobleza franca dominante sólo se dedicaba a la guerra. La vida era breve en aquellos días, aun en las mejores circunstancias, y los accidentes de la guerra aumentaban su brevedad. Para aprender el oficio de guerrero, era necesario empezar muy temprano, en verdad, si se lo iba a seguir durante un número razonable de años. Por consiguiente, los jóvenes francos no tenían tiempo para fruslerías culturales, como aprender a leer y escribir.

La alfabetización estaba limitada a los sacerdotes y los monjes, y tampoco a todos ellos. En general, los guerreros provenían de las familias francas, y los sacerdotes, en su mayoría, de las anteriores familias romanas. El leer y escribir se convirtió, en cierto modo, en el estigma de los conquistados. Para un franco, aprender a leer no sólo inspiraba dudas sobre su virilidad, sino hasta sobre su misma identidad como franco.

Limitada la alfabetización a los sacerdotes, para distinguir un clérigo de un impostor bastaba abrir una Biblia y decirle « ¡lee! » .

El analfabetismo universal entre las clases dominantes y su ignorancia de la más elemental aritmética les dificultaba o imposibilitaba administrar sus tierras sensatamente. Probablemente se decían a sí mismos que sólo un gallina se interesaría por las cuentas y los pequeños detalles administrativos. El control debía pasar a manos de la única clase educada, los clérigos, y esto aumentó mucho el poder de los sacerdotes francos.

A medida que los caminos se devastaron y la prosperidad se hundió bajo el peso de las continuas guerras, las ciudades que habían florecido bajo el gobierno romano se marchitaron y decayeron. Quedaron en gran parte desoladas, como sombras de lo que habían sido, y sólo en algunas partes estaban pobladas, mientras el resto de los edificios servían como canteras de materiales para la construcción. Si las ciudades hubiesen sido fuertes, podían haber sido acervos de riqueza y, en alianza con el rey, haber apoyado a la autoridad central contra la anarquía de los señores, pero esto no ocurrió.

Los pocos restos de riqueza que había quedaron dispersos en el campo y bajo el poder de los señores. Las tierras volvieron al tipo de economía que habían tenido mil años antes, aun anterior a la llegada de los romanos. Se volvió a la agricultura de subsistencia, en la que cada aldea cultiva lo que necesita en granjas vecinas, pues había poca esperanza de obtener algo de otra parte.

En verdad, tan malo era el transporte que no había ninguna esperanza de poder llevar de un lado a otro alimento en grandes cantidades, ni siquiera en extremas emergencias. Si la cosecha local se destruía, cundía el hambre y una cruel muerte por desnutrición.

Y aunque la cosecha fuese buena, los primitivos métodos agrícolas de la época daban poco excedente, y puesto que los señores y los guerreros, que no producían nada en absoluto, se llevaban la mejor parte, el campesinado se hundía

en una miseria que nunca se elevaba mucho por encima del hambre. Como es de suponer, la población declinó constantemente.

En la desintegración de la época, cada señor actuaba en buena medida por su cuenta, sin preocuparse por el rey o siquiera por los señores cercanos más poderosos. Las regiones se convirtieron en un caos sin autoridades, y las interminables querellas y riñas entre señores vecinos aumentaron aún más las desgracias del campesinado.

No cabe sorprenderse de que cualquier campesino con un poco de inteligencia y que se hallase bajo la dominación de un señor particularmente ignorante y brutal pensase en abandonar su granja y tratara de establecerse bajo el señorío un poco más ilustrado de un vecino. En general, los terratenientes desaprobaron esto, pues con la disminución de la población había realmente pocos hombres para labrar la tierra. Nadie se hubiera sentido seguro si sus campesinos, de cuya opresión el terrateniente obtenía el alimento que comía y las ropas que usaba, hubiesen podido marcharse a su voluntad. Si los campesinos hubiesen sido libres de este modo, los terratenientes habrían tenido que pujar por sus servicios.

En cambio, se impuso la costumbre de declarar a los campesinos ligados al suelo; esto es, se les prohibía abandonar al señor en cuyo territorio habían nacido. De este modo, los señores formaban una especie de unión contra los campesinos, forzando a éstos a aceptar las condiciones que les impusieran.

Los campesinos no eran exactamente esclavos, pues tenían ciertos derechos. El señor debía protegerlos y tomar de ellos solamente lo que la costumbre del lugar le permitía tomar. Pero, ciertamente, no eran libres en ningún sentido razonable de la palabra. Tales campesinos atados al suelo son llamados siervos (de una palabra relacionada con «sirviente» y que derivaba de la voz latina que significaba «esclavo»).

Sólo bajo Carlomagno las tierras francas pasaron por un período de paz suficientemente largo como para que algunas personas adquiriesen conciencia de la degeneración de los tiempos. El mismo Carlomagno era consciente de ella. Quizá sus primeros viajes a Italia, donde la situación era un poco más brillante (en comparación), iluminaron su mente a este respecto.

Por ello, empezó a trabajar duramente para invertir la tendencia predominante durante largo tiempo y crear la mejor administración que Occidente había conocido desde la época del ostrogodo Teodorico, tres siglos antes.

Las disputas, por ejemplo, en aquellos duros días, eran dirimidas mediante primitivos métodos tribales. Un hombre sospechoso de haber cometido un delito era sometido a una «ordalía». Se hacía que cogiera un trozo de metal caliente al rojo o que levantase una piedra del fondo de una marmita con agua hirviendo. Si su mano quemada o escaldada se curaba en tres días, como era muy improbable

que sucediese, se lo juzgaba inocente. Tales métodos eran utilizados con individuos de bajo rango en la escala social, y probablemente sólo con aquéllos cuya culpa parecía segura. Pero si un hombre, por azar, era inocente, no tenía ninguna posibilidad de ser absuelto.



Muerte de Carlomagno (814 d.C.)

En un plano más elevado, se usaba la prueba por combate: dos hombres luchaban y se consideraba que el derecho asistía al vencedor. Naturalmente, esto significaba que ganaba con seguridad el combatiente más grande y más fuerte (o el que podía contratarlo).

Bajo Carlomagno, empezó a aparecer algo mejor. Se elaboró un sistema por el cual las disputas sobre tierras eran dirimidas por un conjunto de hombres locales de buena reputación que juraban abordar la cuestión honorablemente. Subsistieron las ocasiones de corrupción, pero era mucho mayor la posibilidad de hallar hombres honestos que la de hallar metales calentados al rojo que no quemasen. Nuestro moderno sistema de jurados se desarrolló lentamente a partir de esta innovación carolingia.

Un obstáculo importante para Carlomagno fue el hecho de no disponer de un sistema sensato de impuestos, como no lo habían tenido los merovingios. Tenía que depender de los señores, lo cual les daba demasiado poder. También tuvo que abandonar la acuñación de oro, que se había hecho demasiado raro para el uso de Occidente. Pero hizo lo que podía hacer, y estableció una acuñación de plata estandarizada y razonable. Dividió una libra de plata en 240 partes iguales, a cada una de las cuales las llamó un denario. (Este sistema perdura aún hoy en Inglaterra, donde hay 240 peniques en una libra y donde la abreviatura de penique es todavía *d.*, por denario^[8]).

Carlomagno trató de embellecer Aquisgrán, construyendo iglesias y convirtiéndola en una capital digna del gran Imperio de Occidente. Se percató también de que nada conseguiría con una ignorancia generalizada y trató de crear escuelas donde al menos unos pocos pudieran aprender y, con el tiempo, transmitir su saber a otros, y donde los que no eran clérigos hasta aprendiesen a leer y escribir.

Pero ¿quiénes serían los primeros maestros? Ciertamente, en ninguna parte de los dominios francos era posible encontrar buenos maestros. Por ello, Carlomagno atrajo a su corte a hombres sabios del exterior: de Italia, de Inglaterra y hasta de España.

El principal de ellos fue un inglés llamado Alcuino, nacido en York por la época en que Carlos Martel rechazó a los moros. La escuela de York (una especie de universidad primitiva) era a la sazón la más famosa de la cristiandad occidental, y en el 778 Alcuino era su director. En el 781 fue a Roma y allí conoció a Carlomagno. Su reputación era elevada y el gran rey le pidió que fuese a Aquisgrán. Alcuino aceptó y fundó una escuela en la corte de Carlomagno.

Tan entusiasta se hizo Carlomagno de esta gran aventura de la educación que quiso asistir él mismo a las clases e hizo que varios miembros de su familia y su corte asistiesen también. Todo el mundo usaba nombres falsos, para evitar las

complicaciones del rango. Carlomagno se hizo llamar David, por ejemplo. (No podemos por menos de sospechar que otros miembros de la familia y la corte hallaban la enseñanza terriblemente aburrida, pero, naturalmente, nadie podía decir nada).

Carlomagno sabía latín muy bien y griego bastante bien, pero no era mucho más lo que sabía. Su secretario, un franco llamado Eginardo, escribió una breve biografía de Carlomagno, donde describe con gran satisfacción los progresos hechos por el poderoso rey.

«Aprendió el arte de contar mediante números», dice Eginardo, lo cual significa que aprendió lo que ahora consideraríamos aritmética de tercer curso. Por supuesto, en aquellos días sólo se usaban números romanos, de modo que la aritmética de tercer curso no era tan fácil como podríamos suponer.

También aprendió a leer algo y trató desesperadamente de aprender a escribir, pero sin éxito. Eginardo cuenta que se llevaba consigo a la cama sus tablillas, con los modelos de escritura, y sus cuadernos, en los que podía copiar esa escritura. Los ponía bajo su almohada y, a la mañana o, si se despertaba, durante la noche, trataba laboriosamente de escribir las letras. Pero era difícil para sus grandes manos de guerrero, y nunca lo consiguió totalmente.

Éste es el período del llamado Renacimiento Carolingio, época en que una pequeña vela se encendió en Aquisgrán, con la esperanza de que su luz llegara a todo el país.

En el intento de lograrlo, Alcuino escribió todo lo que pudo y fundó otras escuelas. Modificó la ley eclesiástica tal como se practicaba en Italia, añadiendo prácticas comunes entre los francos de forma tan razonable y tan bien que las modificaciones fueron aceptadas en Roma.

Abandonó el estilo merovingio de escritura, que era tan descuidado que apenas se podía leer. En su lugar, ideó un nuevo sistema de letras pequeñas (la «minúscula carolingia»), que ocupaban menos espacio, de modo que se podían hacer entrar más palabras en un trozo de precioso pergamino. El diseño de las letras era tan bueno que, pese a su pequeño tamaño, se distinguían bien y eran fáciles de leer. Seis siglos más tarde, los primeros impresores usaron este estilo en la elaboración de los tipos. Ha servido de modelo para las «letras minúsculas» usadas hasta hoy. (Los romanos sólo tenían «letras mayúsculas»).

Alcuino fue también consejero de Carlomagno en asuntos prácticos. Lo instó a no responder demasiado presurosamente a los pedidos de ayuda del papa León, para hacer que éste acudiese al rey como suplicante. Alcuino era también de la opinión de que las conversiones forzadas eran un error y de que debía cambiarse la política con los sajones. Pero esta chispa de ilustración era demasiado para que la asimilara Carlomagno y los otros hombres de la época.

Si Carlomagno hubiese sido sucedido por otros semejantes a él y a Alcuino, tal vez la luz de la pequeña vela habría podido difundirse y el desarrollo

occidental se habría adelantado en dos siglos.

Pero después de Carlomagno, una triste serie de guerras civiles, empeoradas por una nueva y temible sucesión de invasiones bárbaras, arruinó la situación y la pequeña luz disminuyó nuevamente. Pero nunca se apagó del todo. Europa Occidental no olvidaría esa pequeña luz ni perdería totalmente el incipiente respeto que había ganado el saber.

8. Los sucesores de Carlomagno

La leyenda de Carlomagno.

Carlomagno finalmente murió el 814, a la edad (longeva para el período medieval) de setenta y dos años. Reinó durante cuarenta y seis años, más que cualquier otro emperador romano verdadero. (Augusto tenía el récord, con cuarenta y cinco años de reinado). A su muerte, el reino de Carlomagno estaba en su apogeo, en cuanto a tamaño y fortaleza; había tenido éxito casi siempre en la guerra; y, quizá sobre todo, su enorme estatura y natural dignidad le otorgaron la posición de un gran rey, un rey grande y conquistador.

Pocos a su muerte podían recordar a algún otro rey, y seguramente pensaron que no aparecería pronto otro como él. Si fue así, tenían razón, pues pasarían siete siglos antes de que otro rey dominase el Occidente como lo había hecho Carlomagno. (Iba a ser otro emperador Carlos, Carlos V, pero aun él sería sólo una pálida imitación de Carlomagno).

Considerando, también, que era un tiempo en que nadie escribía historia en el sentido moderno, en que las crónicas eran escasas, en que muy pocos sabían leer, en todo caso, de modo que toda la información debía ser transmitida oralmente y en que todos estaban acostumbrados a las biografías de santos llenas de extraños e inverosímiles milagros, no es de asombrarse de que tan pronto murió el gran rey se empezó a inventar y difundir leyendas. Tampoco es de sorprenderse de que las leyendas tuviesen poca o ninguna relación con la verdad.

Carlomagno se convirtió, en la imaginación de los hombres, en un superhombre, en un jefe de blancos cabellos rodeado por doce grandes caballeros que eran los «paladines». Esta palabra designaba originalmente a funcionarios de palacio, pero, como se aplicó a los guerreros de Carlomagno, llegó a designar a cualquier héroe de tipo medieval.

El más famoso de los paladines era Roldán, presuntamente hijo de la hermana de Carlomagno (según otra leyenda, el mismo Carlomagno era su padre). Sólo después de él venía Oliveros. Tan semejantes eran Roldán y Oliveros en fuerza y heroísmo que todo lo que podía hacer uno de ellos también podía hacerlo el otro. Finalmente, se enfrentaron en combate mano a mano en una isla del río Rin y lucharon durante cinco horas sin llegar a un resultado decisivo. Después de eso, se hicieron íntimos amigos.

La más famosa de todas las leyendas relativas a Carlomagno fue inspirada por la primera expedición de Carlomagno a España. Fue escrita por la época en que Europa se lanzó contra los musulmanes a lo largo de la costa oriental del mar Mediterráneo (tres siglos después de la muerte de Carlomagno) y los sentimientos antimusulmanes estaban en su punto máximo. Naturalmente, pues,

las anteriores luchas de Carlomagno contra los musulmanes, que tuvieron bastante éxito, fueron revividas en un atractivo estilo como fuente de inspiración.

El relato adquirió la forma de un poema de 4.000 versos llamado *El Cantar de Roldán* y presentaba a Carlomagno como conquistador de toda España excepto Zaragoza. (Este glorioso cuadro es totalmente falso, por supuesto. En realidad, en su primera expedición a España, Carlomagno fue obligado a retroceder en Zaragoza, pero no conquistó tierras. Nunca, hasta el fin de su vida, se apoderó de parte alguna de la Península, excepto la estrecha franja al sur de los Pirineos).

En el poema, Carlomagno es persuadido a hacer la paz en este punto y envía a Ganelón a los musulmanes para convenir los términos de la misma, mientras él atraviesa los Pirineos con su ejército. Ganelón es el padrastro de Roldán y hay una mortal querrela entre ellos. Roldán había propuesto a Ganelón como embajador, y éste, en la certeza de que Roldán esperaba que su misión le acarrearase la muerte, decidió a su vez provocar la muerte de Roldán. Por ello, informó al gobernante musulmán de Zaragoza sobre la ruta que iban a tomar las fuerzas de Carlomagno, y lo instó a tender una emboscada a la retaguardia en los pasos montañosos.

Roldán y Oliveros, que conducen la retaguardia a través de Roncesvalles, de pronto se percatan de que están rodeados por abrumadoras fuerzas musulmanas. Roldán tiene un cuerno mágico que puede hacer resonar para llamar al cuerpo principal del ejército franco. Oliveros lo urge a hacerlo en vista de la gran disparidad de fuerzas, pero Roldán se niega por orgullo a pedir ayuda. Su pequeño ejército lucha con sobrehumana fortaleza, matando a cinco por uno, hasta que sólo quedan vivos cincuenta francos. Entonces entran en escena nuevos refuerzos musulmanes.

Ahora Roldán hace sonar su cuerno, pero ya es demasiado tarde. El pequeño grupo es muerto en su totalidad, y el mismo Roldán es el último en caer. Carlomagno retorna para llorar a los muertos y se toma venganza infligiendo una enorme derrota a los musulmanes. Luego somete a juicio a Ganelón y termina ejecutándolo.

Evidentemente, *El Cantar de Roldán* se basa en la destrucción histórica real de la retaguardia de Carlomagno en Roncesvalles y, como dijimos en el capítulo anterior, hasta parece que hubo un tal Roldán entre sus oficiales. Pero, como recordará el lector, no fueron los musulmanes quienes derrotaron y destruyeron a los francos, sino los vascos cristianos. Sin embargo, al iniciarse el gran período de las Cruzadas por la época en que fue escrito el poema, el relato del suceso real habría perjudicado al fin principal del poema.

Un ciclo de fantasiosos cuentos medievales surgió también alrededor de otro de los paladines, Ogier el Danés. Sin ninguna razón histórica particular, se decía que era hijo de un rey de Dinamarca. En tiempos de Carlomagno, los daneses estaban fuera del Imperio Franco. En verdad, ayudaron a los sajones a combatir

contra Carlomagno y ofrecieron refugio al líder sajón Widukindo, cuando éste tuvo que huir.

A despecho de esto, Carlomagno no hizo intento alguno de avanzar más allá de los sajones (un enemigo ya suficientemente duro) y hacer frente a un grupo aún más distante de fieros guerreros. Se contentó con una posición defensiva sobre la frontera danesa. Sin embargo, los daneses adoptaron al mítico Ogiev como una especie de héroe nacional, al que llaman Holger Danske.

El Cantar de Roldán dio origen a numerosas imitaciones que pretendían relatar las grandes hazañas de Carlomagno y sus paladines, y son conocidas, colectivamente, como *canciones de gesta* (cantos de grandes hazañas). Éstas degeneraron en los cuentos de ficción sobre los caballeros errantes a los que el novelista español Miguel de Cervantes, ocho siglos después de la muerte de Carlomagno, satirizó y puso fin en su gran libro *Don Quijote*.

El hijo de Carlomagno.

Mientras aún estaba vivo, Carlomagno intentó decididamente seguir la vieja y estúpida costumbre franca de dividir el reino a su muerte y poner los cimientos para una inevitable guerra civil. Tenía tres hijos, Carlos, Pipino y Luis, y quería que cada uno de ellos heredase un reino.

Los tres habían participado en combates. Pipino, como rey de Lombardía bajo Carlomagno, había conducido la lucha contra los bizantinos, mientras Carlos combatía contra los ávaros en el este. En cuanto a Luis, nació en el 778 y fue hecho rey de Aquitania en el 781, cuando sólo tenía tres años. Estuvo a cargo de la guerra que creó la Marca Hispánica bajo el cetro franco y condujo el ejército que tomó Barcelona.

Por supuesto, la división del reino planteaba el problema del título imperial. Si los tres hijos eran herederos, ¿quién iba a ser el emperador? Para Carlomagno, no merecía la pena preocuparse por este problema. En todo caso, no pensó nada acerca del título, de modo que en 806, cuando estableció formalmente la partición futura del Imperio, formó tres reinos prácticamente independientes para sus hijos. No iba a haber emperador alguno.

Pero Carlomagno vivió lo suficiente para ver morir a dos de sus hijos antes que él. En el último año de su reinado, sólo le quedaba un hijo, Luis, quien ya era un maduro hombre de cuarenta y cinco años. Esto resolvería el problema del título imperial, de todos modos. Luis, único hijo sobreviviente, heredaría el reino franco intacto, de modo que también podía tener el título de emperador.

Pero Carlomagno estaba decidido a no perpetuar el error de su propia coronación. León III, que había coronado a Carlomagno más de una década antes, era aún Papa, pero no fue bien recibido en la nueva ceremonia. Luis fue

llevado a Aquisgrán, y allí, en presencia de Carlomagno pero no del Papa, el heredero al trono se coronó a sí mismo y fue también emperador junto con su padre. La implicación de esto era clara. Un emperador podía ser coronado sin el Papa, y León no osó poner objeciones.

Cuando Carlomagno murió, al año siguiente, el emperador Luis I fue el único gobernante del reino. Tampoco hubo ningún problema con respecto a la sucesión. ¿Quién iba a disputar el derecho al trono del único hijo del gran rey?

Pero Luis había sido criado bajo la tremenda sombra de su padre y había llevado una vida segura. No había tenido que aprender, en las agitaciones de la guerra civil y la rivalidad literalmente sangrienta del reino franco, a comportarse como un monstruo. Por consiguiente, era genuinamente religioso y trató de llevar una vida acorde con los dictados del cristianismo. Por ello, es conocido en alemán como Ludwig der Fromme, que en traducción castellana es «Luis el Píadoso». En francés es llamado Louis le Débonnaire, que podría traducirse por «Luis el Bonachón».

Luis era, en verdad, piadoso y bonachón, y esto hizo que su reinado fuese particularmente difícil para él. La nobleza franca, acostumbrada a reyes enérgicos y no amables, no sabía si reírse del nuevo emperador o despreciarlo. Probablemente hiciera ambas cosas.

En primer lugar, la piedad de Luis hizo que prestase gran deferencia a la Iglesia y permitiese ser dominado por el clero, que ciertamente sabía cómo aprovechar su piedad. (Pero no fue un ciego títere, pues llevó a cabo ciertas reformas, especialmente en los monasterios, que quizá no fueron populares entre todos los clérigos). Mas para la nobleza, tal deferencia hacia el clero era afeminamiento. La nobleza no podía ser tomada a la ligera, pues Carlomagno había vivido demasiado, también a este respecto. En sus últimos años, la autoridad había empezado a escapársele de sus manos de anciano para pasar a las de los grandes nobles que, en todo caso, dominaban las tierras y poseían los hombres y el dinero sin los cuales no se podían librar guerras.

Por pura piedad, Luis hizo algo que era un evidente error desde el punto de vista de los intereses imperiales egoístas. Se tomó la molestia de subordinarse al Papa.

El papa León finalmente murió en el 816, en el segundo año de reinado de Luis. Esteban V le sucedió en el Papado, pero fue una elección impopular entre el pueblo romano. El papa Esteban sabía que, como su predecesor, podía ser expulsado de la ciudad por los turbulentos romanos y se dispuso inmediatamente a asegurarse de que podía contar con el apoyo de la corona franca. Juró fidelidad al emperador e hizo que la muchedumbre romana hiciese lo mismo. Propuso luego a Luis visitarle en cualquier lugar que éste designase.

El Papa y el emperador se encontraron en agosto de ese año en Reims, ciudad situada a 130 kilómetros al este de París. Un monarca astuto, no

perturbado por la piedad, se habría dado cuenta de que Esteban se hallaba en una posición débil, que necesitaba urgentemente asegurarse la ayuda del emperador por cualquier problema que pudiese tener en Roma. Luis podía haber concedido la ayuda, pero sólo después de recibir concesiones a cambio, concesiones que habrían puesto en claro que el emperador no debía al Papa su título.

Ninguna idea semejante se le ocurrió a Luis; por el contrario, fue él quien trató, inexplicablemente, de rendirse. Saludó al Papa con la mayor humildad, se prostró ante él y le pidió que lo coronase. Luis ya se había coronado a sí mismo tres años antes, delante de la austera mirada de su anciano padre; esta coronación había sido reconocida por todo el mundo, hasta por el Papa. Creó un precedente que redundaría en beneficio del emperador... y ahora Luis lo echó todo a perder.

Esteban coronó a Luis por segunda vez en la catedral de Reims, la ciudad donde Clodoveo y sus adeptos se habían convertido al cristianismo católico tres siglos y cuarto antes. Así, la ciudad era doblemente santa y la coronación de los monarcas iba a hacerse allí durante mil años.

Luis no sólo renunció a tener una posición imperial ventajosa arrodillándose ante el Papa, sino que también valorizó el vacío título imperial. Se hizo llamar solamente «emperador» y no usó nunca el título de «Rey de los Francos y los Lombardos» que su padre llevó orgullosamente hasta el fin.

Como hombre piadoso, Luis era un buen esposo y un buen padre. Su amada esposa Irmingard le dio tres fornidos hijos: Lotario, Pipino V y Luis.

Poco después de su coronación por el Papa (cuando, quizá, se sintió realmente emperador por primera vez), decidió tomar medidas para la división del Imperio en caso de que muriese.

Lo que el destino había impedido hacer a Carlomagno ahora Luis procedió a hacerlo. Dividió el reino entre sus hijos, pero, para ser justos con él, lo hizo lo más sensatamente posible. No hubo una división en reinos realmente separados e independientes, como había pensado hacerlo Carlomagno. No podía haberla, pues Luis, a diferencia de su padre, tenía que decidir cómo disponer del título imperial. Si el reino iba a dar soberanía a cada uno de sus hijos como reyes, tenía que permanecer unido bajo un solo emperador.

En una reunión de la nobleza del reino franco realizada en el 817, pues, oficialmente proclamó a su hijo Lotario, el mayor, emperador y principal sucesor. Puesto que se numera a los emperadores, podemos llamarlo Lotario I. A Luis y Pipino lo hizo reyes subsidiarios en los extremos opuestos del Imperio; Pipino iba a gobernar Aquitania, y Luis, Baviera. Puesto que el hijo menor, Luis, gobernó con continuidad regiones que ahora forman parte de Alemania, se lo distingue de su padre llamándolo Luis el Germánico.

Éste era un arreglo tan decoroso como era posible hacer; lo apetecible de los puestos estaba en el correcto orden de edad, y todo parecía justo. Los tres hijos de Luis lo aceptaron amigablemente.

Lotario asumió sus deberes de coemperador en Italia, y allí su posición fue confirmada al ser ungido en el 823 por el papa Pascual I, el sucesor de Esteban.

Pero en el 818 murió la reina Irmingard, y la genuina pena de Luis no le impidió casarse nuevamente, a los cuatro meses, con una princesa bávara llamada Judith. Era joven y hermosa, y Luis la adoraba. En el 823 le dio un hijo, que fue llamado Carlos en honor a su abuelo.

Esto originó problemas, pues Judith no veía ninguna razón por la cual este cuarto hijo de Luis (y el único de ella) no debía ser considerado en igualdad con los otros tres. ¿Porqué no iba a tener también un pequeño reino?

En el 829, ella se salió con la suya. El pobre emperador, incapaz de resistir, convocó una nueva reunión de los nobles y ordenó que se formase un reino subsidiario en el Imperio para el pequeño Carlos.

Y esto fue el comienzo del desastre.

Los nietos de Carlomagno.

El coemperador Lotario recibió horrorizado esta nueva división. Se vio despojado del gobierno directo sobre otra gran parte del reino y sabía que el valor del título imperial declinaría en la misma proporción. Por ello, objetó enérgicamente, y Luis se vio enfrentado con un avispero de hijos hostiles.

Quizá eso era natural. No es probable que hijos adultos sientan mucho afecto por una madrastra tan joven como ellos. Tampoco es probable que abriguen sentimientos fraternales hacia el hijo del segundo matrimonio. Más bien es probable que el nuevo joven sea considerado como un extraño y un intruso.

Peor aún, la nobleza se lanzó a esas aguas repentinamente revueltas. Muchos vieron allí una oportunidad para medrar. En caso de una guerra civil, su apoyo sería valioso y podían venderlo a cambio de concesiones que aumentarían su poder a expensas de la autoridad central. (Esto era lo que había provocado la ruina de los merovingios, y aun Carlomagno sólo parcialmente pudo invertir la tendencia). Los nobles emparentados con las esposas de los diversos hijos, en particular vieron una ocasión para fortalecerse, si su propio pariente obtenía una tajada especialmente buena del reino.

No faltaron consejeros, pues, que instaron a Lotario a no tolerar la injusticia y a afirmar sus derechos por la fuerza. Lotario sucumbió a la poco filial tentación y, en el 830, junto con sus hermanos, se puso al frente de un ejército para guerrear contra su padre.

Obtuvo éxitos iniciales, capturó al anciano emperador, a su joven esposa y a su hijo, y los envió a conventos separados. (Esto muestra el avance de la humanidad. Un monarca merovingio habría al menos matado a la esposa y al hijo, y quizá también al emperador).

Los hijos se contentaron con esperar que la piedad del rey lo decidiera a hacerse monje. Si lo hacía, renunciaría al trono para siempre, en cuyo caso sería fácil descartar a Judith y a Carlos, y todo volvería al viejo acuerdo del 817.

Pero Luis no se prestó a ese juego. Aún tenía el poder ligado al título de emperador; aún había guerreros de su parte que respetaban al hijo de Carlomagno; era popular entre la gente; y, sobre todo, el clero estaba enteramente de su lado.

El emperador, pues, logró liberarse y convocar a una nueva reunión de notables. Éstos se reunieron en una parte de Austrasia donde Luis era el más fuerte. La reunión de Nimega, ciudad de lo que es hoy el sur de Holanda, confirmó el ordenamiento por el cual Carlos iba a tener su reino propio. Se restableció a Judith en su posición y la victoria inicial de los tres hermanos quedó completamente anulada.

Luis quedó muy amargado por su encarcelamiento y por la conducta de sus hijos. Lo que originalmente había hecho de manera renuente ahora lo mantuvo con energía. En el 833, en un arranque de cólera por lo que él consideró la particular hostilidad de su segundo hijo, Pipino, lo desheredó y añadió Aquitania al reino de Carlos.

Esto provocó una segunda rebelión de los hijos, y esta vez la posición de Luis fue peor que la de antes. Hasta el clero se enfadó con Luis, pues parecía claro que su obstinación y sus actos malhumorados provocarían el desmembramiento del reino franco, cosa que no deseaban que ocurriese. Pensaban con razón que la cristiandad occidental, el dominio espiritual del Papa, corría el peligro de quedar atrapada entre las mandíbulas de un cascanueces —los musulmanes al oeste y los bizantinos al este— si el poderoso Imperio Franco desaparecía.

Lotario, el hijo mayor, que aún gobernaba en Italia, trató de aprovechar esta reprobación clerical para convencer al nuevo papa, Gregorio IV, de que instase a Luis a abdicar. El Papa, que había hecho todo lo posible para mediar entre el padre y los hijos, no quiso llegar tan lejos. Pero no era un agente totalmente libre. Lotario había formado un ejército y pretendía unirse a sus hermanos en lucha contra su padre, una vez más. El Papa fue invitado a acompañar al ejército con una demostración armada que hacía imposible rechazar la invitación. El Papa fue con ellos, aunque a desgana.

Aún corría el año 833 cuando los dos ejércitos se encontraron cerca de Colmar (en lo que ahora es Alsacia), casi en el centro geográfico del Imperio Franco.

Los hombres del ejército de Luis hallaron, con horror, que entre las fuerzas opuestas estaba el mismo Papa. ¿Era posible levantar las armas contra él? ¿No acarrearía eso instantáneamente la condenación? El ejército imperial, pues, abandonó al pobre Luis, y el emperador fue capturado sin combate. Como resultado de esta falta de lealtad de las tropas de Luis a su señor feudal (un

crimen terrible en la concepción medieval) el lugar donde no se libró la batalla fue llamado desde entonces el Campo de las Mentiras.

Por segunda vez en tres años, Luis quedó cautivo. Esta vez fue retenido más firmemente. Se lo acusó de una horrible lista de crímenes, se le obligó a confesar sus faltas en un humillante ritual de penitencia y hasta se le forzó a renunciar al trono. También se le quiso obligar a hacerse monje, pero a esto se negó tenazmente. Mientras rechazase la capucha del monje, podía de algún modo recuperar la corona de emperador.

Los cálculos del viejo emperador no estaban en modo alguno mal fundados. Ahora los tres hijos estaban en el poder y se dividieron el reino de acuerdo con el viejo sistema del año 817, con Lotario como emperador. Pero entonces, como tal vez haya sido la esperanza de Luis el Piadoso, los hijos descubrieron que, si bien era fácil actuar en común contra su padre, no era tan fácil actuar juntos después de la victoria.

Como emperador, Lotario esperaba ser el amo supremo y se hizo la idea de que sus hermanos, Pipino y Luis, sólo eran sus súbditos. Pipino y Luis, que muy recientemente habían combatido junto a Lotario como sus iguales, no estaban en modo alguno dispuestos a inclinarse ante él.

Estalló una nueva guerra civil, y el clero, que se había vuelto contra Luis el Piadoso con la esperanza de pacificar así el Imperio, cambió de actitud cuando vio que la paz aún se hallaba ausente.

Luis el Piadoso fue absuelto de los crímenes que se le imputaban y fue proclamado emperador nuevamente por un grupo de obispos. Sus dos hijos menores pronto se le unieron contra su hermano mayor, Lotario, a quien culpaban ansiosamente de conducta indigna de un hijo.

Luis volvió a Aquisgrán en la primavera de 834 y allí se le unieron su esposa Judith y su hijo Carlos. La situación no estaba precisamente tranquila, pero había mejorado. Los hijos fueron todos perdonados; Lotario volvió nuevamente a Italia y los otros dos hijos a sus respectivos dominios. Si bien no estaban totalmente reconciliados con la situación, al menos ya no hacían una guerra abierta a su padre.

En el 838, Pipino murió, y Luis vio la oportunidad de resolver todo. Ahora se podía volver al acuerdo del 817, que todos habían aceptado; sólo que Carlos, el hijo menor, podía ocupar el lugar del difunto Pipino en Aquitania, con exclusión de los herederos de Pipino. ¿No era una solución razonable? Lotario, con hosca renuencia, aceptó. A fin de cuentas, pensó quizá, su padre era ya viejo —tenía más de sesenta años— y no sería necesario esperar mucho.

Y así fue. En junio del 840, Luis el Piadoso murió después de un reinado más o menos desastroso de un cuarto de siglo. Cuando murió, el Imperio estaba intacto, al menos en apariencia, pero a punto de derrumbarse bajo el choque de las guerras civiles, pasadas y futuras.

Peor aún, el prestigio del título imperial quedó destruido. Mientras que Carlomagno había ennoblecido el título de emperador, su hijo había dado al mundo la visión de un emperador abandonado, un emperador aprisionado, un emperador obligado a confesar crímenes y un emperador depuesto.

Pero ahora la situación era casi la misma que después de la deposición de Luis el Piadoso, siete años antes. Nuevamente, el hijo mayor, Lotario I, reinaba como emperador en Aquisgrán. Nuevamente los dos hermanos menores gobernaban en los extremos opuestos del reino. Luis el Germánico gobernaba en Baviera. Pipino estaba muerto, por lo que ahora el adolescente Carlos, su medio hermano (que luego sería llamado Carlos el Calvo), era rey de Aquitania.

Pero Lotario todavía pensaba que, como emperador, era el amo de todo, y sus dos hermanos menores aún pensaban que no iban a inclinarse ante ningún hermano. Así, la muerte del viejo emperador sólo fue la ocasión para una guerra civil más.

Lotario se vio obligado a librar una guerra en dos frentes, atrapado siempre entre las fuerzas de Luis en el este y las de Carlos al oeste. No era el tipo de general capaz de arreglárselas para derrotar a cada uno separadamente. Los dos hermanos menores lograron unir sus fuerzas y el 25 de junio de 841, casi exactamente un año después de la muerte de Luis el Piadoso, Lotario tuvo que enfrentarse con los ejércitos unidos de sus hermanos en Fontenoy, a unos 100 kilómetros al sudeste de París.

Lotario era apoyado por el clero, que veía en su victoria la última oportunidad de mantener la unidad del reino, pero el curso de las cosas conspiraba contra esta idea. Las partes occidental y oriental del reino franco se habían alejado una de otra de mil modos, tanto que nada podía ya unirlos por largo tiempo.



Tratado de Verdún (834 d. C.)

La mejor prueba de esto es el juramento de alianza proferido por los soldados de los hermanos aliados, Luis y Carlos, en el 842, después de que la batalla de Fontenoy terminase en derrota para Lotario. El emperador, perseguido, estaba siendo acorralado rápidamente y sólo una ruptura entre los hermanos victoriosos podía ahora salvarlo. El juramento fue un intento de impedir esa ruptura. Este juramento, pronunciado en Estrasburgo, tuvo que ser formulado en dos lenguas, en una forma primitiva de alemán para los soldados de Luis y en una forma primitiva de francés para los soldados de Carlos. Los francos del este y los francos del oeste tenían lenguas distintas y ya no podían entenderse.

En ese mismo mes, Lotario se vio obligado a ceder. Representantes de los tres hermanos se reunieron en Verdún y firmaron un tratado que sería el primero de los grandes tratados de la Europa moderna. En verdad, era un tratado que, sin proponerse nada semejante, creó algo en lo que podemos empezar a reconocer el germen de la Europa actual. Según sus términos, los hermanos menores extendían sus reinos a expensas del emperador Lotario.

Luis el Germánico no gobernaría sólo sobre Baviera, sino sobre todas las tierras comprendidas entre el Rin y el Elba. Sus tierras constituían, en efecto, casi exactamente el territorio que hoy cubren las modernas Austria y Alemania. Fue considerado entonces como algo que podría llamarse el «Imperio Franco Oriental», pero considerándolo retrospectivamente desde el ventajoso punto de vista de la perspectiva histórica, podemos ver que era el núcleo de lo que hoy llamamos Alemania.

Carlos el Calvo gobernaba, no sólo sobre Aquitania, sino también sobre Neustria. Este «Imperio Franco Occidental» es, aún más claramente, el núcleo de lo que hoy llamaríamos Francia. En siglos posteriores, en efecto, Carlos el Calvo fue incluido en el sistema de numeración oficial de los reyes franceses y fue llamado Carlos II, considerando a Carlomagno como Carlos I, en condición de rey francés y de emperador. (Sin embargo, a Luis el Germánico habitualmente no se le otorga un número romano. Éstos se usan más a menudo para los emperadores de este período de la historia que para otros monarcas alemanes).

En teoría, Luis y Carlos estaban aún subordinados al emperador Lotario, pero en realidad ambos constituían poderes independientes y lo sabían, como lo sabía el emperador. El Tratado de Verdún, que reservó escrupulosamente el título de emperador para el hermano mayor, dejó a éste como gobernante efectivo sólo del territorio comprendido entre los dos reinos expandidos de los hermanos menores.

El reino de Lotario era una irregular franja de tierra que se extendía desde el mar del Norte hasta la Italia central, e incluía las ciudades de Aquisgrán y Roma, la capital nueva del Imperio y la vieja. Esa franja no era viable. Era

geográficamente incoherente y carecía totalmente de unidad de lengua o cultura. Ni era francesa ni alemana, y, por tanto, era algo que se asemejaba mucho a un hueso colocado entre dos perros, un motivo de once siglos de guerras entre Francia y Alemania.

Musulmanes y vikingos.

Después del 843, los reinos francos pasaron por una paz relativa, en lo concerniente a guerras internas. A través de todas estas conmociones, Luis el Piadoso había tratado de mantener el Renacimiento Carolingio, y aún había sabios en la corte de sus hijos, sobre todo en la de Carlos el Calvo. Sin embargo, la luz estaba menguando, pues, con una guerra civil tras otra, faltaba la atmósfera apropiada para el calmado culto del saber.

Lo que empeoró las cosas fue que, en la generación durante la cual las energías francas se consumieron en la lucha fratricida, aparecieron nuevos peligros desde el exterior.

El Imperio Bizantino estaba pasando por otro período de debilidad, después de la muerte de Nicéforo, que había combatido contra Carlomagno. Ya no tenía poder marítimo, ni tampoco lo tenían los francos. En ese vacío, el Mediterráneo cayó en manos de los musulmanes, quienes ocuparon toda la costa africana.

Sin duda, el mundo musulmán también se estaba desmembrando, pero hasta sus partes eran más fuertes que el poder cristiano.

Por ejemplo, la España mora, después de las pérdidas que sufrió ante Carlomagno, fue sacudida por una serie de guerras civiles. Como consecuencia de ellas, 15.000 moros se vieron obligados a huir de España. Se abrieron camino hasta Egipto, se apoderaron de Alejandría, y no se marcharon hasta que su partida no fue obtenida mediante una buena suma de dinero. Asegurado este botín, navegaron hacia el norte en el 826, hasta la isla bizantina de Creta, la tomaron y crearon un reino que durante un siglo y medio fue un refugio de piratas y un centro del comercio de esclavos.

Para empeorar la situación, un gobernador bizantino de Sicilia que aspiraba al trono imperial llamó en su ayuda a los gobernantes musulmanes de Túnez (la región que antaño había sido Cartago). Estos gobernantes eran los aglabíes, nombre derivado del jefe que estableció allí su dominación un cuarto de siglo antes, en desafío a los abasíes.

Los aglabíes respondieron gustosamente al llamado y un ejército musulmán desembarcó en Sicilia en el 827. No tenían ninguna intención, desde luego, de desempeñar el papel de mercenarios. Actuaban en su propio beneficio. (Probablemente, la lección repetida con mayor frecuencia en la historia es la de los extranjeritos a los que se llama en ayuda de un bando en una guerra civil y que

acaban por hacerse dueños de la situación. Es una lección que no parece haber sido aprendida nunca, pese a su incesante repetición).

Poco a poco, los musulmanes se apoderaron de la isla contra la resistencia desesperada, pero siempre inútil, de los bizantinos. Los francos, envueltos en sus guerras civiles, no podían hacer nada, y por la época del Tratado de Verdún, las fuerzas musulmanas dominaban casi toda la isla.

(Sin embargo, para que no se piense que los bizantinos —a quienes siempre se tiende injustamente a degradar en las historias occidentales— fueron derrotados demasiado fácilmente, debemos señalar que resistieron en regiones aisladas de Sicilia durante más de un siglo. Sólo en el 965 fue tomada la última fortaleza bizantina en Sicilia. Así, transcurrieron cuatro siglos y un tercio entre el momento en que Belisario tomó Sicilia y el de la partida del último soldado bizantino).

Sicilia fue musulmana durante casi dos siglos y medio, y aspectos importantes de la cultura siciliana actual, como la de España, derivan de los siglos de dominación musulmana que ambas sufrieron durante la Edad Media.

Los musulmanes no se limitaron a Sicilia. Una vez bien establecidos allí, empezaron a hacer incursiones por la costa italiana. En el 837, saquearon Nápoles, y en el 839, descargaron sus golpes muy al norte de la costa adriática, en Ancona, que era territorio carolingio y parte de los dominios que pronto serían asignados al emperador Lotario.

En el 840, hicieron más que correrías. Aprovecharon su poder marítimo para establecerse en las ciudades de Bari y Tarento, creando allí bases permanentes y convirtiéndose prácticamente en amos del « talón » italiano. Los bizantinos, que se mantenían en el « dedo del pie » italiano y el antiguo ducado lombardo de Benevento, se hallaron en inmediato peligro, y los musulmanes establecieron incluso bases en la desembocadura del Ródano, en el actual sur de Francia.

Si los musulmanes eran un peligro en el sur, un peligro aún más salvaje apareció en el norte. Los musulmanes, a fin de cuentas, eran muy civilizados, ciertamente más civilizados que los francos. La guerra con ellos era cruel, pero no más cruel que la guerra en cualquier otra parte.

Pero en el norte apareció un grupo de piratas paganos que no habían experimentado todavía el toque suavizante de la civilización. Quizá no eran peores de lo que habían sido los godos y los francos unos siglos antes, pero los descendientes de aquellos antiguos bárbaros ya no recordaban las costumbres de sus antepasados y esos nuevos bárbaros los aterrorizaron.

Los invasores venían de Escandinavia, las tierras que ahora llamamos Dinamarca, Suecia y Noruega y que son actualmente modelos de paz y decencia para todo el mundo. Pero en tiempos carolingios la superpoblación hizo emigrar a unos, las guerras civiles y las derrotas expulsaron a otros y el mero afán de viajes y aventuras hizo marchar aún a otros.

Venían del norte, con respecto a los francos, por lo que éstos los llamaron

« hombres del norte » o « nórdicos » . Los invasores escandinavos se llamaban a sí mismos « vikingos » , que significa « guerreros » .

Los vikingos hacían correrías por el oeste y el sur en el verano, en busca de ciudades costeras, al principio, y luego, más audazmente, penetraron en los ríos con sus ligeros barcos. Buscaban mujeres y botín, y se entregaban a orgías de muerte y destrucción con un alegre desenfado que horrorizaba totalmente y quebraba el espíritu de sus víctimas.

En tiempos de Carlomagno, las incursiones vikingas golpearon principalmente a las Islas Británicas, mucho más expuestas que el continente europeo al pillaje nórdico. Pero según una leyenda, en cierta ocasión Carlomagno, estando en la costa, vio navegar por el horizonte un barco vikingo y estalló en lágrimas ante el pensamiento de la destrucción que los vikingos algún día llevarían a cabo con los francos. (Indudablemente, ésta es una invención posterior para aumentar el dramatismo de la historia, como si ésta necesitara invenciones a este respecto).

Luis el Piadoso y sus hijos tuvieron muchas ocasiones, si hubiesen tenido la previsión atribuida a Carlomagno, de fortificar sus ciudades septentrionales, de establecer puestos de vigilancia marinos y de construir una flota. Pero no hicieron nada de esto. En cambio, lucharon unos contra otros y, cuando los vikingos tantearon el terreno más allá de Inglaterra e Irlanda, hallaron al sur una costa franca desprotegida, habitada por gente que sólo podía orar: « De la furia de los nórdicos, libranos, Señor » . Con frecuencia el buen Dios no los libró de ella.

Casi inmediatamente después del Tratado de Verdún, toda la furia de los vikingos se abatió sobre la costa del reino franco. En el 845, una flota de barcos vikingos subió por el río Elba hasta Hamburgo, destruyó prácticamente la ciudad y mató a todo el que no pudo huir con suficiente rapidez. Otra flota navegó por el Sena en el mismo año y asoló París de modo similar.

Desde ese año en adelante, durante más de medio siglo, todos los veranos se vieron barcos vikingos navegar a lo largo de la costa, eligiendo cómodamente sus blancos. El Reino Franco Occidental, con su larga línea costera y sus mayores riquezas, fue el principal objeto de los ataques. Los vikingos hasta penetraron en el Mediterráneo.

Los reyes carolingios, quienes, después del Tratado de Verdún, parecieron perder gradualmente todas sus ancestrales cualidades guerreras, no osaron enfrentarse con esos feroces bárbaros en batalla campal. Lucharon, en cambio, con armas de plata, pagando a los vikingos para que se alejaran, cuando era posible, pero nunca por más de un año cada vez.

Las correrías nórdicas destruyeron los últimos restos de autoridad central. La gente tenía que valerse por sí misma para su protección. Aquí y allí un miembro de la nobleza fortificaba un castillo para rechazar la siguiente incursión que pudiera sufrir. Los campesinos de los alrededores le pedían protección, ofreciéndole servirle a cambio.

La tendencia a la descentralización que estaba en marcha desde la desaparición del Imperio Romano de Occidente llegó ahora al máximo. El rey se había convertido en nada más que un rumor distante para el hombre medio. El gobernante al que temía, respetaba y, en muy raras ocasiones, amaba, era cualquier señor cercano que tuviese un castillo suficientemente fuerte como para servirle de protección.

En siglos posteriores, cuando este período de máxima descentralización fue contemplado retrospectivamente, se elaboró una complicada teoría para explicar cómo funcionaba. En el siglo XVIII, los teóricos políticos franceses hasta dieron un nombre al sistema: feudalismo. Esta voz provenía de una antigua palabra germánica que significaba « propiedad » y, como puede inferirse del nombre, el feudalismo representaba un sistema de propiedad de la tierra, donde esta propiedad territorial era prácticamente la única fuente de riqueza.

Se suponía, en teoría, que la tierra de un reino pertenecía al rey, que era su señor. Éste, a su vez, dividía las tierras en feudos [fiefs, « partes »] y los entregaba al cuidado de los nobles principales, que eran sus vasallos. (Esta palabra proviene de una antigua voz céltica que significaba « sirviente »).

Cada vasallo, luego, dividía su feudo entre la nobleza menor, que a su vez era su vasalla, y así sucesivamente. Cada vasallo tenía ciertas obligaciones para con su señor, como la de proporcionarle cierto número de hombres de armas, si se lo requería. También se suponía que cada vasallo abrigaba una lealtad absoluta hacia su señor; en ausencia de ésta, los feudos eran confiscados (si el señor tenía suficiente poder para adueñarse de ellos).

Este sistema feudal era sumamente práctico, en cierto sentido. Exigía un tipo concreto de lealtad, la lealtad a una persona específica, y no a una abstracción como el pueblo, la nación o aun la familia real.

En teoría, también, parecía implicar toda una jerarquía de niveles, sin confusiones, que se extendía desde el siervo, en lo más bajo de la escala, hasta el emperador, en su cima. Hasta ascendía más allá del emperador, hasta el Cielo, donde se veía a Dios gobernando feudalmente sobre apretados rangos y jerarquías de ángeles.

Pero, de hecho, el sistema feudal nunca funcionó como se suponía idealmente que debía hacerlo. Los vasallos luchaban unos contra otros y contra sus señores, en desafío de la teoría y enteramente de acuerdo con las leyes de « cada uno para sí mismo y todo para el más fuerte ». Muchos vasallos tenían feudos en diferentes lugares, cada uno de un señor diferente. La confusa y variada red de feudos era tal que A podía ser el señor de B con respecto a un feudo y su vasallo en lo concerniente a otro.

El sistema, que pareció teóricamente tan nítido en siglos posteriores, nunca fue viable. Sólo sirvió como una excusa más para la guerra.

En cierto modo, esto fue una pena, pues si el feudalismo hubiese funcionado

exactamente como los teóricos pensaban que debía funcionar, habría brindado cierta tranquilidad psicológica. Todo hombre habría tenido un lugar definido en la jerarquía social y económica, y habría habido una sociedad integrada en la que la humanidad habría formado una sola familia.

Aunque el feudalismo podía ser apropiado para una sociedad desintegrada en la que cada grupo local debía arreglárselas como pudiera para alimentarse y protegerse, en circunstancias más favorables fue un sistema ineficiente en sumo grado.

Cuando cesaron las correrías vikingas y los gobiernos fueron más estables, se hizo esencial que hubiese centralización, para que las regiones más vastas pudieran, mediante la cooperación interna, explotar adecuadamente los recursos de la tierra y aumentar su prosperidad. Mas para entonces las tradiciones del feudalismo habían echado raíces y habían llegado a parecer naturales y como algo ordenado por Dios. (Jamás ha habido ninguna costumbre, por inútil que pueda volverse con el cambio en las condiciones, a la que la gente no se haya aferrado con desesperación sencillamente porque es algo viejo y familiar).

Como resultado de ello, la historia de Europa, durante muchos siglos, consistió principalmente en intentos, por parte de los gobiernos centrales, de imponer su voluntad a una nobleza turbulenta que se aferraba firmemente a sus derechos feudales.

El Reino Medio.

Con enormes problemas por todos lados, los tres reinos francos trataron realmente de mantener un cierto frente unido. El emperador Lotario era su espíritu conductor. Sus intentos de afirmar su supremacía lo habían agotado y se contentaba con mantener una mera igualdad. El Tratado de Verdún había sido una total derrota para él y comprendió que reanudar la guerra sólo le acarrearía mayores pérdidas.

Por ello, planeó una serie de «reuniones en la cumbre» en las cuales, de tanto en tanto, los hermanos se reunirían y discutirían toda diferencia que surgiese. Esto funcionó bien, al menos en tiempos de Lotario.

En cuanto al Reino Medio, que él gobernaba directamente, dispuso otra subdivisión entre sus hijos, con lo cual lo que ya no era viable se hizo menos viable aún. La parte más importante, Italia, fue para su hijo mayor, Luis. Éste asumió el cargo después del 844.

En ese año, Sergio II fue elegido Papa, y se le ocurrió que, con el nuevo emperador, que no era ningún Carlomagno, el Papado podía declarar su independencia de Aquisgrán, como había antaño declarado su independencia de Constantinopla. Así, no se molestó en pasar por la formalidad de pedir la

aprobación imperial de su elección.

La tormenta que pronto se desencadenó sobre él lo convenció de que no podía resistir a los ejércitos ni siquiera de un emperador debilitado y enmendó la situación ungiendo a Luis como rey de los lombardos.

Sergio tuvo también otros problemas. Los piratas musulmanes, que operaban desde su base en Bari, en el talón italiano, hacían lo que se les antojaba. En el 846 lograron llegar a la misma Roma y ocupar parte de ella, destruyendo algunas de las más veneradas iglesias de la cristiandad occidental. Fue una conmoción para quienes pensaban que la victoria de Carlos Martel en Tours, en el 732, había puesto fin para siempre a la amenaza musulmana contra la cristiandad occidental, enterarse de que, más de un siglo después, tropas musulmanas habían saqueado Roma. Los cristianos tampoco fueron capaces de reaccionar apropiadamente. Si los musulmanes se marcharon, no fue porque hubiesen sido rechazados por un heroico contraataque, sino sencillamente porque eran un pequeño grupo pirata que no planeaba una estancia permanente.

Sergio II murió por entonces, y León IV se convirtió en el nuevo Papa, en el 847. Su reacción ante el problema musulmán fue puramente defensiva. Construyó una muralla alrededor de una pequeña parte de Roma, que incluía el Vaticano y la iglesia de San Pedro. Tanto había declinado la población de la ciudad que la pequeña «urbe leonina», así amurallada, era suficiente para proteger a todos en una emergencia.

León también se preocupó de estar en buenos términos con Luis, el monarca franco de Italia. Lo coronó coemperador en el 850.

Más tarde, en el 855, el padre de Luis, el nieto mayor de Carlomagno, comprendió que su muerte estaba cercana. Abdicó y se hizo monje, justo a tiempo para morir en olor de santidad, y su hijo se convirtió en el emperador Luis II.

Pero el título imperial era ya de muy poco valor. El emperador Lotario había sido hermano mayor y casi el igual de sus hermanos menores en poder. El emperador Luis II sólo gobernó Italia y ni por un momento podía ponerse a la par de sus poderosos tíos. Ser emperador le daba cierto estatus social, pero nada más.

Pero estaba al frente de las fuerzas militares de Italia y el papa León dependía de él para toda acción contra los musulmanes. Lentamente, Luis empezó a organizar una expedición contra ellos. Los bizantinos, que estaban aún más amenazados por la presencia musulmana en Italia, contribuyeron con barcos para esa expedición.

La lucha continuó durante largo tiempo y fue, en cierto modo, una desgracia aún mayor para el título de emperador, pues mientras que antaño un emperador había podido hacer frente a todo el poder de la España mora, ahora un emperador hallaba grandes dificultades frente a pequeños puestos avanzados de

piratas. Sin embargo, en el 871 Luis logró reconquistar la ciudad de Bari y expulsar a los musulmanes del talón italiano, que habían ocupado durante una generación. Obtuvo poco beneficio de ello directamente, pues los bizantinos volvieron a ocupar el territorio conquistado (que era lo que pensaban hacer cuando se unieron a la expedición).

Luis pensó también que, mientras estuviera en el sur, podría ajustar cuentas con el ducado antaño lombardo de Benevento, que había resistido hasta contra Carlomagno. Mas no tuvo éxito. Ganó algunas victorias, pero no decisivas, y por un momento hasta fue capturado y pasó un breve tiempo en prisión. Se retiró al norte, y el ducado siguió siendo independiente de los francos.

La parte del Reino Medio de Lotario que estaba más allá de los Alpes fue menos afortunada aún. La mitad meridional (la parte sudoriental de la Francia moderna) fue para Carlos, segundo hijo de Lotario, y la mitad septentrional (que incluía las actuales Renania y Holanda) para su hijo menor, Lotario II. Cuando murió Carlos, en el 863, su reino fue dividido entre Lotario II y el emperador Luis II.

La parte de Lotario del reino incluía ahora la franja que corría entre las dos mitades del Imperio Franco, que iba del mar del Norte hasta los Alpes. Fue llamado «Lotharii regnum» o «reino de Lotario». Este nombre se convirtió en Lotharingia, que a su vez dio Lothringen en alemán y Lorraine en francés.

Lotario II estaba enredado en un desafortunado triángulo doméstico. Tenía una esposa y una amante, situación en modo alguno rara, pero que se complicaba por el hecho de que su mujer no tenía hijos. Si seguía casado con su esposa y no tenía hijos, el Reino Medio llegaría a su fin, pues su hermano, el emperador Luis, sólo tenía una hija, que no podía heredar.

Ocurrió que Lotario tuvo un hijo de su amante, y quiso que este hijo lo heredase. Todo lo que se requería era que se divorciase de su mujer y se casase con su amante, legitimando de este modo a su hijo.

En teoría, esto era fácil de hacer. Según las costumbres de la época, solamente había que hacer una lista de terribles crímenes y atribuirselos a la esposa y hacer que, como consecuencia de ello, un grupo de obispos anulase el matrimonio, y asunto terminado. Era sólo una cuestión de forma.

Pero había un inconveniente. La misma razón que llevó desesperadamente a Lotario a querer divorciarse condujo a sus tíos, Luis el Germánico y Carlos el Calvo, a no desear que se divorciase. Si moría sin herederos, entonces los dos hermanos que gobernaban el Imperio Franco podían dividirse el Reino Medio entre ellos.

Por ello, cuando los obispos que estaban bajo la influencia de Lotario decretaron el divorcio, otros obispos, influidos por los tíos, denunciaron los procedimientos. Tuvo que convocarse una reunión oficial, y ambas partes combatieron mediante sobornos. Vencieron los tíos, y el divorcio de Lotario fue

declarado inválido, aunque éste ya había puesto a su esposa en un monasterio y había desposado a su amante con gran pompa. En el 863, el problema fue remitido al Papa.

El Papado se había recobrado un tanto del bajo nivel alcanzado en el 846, cuando los musulmanes saquearon la ciudad, aunque no antes de presentarse una ocasión para inventar una curiosa leyenda.

Después de la muerte de León IV, hubo una disputada sucesión acompañada de considerables desórdenes y una especie de guerra en miniatura. El emperador Luis apoyó alternativamente a uno y al otro candidato, pero finalmente aceptó al que adoptó el nombre de Benedicto III.

Pero la confusión permitió crear una leyenda según la cual el verdadero sucesor de León IV fue un monje muy erudito que, en realidad, era una mujer inglesa. Había entrado en un monasterio griego para estar cerca del monje que era su amante. Ambos estudiaron en Atenas, pero, después de la muerte de él, ella marchó a Roma, ganó renombre por su saber y su piedad, y fue elegida Papa, con el nombre de « Juan VIII» . Llevó bien la impostura, sigue la leyenda, hasta que un día, en medio de una solemne procesión, fue presa de los dolores del parto. O bien ella murió en el parto, o bien fue lapidada posteriormente. Desde entonces se la conoce como « la papisa Juana» .

Esta leyenda fue considerada como un hecho histórico a través de toda la Edad Media y hasta en los tiempos modernos, pero ahora no hay prácticamente duda ninguna de que es mítica en su totalidad. Es una de esas ficciones dramáticas que son mucho más difíciles de eliminar que la verdad.

Si nos atenemos a la historia, Benedicto III sucedió a León IV, y después de un breve y oscuro reinado de tres años fue sucedido por Nicolás I, quien iba a resultar ser el pontífice más enérgico que había habido desde el tiempo de Gregorio I, dos siglos y medio antes. En verdad, a veces se le llama Nicolás el Grande.

Nicolás era un ardiente defensor de la supremacía papal sobre toda la cristiandad. Por ejemplo, aprovechó una ocasión para excomulgar al patriarca de Constantinopla.

Fue también el primero en usar las « Falsas Decretales» . Éstas eran un conjunto de decretos presuntamente promulgados por papas y concilios anteriores. Se suponía que eran auténticos, por supuesto, y que habían sido recopilados por el ya legendario Isidoro de Sevilla dos siglos y medio antes, por lo que a veces se las llama las « Decretales SeudoIsidorianas» . En realidad, se sabe ahora que son fraudes elaborados por un sacerdote franco no mucho antes de la época de Nicolás.

Las Decretales hablaban de un colegio de cardenales nombrados por el Papa a quien debían asesorar en asuntos legislativos. Toda legislación en cuestiones eclesiásticas era asignada al Papa y a estos cardenales. En particular, los diversos

obispos (que a menudo habían mantenido una altanera e intransigente independencia con respecto a la autoridad papal) no recibían voz alguna en materia legislativa.

De este modo, Nicolás prestó un importante servicio a la Iglesia. En un tiempo en que la descentralización se expandía por todas partes, Nicolás la mantuvo alejada de la Iglesia. No sólo impidió que la Iglesia se feudalizase, sino que la centralizó aún más. Al hacerlo, fue reforzado por el apoyo total del clero inferior (de cuyas filas provenía el falsificador franco de las Decretales). Dicho clero prefería la autoridad de un Papa distante a los inapelables dictados de un obispo cercano.

Fue también Nicolás I quien por vez primera utilizó la Donación de Constantino en todo su valor propagandístico.

Por tanto, para Lotario II fue una desgracia que, cuando los obispos de los reinos francos discrepaban con respecto a su divorcio, tuviese que enfrentarse con este Papa particular.

Hizo todo lo que pudo. Obligó a los arzobispos de Colonia y de Tréveris (ambos de su propio reino y, por ende, sujetos a su presión) a que lo apoyasen totalmente. Logró también que su hermano, el emperador (quien tampoco deseaba que el Reino Medio quedase sin heredero), hiciese una demostración de poderío militar para influir en la decisión de Nicolás.

Pero el Papa nunca cedió, ni ante los obispos de Lotario ni ante el ejército de Luis. Seguro de estar respaldado por principios abstractos de justicia y moralidad, probablemente experimentó un torvo placer en enjuiciar a Lotario. Sesenta y tres años antes, Carlomagno había enjuiciado a un Papa, y ahora un sucesor de ese Papa enjuiciaba al bisnieto de Carlomagno.

El veredicto fue adverso a Lotario, por lo que éste se vio obligado a abandonar a su amante y hacer retornar a su esposa. Su hijo siguió siendo ilegítimo e incapaz de heredar. Más aún, los arzobispos que se habían pronunciado a favor de Lotario fueron depuestos sumariamente. De este modo, Nicolás no sólo demostró el poder del Papa para decidir cómo debían comportarse los reyes, sino que también impuso su autoridad sobre dos poderosos obispos.

Pero Lotario se negó tercamente a considerar como definitiva hasta una decisión papal. Los Papas quizá no cambiasen de opinión, pero los Papas debían morir, y esto fue lo que le ocurrió a Nicolás en 867, después de un trascendental y turbulento pontificado de nueve años. Lotario prontamente hizo un viaje a Italia para discutir la cuestión con el nuevo Papa, Adriano II.

Adriano contemporizó y convino en considerar el asunto nuevamente. Durante un momento, tal vez surgió una esperanza en el corazón de Lotario, pero era demasiado tarde. En el viaje de vuelta, en 869, Lotario II murió y, como había temido desesperadamente, dejó su reino sin un heredero directo.

9. El fin de los carolingios

El último de los nietos.

El pariente más cercano del difunto Lotario era su único hermano viviente, el emperador Luis II. Por esta posición y en virtud de su posición como emperador, ciertamente debía haber heredado el reino y, al menos temporalmente, restaurado el Reino Medio de su padre en toda su extensión. Al menos, así argüía el mismo emperador.

El hombre a quien correspondía la decisión era el papa Adriano II, quien estaba en Roma, bajo los ojos de Luis, y tenía el inquietante conocimiento de que Luis se hallaba a punto de combatir contra el enemigo musulmán en el sur, y de que la seguridad de Roma dependía de su victoria. Por ello, estaba naturalmente de acuerdo con Luis y trató de otorgarle el reino de su hermano.

Pero Adriano no era Nicolás. No era suficientemente enérgico como para imponer su voluntad. Los dos tíos, Luis el Germánico y Carlos el Calvo, no aceptarían ni por un momento la decisión papal. Habían hecho grandes esfuerzos para que Lotario no obtuviera el divorcio y pensaban sacar provecho de ello.

De los dos tíos, el más capaz era Carlos el Calvo. Aunque su Reino Franco Occidental había sufrido mucho por las correrías nórdicas y aunque la nobleza franca occidental era turbulenta, Carlos logró, mediante hábiles manejos, mantenerse y hasta incrementar su fuerza.

Consiguió mantener Bretaña unida a su reino, aunque los tercios bretones trataron de unirse a los vikingos en una lucha por obtener su total independencia. (Esto quizá fuese un engaño, pues los vikingos eran aliados inquietantes).

También logró rechazar una incursión vikinga contra la costa de Aquitania. Esto le ayudó a mantener Aquitania contra las intrigas de su sobrino Pipino (hijo de su medio hermano mayor, quien antes de su muerte había sido rey de Aquitania, en tiempos de Luis el Piadoso).

Pese a todo lo que hizo, los señores se hicieron cada vez más fuertes durante su reinado, y el avance del feudalismo siguió fragmentando las tierras. A veces, cuando la nobleza franca se rebeló abiertamente contra él y su hermanastro Luis el Germánico aprovechó la oportunidad para dirigir contra él un ataque poco fraterno, pareció que Carlos perdería su corona. El hecho de que pudiera mantenerse se debió en gran medida a la lealtad del clero, conducido por Hincmaro, arzobispo de Reims.

Fue en la corte de Carlos el Calvo donde el Renacimiento Carolingio continuó parpadeando oscuramente. Como su abuelo Carlomagno, Carlos creó una escuela en palacio dirigida por Juan Escoto Erígena, un sabio irlandés.

Erígena fue uno de los filósofos y teólogos más importantes de las Edades

Oscuras. Su labor más influyente fue traducir al latín los «Tratados del Seudo Dionisio». Habían sido escritos en el este por un monje desconocido en la época de Justiniano, pero fueron atribuidos a Dionisio el Areopagita, un ateniense brevemente mencionado en el Nuevo Testamento en relación con la fracasada estancia misional de Sannos de Luis el Piadoso, y luego Erígena lo tradujo al latín. Esos tratados son un fárrago de ideas místicas que tratan, por ejemplo, de la división de los ángeles en numerosas clases, ubicadas una debajo de la otra. Como esto parecía transferir los principios del feudalismo al Cielo, los tratados se popularizaron y ejercieron gran influencia sobre el pensamiento medieval.

Erígena también intervino en defensa de Hincmaro en diversas disputas teológicas en las que se empeñó el poderoso arzobispo. Hincmaro trató de imponer su autoridad sobre los obispos del país, y castigó a uno de ellos sin hacer ningún intento de consultar al Papa o de permitir que se apelara a él. Esto fue un error, pues por entonces era papa Nicolás el Grande. Nicolás insistió en que el Pontífice tenía la última palabra en todas las cuestiones de disciplina, e Hincmaro se vio obligado a doblegarse. Erígena podía introducir el feudalismo en el Cielo, pero introducirlo en Roma contra el deseo de Nicolás estaba fuera de su poder.

En el 864, Carlos el Calvo había superado todas las dificultades y mantenía su reino tan firmemente como lo permitían los tiempos. Por ello, al morir su sobrino Lotario, pudo actuar rápidamente. Desafiando al emperador Luis II y al papa Adriano II, se apoderó de toda la Lotaringia.

Pero Luis el Germánico rugió su descontento y exigió su parte del botín. Carlos el Calvo reflexionó por un momento y decidió que conservar una parte en paz era mejor que perder quizá todo en una guerra.

El 8 de agosto de 870, agentes de los dos reyes se reunieron en Mersen, a sólo unos 40 kilómetros al norte de la ciudad imperial de Carlomagno, Aquisgrán, y dividieron la Lotaringia por la mitad. (En términos modernos, Renania y Holanda septentrional quedaron en manos de Luis, mientras que Bélgica y Holanda meridional pasaron a poder de Carlos).

Cinco años más tarde, en el 875, apareció otra clase de premio. El emperador Luis también murió, dejando sólo una hija, que no contaba. Esto dejaba vacía la corona imperial.

Como el mayor de los nietos vivientes de Carlomagno, era lógico elegir a Luis el Germánico. Presumiblemente, pensó que el nuevo papa, Juan VIII, comprendería esto y, por ende, no se tomó muchas molestias para imponer su candidatura.

Pero a Carlos el Calvo no le importaban la razón y la lógica. Se apoderó de Provenza (la parte del reino de Luis que estaba inmediatamente al oeste de los Alpes) y siguió avanzando hasta llegar a Roma, para estar frente a frente con el papa Juan.

Allí estaba Carlos, con sus hombres de armas y una bolsa abierta en la mano.

Juan VIII recibió ésta complacido y, según algunos relatos, invitó a Carlos a entrar en Roma. Quizá razonó que si otorgaba la corona imperial a Luis el Germánico, no haría más que seguir la lógica de las cosas y podía parecer que el Papa solamente confirmaría lo que de todos modos iba a suceder. En cambio, si la otorgaba a Carlos, se demostraría que el Papa podía conceder la corona imperial a quien quisiera.

Y esto fue realmente lo que ocurrió. El día de Navidad del 875, exactamente tres cuartos de siglo después de la coronación de Carlomagno, la corona imperial fue colocada en la cabeza de Carlos el Calvo como don directo del Papado. Se convirtió en el emperador Carlos II, así como era el rey Carlos II, siendo el número el mismo en los dos casos.

La carrera de Carlos el Calvo fue, en realidad, sorprendente. Nacido en 823, fue hijo de una segunda esposa. Tuvo tres hermanos mayores (el más joven de los cuales, el que sería llamado Luis el Germánico, tenía diecisiete años en el momento de su nacimiento). Sus hermanastros abrigaban hostilidad hacia él y su madre, y fue el punto focal alrededor del cual se desencadenaron guerras civiles. Durante quince años, su vida corrió serio peligro, pues con sólo cortarle el cuello habría desaparecido totalmente la razón de la guerra civil.

Sin embargo, de algún modo logró finalmente hacerse con una herencia. Mediante los avatares de la guerra, esa herencia se amplió hasta constituir casi la mitad del ámbito franco. Y por los azares de la muerte, allí estaba, a sus cincuenta y dos años, el odiado hermanastro menor, nada menos que con la corona de Carlomagno sobre su cabeza.

A Luis el Germánico, este último suceso debe de haberle parecido intolerable. Se estaba acercando a los setenta años, pero el recuerdo de todas las guerras contra su padre y su hermano mayor, inicialmente causadas por la mera existencia del hombre que ahora había sido coronado emperador, lo condujo a dar la única respuesta posible.

Se preparó para la guerra, pero el destino le deparó la última broma. En agosto del 876, medio año después de la coronación de Carlos, Luis el Germánico murió, después de reinar treinta y seis años desde la muerte de su padre, Luis el Piadoso.

Carlos el Calvo, que había sobrevivido a sus tres hermanastros, pensó que ahora debía tomar medidas para reunificar todos los dominios francos bajo su poder. Para empezar, trató de apoderarse de la parte de Lotaringia que había absorbido Luis el Germánico, y se dispuso a hacerlo inmediatamente, mientras el Reino Franco del Este pasaba por la confusión habitual en las sucesiones.

Desgraciadamente para él, el hijo de Luis el Germánico (otro Luis, luego llamado Luis el Joven para distinguirlo de su padre) reaccionó vigorosamente. Se enfrentó a Carlos en Andernach, sobre el Rin medio, en el 876 y lo derrotó. Carlos planeó otras acciones con igual resolución, pero murió en octubre del 877.

Había gobernado el Reino Franco Occidental durante treinta y siete años y había sido emperador durante menos de dos. Fue el último de los nietos de Carlomagno.

Reunión y vergüenza.

La cuestión era ahora: ¿quién sería el siguiente emperador?

La decisión correspondía al papa Juan VIII, y éste se hallaba en una terrible situación. Durante todo el período en que ocupó el trono papal, las fuerzas musulmanas en Italia fueron un peligro. En el año de la muerte del emperador Carlos el Calvo, el Papa se vio obligado a pagar tributo a los musulmanes para mantener Roma libre de ataques.

Para el Papa, pues, el otorgamiento del imperio, que era su don, sería inútil a menos que el nuevo emperador estuviese en condiciones de librarlo de los musulmanes, como antaño Pipino el Breve y su hijo Carlomagno lo habían librado de los lombardos.

Puesto que Carlos el Calvo había sido el emperador anterior, podríamos suponer que el siguiente hubiese sido uno de sus herederos. Pero Carlos no fue afortunado a este respecto. Dos de sus hijos habían muerto ya en vida de Carlos, y su único sobreviviente era Luis II (según el posterior sistema de numeración de los reyes franceses, sistema que considera a Luis el Piadoso como Luis I).

Pero Luis II, más conocido como Luis el Tartamudo, empezó su reinado en un gran desconcierto. Trató de dominar a los señores del reino redistribuyendo los cargos de modo de dar poder a quienes consideraba sus aliados. Los señores a los que trató de reemplazar se negaron despectivamente a abandonar sus cargos, y Luis tuvo que abandonar el intento en una ignominiosa confesión de derrota.

Tampoco permitía abrigar esperanzas para el futuro, pues, aunque sólo tenía 30 años, Luis el Tartamudo era un hombre enfermo. Murió en el 879, después de un reinado de dos años, dejando el reino a dos hijos adolescentes, ambos demasiado jóvenes para ser el tipo de emperador que necesitaba el papa Juan. ¿Cuál era la situación de los hijos de Luis el Germánico? Aquí parecía haber mejores perspectivas. El hijo mayor de Luis, Carlomán, gobernaba Baviera y se había distinguido en la guerra contra los eslavos, por ejemplo.

Los eslavos, una vez liberados del yugo de los ávaros, comenzaron a hacer sentir su presencia en Europa Central. Habían sido tranquilos tributarios de Carlomagno, pero en las luchas constantes que hubo durante el gobierno de su hijo y sus nietos, gradualmente escaparon de la férula franca.

En particular, los eslavos que habitaban a lo largo del río Marca, un tributario septentrional del Danubio, se habían consolidado formando el primer reino eslavo poderoso de Europa. El río Marca fue llamado así porque constituía una frontera oriental del ámbito franco. Para los eslavos, ese río era el Morava; ellos se

llamaban a sí mismos los moravos y a su reino la Gran Moravia.

Surgió durante el reinado de Luis el Piadoso y llegó a incluir lo que, en términos modernos, serían la antigua Checoslovaquia, Hungría y las partes meridionales del este de Alemania y Polonia.

Culturalmente, los francos siguieron siendo dominantes, y en el 862 el monarca moravo Ratislao, en un deliberado intento de contrarrestar la influencia franca, se dirigió al emperador bizantino y le pidió que enviara misioneros. Fueron enviados dos misioneros, dos griegos llamados Cirilo y Metodio, que luego serían llamados « los Apóstoles de los Eslavos » .

Cirilo y Metodio llevaron a cabo su labor vigorosamente. Inventaron un alfabeto, basado en el alfabeto griego, para usarlo en las lenguas eslavas. Es el alfabeto cirílico, aún usado hoy en las naciones eslavas orientales, particularmente en Rusia. (Las naciones eslavas que luego cayeron bajo la dominación religiosa de Roma, como Polonia y la antigua Checoslovaquia, más tarde adoptaron el alfabeto latino común a las lenguas europeas occidentales).

El papa Juan VIII, temiendo que los esfuerzos de Cirilo y Metodio ligasen a los eslavos demasiado firmemente a Constantinopla, se asoció a la empresa y llamó a los misioneros griegos a Roma un par de veces, apoyó su labor y hasta admitió que los eslavos usaran en la liturgia su lengua nativa en vez del latín. De este modo, Juan puso los cimientos para la posterior absorción de los eslavos occidentales en la Iglesia romana.

Los esfuerzos de Juan en el aspecto espiritual fueron reforzados por los esfuerzos carolingios en el ámbito temporal. En el 869, Carlomán (el hijo mayor de Luis el Germánico al que ya nos hemos referido) condujo un ejército franco contra la Gran Moravia, y en el 874 los moravos fueron obligados a reconocer la dominación franca, aunque conservando su autonomía. Así, la estrategia de Ratislao finalmente fracasó y, en verdad, durante más de mil años los eslavos de la región iban a ser dominados por arios de lengua alemana.

Carlomán se consideró el candidato natural para el título imperial, una vez muerto Carlos el Calvo. Por entonces gobernaba Baviera, y parecía lógico trasladarse hacia el sur, a través de los Alpes, y ejercer sobre el Papa la suave presión de un gran contingente de soldados.

Pero el papa Juan no quería conceder el título hasta que el candidato diera ciertas garantías concernientes a la amenaza musulmana. Antes de llegar a tal acuerdo, Carlomán enfermó, tuvo que ser retirado de Italia en una camilla y después de un tiempo murió, el 880.

¿Qué ocurría con el segundo hijo de Luis el Germánico? Éste era Luis, al que se distingue de su padre con el nombre de Luis el Joven.

También Luis el Joven demostró ser un soldado capaz. Fue él quien rápidamente tomó las armas contra Carlos el Calvo y lo derrotó en Andernach. Pero parecía más interesado por el oeste que por el sur.

Cuando murió el pobre Luis el Tartamudo, los francos occidentales fueron gobernados por dos adolescentes, llamados Luis III y Carlomán. Había dudas en cuanto a su legitimidad, y algunos de los nobles especularon muy complacidos con esas dudas e invitaron a Luis el Joven a entrar en el país con el fin de debilitar aún más el poder central y aumentar el suyo propio.

Los jóvenes hermanos, obstaculizados por la traición interna, no pudieron resistir a los ejércitos de su primo franco oriental y poco después de su ascenso al trono se vieron obligados a ceder la parte de Lotaringia que había conquistado Carlos el Calvo. Transcurrirían casi mil años antes de que los posteriores reyes franceses reconquistasen lo que aquellos hermanos se habían visto obligados a ceder.

Pero mientras Luis el Joven estuviese ocupado combatiendo al oeste del Rin, no era de ninguna utilidad para el papa Juan, quien aún resistía desesperadamente contra los musulmanes y todavía buscaba un emperador.

Luis el Germánico tenía un tercer hijo, el más joven. ¿Qué ocurría con él? Se trataba de Carlos, habitualmente llamado Carlos el Gordo. Cuando murió Carlomán en el 880, Carlos el Gordo se convirtió en rey de Italia. Estaba allí y el papa Juan no podía esperar más tiempo. Hacía cuatro años que no había emperador, desde la muerte de Carlos el Calvo. Por ello, Juan coronó a Carlos el Gordo como emperador con el nombre de Carlos III.

El Papa no vivió lo suficiente para ver cuán mala elección había hecho. Fue asesinado al año siguiente en una conspiración palaciega. Según relatos le partieron la cabeza con un mazo.

Carlos el Gordo estaba enfermo y, al parecer, era epiléptico. Estaba completamente incapacitado para gobernar; sin embargo, los accidentes de la muerte le proporcionaron más de lo que un monarca diez veces más capaz podía haber conseguido. La muerte de su hermano mayor, Carlomán, en el 880, le había aportado el Reino de Italia y el título imperial. La muerte del hermano que le seguía, Luis el Joven, en el 882, hizo de Carlos el Gordo el amo del Reino Franco del Este.

Y no fue eso todo. Sus jóvenes primos, Luis III y Carlomán, que gobernaban a los francos occidentales, fueron peculiarmente infortunados. Luis III obtuvo con su ejército una poco común victoria sobre los vikingos en el 881, cuando sólo tenía dieciocho años, y quizá habría sido un rey capaz, pero murió en un accidente en el 882. Carlomán le sucedió como único rey, pero a su vez murió en un accidente de caza en el año 884.

Ni Luis III ni Carlomán tenían herederos, pero tenían un hermanastro menor llamado Carlos, nacido de la segunda esposa de Luis el Tartamudo después de la muerte de éste. Sólo tenía cinco años de edad, y los tiempos no parecían adecuados para sentar a un niño en el trono franco occidental.

Por ello, los señores francos occidentales se dirigieron al único miembro

restante de la dinastía carolingia, Carlos el Gordo. Fue invitado a coronarse rey de los francos occidentales y, así, en el 884, todo el ámbito franco quedó unido por última vez bajo un solo emperador y rey.

Pero ¡qué decadencia se produjo desde el reino franco unido de Carlos I (Carlomagno) hasta el de Carlos III! Era, en efecto, lo que cabía esperar al pasar de un gran monarca a otro que sólo era gordo.

Carlos el Gordo, debido en parte a su enfermedad, sin duda, era un monumento de inercia. Su imperio se resquebrajaba por todas partes a su alrededor, pero carecía de la energía y quizá de la voluntad para hacer algo por evitarlo.

No pudo o no quiso hacer nada con respecto a la amenaza musulmana en Italia, de modo que la búsqueda del viejo papa Juan fue inútil. Peor aún, no pudo o no quiso hacer nada para detener las depredaciones nórdicas.

El colmo llegó en el año 885, cuando una partida de depredadores nórdicos remontó el Sena y se dirigió al mismo París. Carlos el Gordo permaneció en el letargo y no hizo nada. La defensa de la ciudad la efectuó Eudes, que tenía grandes propiedades en Neustria y ostentaba el título de conde de París. Era hijo de un magnate llamado Roberto el Fuerte, quien había sido la mano derecha de Carlos el Calvo y había muerto combatiendo a los nórdicos.

Eudes, conde de París, asumió la defensa de la ciudad. Durante un año entero, París fue sitiada y resistió valientemente. El mero hecho de que una ciudad pudiera resistir a los temidos vikingos daba esperanzas a la desalentada población. Pasaba un mes tras otro y París no caía; los nórdicos ya no parecieron tan superhombres y el conde Eudes se convirtió en el héroe de la nación. París fue como un Stalingrado de las edades oscuras.

Finalmente, mucho después de que París y sus defensores mostrasen claramente su heroísmo, apareció en la escena el rezagado emperador. Pero no acudió para atacar a los nórdicos, sino para comprar con dinero su retirada y ofrecerles invernar en una parte determinada del territorio, es decir, darles una región para saquear.

El contraste entre el heroico conde y el despreciable emperador era demasiado grande para ser soportado. De modo prácticamente unánime, los nobles se negaron a admitir un gobernante tan incompetente e ignominioso, aunque fuese un bisnieto de Carlomagno.

Carlos el Gordo no hizo ningún esfuerzo para mantenerse. Indudablemente, sentía que la carga del trono era demasiado grande para él. Fue depuesto en el 887 y recluso, y murió al año siguiente.

Con la deposición de Carlos el Gordo, el Reino Franco se desmembró finalmente y para siempre. Nunca más sus mitades oriental y occidental volverían a estar unidas bajo un solo gobierno aceptado por ambas mitades.

Los emperadores italianos.

¿Qué sucedió entonces? ¿Se extinguió el linaje carolingio? No totalmente.

La magia de la legitimidad y el recuerdo de las glorias de Carlomagno perduraron. El cabecilla de los nobles que habían depuesto a Carlos el Gordo era un tal Arnulfo, hijo ilegítimo de Carlomán, que había combatido a los moravos. Arnulfo, pues, era sobrino de Carlos el Gordo, nieto de Luis el Germánico y bisnieto de Carlomagno.

Si se pasaba por alto su ilegitimidad, Arnulfo era un carolingio. No había ningún candidato mejor, de modo que la ilegitimidad fue pasada por alto y fue aceptado como rey de los francos orientales por los señores de esa parte del reino.

Pero no fue aceptado en Italia ni en el ámbito franco occidental. Italia se había escindido en varios ducados que reñían unos con otros y cada uno trataba de dominar al Papado. Los diversos intentos de dominación se anularon mutuamente y dejaron el Papado a merced de la aristocracia romana. Como papas y francos por igual se hundieron en la impotencia, fueron los bizantinos, en el sur, quienes debieron enfrentarse con los musulmanes. Afortunadamente para Roma, el Imperio Bizantino estaba entrando en otro período de relativo poderío. Sus posesiones en el sur de Italia se expandieron y la amenaza musulmana fue frenada en cierta medida.

En cuanto a los francos occidentales, abandonaron del todo a los carolingios (al menos temporalmente). Para muchos de los francos occidentales, París era su ciudad principal y Eudes era su hombre. Buena parte de los magnates le dieron su apoyo para convertirse en el primer rey no carolingio del ámbito franco occidental desde la coronación de Pipino siglo y cuarto antes.

Pero Eudes iba a descubrir que administrar la nación no era tan fácil como defender heroicamente París contra los nórdicos. Como rey, no tenía ningún poder, excepto sobre sus propias posesiones neustrianas. No tenía ningún sistema razonable de impuestos, ni fondos públicos ni manera alguna de hacer que ningún noble le obedeciera, a menos que pudiera derrotarlo en una guerra. Los señores francos occidentales de fuera de Neustria sencillamente no se sometieron a él.

Finalmente, se vio obligado a hacer lo que había hecho Carlos el Gordo: pagar a los nórdicos para que se marchasen. Peor aún, tuvo que tratar de fortalecerse prestando homenaje a Arnulfo, reconociendo así su soberanía, presumiblemente con la esperanza de obtener la ayuda de sus ejércitos.

Pero Arnulfo estaba demasiado ocupado con sus propios problemas militares para ayudar a Eudes, y esto fue el fin para el conde de París. Si no podía mantenerse sin la ayuda de los carolingios, entonces, ¿por qué no volver de una vez a los carolingios?

Aún estaba disponible un carolingio de la rama franco occidental. Era Carlos, hijo póstumo de Luis el Tartamudo. Cuando murieron los hijos mayores de Luis, Carlos sólo tenía cinco años y había sido dejado de lado por el incalificable Carlos el Gordo. Ahora tenía catorce años, edad suficiente para gobernar, a ojos de los ansiosos de legitimidad. En el 893, el arzobispo de Reims ungió al joven a la manera tradicional, quien se convirtió en Carlos III del Reino Franco Occidental. Una vez más, después de una interrupción de seis años, los carolingios gobernaban ambas mitades del dominio franco.

En verdad, cierta clase de carolingios reinaron también en Italia. Luis el Piadoso había tenido una hija, además de sus cuatro hijos. Se había casado con el marqués de Friul, región situada inmediatamente al norte del mar Adriático. Tuvieron un hijo llamado Berengario, también marqués de Friul.

Sin duda, no era costumbre franca transmitir el poder monárquico por las mujeres, y Berengario era bisnieto de Carlomagno sólo por parte de madre. Pero en la confusión que siguió a la deposición de Carlos el Gordo se podía disimular todo género de irregularidades. Al menos Berengario lo pensó así y no vaciló en aspirar al título imperial.

Tampoco era el único candidato descendiente de carolingios por vía femenina. Lotario, el hijo mayor de Luis el Piadoso, además de sus hijos había tenido una hija, y esta hija se casó con Guido de Spoleto (ducado cercano a Roma). El hijo de ellos, otro Guido de Spoleto, era tataranieto de Carlomagno por lado materno, y también él aspiraba al título imperial.

Podría parecer que tales principitos menores no podían llegar a ser emperadores cuando el poderoso Arnulfo, rey de los francos orientales, era el candidato lógico. De hecho, Arnulfo fue reconocido como emperador por muchos de sus señores.

Pero el reconocimiento por la nobleza no era suficiente. El título sólo podía ser otorgado por el Papa, de acuerdo con una tradición que ya tenía un siglo. Para obtener la bendición y la unción del Papa, Arnulfo tenía que ir a Italia, donde aquél estaba, y no podía hacerlo. Estaba ocupado luchando contra los nórdicos en el oeste y sofocando una revuelta de los moravos en el este.

Berengario y Guido, en cambio, estaban allí. Además, los Papas de la época ya no eran del tipo heroico. Podían ser fácil y rápidamente nombrados y depuestos por la corrupta aristocracia romana, y después de ser nombrados podían ser reducidos a la impotencia. El siglo y medio que siguió a la muerte del papa Juan VIII es llamado a veces la «noche del Papado».

Los principillos combatieron entre sí y ganó Guido. Uno de los pisoteados Papas del período, Esteban VI, fue obligado a proclamarlo emperador en 891. Cuando Guido murió, en el 894, su hijo Lamberto fue a su vez proclamado emperador.

Esto señala la completa degradación del título imperial. Se había convertido

en una especie de juguete de la política italiana que podía ser concedido a cualquier individuo insignificante que lograra dominar a Roma. Así decayó la corona de Carlomagno en el curso de sólo un siglo.

Arnulfo, entre tanto, había quedado libre. Había derrotado a los nórdicos, cuyas correrías estaban comenzando a disminuir de todos modos, a medida que el siglo llegaba a su fin. También había hecho la paz con los moravos.

Arnulfo decidió mantener a raya a los moravos aliándose con un nuevo pueblo. Se trataba de los magiares, también llamados ugrios, pueblo que había vivido en lo que es ahora Ucrania durante unos dos siglos.

El empuje hacia el oeste de nuevas tribus de Asia arrastró a los magiares también hacia el oeste, a las exuberantes llanuras situadas al este de Moravia, las llanuras que habían formado el poder central de los hunos, primero, y de los Avaros, luego.

La palabra *ugrio* se ha convertido en «húngaro» en español, y las llanuras que ocuparon los ugrios son llamadas «Hungria». La conversión de la primera sílaba de *u* en *hun* quizá fue resultado del recuerdo de los hunos, quienes habían amenazado a los germanos de manera similar y desde la misma región. (También se cree que la palabra «ogro» proviene de «ugrio», claro indicio de la época en que los magiares eran una temida amenaza de Europa Central).

Las gentes a las que llamamos húngaros se llaman a sí mismos magiares hasta el día de hoy, y el nombre oficial de la tierra que llamamos «Hungria» es *Magyarország*, o «tierra de los magiares». En esta primitiva etapa de su historia, cuando eran un grupo de tribus más que un pueblo asentado, sería conveniente llamarlos también magiares.

Al aliarse los magiares con Arnulfo, los moravos quedaron atrapados en el medio. En el 906, el territorio moravo fue ocupado completamente por los magiares y llegó a su fin el primer reino eslavo; así, los eslavos volvieron a su destino habitual: el de un campesinado oprimido bajo la férula de una banda guerrera conquistadora.

Pero Arnulfo no viviría para ver esto y, por el momento, al menguar las correrías nórdicas y con Moravia mantenida a raya, pudo dirigir su atención al asunto del título imperial.

Tuvo que llevar a cabo dos expediciones, pero finalmente Arnulfo tomó Roma, en el 896, y expulsó a Lamberto. Hecho esto, no halló ningún obstáculo para persuadir al Papa del momento, Esteban VII, a que lo coronase emperador. Era sólo un título. No le sirvió de nada ni aumentó su poder. Problemas domésticos lo obligarían a abandonar Italia. Y cuando se marchó, Lamberto recuperó el poder e insistió en que aún era el emperador.

Pero Lamberto y Arnulfo murieron en el 899.

El último de los emperadores.

Arnulfo dejó un hijo de seis años, Luis. Después de algunas vacilaciones, fue aceptado, principalmente porque no parecía haber ninguna alternativa. Luis fue coronado en febrero del 900, y el valor de su reinado puede juzgarse por el hecho de que es conocido como Luis el Niño.

Fue en un todo impotente y sólo representó el ser vivo sobre el cual podía colocarse el título de «rey» y alrededor del cual podía señalarse cierta apariencia de unidad. El poder real del reino estaba ahora enteramente en las manos de una media docena de duques que gobernaban las partes mayores del reino: Franconia, Sajonia, Suabia, Baviera, Lotaringa, etcétera.

El poder central que realmente podía ejercerse a veces estaba en manos de Hatto, el arzobispo de Maguncia. Había sido la mano derecha de Arnulfo, quien a su vez lo nombró tutor de su hijo. Por ello, Hatto ocupó el cargo de regente.

Para ejercer el poder, Hatto tuvo que colocarse del lado de uno de los duques. Eligió alinearse con los franconios contra sus principales rivales, los sajones. Posteriormente, cuando los sajones ocuparon el poder, fueron ellos quienes escribieron los libros de historia, y Hatto figura en ellos como un monstruo de duplicidad y traición, probablemente mucho más de lo que merece.

Según una historia asociada con él (o quizá con otro arzobispo de Maguncia que vivió un siglo más tarde), durante un período de hambre, reunió a muchos pobres en un granero con el pretexto de darles alimento, y luego incendió el granero, declarando que los pobres no servían para nada, excepto, como los ratones, para devorar cereales.

Poco después, sigue el relato, el malvado arzobispo fue acosado por una plaga de ratones que lo obligaron a huir a una torre de Bingen, a orillas del Rin. Los ratones lo siguieron allí en número incontable, lo rodearon y se lo comieron vivo. Por consiguiente, aún hay una Torre del Ratón en el lugar donde presuntamente ocurrió el hecho. En realidad, fue construida varios siglos después del suceso, que en verdad nunca ocurrió, y hoy nos es familiar principalmente porque el poeta inglés Robert Southey escribió una conocida balada sobre el tema.

La falta de un verdadero gobierno central en el Reino Franco Oriental y la entrega de los duques a sus rivalidades hacían totalmente imposible que el país pudiera resistir a los magiares, quienes, después de destruir Moravia, atacaron la tierra de sus anteriores aliados.

Los invasores magiares, usando la misma táctica de golpear y escapar que usaron en su tiempo los hunos y los Avaros, asestaron duros golpes a Alemania, sin que ningún ducado saliera indemne. En el 910, se compró la paz al precio de un pesado tributo, y en el 911 Luis el Niño murió, cuando sólo tenía dieciocho años.

Fue el último carolingio que reinó sobre los francos orientales, aunque monarcas de este linaje seguirían gobernando a los francos occidentales. Por entonces, las partes del dominio franco se habían distanciado tanto en lengua y cultura que ninguna de ellas era verdaderamente franca en el viejo sentido. Lo único que las había mantenido ligadas en una especie de unidadseudofranca había sido la casa carolingia.

Cuando los carolingios desaparecieron en el este, fue como si el nombre de francos en lo sucesivo sólo pudiese ser aplicado al oeste, aunque el Occidente era, con mucho, la menos franca de las dos mitades. Por esta razón, la mitad occidental es llamada *Frankreich* (« reino de los francos ») en alemán, y *France* en francés e inglés.

Los carolingios también perduraron por un tiempo en Italia.

El viejo emperador Luis II, muerto en 875, había dejado una hija que, a su vez, tuvo un hijo, otro Luis, tataranieto de Carlomagno por el lado materno.

Este joven Luis había sido pasado por alto a favor de Guido de Spoleto y su hijo Lamberto, que no tenían mejor ascendencia, pues también ellos sólo eran carolingios por parte femenina. Ahora que Arnulfo se había marchado, quedó Berengario de Friul, también carolingio por parte femenina.

Por ello, los enemigos de Berengario finalmente apoyaron a Luis. Éste reinaba por entonces en Provenza, situada inmediatamente al oeste de los Alpes, pero acudió prestamente en respuesta al canto de sirena del completamente inútil título imperial. En el 901, fue investido por el papa Benedicto IV con la corona imperial y se convirtió en el emperador Luis III. Fue el único hecho de nota en los tres años de reinado de este Papa, y no fue un hecho muy importante, considerando que el título carecía ya de contenido.

Pero Berengario, que durante diez años había tratado de conseguir ese mismo título carente de sentido, estaba tan ávido de él como siempre. Luchó contra Luis y lo expulsó de Italia. Luego, cuando Luis trató de retornar, Berengario lo capturó y, en un impulso excepcionalmente bárbaro, lo cegó y lo obligó a guardar un retiro permanente en Provenza. Luis III vivió un cuarto de siglo más después de este suceso y es conocido en la historia como Luis el Ciego.

Ahora el Papado tocó fondo. Los Papas siguieron a los Papas en una vana sucesión, puestos y depuestos por las razones más triviales. Los analistas posteriores cuentan con espantoso deleite cómo una mujer noble romana, Teodora, y su hija Marozia dominaron a Roma durante principios del siglo X, haciendo Papas a sus amantes y parientes. Así, Sergio III, que fue Papa del 904 al 911, era el amante de Marozia y el padre de su hijo, quien luego llevó la tiara con el nombre de Juan XI, del 931 al 936. Entre ellos dos, fue papa Juan X, que llegó al Papado en el 914 y, se decía, había sido antes amante de Teodora.

Cualesquiera que hayan sido sus defectos personales, Juan X tenía al menos un carácter vigoroso y marcial. Hacía casi un siglo que los musulmanes tenían en

su poder Sicilia y hacían incursiones en Italia. La misma Roma estuvo bajo la amenaza constante de estos saqueadores durante más de dos generaciones, y el papa Juan X puso fin a eso.

Reunió a varios nobles italianos bajo su bandera y, además, llamó a Berengario y le dio lo que había ansiado durante tanto tiempo. En el 915, lo coronó emperador con el nombre de Berengario I.

Por primera vez en la historia, un Papa condujo un ejército a la batalla. Al frente de sus variadas huestes se enfrentó con los musulmanes en el 916, a orillas del río Garigliano, a unos 160 kilómetros al sudeste de Roma, y los derrotó completamente. Es cierto que los musulmanes permanecieron en Sicilia durante otro siglo y cuarto, pero la amenaza a Italia y, en particular, a Roma desapareció.

Berengario tenía ahora el título de emperador, para su complacencia, pero no tenía ningún poder. La nobleza italiana se rebeló contra él, y tuvo que luchar con su título tan constantemente como había tenido que hacerlo sin él. En el 924 fue muerto por sus propios hombres. Fue el último de los emperadores del linaje de Carlomagno. El título imperial había pertenecido a los carolingios por un siglo y cuarto y durante casi la mitad de ese siglo quedó desprovisto del menor vestigio de gloria.

El último de los vikingos.

Sólo en el Reino Franco Occidental quedaban carolingios. Allí reinaba Carlos III. Era hijo de Luis el Tartamudo, el nieto de Carlos el Calvo y el tataranieto de Carlomagno. No fue un rey muy eficiente, como puede colegirse del nombre con que es conocido en la historia: Carlos el Simple.

Había sido coronado rey en el 893, pero sólo en el 898, cuando murió el conde Eudes de París, recibió realmente el apoyo de la nobleza. Y aun entonces quedó claro que seguiría siendo rey sólo mientras no ofendiese a los señores, muy fáciles de ofender.

Esto condenó a Carlos III a la frustración, agudizada por el hecho de que en sus años de reinado se produjeron las mayores correrías de los vikingos o (como es mejor llamarlos en este caso) los nórdicos.

Su jefe era Hrolf (o Rollón) el Andarín (o Caminante). Era llamado así, según la leyenda, porque era tan alto y pesado que ningún caballo podía transportarlo y debía caminar.

Carlos el Simple, obstaculizado a cada paso por falta de dinero y por el espíritu faccioso de sus principales súbditos, muy poco pudo hacer para impedir las correrías nórdicas. Además, otra cosa llamó ahora su atención.

En el 911, su primo lejano Luis el Niño, del Imperio Franco Oriental, murió sin dejar herederos. Carlos el Simple era el único miembro viviente del linaje

carolingio que heredaba por lado masculino. Pensó que era el único sucesor posible y que todo el Reino Franco se reuniría bajo él, como en los días de Carlos el Gordo, un cuarto de siglo antes.

Pero los señores francos orientales no mostraron disposición alguna a admitir a alguien que, por entonces, consideraban un «extranjero». Si Carlos el Simple quería lograr su objetivo, debía apelar a la fuerza. Esto suponía dirigir totalmente su atención al este, lo que no podía hacer sin resolver antes el problema de los nórdicos. Tenía que comprar la paz con ellos a cualquier precio.

Lo que pedían los nórdicos era la posesión permanente de la región situada en la desembocadura del Sena, la cual de todos modos ya ocupaban.

Carlos el Simple aceptó, pidiendo solamente que Rollón reconociese a Carlos como su señor. Esto no disminuía en nada el poder de Rollón, pero salvaba las apariencias para Carlos y hacía que el tratado apareciese como un compromiso en vez de lo que en realidad era: una incondicional y vergonzosa capitulación.

Se cuenta que, si bien Rollón aceptó reconocer a Carlos como su señor, no quiso llevar a cabo el gesto simbólico de besarle el pie. Ordenó a uno de sus ayudantes que lo hiciera. Éste, hallando la tarea no menos degradante para él, cogió rudamente el pie de Carlos y lo levantó para poder besarlo sin inclinarse. Carlos cayó de espaldas en una postura indigna, triste indicio de lo que había llegado a ser el linaje de Carlomagno menos de un siglo después de la muerte de este monarca.

Los nórdicos fueron dueños oficiales de una vasta parte de la Francia central septentrional desde el año 911. La región fue llamada Nortmannia, nombre que pronto se deformó en el de Normandía, y los nórdicos que la habitaban fueron llamados normandos. Se supone que poco después de sellarse el tratado Rollón se convirtió al cristianismo y adoptó el nombre de Roberto.

Resuelta la cuestión vikinga, por ignominiosa que fuera la solución, Carlos pudo dirigirse hacia el este. En verdad, logró conquistar lo que antaño había sido la Lotaringia, pero nada más. Los señores orientales no lo aceptaban, y Carlos no podía obligarlos a cambiar de opinión.

De modo casi desafiante, bajo la conducción del arzobispo Hatto, se dirigieron a uno de ellos, Conrado de Franconia, y lo eligieron rey con el nombre de Conrado I. Sólo Lotaringia le negó su conocimiento.

El reinado de siete años de Conrado fue sombrío. Los magiares continuaron devastando el sur de Alemania, y los señores, después de elegirlo, no tenían intención de concederle nada más que el título.

Condujo la oposición el duque de Sajonia, quien, de hecho, apuntaba a la sucesión. Tuvo éxito. En el 918 murió Conrado y la elección recayó en el duque de Sajonia, Enrique. Según relatos, la delegación enviada para informar al nuevo monarca de su elección dio con él mientras estaba dedicado a cazar pájaros (o aves). Por ello, es conocido en la historia como Enrique el Pajarero.

Así ocurrió que, poco más de un siglo después de que Carlomagno sometiese sangrientamente a los sajones y les impusiese el cristianismo, un sajón se sentó en el trono de Alemania.

Enrique el Pajarero procedió a reforzar su posición en todas direcciones. Señaló su independencia de la Iglesia al negarse a hacer de su coronación un ritual religioso y al evitar deliberadamente su unguimiento por su enemigo, el arzobispo de Maguncia.

Además, sometió a los otros señores y forzó la devolución de Lotaringia. En el 933 obtuvo la primera gran victoria de los alemanes sobre los magiares. No eliminó la amenaza magiar, pero la frenó por un tiempo.

Más aún, tomó medidas para que la realeza quedase en su familia. Precavidamente, hizo que los señores votasen a Otón, su hijo mayor tenido con su segunda esposa, para que le sucediese como rey. Así ocurrió: cuando Enrique murió, en el 936, Otón se convirtió en rey en su reemplazo.

El último de los francos.

A medida que los no carolingios del Este obtenían cada vez mayor éxito, los carolingios del Reino Franco Occidental seguían decayendo.

La aventura oriental de Carlos el Simple le había brindado temporalmente la Lotaringia, pero su prolongada ausencia estimuló a quienes deseaban librarse de él totalmente.

Eudes, que había sido rey después de la muerte de Carlos el Gordo, tenía un hermano menor, Roberto, que obtuvo el título de conde de París. Roberto no reclamó el trono a la muerte de su hermano, pues por entonces parecía que las fuerzas de Carlos el Simple eran demasiado poderosas para oponerse a ellas. Esperó.

En el 922, contaba con el apoyo de bastantes de los otros señores, incluido el de su yerno Rodolfo de Borgoña, como para aventurarse al combate. En Reims, se hizo proclamar rey. Para afirmar su posición, necesitaba derrotar a Carlos, cuyas fuerzas estaban aún en Lotaringia.

En el 923, el ejército de Roberto se enfrentó con el de Carlos en Soissons, donde cuatro siglos y medio antes Clodoveo había iniciado su carrera de conquistas. El resultado fue ambiguo. Carlos el Simple fue derrotado, pero Roberto de París fue muerto.

Roberto tenía un hijo, Hugo, demasiado joven para gobernar con eficacia, por lo que Rodolfo de Borgoña reclamó el trono y fue elegido por los señores. Siguió un confuso período durante el cual la guerra civil y las intrigas hicieron que nadie fuese rey en realidad y que Enrique el Pajarero aprovechó para reconquistar la Lotaringia.

La situación pareció aclararse en el 929, cuando Carlos el Simple murió en el cautiverio, y en el 935 Rodolfo fue reconocido prácticamente por todo el reino, pero al año murió.

Para entonces, el joven hijo de Roberto, Hugo, el sobrino del viejo conde Eudes, ya no era tan joven y estaba perfectamente capacitado para gobernar. Pero Hugo no tenía la intención de abandonar el poder muy real que tenía en sus propias tierras por el quimérico título de rey que había llevado a su tío, a su padre y a su cuñado a interminables e inútiles luchas. Tal vez recordó la historia de Carlos Martel, que tenía el poder real bajo un títere merovingio.

¿No habría alguien del viejo linaje real que desempeñase el papel de títere y dejase a Hugo en posesión de todo el poder, pero sin sus problemas?

Ocurrió que Carlos el Simple había tenido un hijo, Luis, que aún sobrevivía. Después de la batalla de Soissons, en el 923, Luis, que a la sazón tenía dos años, fue rápidamente enviado a Inglaterra, la patria de su madre, para mantenerlo a salvo. Todavía estaba allí en el 936 y era un prometedor joven de quince años.

Hugo, que era ahora el mayor poder del reino y es conocido generalmente —con escasa justificación— como Hugo el Grande, hizo volver a Luis. En el 936, fue elegido rey con el nombre de Luis IV o, como es llamado habitualmente, «Louis d'OutreMer» («Luis de Ultramar»).

Luis IV mostró un sorprendente espíritu. Claramente, no tenía ninguna intención de desempeñar el indolente papel de títere en beneficio de Hugo. Hasta trató de fortalecerse formando una alianza con Otón I, rey de lo que había sido el Reino Franco Oriental, y reforzando esa alianza mediante su casamiento con la hermana de Otón.

Hubo un empate. Luis IV nunca pudo realmente afirmarse contra Hugo, pero al menos logró salvar la dinastía por unos pocos años más. Cuando Luis murió, en el 954, su hijo, con el viejo nombre franco de Lotario I, se convirtió en rey.

Hugo el Grande no pudo impedir la subida al trono de Lotario, pero se aseguró de que sus posesiones pasarían a su hijo, de modo que la batalla entre rey y conde continuaría durante otra generación. Hugo murió en el 956, y su hijo mayor, otro Hugo, le sucedió como conde de París.

Este nuevo Hugo recibió un apodo derivado de la capa que usaba constantemente: fue llamado Hugo Capeto («Hugo el de la Capa»).

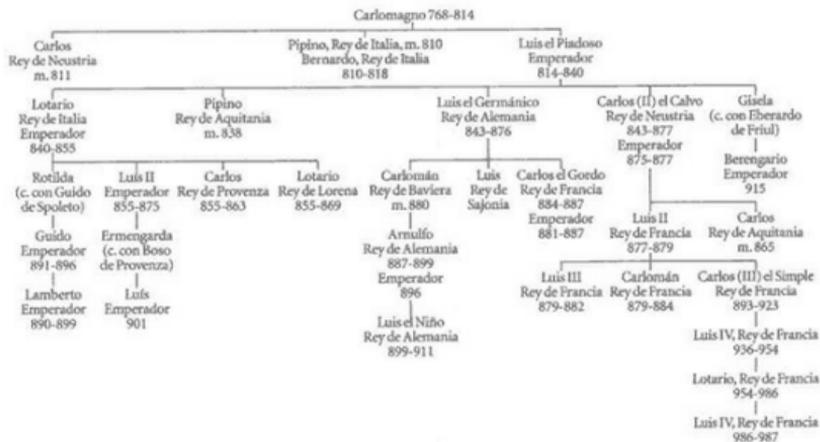
Hugo Capeto se opuso a Lotario pacientemente, no tanto mediante una guerra abierta como mediante una calmada socavación de su política. Lotario malgastó sus fuerzas en repetidos e inútiles intentos de recuperar la Lotaringia, y murió en 986 sin haberla conseguido. Tuvo un largo y totalmente anodino reinado de treinta y dos años.

Le sucedió su hijo con el nombre de Luis V, pero reinó sólo un año; murió en el 987, en un accidente de caza. Como tuvo poco tiempo para hacer algo, es conocido en la historia como «Louis le Fainéant» («Luis el Holgazán»). Luis V

tiene la melancólica distinción de haber sido el último carolingio que reinó en alguna parte de Europa, de modo que ese linaje llegó a su fin tres siglos y medio después de que Pipino de Landen diera prominencia a la familia y dos siglos y un tercio después de que Pipino el Breve se convirtiese en el primer monarca carolingio.

Luis V podría ser llamado el último de los francos, pues después de él ya no habría más francos, sino solamente franceses y alemanes.

La dinastía carolingia



10. La oscuridad empieza a disiparse

El arado.

Puede decirse que el período comprendido entre el 900 y el 950 marca un cambio decisivo, el comienzo, por fin, de una marcha ascendente.

Los siglos históricos abarcados por este libro parecen haber sido una época de constante declinación para Europa Occidental. La gran cultura creada por los romanos había sido destruida y aplastada por los golpes de las tribus germánicas, luego los hunos y Avaros asiáticos, y más tarde los musulmanes, los nórdicos y los magiares.

Los tiempos de Carlomagno, cuando pareció que sería posible detener la decadencia y crear un nuevo imperio, habían pasado y, bajo sus descendientes cada vez más indignos, el reino franco se desintegró nuevamente. La oscuridad parecía mayor que nunca.

Sin embargo, no es ésta toda la historia. Lo grande de los francos, su enorme contribución a la cultura posterior, pese a sus aspectos más abismalmente brutales y bárbaros, fue que ¡sobrevivieron!

Detuvieron a los musulmanes; detuvieron a los nórdicos.

De tanto en tanto se derrumbaron y quebraron, y se desgarraron en suicidas guerras civiles, pero nunca se hundieron totalmente. Y luego, entre el 900 y el 950, la oscuridad tocó fondo.

Hacia el 950, comenzó a aparecer una débil aurora, apenas visible al principio, no muy claramente visible por mucho tiempo, quizá, pero allí estaba. Lo que ocurrió no fue nada repentino o espectacular; nada que nadie observase por entonces.

Para empezar, fue el lento surgimiento de un nuevo modo de cultivar la tierra lo que originó cambios que se expandieron cada vez más a ámbitos muy alejados de la agricultura.

La agricultura había sido inventada miles de años antes, en regiones relativamente secas donde el problema era asegurarse de que las cosechas recibirían suficiente agua. Se desarrolló mejor en zonas cercanas a los grandes ríos, como el Nilo, el Tigris y el Éufrates, donde el suministro de agua podía ser controlado mediante un sistema de canales.

La tierra del noroeste de Europa, el corazón del poder franco, no era en nada semejante a aquélla. Estaba cubierta de bosques y era lluviosa. El suelo no era el suelo seco y ligero de las costas mediterráneas, sino pesado y saturado de agua.

Los viejos métodos agrícolas heredados de tiempos antiguos sólo eran adecuados en ciertos lugares, y la productividad agrícola en los territorios francos era muy baja en las Edades Oscuras. (Esto contribuyó a mantener la oscuridad

del periodo).

El problema era cómo drenar el suelo saturado de agua y la solución era usar un arado de vertedera. Éste había sido inventado mucho tiempo antes por algún individuo o algunos individuos desconocidos, pero sólo después del 900 comenzó a difundirse su uso.

El viejo arado que sólo arañaba la superficie no servía. En cambio, había un arado con un borde filoso delante que penetraba profundamente en el suelo, lo levantaba y lo arrojaba contra una vertedera curva de modo que formaba un montículo. El campo arado se convirtió en una serie de surcos profundos con suelo amontonado en lo alto entre los surcos. El agua se escurría de los montículos y corría por los surcos, de modo que ahora el suelo pudo ser aprovechado mucho mejor.

¿Por qué no se usó antes la vertedera? Porque las invenciones son inútiles aisladamente. El arado de vertedera es mucho más difícil de arrastrar que los arados anteriores. Un solo buey no basta; se necesitaba un conjunto de bueyes, y eran pocos los campesinos que podían disponer de ellos. Además, es difícil girar con un arado de vertedera; es mejor usarlo en largas franjas de tierra, quizás estrechas, pero largas.

Lo que se necesitaba, pues, para el mejor uso del nuevo arado, era una especie de trabajo cooperativo: muchos hombres que trabajen juntos y contribuyan con sus tierras y animales. Esto fue exactamente lo que permitió el feudalismo que se desarrolló después de la muerte de Carlomagno. Los siervos que se agrupaban alrededor del castillo podían trabajar en parcelas individuales, pero lo más importante es que trabajaban juntos para todo el señorío. El señorío de la Edad Media fue bastante similar a lo que hoy llamaríamos una «granja colectiva».

Una segunda invención impulsó aún más la revolución agrícola. Era todavía más sencilla que el arado de vertedera: se trataba de la collera.

El caballo puede tirar mucho más eficientemente que el buey, si es enjaezado adecuadamente. El campesino de las Edades Oscuras tenía el caballo, pero no los arneses apropiados. Si se colocaban a un caballo los arneses adecuados para un buey, ya no funcionaban bien. La anatomía del caballo es tal que un arnés de esta clase presiona sobre su tráquea cuando tira. Cuanto más tira, más se estrangula. Por ello, no puede tirar fuerte y no lo hace.

La collera es un collar relleno que se coloca alrededor del cuello del caballo y se hace reposar sobre el lomo. Los arneses pueden ser atados a él y el caballo puede tirar sin riesgo de asfixiarse. A principios del siglo X, empezó a usarse la collera y entonces el caballo pudo tirar con toda su fuerza. De pronto, un caballo pudo hacer el trabajo de varios bueyes, y más rápidamente.

La difusión del uso de la herradura contribuyó también a mantener el caballo en buenas condiciones.

El arado de vertedera tirado por caballos hizo que la productividad agrícola empezase a aumentar constantemente, lo cual significó que hubo un mayor excedente de alimentos para sustentar a los hombres de armas.

El noroeste de Europa pudo ahora sustentar más fácilmente que nunca antes a una cantidad creciente de guerreros profesionales, bien equipados en armaduras y armas. La era de la caballería pesada, que se había iniciado con Carlos Martel, llegó finalmente a su plenitud.

Habían aparecido los «caballeros» medievales.

Los caballeros.

La nueva caballería pesada europea, los caballeros, no puso inmediatamente en manos de los monarcas europeos una nueva e irresistible arma con la que ellos pudieran conquistar el mundo.

Los caballeros, desgraciadamente, constituían una fuerza revoltosa, escasamente disciplinada y raramente utilizada, ni aproximadamente, en toda su potencia. Además, estaban en su mayoría envueltos en guerras civiles que agotaban interminablemente sus fuerzas.

Sin embargo, dieron a la nueva Europa un arma animada de la cual podía enorgullecerse y que, aunque ineficiente, podía a veces llevar a la victoria.

Nunca más (con la sola y efímera excepción de la invasión mongólica de 1240) los europeos se sentirían inermes ante ataques del exterior. Nunca más sus centros civilizados se verían reducidos a la plegaria para su protección contra la furia bárbara porque sólo un milagro del cielo pudiera interponerse entre ellos y el ejército enemigo.

Por el contrario, la forma de guerrear estaba cambiando y los caballeros con armaduras pronto mostrarían su superioridad sobre las hordas bárbaras. Un siglo y medio más tarde, los caballeros con armaduras incluso se lanzarían a una torpe e inútil lucha contra los musulmanes en el propio terreno de éstos. Estarían demasiado lejos de su patria y serían demasiado indisciplinados para ganar a la larga, pero realizarían grandes hazañas.

El primer signo claro del predominio del caballero con armadura apareció durante el reinado del rey alemán Otón I.

Otón inició su gobierno con la deliberada intención de restaurar los grandes tiempos de Carlomagno. Se hizo elegir y coronar en Aquisgrán, en el palacio de Carlomagno, y empezó inmediatamente a someter a los señores alemanes, derrotándolos en batallas, deponiéndolos y reemplazándolos por sus propios parientes.

Algunos de los señores derrotados, en su desesperación, apelaron a los magiares, con lo que quedó montado el escenario para el enfrentamiento de los

caballeros con armadura y los invasores nómadas.

Los magiares reunieron una enorme hueste, del tipo que en siglos pasados habría sido totalmente incontenible. Contra ellos, Otón reclutó un ejército de caballeros de casi todas las partes de su reino. El 10 de agosto del 955 los ejércitos se encontraron cerca de Augsburg, sobre el río Lech. El lugar, situado en lo que es hoy el sur de Baviera, es llamado Lechfeld (« el campo de batalla a orillas del Lech »).

Los magiares cruzaron el río para atacar, maniobra sumamente peligrosa a menos de obtener la victoria inmediatamente. Pero no la obtuvieron. Los magiares pensaron que su carga sería irresistible, pero los hombres de hierro a caballo permanecieron ante ellos tan impávidos como estatuas. La carga fue detenida y luego rota, y los jinetes magiares, desalentados y confundidos, se volvieron para huir. Se encontraron entonces que debían cruzar el río en desorden, maniobra que habitualmente es fatal. Sus pérdidas fueron enormes. Aunque indudablemente magnificada por cronistas posteriores, la magnitud de la victoria fue pasmosa. Fue la última vez que los magiares osaron enfrentarse violentamente con Occidente.

Para los alemanes, la amenaza magiar llegó a su fin para siempre, y no mucho después esos temidos bárbaros, los « ogros », se hicieron buenos cristianos. La dimensión de la victoria fue suficiente para dar gran lustre a Otón y hacerlo merecedor del título con que se lo conoce en la historia: Otón el Grande.

Otón pensó entonces que era tiempo de llegar al punto culminante. Ya antes de la batalla de Lech había descendido sobre Italia, como lo había hecho antaño Carlomagno. En esa ocasión la excusa fue bastante romántica, al menos de creer a los cronistas. Parece que Adelaida de Borgoña, una joven y hermosa viuda, había sido hecha prisionera por Berengario II, nieto del Berengario que había sido el último de los emperadores carolingios. Otón acudió a su rescate en el 951 y la convirtió en su reina.

Pero Berengario siguió siendo el gobernante más poderoso de Italia y, como tal, consideró totalmente en su derecho controlar al Papa (quienquiera que fuese la nulidad que en el momento ostentaba el título).

En el 955, el mismo año de la batalla de Lech, subió al trono papal Juan XII. A sus ojos, como a los de otros, Otón debe de haber sido como la resurrección de Carlomagno. Por consiguiente, en el 961, cuando las autoritarias amenazas de Berengario traspasaron el umbral de lo tolerable, Juan XII apeló a Otón, como León III había apelado a Carlomagno.

Otón respondió al llamado y se detuvo en Pavia, que dos siglos antes había sido la capital de la monarquía lombarda. En una deliberada imitación de Carlomagno, se hizo proclamar rey de los lombardos. Luego marchó a Roma y en el 962, en el curso de un ritual muy festivo y espléndido, fue coronado emperador.

Así fue revivido el título imperial, que había estado vacante durante treinta y ocho años, desde la muerte de Berengario I. Más aún, no fue otorgado a un oscuro personaje, sino al más fuerte monarca de Occidente, algo que no había ocurrido desde la muerte de Luis el Piadoso, más de un siglo antes. Y esta vez el título imperial no degeneraría. Los emperadores que siguieron a Otón fueron a veces débiles e ineficaces, pero fueron siempre los más importantes príncipes de Europa; la corona imperial nunca volvió a ser un despreciable balón de fútbol pateado por principillos secundarios.

Con esta coronación comienza la historia del Sacro Imperio Romano. En teoría, era el Imperio Romano, y Otón era el emperador romano, pero el adjetivo «Sacro» fue usado para indicar su estrecha conexión con la Iglesia.

El Sacro Imperio Romano surgió cuando los últimos carolingios del Reino Franco Occidental todavía durarían un cuarto de siglo más. Pero ese cuarto de siglo llegó a su fin y murió el último de los carolingios, Luis V. Tenía un tío, Carlos, que en teoría podía haber continuado el linaje carolingio, pero los señores lo rechazaron y primó Hugo Capeto.

Hugo imitó la técnica de Pipino el Breve e hizo que Adalberón, arzobispo de Reims y partidario suyo desde hacía tiempo, declarase que el trono era electivo y no estaba reservado exclusivamente a los carolingios. El secretario del arzobispo, Gerberto, el mayor sabio de la época, proporcionó la argumentación necesaria y juntos hicieron posible que Hugo Capeto fuese electo y ungido rey de lo que hoy llamamos Francia.

Hugo Capeto tenía poco más poder que los últimos carolingios y tuvo que continuar la lucha contra otros señores, pero era un rey vigoroso y fue el antepasado de una enérgica dinastía de reyes. Todos los reyes que tendrían los franceses en los nueve siglos siguientes serían descendientes de Hugo Capeto.

Así desapareció el viejo reino franco y surgieron en su lugar Francia y el Sacro Imperio Romano, poco diferentes al principio, pero con un aire primaveral a su alrededor. La revolución agrícola dio a ambos un ejército de caballeros y una provisión de alimentos que anunció la llegada de tiempos más seguros y más prósperos.

En la atmósfera de seguridad y prosperidad que empezó a florecer, hubo tiempo para el saber más que antes. La tenue luz del Renacimiento Carolingio, que Carlomagno se había esforzado tanto para mantener encendida y que había menguado y se había apagado como si nunca hubiese existido, no se había extinguido totalmente a fin de cuentas.

Ahora cobró impulso y empezó a brillar firmemente. Todavía no era muy intensa, pero lentamente iba a adquirir cada vez más brillo, y en el comienzo de esta nueva era figura el nombre del sacerdote que ayudó a Hugo Capeto a subir al trono: Gerberto.

Los libros.

El cambio más notable de todos no estaba sólo relacionado con Gerberto, sino también con el Papado.

Cuando Occidente comenzó a dar sus primeros pasos adelante, económica y políticamente, el Papado siguió siendo débil y despreciado. Ni siquiera su asociación con la coronación de Otón lo revivificó. En verdad, Otón dominó al Papa aún más que Carlomagno.

Cuando Juan XII, cansado de las actitudes tiránicas de Otón, decidió, un año después de la coronación, que Berengario era más soportable después de todo, Otón reaccionó vigorosamente. Depuso a Juan en el 963 y nombró a un Papa suyo, León VIII. (También capturó a Berengario, lo llevó a Alemania y lo mantuvo prisionero hasta la muerte de Berengario, ocurrida en el 966. Así, el chozno de Carlomagno murió prisionero de un emperador sajón. [¡La sombra de Widukindo!].)

El monótono círculo continuó en Roma durante otra generación, antes de que Gerberto apareciera en la escena. De origen francés y magnífico sabio, fue presentado a Otón en el 970 y durante un tiempo fue preceptor del nieto de éste (también llamado Otón).

Marchó luego a Reims, donde fue secretario del arzobispo y tuvo una importante participación en las negociaciones que llevaron a Hugo Capeto al trono francés. Más tarde fue arzobispo de Reims y en el 999, con la ayuda de Otón III, nieto de Otón I y emperador del que había sido preceptor, fue elegido Papa.

Como Papa, adoptó el nombre de Silvestre II. Murió en el 1003, después de ser Papa durante sólo cuatro años, pero su influencia fue enorme, y nos sentimos tentados a creer que hubo algo místicamente importante en el hecho de que fuera Papa el año del milenio, el 1000.

Fue el más renombrado sabio de su tiempo y no fue el saber teológico lo que más le interesó. Atraído por cuestiones ignoradas en Occidente desde la muerte de Boecio, casi cinco siglos antes, se sintió fascinado por el saber secular.

Estudió todas las obras antiguas que pudo obtener y dio clases sobre ellas. Introdujo el ábaco para el cálculo matemático y también usó los números arábigos, recientemente conocidos. Construyó relojes e instrumentos astronómicos. En esa época supersticiosa, algunos vieron en esto una tendencia a la magia y el satanismo, pero a unos pocos inspiró interés por el conocimiento secular: sin duda, no podía haber nada malo en aquello que interesaba al Papa.

Lo más importante fue que Gerberto coleccionó antiguos manuscritos con amoroso cuidado, y estimuló a otros a hacerlo también. Dejó de ser la creencia más o menos oficial la de que el saber antiguo era obra del diablo y de que sólo

debían ser estudiadas las obras piadosas.

Gerberto inició la campaña, lenta al principio pero que pronto cobraría impulso, para rescatar el saber antiguo. Los hombres buscaron los manuscritos árabes que aún conservaban ese saber y empezaron a traducirlos al latín.

Aparecieron libros: copias de Aristóteles y Tolomeo, de Euclides, Lucrecio y muchos otros, y cada nuevo libro irradiaba nueva luz.

La carrera de Gerberto señala el primer paso claro para salir finalmente de la oscuridad. A las acciones económicas y políticas para salir de las edades oscuras se sumó la más vital de todas, la acción intelectual ascendente.

En resumen, pues, en este libro hemos echado una ojeada sobre mil años de historia. Hemos visto a las tribus germánicas hacerse cada vez más fuertes, para luego ser lanzadas sobre el Imperio Romano bajo el azote de los hunos.

Las hemos visto destruir la mitad occidental del Imperio Romano y crear reinos germánicos en sus provincias. Y hemos visto desaparecer a todos esos reinos excepto a uno.

Algunos fueron destruidos por las guerras entre ellos, otros por lo que quedó del Imperio Romano y otros aún por nuevos invasores. Por último, sólo quedó uno, que fue el más grande y el menos civilizado de todos: el Imperio Franco.

Bajo los francos, observamos el hundimiento de la civilización europea en una noche oscura, para luego, lentamente, empezar a emerger de nuevo.

Ese lento surgimiento, entre el 950 y el 1000, no fue un cambio destinado a desaparecer, como el de Carlomagno, sino que iba a ser seguido por muchos cambios, uno tras otro, en sucesión cada vez más rápida, hasta que la acumulación de todos ellos estalló en una civilización deslumbrante que (con sus defectos tanto como con sus virtudes) se expandió desde Europa Occidental a todo el mundo.

Y su fin, cabe esperar, no está cercano.

Antes de Cristo

1000 Tribus
germánicas
habitan la
región del
Báltico.

350 Piteas de
Massilia
explora el norte
europeo.

115 Los
cimbrios
invaden la
Europa
meridional.

101 Los
cimbrios
aniquilados por
los romanos.

71 El jefe
germano
Ariovisto
invade la Galia.

55 Después de
derrotar a
Ariovisto, Julio
César invade
Germania.

Los
romanos ocupan
la parte de

12 Germania
 comprendida
 entre el Rin y el
 Elba.

 Fuerzas
 germanas bajo
 el mando de
9 Arminio
 aniquilan a tres
 legiones
 romanas.

Después de Cristo

 El autor
 romano Tácito
98 publica su libro

sobre los
germanos.

170 El emperador
Marco Aurelio
combate con los
marcomanos.

235 El emperador
Alejandro Severo
combate con los
alamanes.

251 Los godos
llegan a la región
del mar Negro;
Decio se enfrenta
con ellos al sur
del Danubio y es

muerto.

269 El emperador Claudio II derrota a los godos en Naissus.

276 Probo (Roma) derrota a los francos en la Galia.

332 Ulfilas se convierte al cristianismo arriano e inicia la conversión de los godos.

Juliano

355 (Roma) derrota a los francos en la Galia.

370 Los hunos se lanzan hacia el Oeste desde Asia Central.

372 Los hunos destruyen el reino ostrogodo de Ermanarico.

Creación del Imperio Huno.

Los visigodos cruzan el Danubio

375 para entrar en el Imperio Romano como refugiados, huyendo de los hunos.

378 Los visigodos derrotan y matan a Valente (Roma) en la batalla de Adrianópolis.

395 Muerte de Teodosio I (Roma). El visigodo Alarico empieza sus

correrías.

402 Alarico
invade Italia; es
derrotado por
Estilicón.

406 Tribus
germánicas
invaden la Galia
y penetran de
manera
permanente en el
Imperio Romano.

410 Alarico ocupa
Roma y muere
poco después.

419 Se crea el Reino Visigodo de Tolosa, primero de los reinos germánicos en territorio romano.

429 Los vándalos conducidos por Genserico, crean un reino en el norte de África.

433 Atila gobernante de los hunos. El imperio

huno alcanza su
apogeo.

439 Los vándalos
toman Cartago.

440 León I (el
Grande) es
elegido Papa.

451 Los hunos
cruzan el Rin.
Son derrotados
por Aecio en la
batalla de los
Campos
Cataláunicos.

Los hunos

452 invaden Italia y
se retiran sin
tomar Roma.

453 Muerte de
Atila. Fin del
imperio huno.

455 Los vándalos,
al mando de
Genserico,
saquean Roma.
Apogeo del reino
vándalo.

466 Eurico es
hecho rey de los
visigodos.
Apogeo del reino

visigodo.

474 Teodorico se
convierte en rey
de los
ostrogodos.

Odoacro
destrona a
Rómulo
Augústulo
(Roma) y
476 gobierna Italia sin
elegir a ningún
otro emperador
en Occidente.
«Caída de
Roma».

477 Muerte de
Genserico.

481 Clodoveo es
elegido rey de los
francos salios.

484 Alarico II es
elegido rey de los
visigodos.

486 Clodoveo se
apodera de
Soissons y pone
fin al último
gobierno romano
en Occidente.

Los

488 ostrogodos,
conducidos por
Teodorico,
invaden Italia.

492 Gelasio I es
elegido Papa.

493 Teodorico
toma Rávena,
mata a Odoacro y
crea el reino
ostrogodo en
Italia.

496 Clodoveo se
convierte al
catolicismo.

Anastasio
497 (emperador de Oriente) reconoce a Teodorico como rey en Italia.

Clodoveo
500 derrota a los burgundios.

Alarico
506 promulga un código jurídico godo-romano escrito.

Clodoveo
derrota y mata a

507 Alarico II en la
batalla de
Vouillé.

Teodorico
detiene a
508 Clodoveo en
Arlés y asume el
protectorado.

Clodoveo
único gobernante
509 de los francos.
Inicia la dinastía
merovingia.

Boecio es
510 cónsul en Roma.

511 Muerte de
Clodoveo. El
reino franco se
divide entre sus
cuatro hijos.

518 Justino I es
elegido
emperador
romano de
Oriente.

524 Boecio es
ejecutado.

526 Muerte de
Teodorico.

Justiniano I es

527 proclamado
emperador
romano de
Oriente.

533 Belisario
(general romano
oriental) invade
el norte de
África. Fin del
reino vándalo.

535 Amalasunta
(hija de
Teodorico) es
asesinada.
Belisario invade
Italia.

536 Belisario se
apodera de
Roma.

537 Belisario
toma Rávena.

543 Muerte de
San Benito,
fundador de la
orden monástica
benedictina.

546 Los
ostrogodos, bajo
Totila,
recuperaron
Roma. Comienzo

de la Alta Edad
Media.

551 Narsés
(general romano
oriental) llega a
Italia.

552 Narsés
derrota a Totila
en Taginae. Fin
del reino
ostrogodo.

Fuerzas
romanas
orientales
conquistan el
sudeste de

554 España. Apogeo
del Imperio
Romano de
Oriente.

558 Clotario I
gobierna los
dominios francos
unidos.

560 Los ávaros
(tribu asiática)
invaden
Germania.

Muerte de
Clotario I.

561 Dagoberto I,
 último de los
 reyes
 merovingios
 poderosos.

 Muerte de
565 Justiniano I.
 Destitución de
 Narsés.

 Los
 lombardos,
 huyendo de los
568 ávaros, invaden
 Italia. Leovigildo,
 rey de la España
 visigoda.

Los
lombardos se
572 apoderan de
Pavía. Crean el
reino lombardo
de Italia.

Comienzo de
las guerras
573 civiles francas
por la querella
entre Brunilda y
Fredegunda.

Leovigildo
584 triunfa en España.

Recaredo I de
la España

586 visigoda se
convierte al
catolicismo.

590 Gregorio I
(Magno) es
elegido Papa.

596 Gregorio I
envía una misión
a Inglaterra con el
fin de convertir a
los anglosajones.

597 Muerte de
Fredegunda.

Los
lombardos se

600 convierten al
 catolicismo. Fin
 de la herejía
 arriana.

604 Muerte de
 Gregorio I.

 Clotario II,
 hijo de
 Fredegunda,
613 captura y mata a
 Brunilda.

 Gobierna el reino
 franco unido.
 Apogeo del poder
 merovingio.

 Muerte de

623 Clotario II.

Suíntila, de la
España visigoda,
se apodera de las
últimas

625 posesiones
romanas

orientales a lo
largo de la costa.
Apogeo de la
España visigoda.

632 Muerte de
Mahoma, en
Arabia. Los
árabes se unen
bajo la nueva

religión islámica.

633 Suíntila es
depuesto por un
sínodo dirigido
por San Isidoro
de Sevilla.

639 Muerte de
Dagoberto I.

640 Muerte de
Pipino de Landen,
primer mayor
domo de palacio
carolingio del
reino franco.

649 Martín I es

elegido Papa.

653 Martín I es
arrestado y
enviado a
Constantinopla.

654 Grimoaldo,
hijo de Pipino de
Landen, trata sin
éxito de poner a
su hijo en el trono
franco.

664 Ebroino (que
no es un
carolingio) es
elegido

mayordomo de
palacio.

681 Ebroino es
asesinado.

687 Pipino de
Heristal,
carolingio, se
convierte *de*
facto en
gobernante del
reino franco
unido.

Los árabes,
después de
conquistar el

698 Asia Occidental,
se apoderan de
Cartago y
dominan el norte
de África.

Árabes y
beréberes
711 (moros) invaden
España. Derrotan
a Rodrigo, último
rey visigodo.

Liutprando es
rey de los
712 lombardos.

Apogeo del reino
lombardo.

714 Los moros
dominan toda
España. Fin del
reino visigodo.
Muerte de Pipino
de Heristal.

716 Bonifacio
(Winifrid de
Inglaterra) inicia
la conversión de
los germanos del
este del Rin.
Carlos Martel
(hijo de Pipino de
Heristal) es
mayordomo de

palacio.

717 León III,
 emperador
 romano de
 Oriente (o
 bizantino),
 detiene a los
 árabes frente a
 Constantinopla.
 Comienza la
 controversia
 sobre la
 iconoclastia.

721 Los moros
 hacen incursiones
 por Aquitania y

llegan hasta
Tolosa.

728 Liutprando en
Rávena. El papa
Gregorio II llama
de forma vana en
su ayuda a Carlos
Martel contra los
lombardos.

732 Carlos Martel
detiene a los
moros en la
batalla de
Poitiers.

740 Muerte de

León III.

741 Muerte de
Carlos Martel. Le
suceden sus dos
hijos, Pipino el
Breve y
Carlomán.

744 Muerte de
Liutprando.

747 Carlomán se
retira a un
monasterio.

749 Astolfo es rey
de los lombardos.

Astolfo toma

751 Rávena. Fin del poder bizantino en Italia central. Pipino el Breve llega a un acuerdo con el papa Zacarías sobre el trono.

752 Childerico III es depuesto y la dinastía merovingia llega a su fin. Pipino el Breve se convierte en

Pipino I, el primero de los reyes carolingios de los francos. Esteban III es elegido Papa.

754 Respondiendo a súplicas del papa Esteban III, Pipino I invade Italia y derrota a los lombardos.

755 Muerte de Bonifacio, «apóstol de los germanos».

756

Pipino I
derrota a los
lombardos por
segunda vez.
Hace al Papa la
«Donación de
Pipino», dando
así origen al
poder temporal
del Papado.
Desiderio es rey
de los lombardos.
Abderramán I
sube al trono de
la España mora.

Muerte de

768 Pipino I. Le
suceden sus hijos
Carlos
(Carlomagno) y
Carlomán.

Carlomán
muere.

771 Carlomagno es
único gobernante
de los francos.

Carlomagno
inicia las
campañas contra
los sajones.

772 Desiderio pone

sitio a Roma y el
papa Adriano I
pide ayuda a
Carlomagno.

773 Carlomagno
invade Italia.

774 Carlomagno
pone fin al reino
lombardo.

778 Carlomagno
hace incursiones
en España. Su
retaguardia es
destruida por los
vascos en
Roncesvalles

(dando origen a la leyenda de Roldán).

780 Carlomagno visita Roma. Toma a su servicio a Alcuino de York para educar a su corte. Comienza el «Renacimiento Carolingio».

786 Harún al Rashid es elegido califa de Bagdad.

788 Muerte de
Abderramán I.

793 Los moros
llevan a cabo
correrías por la
costa
mediterránea del
Reino Franco.

795 León III es
elegido Papa.

Irene,
emperatriz
bizantina, pone
797 fin a la
controversia de la
iconoclastia.

799 León III es expulsado de Roma y restablecido por Carlomagno.

800 Carlomagno es coronado como emperador romano por León III. Apogeo de la monarquía franca.

801 Carlomagno y Harún al-Rashid intercambian presentes.

Irene es
depuesta.
802 Nicéforo,
emperador
bizantino, declara
la guerra a
Carlomagno.

El emperador
bizantino Miguel
812 I reconoce el
título imperial de
Carlomagno.

Muerte de
814 Carlomagno. Le
sucede Luis I (el
Piadoso).

816 El papa Esteban corona a Luis I como emperador romano.

827 Los musulmanes invaden la Sicilia bizantina.

829 Comienza la guerra civil entre Luis I y sus hijos.

833 Luis I es derrotado por sus hijos en el Campo

de las Mentiras.

837 Los
musulmanes
saquean Nápoles.

Muerte de
Luis I. Lotario I
le sucede como
emperador
romano, al tiempo
que su hermano,
Luis el
Germánico
gobierna el tercio
oriental del
840 dominio franco, y
otro hermano,

Carlos el Calvo,
gobierna el tercio
occidental. Los
musulmanes
establecen en
forma permanente
puestos
avanzados en
Italia.

El emperador
Lotario I es
derrotado por sus
hermanos en la
batalla de
Fontenoy. El
Juramento de

Estrasburgo, que precedió a la batalla, muestra el desarrollo de las lenguas francas en dos direcciones, hacia el francés en el oeste y hacia el alemán en el este.

El Tratado de Verdún firmado entre los gobernantes francos hermanos

843 presenta el
primer esquema
de la Europa
moderna, basado
en la división
entre Francia y
Alemania.

844 Sergio II es
elegido Papa.

 Los vikingos
saquean
845 Hamburgo.

Comienzo de las
correrías anuales.

Los

846 musulmanes
saquean Roma.

847 León, en su
condición de
Papa, fortifica
parte de Roma
contra los
musulmanes.

El emperador
Lotario abdica.
Uno de sus hijos,
Luis II, le sucede
como emperador
romano, pero
sólo tiene bajo su

855 dominio Italia.
Otro hijo, Lotario II, gobierna la región central, al norte de los Alpes (Lotaringia, o Lorena).

Nicolás II (el Grande) es elegido Papa. Hace uso de las «Falsas

858 Decretales» y de la «Donación de Constantino» para

aumentar el poder papal.

862 Ratislao, rey de Moldavia (la primera potencia eslava importante de Europa), recibe acogedoramente a los misioneros griegos Cirilo y Metodio («apóstoles de los eslavos»).

869 Lotario II muere sin dejar

herederos.

870 Carlos el
Calvo y Luis el
Germánico se
reparten la
Lotaringia.

871 El emperador
Luis II expulsa a
los musulmanes
del talón de la
bota italiana, que
luego es ocupado
por los
bizantinos.

Los francos,

874 bajo Carlomán
(hijo de Luis el
Germánico),
obligan a
Moravia a
someterse.

875 Muerte del
emperador Luis
II. El papa Juan
VIII corona como
emperador
romano a Carlos
el Calvo.

876 Muerte de
Luis el
Germánico.

877 Muerte de
Carlos el Calvo.
Le sucede Luis II
(el Tartamudo).

879 Muerte de
Luis el
Tartamudo. Es
sucedido por Luis
III.

880 Muerte de
Carlomán. Su
hermano menor,
Carlos el Gordo,
se convierte en
rey de Italia.

Carlos el

884 Gordo gobierna
sobre el ámbito
franco unido.

885 Los vikingos
ponen sitio a
París. Eudes,
conde de París,
es el héroe de la
resistencia.

887 Carlos el
Gordo es
depuesto. El
dominio franco
queda dividido
de modo
permanente.

891 Guido de Spoleto (nieto de Lotario I) es coronado como emperador romano por el papa Esteban VI.

893 Carlos III (el Simple) es hecho rey del dominio franco occidental.

Muerte del emperador Guido. Su hijo, Lamberto, es

894

coronado
emperador
romano.

896 Arnulfo (nieto
de Luis el
Germánico)
emperador
romano.

898 Muerte de
Eudes, conde de
París.

899 Muerte del
emperador
Arnulfo. Su hijo,
Luis el Niño, le

sucede como rey
del ámbito
franco.

901 Luis III (nieto
del emperador
Luis II) es
coronado
emperador
romano por el
papa Benedicto
IV, pero pronto es
expulsado de
Italia.

906 Los magiares
conquistan

Moravia.

910 Las incursiones de los magiares en Alemania se hacen cada vez más graves

911 Muerte de Luis el Niño, último gobernante carolingio del ámbito franco oriental. Le sucede Conrado I (no carolingio). Hrolf (Rollón) el

Caminante funda
Normandía

914 Juan X es
elegido Papa.

 Berengario
(nieto del
emperador Luis I)
915 es coronado
emperador
romano por el
papa Juan X.

 Juan X y el
emperador
Berengario
916 derrotan a los

musulmanes en el
río Garigliano y
los expulsan de
Italia.

918 Muerte de
Conrado I.
Enrique el
Pajarero (de
Sajonia) le
sucede como
gobernante del
dominio franco
oriental.

Roberto
(hermano de

922 Eudes de París)
se proclama rey
del dominio
franco occidental.

Roberto
derrota a Carlos
923 el Simple en
Soissons, pero él
mismo es muerto.

Muerte del
emperador
Berengario,
924 último de los
emperadores
carolingios.

929 Muerte de Carlos el Simple. Hugo el Grande, hijo de Roberto, es el mayor poder del ámbito franco occidental.

933 Muerte de Enrique el Pajarero. Su hijo, Otón I, le sucede como rey de los dominios francos orientales.

Luis IV, hijo de Carlos el

936 Simple, retorna del exilio por voluntad de Hugo el Grande, para que gobierne el ámbito franco occidental.

954 Lotario es rey del ámbito franco occidental

955 Otón I inflige una abrumadora derrota a los magiares en la batalla del río Lech. Juan XII es

elegido Papa.

956 Muerte de Hugo el Grande. Le sucede su hijo, Hugo Capeto.

961 El papa Juan XII pide ayuda a Otón I contra Berengario II (nieto del emperador Berengario).

Otón I invade Italia. Es coronado

962 emperador
romano por el
papa Juan XII.
Fundación del
Sacro Imperio
Romano.

986 Luis V es
hecho rey de los
dominios francos
occidentales

Muerte de
Luis V, último
monarca
carolingio de
Europa. Ahora el
ámbito franco

987 occidental puede ser considerado como «Francia». Hugo Capeto es elegido rey de Francia.

999 Gerberto es elegido Papa con el nombre de Silvestre II. Fin de la Alta Edad Media.



Fin de las edades oscuras (1000 d. C.)



ISAAC ASIMOV. (2 de enero de 1920 - 6 de abril de 1992). Fue un escritor y bioquímico estadounidense nacido en Rusia, aunque su familia se trasladó a Estados Unidos cuando él tenía tres años. Es uno de los autores más famosos de obras de ciencia ficción y divulgación científica.

Fue un escritor muy prolífico (llegó a firmar más de 500 volúmenes y unas 9.000 cartas o postales) y multitemático: obras de ciencia ficción, de divulgación científica, de historia, de misterio... Baste decir que sus trabajos han sido publicados en nueve de las diez categorías del Sistema Dewey de clasificación de bibliotecas.

El libro que aquí nos ocupa pertenece a los de divulgación histórica, serie de obras que ha sido común e informalmente llamada *Historia Universal Asimov* y está compuesta por un total de catorce volúmenes, con mapas y cronología incluidas en cada uno de ellos, comprendiendo las más importantes civilizaciones y periodos históricos. *La Alta Edad Media* es el octavo de los volúmenes de dicha serie.

Notas

[1] Los detalles se hallarán en *mis* libros *The Greeks*, Houghton Mifflin, 1965 (versión española de Alianza Editorial, *Los griegos*, Madrid, 1981) y *The Roman Republic* (versión española de Alianza Editorial, *La República romana*, Madrid, 1981). <<

[2] Para la historia de Roma bajo Augusto y sus sucesores, véase mi libro *The Roman Empire*, Houghton Mifflin, 1967 (versión española de Alianza Editorial, *El Imperio Romano*, Madrid, 1981). <<

[3] Los años posteriores al nacimiento de Jesús a menudo llevan las iniciales d. C. (después de Cristo), para distinguirlos de los años a. C. (antes de Cristo). En este libro casi todas las fechas son d. C., por lo que omitiremos estas iniciales. <<

[4] Ambos son llamados en inglés *yule long*. (N. del T.) <<

[5] Para mayores detalles sobre esta historia de supremo dramatismo, que cae fuera del alcance de este libro, véase mi Obra *The Near East*, Houghton Mifflin, 1968 (versión española de Alianza Editorial, *El Cercano Oriente*, Madrid, 1980).

<<

[6] Asociamos esto con el rey Arturo y sus caballeros, pero el rey Arturo o las leyendas relacionadas con él se remontan al menos a dos siglos antes de esa época, de modo que los caballeros con armadura de la Tabla Redonda, tal como habitualmente se nos presentan, constituyen un completo anacronismo. <<

[7] Hay regiones de la Europa moderna que aún llevan los nombres de Baviera, Turingia y Frisia, en los mismos lugares donde vivían esas tribus en esta época. Hay también una región llamada Sajonia, pero, por varias razones históricas, está situada al sudeste del lugar de origen de la tribu primitiva. <<

[8] Esto fue escrito antes de la reforma del 15 de febrero de 1971, cuando se abandonó este sistema y se adoptó el decimal. (N. del T.) <<